

JAVIER ECHEVARRÍA
MEMORIA DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVA

Presentación

Se cumplen ahora veinticinco años del 26 de junio de 1975, día del inesperado fallecimiento de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Aquella mañana había acudido a Villa delle Rose (Castelgandolfo), sede entonces del Colegio Romano de Santa María, con don Álvaro del Portillo y don Javier Echevarría. Allí se sintió indispuerto, y debió anticipar el regreso a Roma. Poco antes de las 12 del mediodía, nada más entrar en su lugar habitual de trabajo, llamó a don Javier, que se había quedado rezagado, cerrando la puerta del ascensor. Casi inmediatamente, repitió con más fuerza: -¡Javi! Y añadió, en voz ya muy débil, cuando don Javier entraba en la estancia: -No me encuentro bien. Fueron sus últimas palabras en la tierra.

Y fue don Javier Echevarría la persona que recibió esa frase final, después de veinticinco años de convivencia diaria. Miembro del Opus Dei desde 1948, había comenzado a tener en 1950 una relación muy directa con el Fundador. Ese trato se intensificó al ser nombrado secretario suyo en 1952, y se hizo continuo a partir de 1956, cuando fue elegido Custos de Mons. Escrivá de Balaguer, es decir, una de las dos personas que, de acuerdo con los Estatutos del Opus Dei, habían de vivir siempre con el Presidente General (a partir de 1982, con el Prelado), y ayudarle en su vida y en su trabajo cotidiano. A don Javier correspondía especialmente lo relacionado con la organización externa: ocuparse del cuidado de las cosas materiales, y advertirle lo que considerase oportuno, con plena libertad y sinceridad. Cumplía esta función en todo momento: en Roma, o en los viajes a las diversas ciudades y naciones, abundantísimos en los años sesenta y setenta.

Desempeñó esas tareas de secretario y de Custos hasta el instante mismo del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer. En el último período, además, fue Consultor del Consejo General del Opus Dei. Esa estrecha convivencia tuvo por escenario, sobre todo, el edificio de Villa Tevere, donde transcurrió la mayor parte de la vida del Fundador en Roma.

Ahí sigue hoy Mons. Javier Echevarría, en la actualidad, Obispo titular de Cilibia y Prelado del Opus Dei. Pasa muchas horas del día en la habitación en que también trabajaba Mons. Escrivá de Balaguer; cruza los pasillos que recorría cada jornada; descansa por la noche en su mismo y mínimo cuarto personal; usa objetos que utilizaba y veía cotidianamente. Como es natural, los recuerdos y las imágenes cobran particular colorido en el lugar donde murió, el despacho destinado en aquella época al Secretario General de la Obra, que se conserva con el aspecto externo que tuvo siempre.

Se comprende que su testimonio sea decisivo -después de Mons. Álvaro del Portillo-, para profundizar en la personalidad y en la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer. Por esto, a más de un lector de mis Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei, aparecidos en 1976, le habrá extrañado mi silencio sobre don Javier, no mencionado expresamente en ningún lugar del libro. La razón es muy sencilla: justamente porque tenía tanto que decir, debía llevarle mucho más tiempo que a otros ordenar sus vivencias, consciente de su responsabilidad de transmitir a las generaciones futuras tantos hechos y palabras del Fundador. Desde siempre, don Javier -un hombre que combina su gran corazón con un excepcional sentido del orden- había ido tomando nota de cuanto oía al Fundador del Opus Dei, de tantas escenas que vivía a su lado. Y fue elaborando sus abundantes recuerdos, especialmente con vistas a la causa de beatificación de Mons. Escrivá.

En el libro que hoy presento al lector, mi colaboración ha sido mínima, dentro del evidente deseo de dar a conocer nuevos rasgos del espíritu del Opus Dei, y de la vida y la enseñanza de aquel a quien tantos conocieron y trataron como Padre. Mi aportación ha consistido en formular preguntas y elaborar el índice del libro, el orden de los epígrafes. Sin omitir aspectos esenciales, ya conocidos por la evidente difusión de la figura y de las obras de Mons. Escrivá de Balaguer, he procurado también abordar cuestiones planteadas a lo largo de los años, o que considero interesantes para la opinión pública. No podía perder la oportunidad de publicar una información tan autorizada como

la que el lector puede hoy sopesar. Si, a pesar de todo, encuentra silencios, la responsabilidad de la omisión es sólo mía: siento no haber formulado esa pregunta.

Al ordenar estas páginas, me ha parecido lógico empezar por el final: partir de la santidad de vida de Mons. Escrivá de Balaguer, confirmada solemnemente por la Sede Apostólica el 17 de mayo de 1992. Querría hablar sobre todo de existencia cristiana, de vida contemplativa, de heroísmo en las virtudes. En definitiva, de aspectos que apenas traté en los Apuntes... de 1976. Porque en modo alguno este libro pretende ser una biografía histórica, sino más bien una aportación significativa al conocimiento del perfil espiritual del Beato Josemaría.

Como es natural, me apasionan los enfoques que enlazan el espíritu del Opus Dei con las realidades humanas y culturales de nuestro tiempo. Soy consciente de la necesidad de ahondar en esas cuestiones desde la Teología espiritual, de acuerdo con la idea central recogida en el Decreto de la Congregación

para las Causas de los Santos sobre las virtudes heroicas de Josemaría Escrivá de Balaguer: "Este mensaje de santificación en y desde las realidades terrenas se muestra providencialmente actual para la situación espiritual de nuestra época. En efecto, en los tiempos presentes, a la vez que se exaltan los valores humanos, también se advierte una fuerte inclinación hacia una visión inmanente del mundo, entendido como algo separado de Dios. Y este mensaje invita a los cristianos a buscar la unión con Dios a través del trabajo diario, que constituye una obligación y una fuente perenne de la dignidad del hombre en la tierra. Por lo que resulta patente la adecuación de este mensaje con las circunstancias de nuestro tiempo, y parece además destinado a perdurar de modo inalterable, por encima de las vicisitudes históricas, como fuente inagotable de luz espiritual" (Roma, 9 de abril de 1990).

Pío XII había aprobado definitivamente ese espíritu en 1950. El Concilio Vaticano II consagró la doctrina y la teología del laicado, que Josemaría Escrivá de Balaguer había predicado y vivido al menos desde 1928. Este Concilio Ecuménico introdujo también la institución de las diócesis peculiares y de las prelaturas personales que -desarrollada por Pablo VI- permitiría a Juan Pablo II aplicar al Opus Dei normas canónicas adecuadas al carisma fundacional. Sin perder de vista ese contexto -ni el entrelazamiento de la historia del Opus Dei con la vida del Fundador-, aquí me interesa más su persona, las experiencias de Cristo y de vida cristiana en su alma; en definitiva, la búsqueda de nuevos trazos y facetas de un hombre santo, que nació, vivió y murió en el siglo XX.

CAPÍTULO PRIMERO

Un sacerdote que amó al mundo

1. Una pobre fuente de miseria y de amor

-Recuerdo bien la escena. El polideportivo de la Escuela Brafa, convertido en salón de actos, lleno a rebosar el 22 de noviembre de 1972, y en el centro, Mons. Escrivá de Balaguer. Una pregunta propia de quienes se pasan el día quejándose de cómo van las cosas: "-Padre, ¿qué podemos hacer para ayudar a luchar contra esa crítica, esa lamentación y esa visión pesimista?" Y, en la respuesta, enseguida, el espíritu de comprensión, anclado en la convicción de la propia debilidad.- Yo he tenido y sigo teniendo muchos defectos. ¿A ver quién no tiene defectos? ¡A ver, uno que no tenga defectos, que lo ponemos en un museo...! Yo tengo muchos defectos, y estoy luchando contra ellos desde chico; y mientras me dure la vida seguiré luchando.

Cuando observamos al Fundador del Opus Dei, esos defectos se esconden ante la magnitud de la lucha, propia de quien llegó a practicar en grado heroico todas las virtudes, como declaró el Santo Padre Juan Pablo II en 1990. Pero omisiones inadvertidas por los demás, o finuras que les parecen exageradas, provocan reacciones agudísimas en un corazón enamorado. No se acaba de explicar fuera del juego eterno del magnificat, que llevaba a Mons. Escrivá de Balaguer a sentirse un niño que balbucea, en la humilde plenitud de sus bodas de oro sacerdotales de 1975.

Los defectos se nos ocultaban a quienes veíamos de tarde en tarde al Fundador del Opus Dei, y quedábamos fuertemente removidos a secundar el querer de Dios. Así le pasó a don Javier Echevarría, según recuerda de 1950, durante una convivencia de formación en Casteljandolfo.

Era a finales de agosto, y me di cuenta de que, mientras nosotros estábamos pasando menos calor, Mons. Escrivá de Balaguer se quedaba en Roma. Solía acudir a diario, hacia las cinco de la tarde, en un "topolino" -acompañado por don Álvaro del Portillo y algún otro-, para ocuparse personalmente de la formación de los primeros miembros del Opus Dei italianos, y de los que habíamos venido de otras naciones.

Nos enseñaba el espíritu de la Obra, preguntándonos por nuestra vida y haciéndonos múltiples consideraciones para la lucha hacia la santidad. Desarrollaba esta tarea después de una jornada de trabajo en la que, además del gobierno del Opus Dei, estaba pendiente de la construcción de la sede central, que iba adelante, a duras penas por la falta de medios.

No reparé entonces en el gran peso que cargaba sobre sus hombros, ni en el cansancio que le producía su gravísima diabetes. Su amor y su dedicación superaban esos obstáculos, al transmitirnos vibrantemente su alegría y su entrega, olvidándose de sí mismo.

-Pienso que fue una constante: detrás de su sonrisa y de su permanente buen humor, no resultaba fácil advertir las molestias o pesares. Pero desahogaba abiertamente su alma con los Custodes, en conversaciones confidenciales casi permanentes. Don Javier Echevarría tendrá pronto ocasión de conocer muy de cerca el temple de las luchas interiores de Mons. Escrivá de Balaguer

He sido Custos durante casi veinte años, y puedo decir que agradeció siempre las sugerencias o los comentarios que le hacíamos. No se cansó de luchar por acercarse más al Señor, peleando contra los más pequeños defectos y exigiéndose con el celo de una persona enamorada que desea corresponder con todo su amor a Quien ama: cotidianamente, en lo difícil y en lo fácil, en las tareas importantes y en las que parecen sin relieve.

Acostumbraba a no dejar nada para después, especialmente si debía corregir algo: en cuanto lo advertía, o se lo comentábamos, se esforzaba sin esperar al día siguiente. No se disculpaba ni por el cansancio, y se empeñaba en la mejora de su carácter y en su deseo de amar cada vez más a Dios. Por eso, salía de sus labios la recomendación, llena de viveza y de pedagogía divina: yo siempre suelo aconsejar lo siguiente: ¡las cosas buenas, cuanto antes!; y en esta entrega al Señor, no tenemos ninguna cadena que nos aherroje, tenemos la libertad de darnos siempre más. Procuraba que su respuesta estuviese siempre a la altura de lo que Dios le pedía. No por eso dejaba de pedir perdón constantemente al Señor, por lo que hubiera en su vida de omisiones, de no estar atento a las urgencias divinas.

Hasta su último día en la tierra, rogó a sus dos hijos Custodes que le ayudásemos a ser más piadoso, más alegre, más optimista, a cumplir con exactitud su deber, a soportar mejor la enfermedad, a trabajar sin descanso, a entregarse completamente. Pienso que puedo afirmar con objetividad que nunca dijo conscientemente que no al Señor, y que nunca respondió a medias a las peticiones divinas.

Aconsejaba a los demás lo que vivía personalmente: hay que estar siempre preparados, y pensar que cualquier momento de nuestra vida puede ser el instante de la última lucha. O, con otras palabras, lo importante es que el Señor nos encuentre siempre preparados en esa última lucha que puede llegar en cualquier momento.

No escatimó esfuerzos en esta pelea. Me parece que resume su finura de conciencia y su pisotear el propio yo para acomodarse a la Voluntad divina, lo que afirmaba en agosto de 1971: santidad es luchar contra los propios defectos constantemente. Santidad es cumplir el deber de cada instante, sin buscarse excusas. Santidad es servir a los demás, sin desear compensaciones de ningún género. Santidad es buscar la presencia de Dios -el trato constante con Él- con la oración y con el trabajo, que se funden en un diálogo perseverante con el Señor. Santidad es el celo por las almas, que lleva a olvidarse de uno mismo. Santidad es la respuesta positiva de cada momento en nuestro encuentro personal con Dios.

-Puede ayudar a los lectores describir, aun brevemente, algunos aspectos de la lucha para perfeccionar el propio carácter.

Desde joven, tuvo grandes virtudes humanas. Como defectos, debió estar muy atento a la rapidez y espontaneidad de carácter, y la viva indignación que solía sentir cuando consideraba que las cosas se hacían mal o no tan bien como se debía.

De todas maneras, estos rasgos de carácter, que hubiesen podido llegar a ser defectos notables, sirvieron de punto de apoyo para enriquecer su personalidad, y se convirtieron en fundamentos de la firmeza que necesitó después para afrontar lo que el Señor le reservaba: la impaciencia se mudó en audacia santa, y el temperamento impulsivo, en exigencia consigo mismo, y en comprensión con los demás. Nos confiaba muchas veces lo que llevaba en el fondo del alma: os pido perdón, por las molestias que os haya podido causar a cada uno. Os aseguro, y ésta es mi intención constante, que a sabiendas no quiero mortificar a nadie con mi modo' de ser. De todas formas, insisto, os pido perdón si a alguno le he molestado con mi modo de ser o de actuar.

Luchó para transformar sus tendencias naturales en cualidades positivas: la reciedumbre y la energía; la rapidez en la decisión; la agudeza de ingenio; la capacidad de darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor; o la habilidad dialéctica para responder a las dificultades. Pero no se dejaba llevar por el propio yo, dominaba los primo primi, y se esforzaba por hablar y actuar con rectitud de intención, al servicio del Señor y de las almas.

Observando toda su vida, me atrevo a asegurar que muestra la victoria de la voluntad y del entendimiento -puestos en Dios- sobre su carácter. Este triunfo procede de una continua vigilancia sobre sí mismo, aunque no dejaba de rogarnos que le ayudásemos; le he visto luchar contra esos hilos sutiles que, si no se rectifican, se convierten en ataduras que apartan de Dios. Supo conseguir una serena ecuanimidad, y la extraordinaria vitalidad de su temperamento estuvo siempre moderada por la prudencia y la fortaleza.

-En cambio, no deja de ser sorprendente que Mons. Escrivá de Balaguer no tuviera nunca dudas de fe.

No dudó jamás ni de Dios ni de sus verdades. Y ahí encontró la fortaleza para seguir practicando la fe con un convencimiento siempre mayor, aunque el cuerpo estuviera cansado, o sintiese la fatiga del trabajo: Dios -repetía con frase muy gráfica- nunca puede fallar.

Me decía con frecuencia que creía profundamente en la Trinidad Beatísima y en todas las verdades reveladas por Dios.

Era notorio su agradecimiento al Señor, y lo concretaba en la repetición de muchos actos de fe. En 1972 nos aseguraba: en la tierra no podemos tener jamás la tranquilidad de los comodones, que se dejan llevar pensando en un futuro asegurado. Nuestro porvenir, el de todos, es incierto, en el sentido de que podemos traicionar a Nuestro Señor, podemos fallar en la vocación o abandonar la fe. Por eso, debemos hacer cotidianamente el propósito de luchar siempre.

-Tampoco dudó nunca de su llamada divina al sacerdocio y al Opus Dei.

Repetía que, por amor a Dios, la vocación nunca se manosea. Con palabras que llenaban su vida, como un retornelo de su alma y de su conducta, reiteraba: jamás he dudado del Amor.

Su vocación sacerdotal no estuvo determinada ni favorecida por ninguna dificultad, desilusión o fracaso; ni por sucesos de carácter social, o familiar. No experimentó sentimientos de miedo a la vida o deseos de aislarse, por el revés económico de su padre;, por los cambios de residencia o por otras razones; ni sintió sensación de inseguridad ante el futuro. Tampoco tuvo, durante sus años de seminarista, crisis ni momentos de desánimo o de desesperanza.

Cuando faltaban unos cuatro meses para su ordenación de presbítero, don José Escrivá falleció repentinamente: era el 27 de noviembre de 1924. Le oí, muchos años después, refiriéndose a estos momentos particularmente difíciles, que si hubiera ocurrido meses antes el fallecimiento de mi padre, probablemente me hubiese planteado la necesidad de revisar mi camino. Pero, después del paso que había dado, el subdiaconado, no dudé ni un instante. Con estas afirmaciones, dejaba claro que no pasó por su mente ni la sombra de una duda.

-Sin embargo, el corazón de Mons. Escrivá de Balaguer sufría ante los propios errores, y expresaba su sentimiento con palabras fuertes, como nada, o miseria, o flaqueza...

Cuando advertía sus errores, reaccionaba con dolor de amor y, a la vez, se apoyaba mucho más en la gracia. Solía afirmar: yo no soy nada, no tengo nada, no puedo nada, no valgo nada, ¡nada, nada!, pero con Él lo puedo todo, como nos ha recordado el Apóstol: omnia possum in eo. qui me confortat [todo lo puedo en aquel que me conforta, Filipenses 4, 131. Pienso que enseñó a muchas almas a superar los complejos, las tristezas, las angustias, las deserciones en la lucha espiritual, porque les demostraba que el Señor les había traído a la vida con esas debilidades y, al mismo tiempo, les llamaba a santificarse; por tanto, con Él, podían todo.

Con el deseo de ser siempre un instrumento dócil, nos señalaba en 1962: ¡Hemos de dejar obrar a Dios!, confiando en Él, y esto a pesar de nuestras debilidades y de nuestros defectos personales. Nada de este mundo importa, ni es necesario, ni siquiera la fama o la honra personal. Ya hace muchos años que me acerqué al Señor, para decirle: si Tú no quieres mi honra, ayo para qué la quiero? Y así puedo afirmar con toda seguridad que la Obra es de Él: yo no he hecho nada, no he hecho más que poner dificultades, y le pido al Señor perdón con todas las fuerzas de mi alma, con mucha paz, porque Él cuida de su Obra. Yo voy viendo cada día más la necesidad de hacerse nada delante de Dios, porque eso me siento: nada.

Éste era el concepto que tenía de sí mismo. Así, en marzo de 1970, corroboraba: nuestras fuerzas personales se llaman de una sola manera, tienen un solo nombre: flaqueza. Tengo mi experiencia de toda la vida. Seremos fuertes sólo cuando nos demos bien cuenta de que somos flojos. Pensando que somos fuertes, por nosotros mismos, iríamos de narices enseguida, al estercolero más hediondo.

Este sentimiento de su nada, de su poca valía como instrumento, no le llevaba a dispensarse del deber. Nunca admitió que se tomasen los defectos personales como barrera o excusa para bajar el tono o disminuir la intensidad de la oración. Por eso, el 6 de marzo de 1972, afirmaba con fuerza: non est opus valentibus medicas, sed mole habentibus! [no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos: Mateo 9,12] Ésta ha sido mi oración constante durante todo el día: ¡Señor, aquí estoy yo, que soy un enfermo crónico y te necesito!

-En definitiva, esa consideración de la propia debilidad urgía a una lucha constante, incompatible con rutinas o acostumbramientos.

Muy grabada se me quedó una petición que me hizo en 1950, cuando yo apenas tenía veinte años. Con su espontaneidad de enamorado, me confió: hoy me duele mi falta de piedad: ¡ayúdame a reparar! Esas urgencias me calaban muy hondo, pues conocía su esfuerzo por ser muy piadoso. En 1953 nos animaba: No nos debe importar, siempre que sea necesario, hacer de hijo pródigo: empezar, pedir perdón con dolor sincero, y volver; esto agrada a Nuestro Padre Dios, porque bien conoce la pasta de que estamos hechos: por tanto, volved siempre, y volved con amor, que Dios nos espera.

Esta necesidad de amar más y más al Señor, se traducía en una exigencia constante. En 1966, como en otras muchas ocasiones, nos persuadía: vamos a examinar el sentido sobrenatural de nuestra vida personal: si nos buscamos a nosotros mismos; si nos hemos ido acostumbrando y no damos importancia a ese encuentro con el Amor, porque, si nos vamos acostumbrando, es que empieza la decadencia del amor, de ese amor que da contenido a nuestra vida y nos hace verdaderamente

eficaces. Y, en la mañana del 14 de febrero de 1970, me aseguró: he comenzado el día con la decisión de portarme bien; de meterme más en Dios; de procurar no quitar gloria a Dios. Y todo esto, dentro del marco de mis miserias, ¡que son tantas! Estaba decidido a buscar ininterrumpidamente a Dios:

-Introduciría aquí otro aspecto, implícito en lo precedente: el problema del cansancio en la lucha. Sólo una vez vi a Mons. Escrivá de Balaguer destrozado, sin apenas fuerzas para articular las palabras. Fue en el Colegio Mayor Montalbán de Madrid, al regreso de su viaje a América en 1975. Esa escena resultaba, por paradójica, muy estimulante. Me ayudó a entrever lo que comentaba más arriba sobre esa sonrisa permanente del Fundador del Opus Dei que ocultaba a los ojos de los demás tantas penas y dificultades.

Consideraba muchas veces que una madre, un padre, viven pendientes de sus hijos, también cuando llegan agotados al final del día. Aplicaba ese ejemplo a su vida, para superar la fatiga, sin dejar resquicio a la comodidad. El 5 de marzo de 1972 nos exhortaba: querría que estuviérais en carne viva, para que aquella expiación de Amor que Cristo asumió por nosotros, la sintierais en vuestras vidas: así hemos de buscar la entrega y el afán de almas, sin cansarnos de luchar, aunque tengamos motivos para el cansancio.

Movido por su confianza en el Señor, evocaba en 1968: en estos cuarenta años siempre que me he visto acogotado, cansado, he rezado lleno de confianza: Jesús, Señor, ¡descanso en Ti!, ¡Madre, Santa María, descanso en Ti! Su talante, ante circunstancias muy difíciles, humanamente insuperables, era de paz y sosiego: seguía trabajando como si nada ocurriera, al tiempo que transmitía seguridad a su alrededor.

En ningún momento le he visto desanimado, dubitativo, intranquilo. A su lado, se palpaba lo que tantas veces nos repitió, con palabras de Santa Teresa de Jesús: "quien a Dios tiene, nada le falta". Resumía claramente sus disposiciones en 1966: la angustia y la tristeza se oponen completamente a la misma esencia de Dios, que es la felicidad en grado sumo. Si estáis cansados, decídselo al Señor; si encontráis dificultades de categoría, dejadlas en las manos del Señor. Pero, insisto, evitad que alguno pueda concluir, por vuestra actitud personal, que el yugo del Maestro no es suave, no es de amor.

Nos alentaba a pensar en el premio eterno que Dios nos tiene preparado. Y, cuando algo nos resultase difícil, o hubiera excusas para escurrir el hombro, nos animaba a reaccionar con generosidad: Señor, ¡qué me irás a dar, cuando me pides tanto! Con esa misma seguridad, nos prevenía en 1964: ¡cuidado con la tristeza!: es una enfermedad del cuerpo y del alma. No se explica un hombre del Opus Dei triste, ¡no se explica! Querría decirnos cuántas veces me he encontrado solo entre el Cielo y la tierra, y me tenía que agarrar a la oración. Vosotros -porque lo ha querido Dios- tenéis eso, la oración y, además, la posibilidad de abrir el corazón en la dirección espiritual. Hijos míos: quitad la tristeza de vuestras vidas!, y si no sale así, tiradla por la ventana.

Con el mismo sentido exteriorizaba un estribillo de su alma: acordaos, hijos míos, de que todos los Salmos acaban en gloria. Y añadía: he pasado muchos años agarrado a Dios, solo, sufriendo, pero lleno de esperanza. He pasado muchos años así: et tuus cdlx uberrimus, quam prueclarus esta No había que rechazar ese cáliz, que me regalaba Nuestro Padre Dios.

-El cansancio y el trabajo, el sufrimiento y la alegría, las oscuridades y deslumbramientos se integran, al cabo, en profunda unidad de vida, de la que tendremos ocasión de hablar, pues es un rasgo nuclear del espíritu del Opus Dei.

No me cabe la menor duda de que, por su recurso a la oración, Mons. Escrivá de Balaguer reaccionaba con paz y serenidad sobrenaturales y humanas. En 1966, se explayaba: a mí, me entristece mucho el pensamiento de que algunos abandonan el frente con la excusa del cansancio. Comprendo que la fatiga puede llegar -llevo trabajando desde hace muchos años a contrapelo-, pero entonces se habla, sin quitar el hombro anticipadamente. La insistencia en la oración y en el

trabajo, aunque cuesten, es un ofrecimiento que Dios espera de nuestra parte. Como también espera que no nos entristezcamos, ni nos retiremos alicaídos, cuando fracasamos -cuando fracasamos humanamente, quiero decir-, porque ante el Señor no fracasamos jamás, si hemos buscado su gloria. Es el momento de pensar que, en ocasiones, los planes divinos no coinciden con los nuestros. Nosotros no podemos entristecernos nunca. Ante el resultado adverso, ha de crecer nuestra generosidad, por la sencilla razón de que nuestra vida es de amor.

Es difícil describir su empeño por convertir en oración cualquier actividad, aun las obligaciones más corrientes: las comidas o dar un paseo. Como fruto de su lucha, corroboraba: rezad, rezad siempre, para tener ese diálogo de almas contemplativas que viven persuadidas de que Dios nos mira, nos escucha, nos quiere. ¡Contemplativos en medio de la calle! A mí, hasta humanamente, me llena de alegría ese conocimiento de que nunca estoy solo; por eso, suelo repetir que no me he aburrido jamás en mi vida. Siempre encontraba motivos abundantes para rezar: la Iglesia, el Papa, la Obra, las almas, los apostolados, las familias. Y acudía a la oración seguro de que Dios Nuestro Señor transformaría la posible aridez en ayuda eficaz para la tarea apostólica de la Iglesia: Él no espera frases bonitas, oraciones rimbombantes; Él quiere que le acompañemos siempre, cuando hace frío y cuando hace calor, cuando estamos sanos y cuando estamos enfermos, cuando tenemos ganas y cuando nos faltan; nunca se cansa de nosotros, ni de escucharnos, ni nunca deja de recibirnos.

Nos dio siempre ejemplo, aun en momentos de mucho trabajo o fuertes padecimientos. Un día de 1969, nos confiaba a Moras. Álvaro del Portillo y a mí: ayer por la tarde, que me encontraba muy cansado, fui a hacer la oración. Me estuve en el oratorio, y le dije al Señor: aquí estoy, como el perro fiel a los pies de su amo; no tengo fuerzas ni siquiera para decirte que te quiero, ¡Tú ya lo ves! Otras veces le digo: aquí estoy como el centinela en la garita, vigilante, para darte todo lo que tengo, aunque sea muy poco.

Hacia el año 1954 ó 1955, llegó a sus manos una estatua de mármol, descompuesta en fragmentos. La mandó recomponer, sin disimular las fisuras de la piedra y dejándola también sin cabeza, como había llegado. Se colocó en una terraza de la Sede Central del Opus Dei, para sugerir a quienes la vieran que, aunque sean muy patentes nuestras miserias y debilidades, hemos de recomponernos para servir a Dios. Quería poner debajo de esa estatua una leyenda. En una noche de insomnio, parafraseando unas palabras de San Bernardo, compuso el siguiente texto: Non est vir fortis pro Deo laborans cui non crescit animus in ipsa rerum difficultate etiam si aliquando corpus dilahietur ["No hay varón fuerte que trabaje por Dios, que no se crezca de ánimo ante las dificultades, aunque alguna vez el cuerpo quede destrozado"].

-Hoy es universal la fórmula de la comunión espiritual que Josemaría Escrivá de Balaguer aprendió en Barbastro de un anciano Escolapio. Decía que llenaba el alma de paz y de sosiego, aun en los momentos de sequedad o de escrúpulo. Me gustaría conocer algún detalle de cómo afrontaba el Fundador del Opus Dei esos estados del alma.

Animaba a seguir con la oración mental y la oración vocal, también cuando arreciaba la fatiga. El 26 de noviembre de 1970 me decía: ayer no pude rezar con atención dos Avemarías seguidas, ¡si vieras cómo sufrí!; pero, como siempre, aunque me costaba y no sabía hacerlo, seguí rezando: ¡Señor, ayúdame!, le decía, tienes que ser Tú el que saques adelante las cosas grandes que me has confiado, porque ya te das cuenta de que yo no soy capaz de realizar ni siquiera las cosas más pequeñas: me pongo como siempre en tus manos.

Y no se recataba de hacer estas manifestaciones ante sus hijos, sin buscar compadecimientos ni justificaciones, sino para alentarnos a perseverar si atravesábamos esa sequedad. También en noviembre de 1970, se confiaba a los miembros del Consejo General del Opus Dei: ¡seco, hijos míos!: ésta es mi situación actual. A mí, me sostiene el Señor, porque yo soy un saco de inmundicia. Busco continuamente la unión con Dios, y el Señor me da una gran paz y una gran serenidad: pero me siento seco en la oración, también en la vocal. Hay días, en los que no logro ni siquiera meter la cabeza en un Avemaría: me distraigo enseguida. Pero sigo y continúo luchando

siempre: nunca dejo de rezar lo que tengo que rezar. Rezo, rezo siempre: procuro cumplir con todo mi amor, aprovechando las circunstancias en que me encuentro. Ahora mismo hago el propósito de rezar bien esta tarde el Rosario. Por qué os cuento esto? Porque tengo necesidad de manifestároslo. Nunca os hablo de nada que pueda haceros daño. Sé que esto que acabo de confesaros de la situación mía, os ayudará; porque también vosotros, o algunos de vosotros, quizá lleguéis a sentir un día esta misma sequedad, que yo paso ahora. Y es el momento de seguir rezando y acudiendo a la oración mental y a la oración vocal, como en los momentos en los que se encuentra más facilidad.

Tenía mucho interés en advertir a todos que, en las circunstancias más normales, pueden surgir dificultades para el amor a Dios, que se nos antojen insuperables por nuestra pobre naturaleza. En agosto de 1972, estando en el norte de Italia, nos abría el corazón a Mons. Álvaro del Portillo y a mí: den la vida trabajaremos siempre con gusto? ¡No! Yo os digo muchas veces que llevo cuarenta y pico años trabajando a contrapelo. Y añadía: No podemos olvidar que, mientras estemos en la tierra, nos acompañará la soberbia, la vanidad, la sensualidad. Por eso, si alguno se extraña y argumenta: yo, me veo con este defecto, o con ese otro..., respondedle: pues, lucha y da gracias a Dios porque estás vivo, y le puedes ofrecer tu alma y tu cuerpo. Es el consuelo del cristiano: Dios no nos abandona, porque nosotros no abandonaríamos a uno que quisiera servirnos generosa y sinceramente.

También por este motivo utilizaba muchas veces como jaculatoria las palabras de la liturgia: lux in Cruce, requies in Cruce, gaudium in Cruce. ["¡claridad en la Cruz, descanso en la Cruz, alegría en la Cruz!"] Y no dejaba de considerar que la Cruz es el testimonio más claro del amor de Dios, que nos trata como trató a su Hijo.

En multitud de ocasiones, nos prevenía: no penséis que llegará un momento en que todo será fácil: pasarán los años -os lo digo por propia experiencia- y necesitaréis continuar luchando, incluso con más fuerza, porque el diablo se presenta de los modos más engañosos.

Le veía acercarse semanalmente al sacramento de la Penitencia, con dolor y piedad. Se arrodillaba ante su confesor, don Álvaro del Portillo, lleno de compunción. A veces, me avisaba: no hace falta que te vayas. Siempre me ausenté, por delicadeza; pero al mismo tiempo entendí su transparente sinceridad, la confirmación de que abría en confidencia su alma a quienes le atendíamos. Su vida era integérrima y, sin embargo, notaba la necesidad de amar más, de pedir perdón al Señor. El 7 de octubre de 1973, nos comentó que había terminado la acción de gracias de la Misa, contrito ante la Bondad divina, con esta persuasión: soy una pobre fuente de miseria y de amor.

2. Caricias de Dios

Acaba de ser mencionado el cansancio, derivado a veces de la falta de salud. Mons. Escrivá de Balaguer sobrellevaba sus molestias, sin entorpecer el servicio a los demás. Mi impresión es que su respuesta a las enfermedades perfila su lucha hacia la santidad quizá con rasgos más intensos que los descritos en el apartado precedente. No pretendo resumir su historia clínica, pero sí me gustaría repasar algunas de las dolencias que sufrió después de la fundación del Opus Dei. Pienso que no hace falta recordar la gravísima infección que padeció cuando apenas tenía dos años: ha sido descrita con detalle en otros lugares, y es cada día más conocida a través del Santuario de Torreciudad.

Sin haberlo presenciado antes de 1950 -después si-, sé que padeció a temporadas fuertes ataques de reuma, que le inmovilizaban. Uno de los más virulentos lo sufrió cuando estaba refugiado en el sanatorio del doctor Suils, en plena guerra civil española: se le paralizó el brazo sobre el pecho, y hubo de estar en la cama durante días.

Comentaba con buen humor -y es ilustrativo de su reacción ante la enfermedad- que se parecía al caballero de la mano en el pecho, aludiendo al famoso cuadro de El Greco; y ofrecía quedarse con esa inmovilidad el resto de su vida o el tiempo que el Señor dispusiera.

También durante la guerra, ya en Burgos, tuvo vómitos de sangre. Aceptó la eventualidad de no poder trabajar con gente joven, pues los síntomas eran de tuberculosis. En ningún momento perdió la alegría ni la serenidad. En la oración, se encaraba con el Señor para protestarle filialmente, pues le había encargado la Obra -necesariamente había de tratar a jóvenes- y le enviaba esa enfermedad, que suponía una barrera insuperable. De todos modos, ofreció a Dios el objeto de su vida: sacar adelante el Opus Dei. Pasó de médico en médico, sin lograr saber de qué se trataba, pero al fin, providencialmente, desaparecieron los vómitos.

-Vd. fue, en cambio, testigo de la grave diabetes de Mons. Escrivá de Balaguer.

Le fue diagnosticada en 1944. Por las apariencias externas, debía de estar latente desde tiempo atrás: llegaba a casa muy cansado, con fuertes dolores de cabeza y con ataques de fiebre, que achacaba a su trabajo agotador. Pero, una vez descubierta la diabetes, no cambió el ritmo ni la dedicación a la tarea apostólica, salvo cuando debía guardar cama.

Durante años, padeció todas las consecuencias de esa enfermedad, que fue muy seria: he oído al profesor Faelli, en Roma, que había sido el paciente más grave en su larguísima experiencia de diabetólogo. Necesitaba diariamente tres inyecciones de insulina.

No toleró que le gestionásemos la dispensa del ayuno eclesiástico, aunque hubiera de celebrar la Misa -por compromisos del ministerio sacerdotal- a última hora de la mañana: por las descargas de insulina, padecía en ocasiones ataques de hambre. En cambio, llevado por una fina caridad con algunos de sus hijos que padecieron enfermedades del estómago o del hígado, se ocupó de que se tramitase esa dispensa, de modo que pudiesen trabajar sin molestias.

Con frecuencia, le subía mucho la fiebre, y quedaba postrado, pero superaba ese cansancio con garbo. Se atenia al horario previsto, sin concederse ninguna excepción. En una temporada larga, estuvo afectado de diplopía -visión doble-; otras veces perdía la visión. Nadie, fuera del médico y de don Álvaro del Portillo, lo advertimos: actuaba con una naturalidad tan sobrenatural, que su mirada nos traía la alegría y la paz que experimentaba en su alma.

Tenía una sed insaciable, que no apreciaban los demás. Controlaba la imperiosa necesidad de beber con verdadero espíritu de mortificación. Entre otros detalles, retrasaba el tomar agua más tiempo del necesario, aunque tuviese la lengua seca como una tabla; muchas veces, se refrescaba la boca, sin llegar a beber.

Acusaba fuertes y continuos dolores de cabeza, que no se le aliviaban sino con analgésicos especiales. No los pedía, pero el médico le obligaba a tomarlos cuando se percataba de la intensidad del dolor.

Ilustra el estado físico de Mons. Escrivá de Balaguer lo que sucedió en 1953 ó 1954, con motivo de una pequeña intervención quirúrgica a la que hubo de someterse. En la clínica, tuvieron que ponerle una inyección que favoreciese la coagulación de la sangre. La persona que le asistía, al apreciar la triste situación de su pobre cuerpo, le preguntó: "pero, ¿dónde puedo pinchar, Monseñor?". Y, sin alterarse, contestó: donde le parezca.

A lo largo de estos años de salud tan comprometida, se sucedieron los trabajos necesarios para las distintas aprobaciones de la Obra. Además, se dedicó a diario con todas las fuerzas de su alma a la expansión apostólica del Opus Dei, y a la atención espiritual y doctrinal de los miembros de la Obra que habían venido a formarse en el Centro Interregional de Roma. A pesar de la sequedad de su boca, y de la dificultad que tenía para hablar, no dejó de dar meditaciones, dirigir charlas, o atender las tertulias. Nadie se imaginaba que era un enfermo grave, que se encontraba en peligro inmediato de muerte.

Así estuvo hasta el 27 de abril del año 1954, cuando, a consecuencia de unas inyecciones de un nuevo tipo de insulina, prescrito por el médico, sufrió un "shock" anafiláctico del que, por Voluntad de Dios, se recuperó. Y la diabetes desapareció.

A partir de entonces, dejó de tener las fortísimas cefaleas de años anteriores, pero comenzó a sufrir otro tipo de dolores de cabeza. Los soportaba con naturalidad, y retrasaba los analgésicos que le

aconsejábamos para disminuir las molestias. Nadie advertía esas grandes jaquecas, por su comportamiento lleno de actividad, de celo apostólico y de alegría.

Antes de continuar el relato, tal vez podría recordar algún otro detalle del buen humor de Mons. Escrivá de Balaguer, en el contexto de la enfermedad.

Durante la diabetes, se le infectaban las heridas, con las consiguientes molestias. Comentaba: ¡ya he hecho otra gracia!, ¡si supiera aprovechar todo esto para el Señor!

Hacia los años sesenta le apareció un quiste en un párpado. El especialista aconsejó extirparlo. El día de la operación, aquella persona, que tenía gran experiencia como cirujano, mostró cierta inquietud. Cuando estaba en los preparativos le manifestó: "-Lo siento mucho, Monseñor, pero es posible que, con motivo de esta intervención, pierda usted algunas pestañas". -No se preocupe, doctor -replicó-, porque no tengo que presentarme a ningún concurso de belleza. Aquel hombre musitó nervioso: "-Non si sa mai".

También a partir de los años 1969-1970, como secuela de la diabetes, se manifestó una gran pérdida de calcio: con frecuencia, se quedaba sin fuerza en las piernas, y se caía al suelo. Cuando le ayudábamos -no podía valerse por sí mismo- para trasladarle a otro sitio y ponerle una inyección de calcio, nos repetía: ya veis qué Padre tenéis, que no sabe mantenerse ni siquiera en pie.

En 1974, a las pocas horas de llegar a Quito, se vio afectado por un fuerte ataque de mal de altura. No perdió la paz, aunque estaba sometido a evidentes limitaciones físicas: apenas podía hablar, sufría mareos y una gran fatiga para respirar, no era capaz de dar dos pasos sin la ayuda de alguna persona, ni soportaba ningún alimento. Se dejaba llevar de un sitio a otro como un niño pequeño, pues le faltaban hasta las más indispensables fuerzas físicas. Refiriéndose a esas circunstancias, señalaba que había tenido siempre afán de predicar la vida de infancia. Ahora, añadía, el Señor me ha hecho tocar hasta físicamente la realidad de que soy como un niño pequeño, ya que no puedo andar, apenas puedo hablar, me han de ayudar hasta en las cosas más elementales..., pero bendigo al Señor que así me trata, porque me doy cuenta de que en todo soy un niño que tengo que aprender hasta lo más rudimentario.

-Como es sabido, los diabéticos suelen padecer también dolencias en la boca.

Efectivamente, perdió toda la dentadura, salvo dos raíces, un colmillo, y una muela en el maxilar inferior derecho. Un día, al levantarse por la mañana, comprobó que no podía masticar, porque no le coincidían las piezas dentarias. El odontólogo advirtió un gran giro de esas piezas, que habían quedado prácticamente sueltas. Después de observarle, expresó así la anómala situación: "Estos dientes los quito yo `alfa cinese". Sin anestesia ni pinzas, los cogía directamente con los dedos y los iba sacando uno a uno.

No sufrió por esto Mons. Escrivá de Balaguer el menor complejo ni la más mínima aflicción. Lo ofreció al Señor y siguió trabajando y hablando como si nada hubiera ocurrido, esforzándose para que se le entendiera. Desde el primer momento se acomodó a las prótesis que prepararon, aunque le producían llagas muy dolorosas en las encías, que duraban más tiempo del habitual: cualquier herida se transformaba en un foco de pus.

Nunca se quejó mientras el odontólogo hacía sus trabajos, cosa de la que se lamentaba el propio dentista, Dr. Hruska, que insistía: "Monseñor, si le ocurre algo, si siente dolor, dígame, porque me ayuda mucho al trabajo".

El Fundador del Opus Dei, decidido a ofrecer todo a Dios, contestaba en italiano: -Faccia, faccia. Durante las intervenciones, el Dr. Hruska interrumpía el trabajo para comentar: "Así sólo consigo hacerle sufrir más, pues no me doy cuenta del daño que le estoy produciendo; dígame, Monseñor, cuándo le hago daño, porque procuraré parar". Con gesto de buen humor, respondía que podía seguir, que no le molestaba. Pero, por lo que nos explicaba el dentista, tenía que estar sufriendo fuertes dolores. Al regresar a casa, finalizadas esas intervenciones, podía yo comprobar que la

camisa había quedado completamente manchada de sangre, por las fuertes hemorragias de las encías.

En esas circunstancias, tampoco ponía dificultad alguna para las comidas, aunque procurábamos que le preparasen alimentos más blandos: no hacía ninguna observación ni mostraba malestar alguno, a pesar de que nosotros insistíamos en que nos dijera si podía tomarlos o no. -

He sido testigo de las reacciones de quienes trabajaban en la clínica: además del hijo del Dr. Hruska -también odontólogo-, las enfermeras, el personal administrativo y otro médico; todos buscaban la conversación y el consejo del Fundador de la Obra. Como me han comentado después de su fallecimiento, su presencia creaba un clima de alegría, de paz y entendimiento. Con una excusa o con otra, hablaban con él y, cuando era posible, le pedían orientación para su vida personal y sus preocupaciones. Conservan un recuerdo cariñosísimo de los muchos servicios que recibieron del Fundador del Opus Dei, que se dejaba atender sólo en lo imprescindible: por ejemplo, jamás toleró que le ayudasen a ponerse la dulletera, o que le cepillaran la ropa.

En ocasiones, había que arreglar la prótesis, que se rompía a causa de un colmillo que presionaba sobre la resina; al tomarle las improntas, padecía náuseas. El médico le decía que no se contuviera, porque estaban acostumbrados a esa reacción de los pacientes y no les producía ningún fastidio. Pero se contuvo siempre: ponía todo su esfuerzo, encomendándose al Señor, a su Custodio y a los Ángeles de los que le atendían. Muchas veces manifestaba: bastante lata les estoy dando, para que añada estos caprichos de mi pobre naturaleza.

Le acompañé también, en 1973, a un dentista de Terrassa, porque se le había roto la prótesis. Al tomarle las huellas para la nueva, había que esperar a que fraguara la masa en los aparatos correspondientes. Al sacarlos de la boca, vieron que la masa se había extendido por la garganta, provocando grandes dificultades para respirar y proclividad a las náuseas. El doctor y la enfermera quedaron muy asombrados de su aguante. Me comentaron que no se lo explicaban más que por una fuerza extraordinaria para soportar las molestias.

Por los regímenes de medicación y de comida señalados por los médicos, perdía peso de manera ostensible. El adelgazamiento se reflejaba también en la conformación de las encías, y las prótesis le ocasionaban unas llagas bastante grandes. Recuerdo que en la mañana del 26 de junio de 1975, el último día que pasó en la tierra, como no podía ver dónde estaban las llagas por la afección de sus ojos, me rogó que le pusiera un poco de pomada en las encías, para poder hablar durante el tiempo que iba a estar en Castelgandolfo. Aprecié que la úlcera en la encía inferior era muy grande. No dio más categoría a ese achaque, que, según los médicos estomatólogos, suele ser muy doloroso. Ninguna persona lo advirtió.

-La diabetes suele estar asociada también a enfermedades de la vista. Poco antes aludió ya a la diplopía.

En los años 1970 y 1971 comenzaron a formarse unas fuertes cataratas. Perdió la visión casi de un día para otro, y le costaba gran trabajo la lectura. No se desanimó ni se preocupó por esa nueva flaqueza que el Señor permitía. Aceptó la Providencia divina, y se sujetó a lo que dispusieron los médicos. Como le aconsejaron que leyera menos, nos pedía que le ayudáramos para la lectura espiritual y del Santo Evangelio. No se dispensó, sin embargo, del rezo del Breviario, y, como es lógico, continuó celebrando la Santa Misa. Más adelante, las cataratas fueron acentuándose, y había momentos, que se prolongaban durante la jornada, en los que un punto negro se ponía delante de la pupila y le impedía completamente la visión; por eso, hubo de disminuir todavía más el tiempo dedicado a leer. Pero arrostró con tal garbo esas limitaciones que -fuera de Mons. Álvaro del Portillo y de mí, que conocíamos el mal que le aquejaba- nadie se dio cuenta, ni siquiera los que participaban en el gobierno central del Opus Dei.

Para el Sacrificio Eucarístico, buscamos un misal con letras grandes; además, siempre que era posible, celebraba Misa votiva de Santa María, de los Ángeles Custodios o de difuntos, que se sabía de memoria. Llegamos por entonces al día del Corpus, y le sugerí que leyera los textos del común

de la Virgen; me interrumpió con su cariñosa energía: pon la Misa del Corpus Christi, ¡y ayúdame a ser más piadoso!

Continuaba con esta molestia cuando se organizaron sus catequesis por tierras americanas, y no le impidió atender las reuniones apostólicas previstas en cada lugar. Ninguno, de aquellos miles de personas, descubrió el más mínimo síntoma de su deficiencia en la vista. Su temple sobrenatural le hacía superar las dificultades. Y por la fortaleza que le concedía el Espíritu Santo, seguía los diálogos con el interés de quien vive en su carne los problemas de los interlocutores. Todos quedaron muy agradecidos de su cariño y de su entrega.

Naturalmente, se sometió en todo momento a las pruebas clínicas que le fueron prescritas, sin plantear la menor dificultad. Si le mencionábamos -mientras recibía la debida atención médica- que nos apenaban sus males, puntualizaba que era poco para lo mucho que se merecía por su falta de correspondencia con el Señor.

-También por esos años, comenzó a advertirse que la diabetes había causado una insuficiencia renal, con los consiguientes riesgos cardíacos y respiratorios.

Cuando se le presentó esa insuficiencia renal, los médicos le prescribieron que bebiese mucha agua, al menos dos litros diarios. Recordaba entonces divertido que, cuando estaba diabético, y tenía la boca reseca, le suponía una gran mortificación dejar un vaso de agua o retrasarlo; ahora, en cambio, el sacrificio no era tomar un vaso menos, sino ingerir la cantidad indicada por los médicos. Lo hacía con espíritu de penitencia, viendo ahí la Voluntad de Dios, aunque le costase esfuerzo; y nos decía a Mons. Álvaro del Portillo y a mí que lo ofrecía por las necesidades de la Iglesia, de las almas y del Opus Dei.

En esa época le prescribieron también unos paseos durante el día, para favorecer el funcionamiento de su organismo. Aunque notaba la fatiga por la dificultad respiratoria y el cansancio muscular, vivía aquellos momentos como otra caricia del Señor, entregándole -bromeaba- los cuatro huesos que quedan de mi pobre cuerpo. A la enfermedad se unía un régimen muy estricto de alimentación, con supresión absoluta de la sal, y reducción de grasas, azúcar y harinas, farináceas y legumbres.

Según me enteré después, porque los médicos no nos lo habían comunicado, corría un riesgo enorme si se veía afectado por una bronquitis, ya que podía complicarse con la insuficiencia cardíaca y renal. Así ocurrió concretamente en el viaje a América de 1974, con un fuerte ataque que padeció en Chile: el especialista, al ver el resultado de los análisis y sin haber reconocido directamente al paciente, concluyó que requería estar con diálisis continua.

Los médicos aseguraban que solamente una fuerza interior muy grande podía permitirle la naturalidad y la normalidad con que se comportaba en aquel estado de salud, que le aquejó durante los últimos años. Sirve de índice la conclusión del prestigioso facultativo que le atendió en Lima. Le trató una afección bronquial, y se quedó asombrado de cómo, en cuanto la superó, se entregó de nuevo a la predicación, sin escatimar ninguno de los compromisos previstos. Tan impresionado quedó que, al despedirnos, dijo a don Álvaro del Portillo: "damos las gracias a Dios por esta bendición que hemos recibido del Cielo, con la presencia y la dedicación del Padre, pero les pido que por favor no vuelva al Perú en estas circunstancias, porque su situación física actual es muy grave".

A causa de la insuficiencia renal y cardíaca, durante largas temporadas a partir de 1969, padecía asimismo unos derrames sinoviales en los codos y en las rodillas.

El simple roce de la ropa le producía fortísimos dolores, que le impedían o le hacían difícil caminar o mover los brazos. En estas temporadas, de fuerte agotamiento, siguió cumpliendo su horario y su régimen normal de trabajo. Nos llamaba la atención la violencia de los derrames sinoviales, que incluso le impedían dormir y le deformaban extraordinariamente los miembros. Sin embargo, a la hora del Sacrificio del Altar, cuando estaba con el Señor, me impresionaba muchísimo ver que

hacía todos los esfuerzos para vivir delicadamente las rúbricas, con el amor que puso siempre en la celebración de la Santa Misa.

Recuerdo que el 14 de diciembre de 1970 se encontraba aquejado por esa dolencia física, y me confió: estoy muy cansado, y me tengo en pie a fuerza de jaculatorias. Mi presencia de Dios me lleva a repetir continuamente: Señor, me abandono en Ti como un hijo, confío en Ti, espero en Ti. Y estoy seguro de que todo pasará, porque Él no puede pasar, y es lo único que me importa. Hijo mío, cuántas veces en mi vida me he encontrado, no como ahora, rodeado de tantas almas en todo el mundo que, por la Misericordia de Dios, no ven mis defectos y me dan su cariño, como me da su cariño la Obra; me he encontrado tantas veces, te decía, solo, sin un poco de tierra donde apoyar el pie; ni siquiera con un clavo ardiendo, como dice el refrán español; pero todo pasa, porque trabajamos para Dios, y Dios no pierde batallas, y es muy Padre con los que quieren vivir como hijos suyos.

Durante aquella época, nadie notó ni la cojera ni la dificultad que tenía en mover los brazos. En una conversación con Mons. Alvaro del Portillo y conmigo, nos corroboró sus sentimientos: poquico es esto que tengo y que quiero ofrecer continuamente al Señor; y también lo otro -mi sufrimiento por la Iglesia-, que eso sí es muy importante, ¡y resulta una buena mezcla! El dolor físico cuesta, pero cuesta más, si se une a un dolor moral que se viene arrastrando desde hace tiempo, pero hay que decir *fiat*. aceptando con buen humor la Voluntad de Dios. Hemos de abandonarnos siempre en las manos del Señor, que en ningún otro sitio encontraremos más paz y seguridad.

Con motivo de uno de estos derrames, le atendió un médico y, por una decisión precipitada, le puso un tratamiento que alivió el dolor, pero perjudicó todavía más su quebrantada salud. Cuando Mons. Escrivá de Balaguer lo supo, no salió de sus labios la más mínima palabra de queja.

En una ocasión, el derrame sinovial le dejó completamente, inmovilizado un brazo, y tuvo que llevarlo en cabestrillo. En esas circunstancias recibió a un miembro del Opus Dei que estaba de paso por Roma. Con solicitud filial, le preguntó: "Padre, apero no es nada grave, verdad?". Y le respondió inmediatamente: en la Obra nunca hay nada grave: todo es normal, si hay visión sobrenatural, amor de Dios.

Aunque está implícito en lo anterior, parece necesario incidir en la aceptación y el ofrecimiento sobrenatural de las enfermedades, tan característicos en las almas santas.

En momentos en que se le veía humanamente agotado, por el trabajo y por la enfermedad, nos comentaba que no se cambiaría por ninguna otra persona, ni añoraba un mejor estado de salud. Estaba persuadido de que el Señor le daba lo que más convenía a su santificación; tenía plena esperanza de que Dios se servía de aquello para unirle más íntimamente a

Aunque podría aducir muchas otras anécdotas, pienso que es una buena síntesis lo* que presencié el 18 de octubre de 1973. Había recibido la visita de una familia: la hija mayor era deficiente mental. Aquel matrimonio, que llevaba esa pesadumbre con gran sentido sobrenatural, se reforzó en su actitud, después de escuchar a Mons. Escrivá de Balaguer y ver el cariño con que trataba a su hija enferma. Al terminar, mientras volvíamos a la habitación de trabajo, me comentó: hemos de dar gracias a Dios, porque nos ha hecho normales: normales para amar el sufrimiento con alegría. Sufrir, en el Opus Dei, si vivimos el espíritu que el Señor ha querido para nosotros, se convierte en amor, y en amor con alegría. Después, pausadamente pero con mucha fuerza, añadió: no lo olvides, pasará el tiempo, yo me habré ido a rendir cuentas a Dios, y podrás repetir a tus hermanos que me oíste decir que el sufrimiento, cuando viene, nosotros lo amamos, lo bendecimos y lo convertimos en un medio para dar gloria a Dios, siempre con alegría, que no quiere decir que no cueste.

Desde los comienzos del Opus Dei, consideró los padecimientos caricias de Dios. Por eso, valoró siempre a los enfermos como auténticos tesoros, porque pueden aportar una ayuda inmensa, ofreciendo sus dolores, unidos a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Nos mostraba también que la enfermedad, cuando viene, hay que amarla; y nosotros hemos de saber santificarla porque es "el trabajo profesional" que el Señor pone en esos momentos en nuestras manos.

A partir del año 1970, a temporadas, tenía ataques de hipo que le duraban varias horas. No perdía la paciencia ni el buen humor, y seguía trabajando y atendiendo a quienes estábamos a su alrededor. Procuraba quitar importancia a esos enojosos ataques, aunque muchas veces le producían insomnio. Y no dejaba de pedir perdón por la molestia que ocasionaba al hablar. Confieso que yo estaba interiormente tenso, y me edificaba el sentido sobrenatural, la alegría y la naturalidad con que se conducía: continuaba su actividad como si no le ocurriera nada.

En 1970 reafirmaba: sólo si nos unimos continuamente a la Pasión de Jesucristo, sabremos ser instrumentos útiles en la tierra, aunque estemos llenos de miserias. Pienso que estas palabras sintetizan su modo de enfocar cuanto suponía dolor en su vida.

-No estará de más, sin embargo, aclarar que ese abandono en manos de Dios se armonizaba con la necesaria prudencia..., también por parte de los Custodes: me consta que no dejaron deponer los medios para cuidar la salud de Mons. Escrivá de Balaguer.

En primer término, cuando notaba molestias de categoría, no las disimulaba a quienes debíamos ocuparnos de su persona. Además, se atenía rigurosamente a las prescripciones de los médicos. Y, en fin, no se exponía a quebrantos por propio capricho ni por hacer su voluntad.

Vivió la prudencia en las enfermedades sin apegarse a su salud ni centrarse en su bienestar o malestar físico. Comunicaba a los médicos, sin pedirles nada extraordinario, que considerasen que debía atender su trabajo, y les rogaba que no le trataran con indulgencia, ni pensaran que podía dedicar más tiempo al reposo o desentenderse de unas tareas que eran importantísimas para el servicio de Dios. Luego, se sujetaba a la medicación y a los regímenes dietéticos que le imponían. Asimismo, se esforzaba por cumplir las prescripciones sobre una mayor movilidad física o sobre la conveniencia de seguir unas indicaciones clínicas determinadas, especialmente en los últimos tiempos.

Por supuesto, aguantaba los tratamientos -por muy duros que fueran- sin la menor queja, ofreciéndolos al Señor: curas verdaderamente dolorosas, como cuando tenía los derrames sinoviales; inyecciones que poníamos inexpertos y que ya eran molestas por sí mismas; tratamientos de la boca, etc. Lo soportaba todo con hondo sentido sobrenatural, y agradecía sinceramente los servicios o atenciónes que se le prestaban.

Desde el primer día, me sorprendió que tomase las medicinas que se le daban, sin preguntar para qué servían: esa aceptación era otra manera de acomodarse a la Voluntad de Dios: ni una rebeldía, ni siquiera la curiosidad de saber por qué debía tomar esto o aquello.

Nunca pedía su curación. Agradecía al Señor los padecimientos y los transformaba en oración del cuerpo: procuraba intensificar su vida de piedad, cuando no podía hacer otra cosa. Puedo, pues, afirmar rotundamente que aceptó y amó las enfermedades, y las empapó de alegría, convirtiéndolas en trabajo profesional con el que se santificaba y ayudaba a santificarse a los demás.

Cuando se reflejaban exteriormente el cansancio o la debilidad, procuraba seguir aprovechando el tiempo, y nos informaba, sin sentimentalismos o exageraciones: no os preocupéis, nos tranquilizaba, no me pasa nada; a veces, añadía: no he descansado esta noche, o me ha sentado mal un alimento que he tomado, pero no tiene importancia. Para que no nos buscásemos excusas de ningún género y nos preocupásemos constantemente de las almas, nos aseguraba en 1973: no tolero que en el Opus Dei haya viejos, comodones, con psicosis de enfermedad, porque nos molestan, ya que se quedan encerrados en el círculo de su egoísmo, de su propio yo, en lugar de ocuparse constantemente de las almas. Todos vivimos siempre con las mismas obligaciones, y todos -especialmente en el apostolado- tenemos la juventud y la fuerza de Dios.

-Y todo hace suponer que, en esas ocasiones, no dejaba de refugiarse en sus hijos.

Estaba siempre pendiente de ellos. Una tarde de 1953, le vi completamente agotado por la fatiga y las graves molestias de la diabetes. Al día siguiente, me comentó: ayer, deshecho, no podía con mi cuerpo y fui a refugiarme en tus hermanos del Colegio Romano de la Santa Cruz. Los vi con tantos

ánimos en su lucha para acercarse a Dios, que volví al trabajo inmediatamente, sintiendo la responsabilidad de ayudarles con la entrega de mi cansancio. Debo precisar que, cuando "se refugiaba en sus hijos", se dedicaba a formarles con sus conversaciones y con sus respuestas, ocultando el cansancio que le agotaba.

En la noche del 1 al 2 de enero de 1975, tuvo un encharcamiento de los pulmones, pues la enfermedad renal le produjo una insuficiencia cardiaca. Llamó, para que se le atendiera espiritualmente; además, se le pudo ayudar médicamente a superar aquel gran bache. Nos quedamos velando dos personas, por si volvía a ocurrirle algo durante aquella noche. Estaba en duermevela, y más de una vez -además de repetir continuamente jaculatorias- sugirió que nos fuésemos a descansar, porque ya no le ocurría nada. Fue un ataque serio. De todas maneras, era tal su vigor espiritual que, a la mañana, se levantó y dio gracias a la Virgen de la Merced por haberle mantenido todavía en vida, aceptando lo que el Señor dispusiese. Al día siguiente iniciamos un viaje hacia España, para que le explorasen a fondo los médicos que conocían con más detalle su historia clínica. Nos confirmaron que la situación era verdaderamente grave, pero, al verle, no lo habían imaginado, porque su comportamiento era el de una persona con una vitalidad extraordinaria.

Con la autorización de los médicos, realizó después un tercer viaje a América. No le hacía ninguna ilusión humana, y pensaba que esa falta de estímulo era una señal clara de que debía emprenderlo, y de que daría más frutos espirituales. A los pocos días de comenzar esa nueva catequesis, se advirtieron síntomas de agotamiento. No se alteró para nada el plan apostólico, aunque hubo de guardar cama, entre una y otra reunión, aquejado por la fiebre, el cansancio, y cierta dificultad respiratoria y circulatoria. No obstante, lo soportó con alegría y ejemplaridad. En los tiempos en que debía estar acostado, iba recibiendo en su habitación a los más antiguos de la Obra en esas tierras, con el fin de transmitirles criterios para su vida interior, para su trabajo apostólico, para su entrega. Con sentido sobrenatural y naturalidad, nos comentaba: ¡Dios sabe si volveré a ver a estos hijos aquí en la tierra! Volvió a Europa con la salud más quebrantada.

Tan desprendido vivió de su yo que, en la mañana del 26 de junio de 1975, no dio ninguna importancia a los síntomas graves que presentaba, y emprendió el regreso desde Castelgandolfo sin admitir el más mínimo tiempo de reposo.

Igualmente, en aquellas horas, desde que se sintió mal hasta que expiró, difundió paz, alegría y tranquilidad a todos, sin preocuparse de su estado de salud, despidiéndose de las personas con la naturalidad de quien se encuentra perfectamente. Sólo cuando el Señor le llamó a su presencia, recapacité en lo mucho que debió padecer físicamente aquella mañana.

3. El que ama la Voluntad de Dios

-Vamos entreviendo cómo luchaba Mons. Escrivá de Balaguer. Nos aproximamos así hacia el núcleo de una personalidad que llegó a ser santa, sin eufemismos ni paliativos: el ejercicio armónico de las virtudes no resulta algo excepcional, propio de superhombres, porque consiste en conocer y amar la Voluntad de Dios, hasta identificarse con Cristo; basta la correspondencia generosa, con el vigor de la gracia divina, que a nadie se niega.

Cuando leí Camino en 1956, me sorprendió profundamente descubrir un nuevo estilo de hablar de Dios. A la vuelta de los años, pienso que buena parte de su originalidad radica en ese telón de fondo que se advierte en los escritos del Fundador del Opus Dei: el sentido vocacional de la existencia cristiana, vivida -más que concebida- como un diálogo permanente de la criatura con su Padre Dios. Lo expresaba en Forja, 422, a propósito de Juan, el Apóstol adolescente: -¿No te gustaría merecer que te llamaran "el que ama la Voluntad de Dios"?

Mons. Escrivá de Balaguer nos refería que una de sus abuelas le había enseñado unos versos, que se le habían quedado muy grabados: "tuyo soy, para Ti nací, qué quieres, Señor, de mí?" Estaba persuadido de que Dios nos habla en todas las circunstancias y, por eso, insistía en la necesidad de descubrir el quid divinum de cada instante.

Nos hacía ponderar que Dios nos ama a cada uno, nos busca y nos espera; y lo sintetizaba así en 1968: el Señor nos ha dicho con predilección de padre: Ego redemi te et vocavi te nomine tuo: meus es tu! ["Yo te redimí y te llamé por tu nombre: tú eres mío": Isaías 43,1] Nos ha llamado por el nombre, por el "nomignolo", el apodo familiar, y añade continuamente: meus es tu! ¡Qué estupendo!, es un fundirse del Señor con nosotros. Mirad que todas estas consideraciones son verdades que nos repite la Escritura Santa, ¡no son sólo palabras!: nos recuerdan que Dios nos quiere, que Dios nos perdona, que Dios cuenta con nosotros.

-De algún modo, esa actitud aparece muy pronto en el Fundador del Opus Dei y le lleva, en Logroño, a su decisión de ser sacerdote. '

Le escuché muchas veces cómo nacieron los barruntos de su llamada al servicio del Señor en el sacerdocio, cuando tenía quince o dieciséis años. Desde entonces comprendió con fuerza que Dios estaba pendiente de su vida, y se apoderó de su alma la intranquilidad sobrenatural de buscarle, de mirarle, de tratarle, de quererle siempre más. Al referirse a este enamoramiento que inundó todo su ser, reconocía con naturalidad que era el primer y único amor, que había ido creciendo sin acostumbrarse y sin cansarse. Su decisión de ser sacerdote se fundó única y exclusivamente en el deseo de cumplir la Voluntad del Señor en aquello que le pedía y que no le concretó en los primeros momentos. Pensó, con un convencimiento fuerte y profundo, que si se hacía sacerdote estaría mejor dispuesto para escuchar la voz de Dios.

Recibió la llamada con verdadero optimismo. No fue al Seminario con mentalidad de víctima, pensando que hacía una renuncia heroica. No ignoraba los sacrificios que llevaba consigo, ni lo que suponía para su familia el abandono de las ilusiones que se 'habían forjado sobre su futuro. Pero ninguna de estas consideraciones fue obstáculo para su disponibilidad ante la Voluntad de Dios.

Habló con sus padres de esa decisión, que exigía abandonar planes humanos bien conocidos por todos. Renovó su abandono confiado en el Señor y, pensando en el futuro de la familia, le dirigió una petición llena de confianza: un nuevo hijo varón para sus padres. Al cabo de los meses, vio cumplido su deseo, cuando doña María Dolores comunicó a sus hijos que iban a tener un hermano. Nos refería Mons. Escrivá de Balaguer que se llenó de gozo, y tuvo la certeza de que el Señor había escuchado su oración, y aquel nuevo vástago sería también un varón, como así sucedió.

Antes de ser alumno del Seminario de Logroño, consideraba el sacerdocio algo muy excelso, propio de personas especialmente escogidas por el Señor. Sus padres le habían educado en el respeto y la veneración hacia los sacerdotes, porque eran los representantes de Cristo en la tierra. Esa autoridad iba unida al recuerdo cariñoso que conservaban de los parientes que habían abrazado el estado sacerdotal, algunos de los cuales fueron Obispos o Vicarios de diócesis. Pero, ante todo, tuvo el convencimiento de que ese camino requería la llamada expresa de Dios y reclamaba una correspondencia plena y un total olvido de sí, para dedicarse por entero al ejercicio del ministerio.

-Un momento crucial en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer fue la muerte de su padre en Logroño (1924). Acudió desde Zaragoza, donde ultimaba los estudios eclesiásticos.

Estuvo el tiempo necesario para ocuparse del entierro de su padre y de los funerales. Ningún otro miembro de la familia, de Zaragoza ni de Barbastro, se trasladó a Logroño. Sin embargo, no sintió el menor recelo: se hizo la composición de lugar de que quizá cada uno tenía sus compromisos, y no consideraban imprescindible ni obligada su presencia. Como es lógico, sufrió el aguijón de la soledad, en los duros momentos de la sepultura de su padre, pues su madre y hermana se quedaron en casa, de acuerdo con los usos sociales de la época.

De regreso hacia el domicilio familiar, iba meditando lo que había sucedido, y la situación en la que se quedarían su madre y sus hermanos. Se dio cuenta de que llevaba en el bolsillo la llave de la caja del ataúd, que le habían entregado. Al cruzar el puente sobre el Ebro, pensó que el Señor le iba quitando todo lo que podía significar atadura, consuelo o seguridad en la tierra; y, completando ese sacrificio, tiró la llave al río como manifestación de su entrega a la Voluntad del Cielo: ¿para qué quiero conservar esta llave, que puede ser para mí como una ligadura? .

Después del entierro, se reincorporó a sus estudios en Zaragoza, con el fin de prepararse para el diaconado, que estaba muy próximo; recibió esa orden el 20 de diciembre, apenas cuatro semanas después del fallecimiento de su padre. Cuando hacía alusión a esos sucesos, para que comprendiéramos que la fortaleza viene de Dios, solía comentar: era el Señor, nunca lo he dudado, el que me ponía en aquellas situaciones; por eso, con naturalidad y con sentido sobrenatural, yo no podía hacer más que aceptar gustosamente su Santísima y Justísima Voluntad.

-Se ha escrito mucho sobre su período de formación sacerdotal, en Zaragoza. Bastaría resumir algún recuerdo de esa etapa. Por ejemplo, Ud. ha acompañado al Fundador del Opus Dei, siendo Arzobispo Mons. Casimiro Morcillo y luego Mons. Pedro Cantero. Sé que les pedía el favor de ir a rezar en una de las capillas del palacio arzobispal de Zaragoza, donde el Cardenal Soldevila le confirió la tonsura el 28 de septiembre de 1922.

La primera vez que, después de sus años de seminarista, visitó la capilla, recordaba perfectamente cómo era, pero no sabía precisar en qué lugar del palacio arzobispal se encontraba. Fue buscándolo con ilusión, acompañado por don Casimiro Morcillo, pasando por las distintas capillas. Sin ninguna vacilación, comentaba: aquí no, aquí no..., hasta que encontró el sitio en que había sido tonsurado. Cayó entonces de rodillas, recogido en oración. Al igual que en muchas otras ocasiones, repetía la fórmula que pronunciaba el Obispo dentro de la ceremonia: Dominus pars hereditatis meae et calicis mei, Tu es qui restitues hereditatem meam mihi ["el Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz. Tú eres el que me mantienes en mi suerte": Salmo 15,5]. Salió de allí emocionado, después de dar gracias a la Trinidad -así nos lo dijo-, por todas las etapas de su vida, que habían quedado marcadas con el sello divino en aquel rito de la tonsura.

-Cuando Mons. Escrivá de Balaguer se refería a las contradicciones que sufrió a lo largo de su existencia, insinuaba que los años de Zaragoza fueron duros. Constan sus dificultades en el Seminario. Me gustaría saber cómo reaccionó cuando, el 30 de marzo de 1925, le encargaron que se trasladase cuanto antes a la parroquia de Perdiguera.

Sucedió a los dos días de haber recibido el Sacramento del Orden, cosa inusual en casi todas las diócesis de España, y más particularmente en las grandes, donde había abundancia de clero: se tendía a que los nuevos sacerdotes desempeñaran su labor pastoral junto a otros mayores que pudieran atenderles en sus dudas, y que se encargaran de orientar fraternalmente a sus hermanos más jóvenes.

Por estas razones, causó cierto estupor la decisión de mandarle fuera de la ciudad, solo, lejos de la familia, con una tarea completamente nueva para el joven sacerdote. Pero no puso la menor dificultad, y se trasladó al pueblo de Perdiguera el mismo día 31, dejando a su madre y a sus hermanos en la ciudad de Zaragoza. Esta separación no turbó ni disminuyó su dedicación gozosa a las almas. Nunca salió de sus labios una palabra de incomprensión, de rebeldía o de juicio crítico. Al contrario, acudió a Perdiguera con la persuasión de que, al cumplir su deber y obedecer a la autoridad competente, encontraría el mejor modo de agradar a Dios y de descubrir la Voluntad divina en aquello que seguía oyendo dentro de su alma con santa inquietud, pero que todavía no se había concretado en una tarea determinada.

-Cuando regresó a Zaragoza, fue Capellán en la iglesia de San Pedro Nolasco. Y solicitó a la archidiócesis que le fueran concedidas otras Capellanías, en las que pudiera desarrollar un trabajo sacerdotal más amplio y con más dedicación. Pero no consiguió nada.

No sé los motivos por los que le denegaron sus solicitudes. Posiblemente se debió al número excesivo de clero en la diócesis, ya que sobraban candidatos para los puestos pastorales diocesanos. Siempre manifestó en las oficinas de la diócesis, en la cancillería, que estaba dispuesto a trabajar en las tareas que se le encomendaran, y -repito- nunca rechazó ninguno de los encargos que le

confiaban. Nos lo ha referido muchas veces, y nos hacía notar la necesidad de no poner condiciones, pues los caminos de Dios discurren muchas veces por donde menos esperamos; y van ciertamente por donde indican los Superiores -la autoridad legítima-, pues transmiten de ordinario la Voluntad de Dios.

-Sin embargo, alguien ha presentado esas dificultades de modo negativo, como si el Fundador del Opus Dei estuviera en conflicto con la autoridad eclesiástica de Zaragoza, y no fuesen claros los motivos de su marcha a Madrid.

Según documentos fehacientes, se trasladó a Madrid en la semana de Pascua de 1927, con la autorización expresa del Arzobispo de Zaragoza, Mons. Rigoberto Doménech, a quien sometió su proyecto de hacer el doctorado en Derecho, Civil y Presentó personalmente la solicitud correspondiente. Si se aprobaba esa petición, era necesario el traslado, porque sólo en la Universidad de Madrid se podía obtener el título de doctor.

No excluía entonces la posibilidad de abrirse camino en la enseñanza o en otras orientaciones semejantes, para las que en España se exigía ese grado académico. Tampoco podía prescindir de que sobre sus espaldas gravaba el sostenimiento de su familia.

En su exposición al Arzobispo de Zaragoza, subrayó -porque así lo planeaba- que, mientras cursase esos estudios, seguiría dedicando la parte más importante de su día a la actividad pastoral. Supeditaba a esta labor sus investigaciones y la redacción de la tesis.

Concretamente, fue primero Capellán del Patronato de Enfermos, nombramiento que obtuvo con el beneplácito de la autoridad diocesana. Más adelante, pasó a ser Rector del Real Patronato de Santa Isabel. Cuando consiguió este nombramiento por decreto del Presidente de la República, no se hizo la colación canónica. No se debía a que el Obispo se opusiera, sino a que la jerarquía eclesiástica no deseaba respaldar decisiones de un Régimen que se demostraba antirreligioso y anticlerical, con medidas tristemente discriminatorias para los católicos: quería evitar incluso la apariencia de colaboración formal y externa con la autoridad civil. De todos modos, el Obispo de Madrid, don Leopoldo Eijo, le comunicó que actuara como Rector de ese Patronato, con todas las funciones eclesiásticas propias, aunque no tuviera por escrito la colación canónica.

Este encargo tenía una sola ventaja: conseguir su incardinación en la diócesis de Madrid, donde ya había comenzado la labor apostólica del Opus Dei con la aprobación del Obispo. Iba aumentando el número de personas que se acercaban a la Obra y también la intensidad de las tareas apostólicas que iba desarrollando. No había ninguna ambición de mejorar un curriculum, como quedaría bien patente con el posterior rechazo de muchas posibilidades de hacer carrera eclesiástica, por la exclusiva razón de que no quería poner ninguna condición a la providencia divina.

-En la vida de Mons. Escrivá de Balaguer aparece continuamente esa actitud abierta ante el querer de Dios, que se expresa día a día, hasta llegar a la identificación con Cristo.

Solía preguntarse ante las ocupaciones que debía realizar: ¿cómo lo hubiera hecho Jesús, cómo se hubiera ocupado de esto Santa María, cómo hubiesen afrontado esta situación San José, los Apóstoles, si se encontraran en mi lugar? Y se esforzaba en acomodar su conducta al criterio así alcanzado.

Por eso, a menudo me ha comentado, mientras estaba trabajando a su lado, cuando le acompañaba en distintas gestiones, o ante las dificultades que se presentan en la vida: no quiero hacer lo que a mí me parezca que está bien, ni siquiera me conformo con lo que los hombres podemos calificar de acciones extraordinarias; quiero única y exclusivamente lo que quiere Dios para nuestra vida, en lo grande y en lo pequeño, de modo que no solamente estemos identificados pasivamente con el querer de Dios, sino que lo amemos activamente, porque El así lo quiere.

Me sorprendió el enamoramiento creciente con que vivía cada jornada, y que se transparentaba en su trato con el Señor. Se comprende su afirmación de que se sentía muy joven, con la juventud de

Dios; porque traslucía ese amor ardiente, de la persona joven, que no repara en obstáculos para estar cerca de quien ama. Muchas veces, al final del día, comentaba a Mons.

Álvaro del Portillo y a mí que estaba persuadido de que su elección había sido la mejor, y que querría continuarla con la entrega total de su pobre persona, aunque físicamente estuviera derrumbado, como sucedía en el ocaso de su vida. Os aseguro, nos confiaba entonces, que por dentro mi amor va haciéndose más fuerte, porque no ha disminuido mi convencimiento de que Él se merece todo.

Deseo recoger algunas enseñanzas, que muestran ese itinerario de su corazón. En 1954 nos expresaba: cuando se ama de verdad, se da con alegría, sin llevar la cuenta y sin buscar agradecimiento: ¡es suficiente, entonces, para el alma, la oportunidad de gastarse gustosamente! No se piensa si ya se ha hecho mucho, o si cuesta: en el trato con Dios no se repara en los obstáculos porque, como en el amor humano, no hay dificultades ni defectos que impidan la conversación con la persona amada.

Recurría también con frecuencia a un dicho de la tierra española: "amor con amor se paga". Lo aplicaba a ese saber estar disponibles para Dios en todo momento, sin condiciones de ningún género. En 1966, le oí comentar: si en alguna cosa puedo decir algo con verdad de mí mismo, es que nunca he hecho mi voluntad: lo que me hubiera gustado hacer. Desde luego, si hubiese dependido de mí, a estas horas sería un abogado, un historiador, etc.; pero no sacerdote del Opus Dei. Y, sin embargo, soy más feliz que nadie sólo con haber cumplido la Voluntad de Dios, porque me da la gana, respondiendo a su amor. Igualmente, para insistir en que este amor abraza toda nuestra existencia, nos encarecía el 29 de noviembre de 1972: en el Opus Dei hay que entregar la vida, la sangre, el alma: ¡todo para Dios! Su llamada no se paga en dinero: se paga con la vida entera.

Se esforzó siempre en querer al Señor más y más, sin pensar en lo que le había dado. Sacaba consecuencias de la vida corriente: del cariño de los padres a los hijos, que les lleva a no contabilizar sus sacrificios ni su generosidad; de la pasión de los enamorados, que aceptan dificultades sin cuento, con tal de estar juntos. Concluía en la necesidad de corresponder, pues hemos sido escogidos por Dios, para honrarle y darle toda la gloria. En 1968, nos hacía reflexionar sobre esta verdad: no podemos sentir -no es tolerable en un alma escogida por Dios el peso de lo que hemos dejado. Nuestra llamada, nuestra vocación, es una delicadeza del Señor con cada uno de nosotros. Por eso, yo no me siento atado: tengo la libertad plena, total, del Amor de Dios.

Nos exhortaba también a demostrar al Señor que le queremos a través del cumplimiento fiel y leal de nuestras obligaciones, elevándolas siempre al orden sobrenatural. El 11 de febrero de 1973, reconocía: casi todos los disgustos provienen de que la persona busca una complacencia para su yo.

-No deja de ser interesante captar cómo articulaba esa pugna contra el "yo", que frente a lo que puede parecer a primera vista- forja una personalidad recia y atractiva.

Mons. Escrivá de Balaguer se esforzaba por entregar todo a Dios: la salud espiritual y la salud física, las alegrías y las penas, el trabajo y el descanso, la convivencia habitual y la relación con personas que no trataba cotidianamente. Actualizaba esa entrega día a día, invocando al Espíritu Santo, con palabras incisivas: lo que Tú quieras, como Tú quieras, cuando Tú quieras. Para insistirnos en la tranquilidad y la paz sobrenatural que provienen de ese ofrecimiento, no tenía inconveniente en repetir que nunca se había arrepentido de haber dado su yo al Señor; en cambio, añadía, me he arrepentido y me he encontrado a disgusto cuando no lo he hecho, y entonces he procurado pedir perdón para reparar, porque deseo que el Señor disponga enteramente de mí.

Recuerdo que, en 1963, entregaron al sastre que le había hecho las últimas sotanas una separata con una entrevista suya. Aparecía una foto que, por defectos de impresión, habían tenido que retocar. El sastre miró la fotografía y, con espontaneidad, comentó que no era el corte de sotana que él hacía habitualmente. Se lo referimos al Fundador de la Obra, y enseguida puntualizó: ¡es lógico! Entiendo perfectamente la reacción de este hombre, porque su profesión es su vida, y vive del trabajo que le apasiona: ¡si todos los hombres, hijos de Dios, tuviéramos esta pasión de vivir

siempre en cristiano...!, ¡y si cada uno de nosotros tuviera esta pasión, siempre actualizada para hacer el Opus Dei!

Me resulta imposible determinar el número de veces que le habré escuchado estos consejos sobre la entrega, incluso con estas mismas palabras: el que no quiera darse, nos estorba, nos hace daño. Hay que quemar las naves con todas las consecuencias, abriendo de par en par el corazón, para que entre la gracia de Dios. La reacción del que se entrega de verdad es siempre buena, porque, aunque sufra, se vive con la alegría de ser de Dios, y de ver con la luz que da Dios.

Se exigía una respuesta sin excusas ni cicaterías, usque ad summum ["hasta arriba": Juan 2,7]. Por su amor a la Santísima Trinidad, sabía sacar vibración de eternidad a todos los instantes de su día: desde los dedicados a la oración y al trabajo, hasta los momentos de esparcimiento. En 1964, nos insistía en la necesidad de amar a Dios en el quehacer cotidiano: la dignidad humana es tan grande, tan maravillosa -¡somos hijos de Dios!-, que cada uno debe cuidar su trabajo, el que sea, con el mismo cariño con que se trata el diamante más precioso, porque nuestras vidas han sido compradas lo dice San Pablo a un gran precio: la Sangre de Cristo.

Tenía como una cantinela en su conversación y en su conducta: vivir por amor de Dios. El 30 de mayo de 1974, nos señalaba: el Opus Dei se hace a fuerza de amor y de sacrificio, con oración, con mortificación, con trabajo y con celo apostólico. Hemos de sentir deseos de que el Amor sea amado, y hemos de agradecerle que se nos haya dado, porque por ahí no se lo agradecen, y nosotros -tú y yo- no se lo agradeceremos bastante. Recoged las rosas del camino -esas rosas que también tienen espinas-, y llevádselas al Señor: ¡fuera la sensualidad -que recorta las alas del amor-, fuera el egoísmo, fuera la comodidad...! El que no vive la alegría en el Opus Dei, que se examine, porque cuando falta esta virtud es señal evidente de que el alma está distraída en algo que no es de Dios.

He presenciado también la fortaleza con que vivía el relictis omnibus: dejarlo todo, para que el Señor reine en el alma. Se examinaba diariamente para ver si había buscado la gloria de Dios en todo, sin reservarse nada. Me llamaron la atención, a este propósito, unas palabras de 1953: ¡qué fácil es concretar el amor a Dios a través de nuestro desprendimiento! Ni siquiera tenemos que preocuparnos de buscar en qué: bastará el afán de obedecer continuamente a las llamadas de la gracia, y desaparecerá cualquier manifestación de nuestro yo.

-Se configuraba así una lucha por identificarse con la Voluntad de Dios, llena de finura, sin rigorismos ni escrúpulos, abierta hacia los demás.

Entendió desde sus primeros años la necesidad de no dejar nunca de ser muy amigo de Jesús. Aludía a que en el trato con el Señor hemos de ser muy atentos, como sucede, en lo humano, entre los que se quieren sinceramente. Recurría a veces al siguiente ejemplo: si vamos por la calle y, en el trasiego del cruce con otros peatones, nos rozamos o nos damos un pequeño golpe, a aquello no le damos la más mínima importancia; pero si el que nos da un golpe es amigo nuestro, y lo hace con indiferencia, con desprecio, se despierta enseguida en nuestra alma un sentido de dolor. Esta realidad hay que aplicarla a nuestra relación con el Señor: qué falta de delicadeza tan ilimitada supone no dar importancia a las pequeñas faltas, y no detestarlas, como obstáculo que son para estar con toda la plenitud del amor puesta en Dios.

Hilaba muy fino en su exigencia personal para aborrecer el pecado. Hasta el punto de adoptar como norma unas palabras que eran la síntesis de su vida: si esto -cualquier hecho o suceso- no me acerca a Dios, ¡no lo quiero!

Los que hemos vivido a su lado hemos podido comprobar su odio al pecado mortal, al pecado venial deliberado, a las faltas de omisión, a las faltas desconocidas y a las imperfecciones. Poco después de conocerle, le escuché esta consideración: hay un verso popular en mi tierra que dice lo siguiente: la rueda de la existencia te la voy a recordar: pecar, hacer penitencia, y luego, vuelta a empezar. Y concluía, con una expresión severa: ¡esto nunca!; no podemos tener jamás idea de provisionalidad. Hay que luchar continuamente con el pecado, porque nos aparta de la amistad con Dios.

Veía yo también su fortaleza en cumplir los propósitos, y en repetir, con pedagogía machacona: no creo en las últimas veces: ¡la última ha sido ya! Se refería a la actitud de aquellas almas que, en lugar de cortar inmediatamente cuando algo les aparta de Dios o no les deja acercarse como debieran, razonan excusándose: "ésta será la última vez". Cuando había hecho el propósito de privarse de alguna cosa lícita por amor de Dios, y le instábamos a hacerlo "por última vez", contestaba: la última ha sido ya.

El Fundador del Opus Dei insistía sin cansarse: si no hacemos mejores cristianos a las personas que están a nuestro alrededor, si no tenemos hambre de que la gente que nos trata sea más amiga de Dios, hasta llegar a una intimidad grande, significa que no respondemos a la llamada que hemos recibido, que nos obliga a extender el Reino de Dios, y -¡pensadlo bien!- significa que hasta humanamente hemos fracasado, porque hemos desertado del camino que el Señor, en su amor y en su misericordia infinita, nos ha trazado a cada uno.

El sentido de corredención estaba muy presente en su vida. Cuando notaba el peso del trabajo, continuaba adelante pensando en Dios y en las almas. Ya hacia el final de su vida, en 1973, nos subrayaba el deber de ser leales con los compromisos cristianos: cuando estemos en un trance de "tocar el violón", hemos de pensar que las consecuencias serán muy molestas. De una parte, para nosotros, porque nos apartan de Dios; y de otra, para muchas almas, que se encuentran cerca y, lejos de nosotros.

-En cierto modo, Mons. Escrivá de Balaguer subraya el carácter amoroso con que la Voluntad divina se manifiesta hacia el hombre, y suscita un especial sentido de responsabilidad.

Una vez nos sintetizó su confianza en Dios, aprovechando una canción popular que acabábamos de oír, y decía más o menos: "de que tu padre no me quiera, se me dan tres caracoles, porque allá arriba, me están queriendo a montones". Y añadió: hemos de trabajar siempre con este sentido sobrenatural. Nos ha de importar la gloria de Dios, la defensa de la Verdad; solamente así, poniéndonos al servicio del Señor, serviremos a todas las almas y las acercaremos al fin para el que han sido llamadas.

En las obligaciones que le ligaban al Señor veía una prueba evidente de ese amor infinito que Dios nos dispensa, y que se concreta en el camino específico que señala a cada uno. En 1969, se refería a su propia llamada: estas cadenas divinas que me atan a la Obra yo las amo con locura. No quiero romperlas nunca, ni siquiera deseo soltarlas, aunque a veces me cuesten, me supongan un peso, porque estoy convencido de que el Señor me ha querido enteramente para Él a través de este camino y de este espíritu que nos ha dado.

Comentando un texto del Libro de los Proverbios, testis fidelis non mentitur; profert dutem mendacium dolosus testis ["no miente el testigo fiel; el testigo falso no profiere más que mentiras": Proverbios 14,5], agregaba en 1962: de aquí la eficacia de nuestra vida, si es cuidadosamente fiel a la Voluntad de Dios. Con nuestra conducta, con nuestra respuesta fiel, damos testimonio, hacemos apostolado, ayudamos a los demás en su tarea de santificación, de acuerdo con el camino que el Señor nos ha trazado.

Ya desde los primeros años del Opus Dei, fomentó el sentido de responsabilidad en su alma y en la de quienes trataba, para arrastrar con el ejemplo. Se conserva una nota autógrafa de aquellos tiempos, que refleja esa preocupación: ¡es tremendo! Quiera o no quiera, los demás harán después lo que el Padre hacía". Y añadía: ¡¡¡mi ejemplo!!! Por eso, le urgía la necesidad de empujar a los demás con toda su vida. En 1952, tomó estas palabras: serenos siempre: con sentido de responsabilidad, sabiéndonos eslabones de una cadena divina. Por lo tanto, yo quiero que este eslabón, que soy yo, no se rompa; porque, si me rompo, traiciono a los demás. Y me gozo en la fortaleza de los otros eslabones, y me lleno de alegría de que los haya de oro, de platino, con piedras preciosas, mientras yo me veo de la calidad más inferior.

-Cuando se habla de la Voluntad de Dios, resulta ineludible mencionar el momento definitivo de la muerte.

Manifestaba una continua esperanza. en el Señor: no basta aceptar la muerte: es necesario prepararse a recibir a esa buena hermana nuestra, que nos abre la puerta para el abrazo de Dios, del que ya no nos separaremos nunca, viviendo el gozo eterno de mirarle cara a cara. Meditaba diariamente en la muerte, preparándose para recibirla donde Dios quiera, como Dios quiera y cuando Dios quiera, seguros de que vendrá en el momento más oportuno y de que -si de nuestra parte hemos puesto todo el esfuerzo por seguir a Dios- Él no nos abandonará, porque es siempre fiel.

Amó la Voluntad de Dios hasta su último día en la tierra. Por gracia de Dios, que considero inmerecida, me encontraba con Mons. Álvaro del Portillo junto al Fundador del Opus Dei en el momento del tránsito: un fallecimiento repentino e inesperado para todos, aunque llevaba una temporada en la que no se encontraba bien de salud. Durante su última época en la tierra repetía con más intensidad una jaculatoria que estuvo siempre en sus labios: *Vultum tuum requiram, Domine.*, ¡Señor, sólo quiero ver tu rostro, buscar tu rostro! También decía muchas veces: *omnia in bonum* ;todo es para bien, todo lo que sucede nos ha de llevar a Dios. Con estas disposiciones le sorprendió la muerte.

Aquella mañana, cuando se sintió mal, mientras estaba en el Colegio Romano de Santa Marfa, vimos que se abandonaba enteramente al Querer divino, metido espiritualmente en Dios y esperándolo todo de Él. No hubo en su ánimo contrariedad o rebelión ante los síntomas del grave malestar físico que le obligó a interrumpir, con preocupación de los presentes, aquel momento de formación con unas hijas suyas universitarias. Su calma, su serenidad humana y sobrenatural, nos empujaron en esos momentos tensos a rezar y a esperar en Dios, seguros de que Él dispondría lo más conveniente. Recuerdo que, unos minutos antes de expirar, pasó por delante del oratorio y, a pesar de estar muy fatigado, hizo su habitual genuflexión pausada, profunda, piadosa, adorando al Señor y renovando el ofrecimiento de su vida.

4. Iluminar los caminos divinos de la tierra

-La vida de Mons. Escrivá de Balaguer cobra una nueva y radical dimensión con la fundación del Opus Dei: conoce al fin el querer de Dios, tras el que caminaba desde muchos años atrás.

El 2 de octubre de 1928, vio con nitidez el Opus Dei, dirigido a hombres de todos los ambientes, para buscar la santidad en y a través del trabajo profesional y de las ocupaciones ordinarias de cada día, santificar los diversos quehaceres, y convertirlos en oración y en instrumento de apostolado.

Vio también con claridad que este fin suponía santificar las estructuras sociales desde dentro, es decir, fomentar el despliegue de la vida cristiana en medio del mundo, desde el lugar y condición de cada uno, y sin necesidad de crear ningún nuevo estado en la Iglesia. Los miembros de la Obra continuarían siendo lo que eran: cristianos corrientes, comprometidos con el trabajo que venían realizando.

Al evocar su llamada al Opus Dei, entre otras muchas consideraciones, Mons. Escrivá de Balaguer repetía: Madrid fue mi Damasco; porque en esa ciudad se le cayeron las escamas que le impedían ver la Voluntad de Dios para su vida. Afirmaba también que era madrileño, porque allí había nacido a la aventura cristiana que el Señor le había preparado.

-Como es sabido, no deseaba ser fundador: pensó inicialmente que "eso" ya existiría en alguna institución de la Iglesia.

Pensando, efectivamente, que no era digno de fundar nada, y movido por el respeto que le merecían todas las instituciones de la Iglesia, se ocupó de buscar una en la que se cumpliesen las finalidades y se viviese el espíritu que el Señor le había hecho ver. Repito intencionadamente estas palabras,

para resaltar la forma en que estaban grabadas en su alma. Si encontraba alguna, estaba decidido a ponerse a su disposición, ya que prefería ser el último de un proyecto apostólico ya existente, a ser el fundador de otro.

Se dirigió a diversas entidades de Italia, de Alemania, de Suiza, de Francia, de Hungría y de Polonia. Además de las informaciones que pedía expresamente, cayeron en sus manos noticias sobre otras, cuando era Capellán del Patronato de Enfermos y también, más tarde, en el Real Patronato de Santa Isabel. Todas y cada una -por un motivo o por otro, pero siempre por características fundamentales- se distinguían netamente de lo que el Señor le había mostrado.

Nunca desechó a priori los datos que recibía. Los examinaba con atención y con la sincera ilusión -repito- de encontrar un lugar en el que pedir el ingreso y ser el último: para servir y obedecer como instrumento fiel del Señor.

Desde luego, ejerció su carisma de Fundador desde ese 2 de octubre de 1928, y luego su tarea de Presidente General, con la responsabilidad de quien cumple una misión confiada por el Señor. La única razón de su existencia fue servir a la Iglesia haciendo el Opus Dei. Nos aseguraba que debía gastar su vida para cumplir esta misión concreta.

Antes de abordar otros aspectos de la novedad que introduce en la Iglesia el espíritu del Opus Dei, me interesa precisar algún dato histórico del proceso fundacional. Son bien conocidas las circunstancias en que, el 14 de febrero de 1930, durante la celebración de la Santa Misa, el Señor le pidió que incluyera a las mujeres. Algo semejante sucede con la fundación, otro 14 de febrero, ya en 1943, de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Y también, respecto de la Asociación de Cooperadores, pero ésta, en cambio, sin fecha.

No conozco que haya una fecha precisa en la que viese la fundación de una Asociación de Cooperadores del Opus Dei. Pero sí que estaba en su alma, desde hacía muchísimo tiempo, antes de 1950, cuando se obtuvo la aprobación pontificia de esta agrupación.

Se trabajaba apostólicamente con hombres y mujeres de todas las clases sociales y profesiones. Como consecuencia, la labor llegaba a personas de muy diversas creencias, es decir, también a no católicos, y a quienes carecían de la fe cristiana. El Fundador concedió siempre una importancia primordial al trato con quienes estaban alejados o no pertenecían a la Iglesia, para realizar lo que calificaba como apostolado ad fidem.

A la vez, vio muy clara la necesidad de tramitar la aprobación de esta Asociación de Cooperadores, porque había alrededor del Opus Dei muchísimas personas -católicas y no católicas- que colaboraban con su oración y con su trabajo en los fines de la Obra. Cuando lo planteó en la sede competente, incluyó que pudiesen ser admitidos también, como Cooperadores, los católicos apartados de la Iglesia, los no católicos e incluso los no cristianos.

En Roma, esta iniciativa produjo la lógica sorpresa, y muchos le decían, según relató alguna vez: "ma Monsignore, Le; chiede una cosa impossibile". Nuestro Fundador estaba convencido de que el Señor se lo pedía: por esto, insistió, e hizo la petición oficial. La primera respuesta fue una negativa. Dejó pasar un tiempo prudente y volvió a la carga: soy aragonés, y los aragoneses somos muy tozudos; y en las cuestiones de Dios hay que ser santamente tozudos.

A la nueva solicitud, la Santa Sede contestó con un dilata, que -comentaba- es una fórmula muy sabia, encontrada en la Curia Romana, para contestar cuando uno tiene razón, pero no se la pueden dar. De nuevo esperó un plazo prudente, y en 1950, cuando insistió por tercera vez, concedieron la aprobación de que en la Asociación de Cooperadores pudiesen ser admitidos los católicos, los no católicos, y los no cristianos, para participar de los bienes espirituales del Opus Dei, con tal de que ellos se comprometiesen a rezar o colaborar en los apostolados que realizan los miembros de la Obra.

-Volvería sobre el carisma fundacional, para considerar algunos rasgos básicos, a través de sus recuerdos personales.

Desde el primer día, Mons. Escrivá de Balaguer me enseñó a amar a Dios de veras, en cada instante, sin esperar momentos especiales. Un día de 1966, nos comentó a algunos de los que colaborábamos en su Secretaría particular: pensad que todos los papeles -el trabajo ordinario- que tenéis entre manos son un alma, ¡o muchas almas!, y así divinizáis toda la labor. Ya al final de su vida, en noviembre de 1973, reflexionaba en voz alta: para ti que, ingenuamente, sueñas con grandes proyectos personales -que quizá no son más que manifestaciones de vanidad, de soberbia-, piensa en la realidad: con la llamada que has recibido, estás ahí -donde trabajas- no por una casualidad, sino por Providencia del Señor, por una prueba de amor a las almas. ¡No le vuelvas la espalda a Dios!

He podido comprobar que hacía este tipo de consideraciones a personas muy distintas, para que se percataran de que su tarea adquiriría un valor importantísimo si la realizaban con amor de Dios. En 1972, hubo de pasar por el planchero donde estaba una empleada del hogar, miembro del Opus Dei, que se ocupaba en esos momentos de los lienzos litúrgicos. Como la cosa más lógica, le rogó: haz muchos actos de amor de Dios mientras planchas la ropa de altar, y mientras haces tu tarea profesional.

La admisión en el Opus Dei no saca a las personas de su sitio. Mons. Escrivá de Balaguer señalaba que este encuentro con Dios lleva a cada uno a elevar la temperatura espiritual del ambiente en que se mueve; y pedía a sus hijos que se fijasen en los que tenían a su alrededor -parientes, colegas, compañeros y amigos-, para ir sembrando la inquietud de una vida cristiana más intensa y más generosa. Nos recordaba que el Señor nos pedirá cuenta de esas almas que ha puesto a nuestro lado. Por eso, subrayaba que no debía verificarse en nosotros lo que había sucedido con el paralítico de la piscina de Betsaida, cuando Jesús le preguntó si quería ser curado, y aquel hombre respondió: *hominem non habeo*; es decir, que nadie que nos hubiese tratado pudiese afirmar que no había tenido quien le diese la mano para levantarse, para convertirse a Dios, y para amarle con todas las fuerzas.

-. En 1973, haciendo referencia a la necesidad de responder al amor de Dios siempre y en todo, nos manifestaba: hemos de vivir contentos en el sitio donde estemos, con el convencimiento de que el Señor nos ha puesto allí para salvar las almas, y es preciso, por tanto, que vivamos muy cerquita de Dios constantemente.

-Desde luego, entiendo que esa referencia al "sitio" en que se "está" no denota significación sociológica alguna; por tanto, no excluye el esfuerzo por la propia promoción ni por la justicia social. Intenta sólo centrar la lucha por la santidad y el apostolado en las realidades cotidianas, lejos de ensoñaciones o de proyectos irrealizables, pero también del aislamiento o la insolidaridad. '

En 1951 nos animaba a vivir con heroicidad esa ascética de lo corriente: no hemos de desear cosas grandes, porque podríamos encontrarnos con la sorpresa de que no logramos cumplirlas; o cabe el peligro de que entre la vanidad y el orgullo, ya que quizá nos convencemos de que nosotros solos somos capaces de algo. En cambio, en lo de cada día, en lo que está mandado para todos, ahí tenemos la oportunidad de volcarnos en amor y de pasar inadvertidos. Mons. Escrivá de Balaguer no se cansó de poner este esfuerzo en lo cotidiano, procurando acabar los detalles bien, pensando exclusivamente en el Señor. Amó la grandeza de la vida ordinaria, sin refugiarse en el sueño de grandes empresas, aunque promovió muchas iniciativas apostólicas en el mundo entero. Estaba en la realidad que el Señor le presentaba en cada momento. Por eso, en horas de contradicción y de sufrimiento, aseguraba a sus hijos con naturalidad: si nos abren la cabeza, es señal de que tenemos que llevarla abierta.

Se esforzó siempre por pasar inadvertido. Su norma de conducta era ocultarse y desaparecer, para que solamente Jesús, e luciese. Ponía el amor a Dios en relación con la solicitud por la Iglesia en el mundo entero: no buscamos la santidad, si -siempre y en todo momento- no queremos ser servidores de Dios, servidores de nuestros hermanos, servidores de todos los hombres. Tienes hambre de almas, me has dicho, y añadías después: no quiero la amargura de la soledad. Y yo he

terminado tu pensamiento: pero quizá la fomentas, porque no te ocupas de los otros, olvidándote de ti.

En 1954, nos advertía: hijos míos, convenceos de esta realidad: en la Obra la santidad no es compatible con el aislamiento: un hombre del Opus Dei, que siente su vocación cristiana, necesita buscar amigos, necesita pegar esta locura divina del amor de Dios, a través de su trabajo, en sus conversaciones con sus colegas, con sus compañeros, con sus parientes.

-Mons. Escrivá de Balaguer impulsó el nacimiento de un número amplio de actividades apostólicas casi desde el comienzo: la Academia DYA y luego la residencia universitaria del mismo nombre en Madrid, ya en los años treinta.

Debo precisar que el Fundador de la Obra consideraba esas tareas como medios, y nunca como un fin. No le interesaba organizar una red de Residencias o Centros educativos, sino que buscaba distintas maneras de formar personas para que llevaran la labor apostólica a los lugares en los que - antes, en ese momento o después- se desarrollara cada uno. Desde el principio, se propuso, con esos instrumentos, proporcionar formación a las almas, de modo que actuaran como fermento. Soñaba con una irradiación capilar de la vida cristiana, a través de la amistad. En pocas palabras, veía en esos Centros medios para difundir la doctrina y la práctica de la fe.

A lo largo de los años irá impulsando distintas iniciativas, que tienen orígenes y finalidades diversas: mientras unas serán provisionales, otras habrán de ser permanentes para el trabajo apostólico, lo único que persigue el Opus Dei. Concretamente, las Academias o las Residencias universitarias, las instituciones de enseñanza superior, los Centros de educación media o de capacitación profesional, los clubs para muchachos o para muchachas, o los dispensarios médicos, pueden -en función de las necesidades de la sociedad- cambiar su planteamiento, o incluso dejar de existir, porque pierdan actualidad. No se trata de sujetarse a esquemas preconcebidos, sino de que los miembros de la Obra vivan en medio de sus iguales, y realicen sus actividades de acuerdo con los ambientes en que se mueven, como ciudadanos corrientes que son.

En cambio, los Centros de Estudios, los Centros para convivencias y para retiros espirituales, el Colegio Romano de la Santa Cruz y el Colegio Romano de Santa María, tienen un carácter permanente, porque responden a una necesidad intrínseca y constante del Opus Dei: la formación específica de sus miembros durante determinados períodos de su vida, la preparación de futuros sacerdotes, o la cualificación para atender tareas formativas en las distintas Regiones del mundo. En el Colegio Romano de la Santa Cruz y -de modo paralelo, aunque naturalmente excluyendo el sacerdocio- en el Colegio Romano de Santa María y en otros Centros Interregionales, se procura formar a las personas, de manera que lleven a cabo esa tarea de formación y de docencia, en las distintas circunscripciones del Opus Dei en el mundo.

A la vez, hay enfoques comunes en el planteamiento y desarrollo de esas iniciativas apostólicas, que hacen patente el ensamblaje de santidad y apostolado, de profesionalidad civil e impronta cristiana.

Mons. Escrivá de Balaguer media la eficacia de las tareas apostólicas por la santidad que alcanzaban allí las personas. Con esto venía a recordar la necesidad de fundamentar el trabajo en una intensa oración, y en una unidad de vida que gire alrededor del Señor y del Sagrario. Solamente salen adelante las tareas -remachaba-, si hay un sólido fundamento de oración y de mortificación. He oído incesantemente ese consejo al Fundador de la Obra, a lo largo de los veinticinco años que he vivido a su lado.

Del mismo modo, procuraba transmitir ese espíritu a los que trabajaban en estas labores. Hacía notar a cada uno -por escrito o de palabra- la confianza que el Señor había depositado en ellos y su obligación de responder con santidad personal y con un trabajo profesional perfectamente acabado.

Las noticias de los medios de comunicación, las conversaciones habituales, la correspondencia, eran acicates para su petición por esas tareas. ¡Cuántas veces, al contemplar la urgencia con la que algunos se dedican a difundir el mal, salía de su alma!: ¡si los que deseamos servir a Dios pudiéramos al menos este mismo empeño...!

Nos repetía también que medía la entrega y la heroicidad de sus hijos por el cariño sobrenatural y humano que ponían diariamente en las tareas apostólicas al cabo de los años. Nos concretaba que la santidad está en trabajar con la misma ilusión del primer día, cuando han pasado diez años o muchos más. Y nos advertía que el amor a Dios no admite cansancios ni monotonías, ya que todo adquiere un sabor nuevo, si se hace pensando en la Voluntad divina.

De otra parte, no renunciaba a derechos que le correspondían como ciudadano. Lo enseñó también a los miembros de la Obra y a quienes trabajaban alrededor de nuestra labor. Para servir a la Iglesia y porque es necesario defender los derechos cívicos de los católicos, señaló el deber de obtener las subvenciones que se conceden a cualquier ciudadano que promueve ese tipo de iniciativas, poniendo los medios para alcanzarlas, con el fin de llegar a muchas almas con esa tarea profesional, informándola de visión cristiana. Dispuso además que todas las labores estuviesen siempre de acuerdo con la legislación de cada país: también por esto estableció que se llevase la contabilidad exacta, para poder presentar con prontitud la información económica requerida legalmente.

Como esas iniciativas son trabajos profesionales civiles, también aquí adoptaba el criterio -que algunos no entendían- de que no fuesen incluidas entre las labores confesionales o de la Iglesia, aun sin ocultar a nadie que allí se da una honda formación católica. Por eso, y sin que mediase ninguna táctica, subrayaba que los miembros del Opus Dei actúan como ciudadanos corrientes que son, ocupándose con pleno derecho de actividades profesionales. Defendía así las libertades cívicas, y concretamente las de los católicos, que no son ciudadanos de segunda categoría en su trabajo ni en el ejercicio de sus derechos y deberes sociales.

Como es sabido, no faltaron dificultades de todo género al poner en marcha estas actividades, incluso entre eclesiásticos o católicos que no entendían su planteamiento. Surgieron obstáculos sobre todo de parte de adversarios de la Iglesia, que consideraban los ámbitos profesionales ajenos a la religión, o veían en peligro su situación de privilegio o su hegemonía laicista, al comprobar que la vida de los creyentes no se podía encerrar en los templos ni en las sacristías. Pero ninguna de estas circunstancias quitaba la fe ni la paz al Fundador del Opus Dei: seguía trabajando denodadamente y, desde el núcleo mismo de la sociedad civil, alentaba esas tareas en servicio de las almas, mientras rezaba por la solución de las dificultades y por las personas que las promovían. Desde 1948, le oí hablar de futuros apostolados con tal claridad, que quienes le escuchábamos teníamos la seguridad de que aquello saldría; y así ha sucedido, gracias a Dios. Pero pretiero resaltar que dio paso a esas labores cuando contó con los medios idóneos, no lanzándose a saltos aventurados, imprudentes, que hubiesen acabado con el abandono de muchas tareas por falta de la oportuna preparación.

A la vez, nos recordaba la necesidad de seguir siempre al paso de Dios, sin programar al Espíritu Santo, y correspondiendo con generosidad actual y completa a las exigencias de sus llamadas. Nos advertía con frecuencia que, en cualquier momento, el Señor nos podía llamar como al siervo de la parábola, para decirnos: *redde rationem villicationis tuae* ["dame cuenta de tu gestión": Lucas 16,2]. Con la misma fuerza sobrenatural, nos traía a la memoria el mandato recogido en otra parábola del Señor: *negotiamini dum venio!* ["negociad mientras vuelvo": Lucas 19,13] En 1952, nos sugería: pásmate ante la magnitud de la labor que hemos empezado en servicio de la Iglesia. Es Voluntad de Dios, Él lo quiere. Tú y yo solos no podemos: ¡Señor!, clámale continuamente, ¿dónde están los que tienen que venir? La raíz para que los demás vayan adelante, para que se aumente el número de personas que le conozca y le trate, es que cada uno de nosotros dé el cambio definitivo de una vez.

5. *Omnia in bonum!*

-Con la fundación del Opus Dei -acabamos de verlo-, la vida de Mons. Escrivá de Balaguer recibe una luz definitiva. En cierto modo, ese foco esclarece tribulaciones sufridas en años precedentes. Otros obstáculos están ligados al itinerario teológico y jurídico de la fundación, que desearía tratar en otro momento. Ahora, me centraría en contrariedades humanas, queridas o permitidas por la providencia divina, tal vez para cimentar su entereza, de acuerdo con aquello de Forja, 245: Si no hay dificultades, las tareas no tienen gracia humana..., ni sobrenatural. -Si, al clavar un clavo en la pared, no encuentras oposición, ¿qué podrás colgar ahí? Algunas de esas situaciones son conocidas, como la muerte de sus tres hermanas: esas desgracias familiares, con el ejemplo de los padres, fueron acrisolando su alma.

Mons. Escrivá de Balaguer me contó alguna vez que, al fallecer su hermana Chon, vio la muerte de cerca por primera vez.

Aprovechando una breve ausencia de sus padres, entró donde estaba amortajada, a pesar de que ellos querían evitarle ese dolor, como cuando fallecieron las pequeñas Rosario y Lolita. Recordaba que, ante el cuerpo inanimado de Chon, sintió una tristeza muy grande, y se le grabó la imagen de una niña inocente, con el rostro muy sereno: le inundó el convencimiento de que estaba con Dios, aunque a esa edad no entendió por qué el Señor se había llevado, una tras otra, a sus tres hermanas.

-Yen cuanto a la quiebra de la empresa familiar...

El Fundador del Opus Dei refería que este suceso influyó en su ánimo de adolescente de diversos modos. De una parte, aumentó la admiración hacia sus padres al contemplar su actitud cristiana, que les permitió conservar la alegría y la serenidad; por otro lado, no acababa de entender la tranquilidad y la aparente pasividad paterna; la generosidad de renunciar a su patrimonio, y quedar en auténtica necesidad económica, que le obligaría a cambiar de ciudad.

Hacia 1967 ó 1968, un miembro del Opus Dei, con ocasión de sus trabajos de investigación en materias jurídicas, se encontró con la sentencia judicial por la que se había decretado la quiebra del negocio familiar de Barbastro. La estudió a fondo, a la luz de las leyes y de la jurisprudencia del momento, y, llegó a la conclusión de que dejaba bastante que desear desde el punto de vista técnico y, además, admitía el recurso de apelación inmediata, que podía haber supuesto para don José Escrivá verse descargado de los graves deberes que asumió para no perjudicar económicamente a los acreedores.

Con motivo de un viaje a Roma, contó su hallazgo a Mons. Escrivá de Balaguer. Recuerdo que, no solamente no quiso extenderse en la conversación, sino que, además, sin dar mayor importancia, rogó que se destruyesen las copias de documentos -referentes al asunto- que ese hijo suyo había llevado.

Así me dio ejemplo de saber aceptar la Voluntad de Dios, aunque se haga cuesta arriba o se nos muestre a través de contradicciones. Me enseñó también a rehuir la curiosidad vana y a rechazar la autocomplacencia ante los sufrimientos injustos. No hizo posteriormente ningún otro comentario sobre esos sucesos.

Tampoco en esta ocasión salió de sus labios el más pequeño reproche hacia quienes provocaron la ruina familiar, ni hacia los juristas que intervinieron en la quiebra, ni contra las personas que les habían hecho el vacío cuando se encontraron en la más absoluta necesidad.

-Sigue resultando necesario explicar algunas contrariedades que sufrió en el Seminario de Zaragoza, extremando la comprensión hacia sus protagonistas. Han sido ya descritas en libros publicados después de 1975. Pero siempre es posible añadir recuerdos personales.

Se hizo cargo, desde el primer momento, de los ambientes de donde procedían los seminaristas y entendió perfectamente que algunos, por la formación recibida, no estaban preparados para aceptar determinados comportamientos.

Es evidente que, de ordinario, todos tendemos hacia un cierto abandono; y, si no nos ayudan otras personas, los defectos se van agudizando. Entre los jóvenes es mayor la inclinación a la dejadez en la ropa, o en el orden de las habitaciones. En este aspecto, Josemaría aplicó criterios muy claros: se ocupaba, sin exageración, de su limpieza y aseo; del cuidado de la ropa y del vestido; del orden en su cuarto; de las buenas maneras en la conversación, en la comida y en las bromas; de la buena educación en la convivencia; de escuchar sin interrumpir; de exponer las opiniones sin herir, y de tener en cuenta las preferencias y el carácter de los demás.

Alguna vez, en conversaciones con Mons. del Portillo y conmigo, aludió a conflictos con dos compañeros, aunque quizá se tratase de una sola persona, porque Mons. Escrivá de Balaguer pasó sobre estos incidentes con rapidez, sin dejar mal a quien le había maltratado.

Un suceso fue provocado por un seminarista que, según los otros condiscípulos, se distinguía por su trato brusco, e incluso grosero. En la convivencia cotidiana, de una manera o de otra, procuraba zaherirle con su ironía. A tal punto debió de llegar la enervación de aquel hombre que, estando en La Seo, hizo unos comentarios gravemente ofensivos. Al intentar cortarle, respondió con golpes, acompañados de más insultos, y Josemaría tuvo que defenderse del ataque.

Por este motivo, fue llamado al orden y sufrió un castigo. Al evocar este sucedido, jamás echó la culpa al otro, ni juzgó nunca su comportamiento; aludía al incidente y puntualizaba que había aceptado el castigo, porque lo habían dispuesto así los Superiores. Ni entonces, ni luego, entró a considerar si se habían ponderado bien las razones de su reacción ante el trato de aquel seminarista.

El otro incidente lo protagonizó un condiscípulo que cuidaba poco su porte externo y su higiene: olía tremendamente a sudor y hacía ostentación de sus efluvios. En ocasiones se acercaba a Josemaría, repitiendo fanfarronamente y con tono de burla: "¡hay que oler a hombre!" No se conformó con esto, pues una vez, alzando el brazo y pasándole la axila por delante de la cara, repitió con más fuerza la consabida frase. Le contestó con reciedumbre -con dureza, precisaba- que nada tenía que ver la hombría con la suciedad. Todo debió quedarse en esa desairada postura, sin más trascendencia, porque los Superiores no aluden al suceso en ningún documento. Mons. Escrivá de Balaguer comentaba que estas manifestaciones bruscas y violentas de mala educación -nunca mencionó el nombre del compañero-, pueden encerrar un fondo de soberbia o de encubrimiento de los propios defectos.

Me da alegría referir algo que he sabido después de que el Fundador del Opus Dei fuese llamado ala presencia de Dios. Encontré una tarjeta de visita del seminarista que provocó el incidente en La Seo, en la que constaba también el lugar de trabajo, la capellanía de un hospital de la Cruz Roja en España. Aquel hombre había escrito pocas palabras debajo de su nombre: "Arrepentido y de la manera más sumisa e incondicional. Mea culpa". Mons. Escrivá de Balaguer me entregó aquella tarjeta cuando la recibió, sin añadir ningún comentario, para que se guardara con otros documentos. Después, con un gesto suyo muy habitual, apoyó la cabeza entre sus manos y se detuvo unos instantes con el rostro pensativo, manifestación externa de que se estaba dirigiendo al Señor. No me queda la menor duda de que, en aquel instante, rezó por esa persona. Pasados los años, pude confirmar que coincide con la que figuraba en el informe hecho por el Rector del Seminario, cuando procedió al castigo por la pelea en La Seo. El Fundador del Opus Dei jamás citó su nombre. Debió de trascender aquel incidente más allá del ambiente de los Superiores y de los compañeros del Seminario, porque Mons. Escrivá de Balaguer, cuando aludía a este suceso, solía completarlo con otro episodio: tiempo después, en la Universidad Pontificia, en clase de Instituciones de Derecho Canónico, el profesor de la asignatura, don Elías Ger, aprovechó para contar una historieta.

Se refería a un campesino, que compraba canela en rama, y la elaboraba en un molino de su propiedad. Las piedras del molino provenían de Alemania. Cuando se gastaron, pidió otras a la fábrica, pero no le llegaba el recambio. Ante esa emergencia, pensó en una solución apropiada: se dirigió al río, tomó unos cantos rodados de pedernal, y los acopló, en sustitución de las piezas

averiadas. Al poco tiempo, los cantos se ensamblaron debidamente y el molino volvió a funcionar. El profesor sacó un corolario de la historia: así conduce el Señor a las almas, cuando quiere quitarles algunas aristas, o acelerar su entrega y abandono a la Voluntad divina. Luego se dirigió a él, para decirle: "¿me entiendes, Josemaría?"

No tomó a mal esta alusión. Al contrario, la guardó como un tesoro, pues caló en su alma lo que predicaría tiempo después, con frase muy gráfica: ¿a mí, quién me va a santificar, el preste Juan de las Indias, con quien no convivo, con quien nunca estaré? Me tienen que santificar las personas que están a mi alrededor, porque he de esforzarme para acomodarme a su modo de ser, y he de procurar servirles, y atenderles, también con la corrección fraterna.

-Ya en Madrid, y tras la fundación del Opus Dei, sufrió serios agobios económicos. Pero, cuando Mons. Escrivá de Balaguer evocaba esa época, más bien subrayaba la falta de perseverancia de las personas que se acercaban a la Obra en los comienzos.

No le asustó jamás la falta de medios para realizar la tarea que el Señor le había encomendado. Repetía que, para los que esperamos en Él, no existe el "no", porque El lo puede todo y, por lo tanto, su Voluntad se cumplirá, a pesar de los obstáculos y a pesar de nuestra propia personal fragilidad y de nuestras propias personales limitaciones.

Aludiendo a aquellos años, cuando tantos que se le acercaban parecían dispuestos a seguir el nuevo camino, comentaba que hubo de sufrir no poco, pues una buena parte desaparecía sin dar señales de vida: se me escapaban de las manos como se escapan las anguilas, que no hay manera de retenerlas. No por esto se desanimó. Continuó su trabajo con fe, con esperanza y con verdadero amor, bien convencido de que la Obra tenía que salir adelante porque era Voluntad de Dios. Golpeaba en su alma la certeza de que el Cielo estaba empeñado en realizarla.

Aquellos primeros momentos no fueron fáciles. Efectivamente, muchos de los que se le acercaban se sentían atraídos por el panorama que les abría, pero, al cabo del tiempo, se marchaban o dejaban de frecuentar los medios de formación. Nos ha confiado muchísimas veces que buscaba en su propia persona la causa de las deserciones, como si no se hubiese dedicado con todas las energías a la atención de esas almas. Por eso, hacía grandes mortificaciones y penitencias corporales, en desagravio por el desamor que hubiera podido haber en aquellas personas y por lo que de su parte - como pastor- no hubiera puesto para atenderles.

-Todo esto sucedía, además, en circunstancias históricas muy difíciles, que desembocarían en la guerra civil de 1936.

No pocas humillaciones y malos tratos sufrió el Fundador del Opus Dei -pedradas, insultos, groserías-, que soportaba con humildad. Si era preciso, reaccionaba con fortaleza para defender la doctrina y los derechos de la Iglesia. En aquellos años en los que ser católico era un riesgo, especialmente entre personas sin apenas formación, no dejó de organizar las catequesis en los barrios pobres, y de asistir a los internados en los hospitales de Madrid. Como consecuencia, germinaban vocaciones entre los que le acompañaban, y también entre los propios enfermos.

Le dolían los odios que iban creciendo en la sociedad, pero no dejaba de repetir a los que le rodeaban que no podían quedarse en lamentos, ni tener miedo a demostrarse católicos: es la hora de trabajar, subrayaba también entonces, como ante otras dificultades.

Cuando se radicalizaron las posturas y estalló la guerra civil, se opuso, como es lógico, a las violaciones de los derechos de la Iglesia y de los ciudadanos. Aunque en uno y otro bando se mezclasen posiciones sectarias, y se cometiesen arbitrariedades, era evidente que, en lo que se llamaba la España republicana, se había asumido una postura de fobia visceral contra todo lo que significaba el catolicismo, hasta el punto de que bastaba que una persona fuese conocida como

sacerdote, o simplemente como católico, para que procediesen a su arresto y, tras un juicio sumario -o sin juicio de ningún tipo-, a su fusilamiento.

Me han referido don Álvaro del Portillo y otros miembros del Opus Dei, que jamás le escucharon una palabra de rencor, ni de resentimiento hacia los perseguidores o las autoridades que, al menos con su connivencia, habían permitido esa auténtica persecución. Por mi parte, le he oído en más de una ocasión aludir a esa época, pero sin juzgar nunca a los responsables de aquellas injusticias.

Sufría en el fondo del alma por el flagelo de la guerra y rezaba constantemente por la paz del país. Para el Opus Dei y sus miembros, con el Fundador a la cabeza, supuso un auténtico quebranto en cuanto a la organización externa del trabajo. De todos modos, se ocupaba de que sus hijos recibieran la necesaria atención espiritual. Fueron tiempos de crecer para adentro, en los que alcanzaron una honda madurez, que les preparó para la extensión de la labor apostólica.

Aunque acaba de mencionarlo, vale la pena reiterar la actitud de fondo de Mons. Escrivá de Balaguer, pues se siguen repitiendo periódicamente interpretaciones gratuitas del punto 311 de Camino.

Con ocasión de las distintas injusticias y violencias infligidas al Opus Dei, al clero, a Institutos religiosos y a la población en general, manifestó su espíritu de desagravio por la ofensa que se hacía al Señor, y perdonó a los que cometían esos atropellos.

Ya en 1939, contribuyó a la pacificación entre los distintos sectores que había en España, y cuyas diferencias se agudizaron más con el estallido de la guerra mundial. Luchó con fortaleza por deshacer rencores mutuos, desconfianzas y animosidades. Resultaba evidente a todo el mundo su sentido católico universal, y su trato siempre caritativo y lleno de idéntico afecto humano hacia personas con posiciones o enfoques opuestos en su modo de trabajar o de pensar.

Enseñó a practicar a sus hijos, dejándoles entera libertad en las cuestiones temporales, el empeño en no discriminar y en no marginar a nadie. Predicó -con la palabra y con las obras- que los católicos tenemos que ser elementos de unidad: intransigentes en la doctrina de la fe, pero santamente transigentes con las personas. Repetía que solamente a través de una profunda amistad, sabiendo escuchar y hablar sin herir, se puede llegar a que la gente se acerque a Dios.

Recordaba el Fundador de la Obra un suceso, que muestra su actitud sacerdotal abierta y su respeto incondicionado de la libertad de los demás. Hacia el año 1941, acudía al Seminario de Madrid, para confesarse con don José María García Lahiguera. Para no perder tiempo, a veces hacía el trayecto en taxi, pues quedaba lejos y no estaba bien comunicado por transportes públicos. Ese día, hablando con el taxista, le dijo que lamentaba mucho la guerra que había padecido España, porque se podía vivir como hermanos y respetarse, aunque se defendiesen opiniones distintas. Le explicaba que era innecesario recurrir a esos procedimientos tan atroces, que reflejan un odio satánico entre hermanos. Además, continuaba, lo razonable es dar cada uno su parecer: -Por ejemplo, si usted en una materia concreta piensa distinto de lo que yo considero que es la verdad, hablamos; y, si usted me convence, yo me paso a su opinión; si yo le convengo, usted se pasa a mi opinión. Si no nos convencemos, seguimos pensando cada uno lo que queremos, pero vivimos en santa paz, respetándonos como hermanos y queriéndonos. El taxista escuchó en silencio y, al llegar al destino, le preguntó: "-Padre, ¿usted se encontraba en Madrid durante la guerra, cuando estaba ocupado por las fuerzas republicanas?". Sorprendido, contestó: -Sí. Y aquel hombre repuso: "-¡Lástima que no le hayan matado!". El Fundador del Opus Dei le perdonó y, para que viese que no le guardaba ningún rencor, sacó el dinero que llevaba en el bolsillo, se lo entregó, y le dijo: -Tiene usted hijos? Ante la contestación afirmativa del taxista, añadió: -Quédese con el resto, para comprarles unos dulces.

En los círculos en los que podía actuar, el Fundador insistía en que era necesario amar la paz y poner los medios para que se viviese la concordia entre los pueblos. Rogaba a los miembros del Opus Dei y a sus amigos, que encomendasen a Dios, a través de la Virgen, la llegada de la paz y que dejarasen de tener influencia las ideologías nazi y comunista.

Como había un cierto riesgo de que España entrase también en el conflicto, rezó e hizo rezar muchísimo a todos para que se evitase ese mal paso. Viendo el peligro de una nueva dispersión de

los miembros del Opus Dei, tras la causada por la guerra española, se encaraba a diario con Dios para que no permitiera otro retraso en la marcha apostólica de la Obra, y le dejase consolidar los fundamentos que el Señor mismo había puesto trayendo las primeras personas al Opus Dei y otras numerosas que iban llegando.

Por eso, ante las amenazas de una nueva dispersión, quiso que todos sus hijos e hijas rezasen en las Preces de la Obra, llenos de fe, la oración: Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo? Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum; si exsurgat adversum me proelium, in hoc ego sperabo ["El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién puedo temer? Si acampan contra mí ejércitos, no temerá mi corazón; si se alzan duros combates contra mí, en Él pondré mi esperanza": Salmo 26,1.3] .

-Ha comentado más arriba que el Fundador del Opus Dei veía la mano de Dios en todo y que, ante los sucesos externamente negativos, solía repetir Dios sabe más, o bien: Omnia in bonum! Así era también cuando las dificultades se referían a su persona.

He visto momentos en los que padeció auténticas incomprendiones, y jamás perdió la paz o el buen humor, no alteró su plan de vida o sus trabajos, ni disminuyó su vibración apostólica en servicio de la Iglesia. En 1970, sufrió una gran contradicción por parte de gente buena. Nos comentaba a Mons. Álvaro del Portillo y a mí cuál era su reacción: en esta última temporada estoy recibiendo una purificación muy dura, que el Señor permite. Pero no me importa lo que digan de mí aquí, en Roma, y en ningún otro sitio. Me importa sacar adelante

las almas que tengo confiadas. Hay que saber llevar todo con paciencia, ¡con paciencia y sin hacer tragedias!

Hacia los años setenta, comenzó a circular en Roma el bulo de que se estaba muriendo, internado en una clínica psiquiátrica. Vi su reacción cargada de amor a Dios y a las personas que habían lanzado ese vulgar y penoso infundio. Nos comentaba: ¿morir?, ¡qué comodidad! Todavía, con la gracia de Dios y mientras Él me deje en la tierra, tengo que dar mucha guerra para extender esta bendita semilla del Opus Dei, en servicio de la Iglesia y de las almas. Dicen que estoy internado en una clínica psiquiátrica, para locos. Desde luego, tienen razón, estoy loco de amor de Dios, y le pido al Señor que me aumente esta locura. Para Mons. Escrivá de Balaguer, esa insidia, que circuló abundantemente en distintos ambientes eclesiásticos y civiles romanos hasta traspasar las fronteras y llegar a otros países, no pasó de ser una anécdota, en la que vio también la permisión de la Providencia para que estuviese más desprendido de su yo.

Con buen humor, expresó en diversos momentos que se veía delante de Dios como un pobre pirulero, o como cuatro huesos ya sin fuerza física, lleno de costras y miserias, como un personaje bien feílo. Pero, al mismo tiempo, ¡qué me importa todo esto si sé que Dios me quiere, si sé que Dios me espera, si sé que Dios se sirve de mí tal y como soy, y no desea darme nada más aquí en la tierra. ¡Soy feliz, porque así me quiere Él!

Cuando me lamentaba de algo en su presencia, solía hacerme esta consideración: ¿cuánto hemos rezado por esta tarea concreta?; ¿cómo ha sido nuestra oración?; ¿ha estado llena de fe?; ¿ha sido perseverante?; ¿ha sido para buscar única y exclusivamente la gloria de Dios? Si impulsaba a todos a ser hombres de oración, su acento era más incisivo cuando hablaba con quienes tenían gobierno de almas. Nos pedía que pusiéramos ante el Señor los temas que nos ocupaban, porque así nos daríamos cuenta de que muchas dificultades se disipan, ya que -situándonos en la realidad de la medida sobrenatural- vemos lo más conveniente con la luz de Dios. Nos ponía la comparación de una persona pegada a un muro de un metro setenta: aquella barrera le parece insuperable; pero, si se aleja un poco, comprueba que con el impulso de una carrerilla se salta fácilmente: así, sucede con las actividades llevadas a la oración y vistas con la dimensión de Dios. Se comprende que todas las dificultades se pueden saltar y se pueden superar con el impulso y la fortaleza del Señor, que es el dueño de todo.

-Y, en este contexto, se entiende el optimismo que infundía a su alrededor, por duros que fueran los obstáculos.

Compendiaba su vida en el Opus Dei como la historia de las misericordias del Señor. En una ocasión, lo sintetizaba con palabras llenas de agradecimiento a Dios: en la Obra ha habido, en todo momento, trabajo, amor, lágrimas, esfuerzo, y, siempre, alegría.

Por esto, exigía que le informáramos de los problemas, aunque fuesen muy graves. Remachaba con firmeza el deber de conocerlos, aunque tenga que sufrir. Y reprendía con fuerza si alguno, por un falso cariño, pretendía ahorrarle un dolor: nos explicaba que no debía escurrir el hombro, sino, a pesar de su debilidad personal, esforzarse en atender esas cargas con alegría; y que Dios no deja de iluminar con su luz a través de los que ha escogido como pastores.

Comentaba que no hay rosas sin espinas y que, para llevárselas, muchas veces es inevitable pincharse. En 1956, nos había aconsejado: los caminos de Dios no están llenos exclusivamente de rosas; también hay espinas, que se convierten en rosas cuando nos ponemos en la presencia de Dios. Nos puede costar aquello que nos pide, pero basta decir: Señor, Tú lo quieres, yo también lo quiero. ¡Y el dolor se convierte siempre en gozo, porque es el modo con que en ese momento quiere tratarnos Nuestro Señor! En agosto de 1961, en momentos de dolor y de contradicción, nos resumía: hay que sacar de todas las vicisitudes del camino, también de las espinas, el buen sabor de Dios, que nos hace percibir el olor y la fragancia de lo sobrenatural a través de esos sucesos que quizá no entendemos.

En agosto de 1972, sintetizaba así la razón de su esperanza: hemos de vivir con entrega, del todo, amando al Señor con todas nuestras fuerzas y sabiendo que no faltarán sacrificios y dificultades en nuestra tarea. Pero os aseguro que si vivimos así, seremos muy felices: felices de vivir de Dios y para Dios. Nunca perdamos de vista, por tanto, las razones sobrenaturales; porque las razones sobrenaturales son las más tangibles, y las verdaderamente válidas.

CAPÍTULO SEGUNDO

Una personalidad atrayente

Un genio vivo

-Después de tantos años, sigo pensando que, en la vida y en la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer, lo humano y lo divino se funden de tal manera que no resulta fácil distinguir muchas veces entre un rasgo de carácter y una manifestación de la correspondencia a la gracia de Dios, que actúa de modo aparentemente natural. Para introducir este capítulo, evocaré su primera impresión, el día en que Vd. conoció al Fundador del Opus Dei.

Fue en Madrid, el 2 de noviembre de 1948, en el Centro del Opus Dei, en la calle Diego de León. Asistí a una tertulia con otros miembros de la Obra, en la que nos habló de fidelidad a la vocación y de convertir nuestra vida en un apostolado continuo. Después, Mons. Escrivá de Balaguer tenía que ir a Molinoviejo, una casa de retiros que se estaba terminando de restaurar en las cercanías de Madrid, y nos dijo a tres de los presentes que podíamos acompañarle, si teníamos tiempo. Fue cantando durante el trayecto, y nos hizo ver la necesidad de estar muy contentos por ser hijos de Dios y por haber recibido la llamada al Opus Dei, para servir a la Iglesia y a las almas. Subrayaba con fuerza que debíamos dirigir a Dios todas las tareas y ocupaciones humanas; y ponía como ejemplo las canciones que acabábamos de escucharle, sorprendidos por su naturalidad, alegría y entusiasmo. Añadía que usaba las letras de esos cantos para su conversación con el Señor y con la Virgen.

Me mareé en el viaje, y tuvimos que detenernos para limpiar el interior del automóvil y mi ropa. El traje estaba completamente manchado, y me ayudó sin ninguna repugnancia. Al ver mi vergüenza, quitó importancia a lo sucedido, me trató con un cariño extraordinario y, ya de nuevo en el automóvil, hizo abrir la ventanilla, con la preocupación de que me diese el aire, aunque el frío le pudiese molestar.

Antes de mi mareo, había bromeado, señalando algunas de las pequeñas y destartaladas construcciones que se divisaban a lo lejos, como si fueran la casa de retiros; se divertía al ver nuestra cara de desilusión: ¡no, no es aquélla, todavía tenemos que llegar! En cambio, luego estuvo pendiente de mi estado. Me preguntaba: ¿vas bien? No te preocupes, ya llegamos; no ha pasado nada. Cuando lleguemos te limpiarán el traje, tomarás alguna cosa que te calme el estómago y estarás mejor que antes.

Yo quedé admirado por la naturalidad tan paternal y maternal con que me trató; me hablaba como si nos conociéramos desde hacía muchísimo tiempo.

-Y, unos años después, cuando comenzó a trabajar junto a Mons. Escrivá de Balaguer..

Desde que me nombró su secretario, siendo yo tan joven, me señaló: todos los armarios y mesas que uso, puedes abrirlos y cerrarlos con toda libertad, y mirar todo lo que tengo.

Para mí, fue una prueba de confianza inmerecida, si se piensa en la figura y en la categoría sobrenatural del Fundador del Opus Dei.

Cuando, en 1956, me designó Custos para los aspectos de carácter material, comprobé lo que alguna vez le había oído: que vivía como en una casa de cristal, porque los más próximos sabían cuándo se levantaba y se acostaba, si estaba en el oratorio o trabajando, cuándo comía, a qué hora salía de casa o con quién estaba; su conducta se explicaba también porque era ordenadísimo y quería que, si se le necesitaba, se le pudiese localizar inmediatamente.

Al comenzar a trabajar a su lado en los años cincuenta, me parecía estar ante una persona humanamente llena de cualidades, que le hacían amable, afable, cariñoso, atractivo, servicial, pendiente de los demás, con capacidad de percibir las necesidades y los momentos en los que se atravesaba una preocupación; ante un buen maestro que sabía alentar y corregir; ante un superior que daba confianza a los colaboradores; y, sobre todo, ante un sacerdote y un Padre que, día a día, instante a instante, a través de su trabajo, se dedicaba con entereza a servir a Dios y a las almas, metido en una oración muy intensa.

Algunos de estos rasgos son descritos también por quienes le conocieron cuando era niño o adolescente. Llama la atención que, a pesar de su temperamento enérgico, son escasísimas las escenas de infancia o juventud que manifiestan algo de violencia.

Según le oí comentar, tenía desde niño un carácter muy vivo, y reaccionaba ante los sucesos con respuestas sinceras e inmediatas, de aprobación o de disgusto. Aunque tenía ese temperamento impulsivo, aprendió a dominarse, gracias al ejemplo y a los razonamientos de sus padres.

De niño, en una ocasión le dieron para comer algo .que no le gustaba y lo tiró contra la pared. Rápidamente, recogió la comida y la puso en el plato, asustado también por haber manchado el papel de la habitación. Sus padres, ante el comportamiento del hijo, no le dijeron nada, pero dejaron las huellas de la mancha durante dos o tres meses. Así, siempre que la veía, se avergonzaba por no haber actuado bien.

Sólo una vez se peleó con otro niño; y comentaba que ya entonces se dio cuenta de que esos procedimientos no conducen a nada. Recordaba perfectamente con quién, cuándo y cómo había sido: un muchacho al que los demás llamaban "patas puercas" o "piernas puercas", porque acostumbraba a tener las rodillas sucias. Al referir este hecho, solía reconocer: no sé si había algún motivo para hacer aquello; pero si lo tuve, lo perdí en el momento en que llegué a las manos con

aquel compañero mío, porque con la violencia nunca se tiene razón, y ya entonces me quedó una gran amargura en la boca, como me molesta ahora cuando hay esas peleas entre hermanos, porque todos somos hermanos.

Se le quedó también muy grabada, porque había herido su sensibilidad, una escena que presencié sin proponérselo: unos muchachos que se divertían rematando a pedradas un murciélago que habían cazado y amarrado a una pared. Aunque ese obrar despiadado es disculpable y no infrecuente en los chicos de poca edad, no se le olvidaría nunca.

-Después de haber oído tantos recuerdos y relatos, cómo le describiría en sus relaciones con los demás durante aquellos primeros años?

Era muy listo, simpático, alegre, generoso y bondadoso. Se desprendía con facilidad de sus cosas, para darlas a los demás y hacerles partícipes de su alegría. Tenía por naturaleza gran don de gentes, y prontitud en servir. No conocía el recelo ni el rencor, aunque en alguna ocasión se le hubiese tratado mal o con poca consideración.

Por el ejemplo que recibió de sus padres, dos características le distinguieron siempre: su sinceridad y su buena educación. No se dejó llevar jamás por la murmuración o por doblez de ningún género. Atribuía a su origen aragonés la llaneza en el hablar, sin recovecos en las palabras, y su tenacidad en perseguir lo que se proponía, virtud que en lo humano llamaba tozudez.

Fue normal, receptivo y abierto al trato. Por la educación recibida en familia, buscaba el contacto con las realidades de su tiempo y de su entorno. Compartía los intereses y aficiones de los chicos de su edad, sus modos de ser y hablar, sus costumbres y sus diversiones. Su conducta serena, varonil, se traducían en ocasiones en una reacción impetuosa y valiente, enteriza ante el sufrimiento. Su semblante siempre alegre le ganaba la simpatía de los compañeros de colegio, maestros y convecinos. Entablaba fácilmente amistad con los demás muchachos. Por estas y otras cualidades, sus amigos de infancia le reconocían una cierta primacía, que se reflejaba, sobre todo, en los juegos.

Por sus dotes de talento, de organización y de simpatía, rendía a dirigir su grupo de amigos y el de sus hermanas. Evocaba, cuando tenía cerca de sesenta y cinco años, que no siempre le gustaba jugar con su hermana mayor, Carmen, porque los dos querían mandar; surgían entonces breves y pequeños roces fraternos, que se superaban con la transigencia de uno o de otro, pues ambos poseían también un grandísimo corazón.

Al recordar aquellos tiempos de su infancia y de su primera adolescencia, en los que se grabó en su alma la necesidad de interesarse por los demás y de quererlos lealmente -como observaba en sus padres-, le venía a la cabeza una consideración que le hizo frecuentemente doña María Dolores: "Josemaría, vas a sufrir mucho en la vida, pues pones todo el corazón en lo que haces". Aseguro que aquel presagio materno se cumplió.

-Muchos recuerdos de quienes le trataron de cerca y, sobre todo, sus escritos, denotan una honda formación intelectual y cultural, cuyas raíces proceden del propio hogar de los Escrivá.

Desde muy niño, se entretenía con lecturas adecuadas a su edad. Don José Escrivá impulsó esta afición, suscribiéndole a un semanario titulado Chiquitín, que más tarde tomó el nombre de Chiquilín. Aguardaba la llegada de la revista, con curiosidad infantil y con ansia, y se llenaba de contento cuando su padre entraba en casa con la publicación en la mano.

Por aquella época, pero de modo más esporádico, ojeaba también dos revistas que se leían en su hogar: Blanco y Negro y La Ilustración Hispanoamericana. Le llamaban la atención especialmente los dibujos y las fotografías, y preguntaba a sus padres, y en especial a don José, por el significado, el tema o la importancia que tenían. Además, miraba de cuando en cuando los diarios ABC de Madrid, y La Vanguardia de Barcelona, que recibían en su casa.

Don José no ocultaba a su hijo ninguna cosa honesta, para despertar su interés por lo que pudiera ayudarle en su formación. Y así procuró que se aficionase a las buenas lecturas, para aumentar su

criterio cristiano y cultural. Le llevó como por un plano inclinado, poniendo a su alcance, poco a poco, distintos libros. Mons. Escrivá de Balaguer recordaba que, sin obligarle a leer, le proporcionó una edición del Quijote, en siete volúmenes y con ilustraciones, que ojeaba de pequeño. Naturalmente, profundizaba también en la doctrina de la fe, por el estudio de la historia sagrada y del catecismo.

-En sus años de estudiante, dedicó muchos ratos a la lectura -que tan poderosamente influye en la formación del carácter-, porque sabía aprovechar las clases y le quedaba luego más tiempo libre.

Sin darse ninguna importancia, solía comentar que nunca' había tenido que hacer estudios o deberes en casa, porque le bastaban las explicaciones de los profesores y lo que estudiaba en el Colegio de los Padres Escolapios de Barbastro.

También en Logroño le bastaban las clases y el tiempo que pasaba en el colegio por la tarde, para cumplir con brillantez sus obligaciones de estudiante y ser un alumno destacado, hasta el punto de que un profesor exigente, don Calixto Terés, le dio las mejores calificaciones en las asignaturas que explicaba, aunque era conocido por su parquedad en conceder notas brillantes. Los profesores le animaban en sus aficiones y le impulsaban a profundizar en las distintas materias. Años después evocaría su paciencia y sus buenas condiciones pedagógicas; mencionaba, entre otras cosas, cómo sabían enseñarles a leer en público, de modo vivo y atrayente para los que escuchaban; aprendió así a hablar y expresarse de forma muy sugestiva y con gran comunicatividad.

Reconocía que, de las lecciones de Oratoria Sagrada -ya en Zaragoza- sacó mucho provecho para su predicación sacerdotal: yo no improviso nada, y no penséis que los buenos oradores o predicadores de ordinario improvisan. Tienen la prudencia suficiente para prever las situaciones, e ir siempre adecuadamente preparados. Recuerdo que tuve un profesor de oratoria, que era un hombre muy conocido y muy admirado, sobre

91

todo por sus improvisaciones. Un día, estábamos ocho o diez alumnos con él, hablando de tantas cosas, y nos aclaró: "yo no he improvisado ni una vez... Cuando me invitan a algún sitio, sé que me van a pedir que diga unas palabras, y me las preparo bien. Les aconsejo que hagan ustedes lo mismo". Ponía en práctica esta recomendación: no le interesaba el lucimiento personal, pero sí llevar a las almas la doctrina de la manera más pedagógica posible.

-Otro rasgo de su carácter, la capacidad de observación, contribuyó también a esa formación humana y cultural.

Lo que recordaba de sus años de Barbastro con más entusiasmo y agradecimiento, eran los paseos que solía dar con su padre por la ciudad o por una carretera o camino flanqueado de árboles, que les protegían del calor en el verano, y del fuerte viento invernal del Alto Aragón.

Don José procuraba que se formase con lo que aprendía en los libros y también con los sucesos de la vida corriente. En los comienzos de la aviación, cuando los aeroplanos se mantenían en vuelo sólo unos cinco o diez minutos, hubo en Barbastro una exhibición en que el piloto logró hacer volar su aparato; en cambio, en Huesca no consiguió despegar, y eso provocó la euforia en Barbastro, por la típica rivalidad entre ciudades vecinas. Mons. Escrivá de Balaguer relataba esta anécdota por la ilusión con que le llevó su padre a ver de cerca un avión, para que pudiese tocarlo, y para enseñarle lo que, con el tiempo, podía ser un gran medio de transporte. También fue él quien le mostró el primer coche que circuló por Barbastro, a principios de siglo.

Su curiosidad le llevaba a interesarse mucho por la propia familia: de dónde provenían sus antepasados, sus hechos y ocupaciones, las relaciones con unos y otros parientes, etc. Hasta el punto de que, después de muchos años, cuando vivía en Roma, recordaba perfectamente hasta los parentescos más lejanos.

Le fue atrayendo cada vez más la Historia: seguía los sucesos de la época sintiéndose partícipe y dándoles un enfoque cristiano, cada vez más hondo conforme el Señor se fue metiendo con más profundidad en su alma. Le oí hablar, con verdadero conocimiento y detalle, de la situación de los países europeos después de la primera guerra mundial y entre los años veinte y treinta, lo cual muestra que había seguido en Logroño y Zaragoza con gran atención aquellos acontecimientos.

Se interesaba muy especialmente por la situación de los países en que florecía con más fuerza el catolicismo; concretamente, recordaba bien sus oraciones y su preocupación durante el tiempo que precedió a la independencia de la República de Irlanda, porque se trataba de un país con gran tradición católica. Deseaba que llegase la paz justa para aquella tierra. Me ha impresionado siempre la fuerza con que unía todos los momentos históricos al posible desarrollo y a la situación en que se hallaba la Iglesia en los distintos lugares.

Fue grande su afición a la literatura y a la historia. De sus libros se deduce -aunque a veces prefería no incluir citas expresas- una gran familiaridad con Cervantes y Quevedo, con Tirso o Calderón.

Desde los doce o trece años, leyó con mucho interés los clásicos. Como había aprendido perfectamente el francés, abordó también muchas obras en esa lengua, con el consejo oportuno de sus padres, que dejaban conocer a su hijo libros aptos para su edad y formación.

Leyó casi todas las novelas de Julio Verne, que le apasionaron por la trama humana y el espíritu aventurero. Recordando estas lecturas, comentaba que solía saltar las páginas en las que el autor francés describía la naturaleza, y que le interesaba más el argumento, la riqueza de vocabulario, la fantasía de la creación literaria, y la aplicación de aquello que leía a la vida corriente, como tema de conversación y de distracción.

Más tarde pasó a leer con mayor asiduidad obras de literatura clásica española y de historia, por las que sintió siempre gran afición. Y así, a lo largo de su vida, gracias al patrimonio cultural que comenzó a adquirir en ese tiempo, afloraban en su labor sacerdotal dichos, sucesos, frases y ejemplos, sacados de libros que conocía profundamente.

En Logroño, mientras avanzaba en los clásicos españoles, comenzó a leer literatura religiosa, y concretamente se familiarizó con las obras de Santa Teresa de Jesús, hacia la que siempre manifestó gran devoción, tanto por su empresa apostólica en servicio de la Iglesia, como por su itinerario de entrega y trato con Dios.

En esos años leyó a Calderón de la Barca, Lope de Vega, Fray Luis de Granada, y a otros grandes escritores. Sintió gran atracción por la poesía y, gracias a su prodigiosa memoria, aprendía con extraordinaria facilidad versos que luego citaba: tanto de grandes poetas, como de otros, que calificaba de flojos o de muy flojitos, por ser de poca categoría estética, pero cuyo contenido le ayudaba en sus meditaciones, y en la predicación y dirección espiritual.

Entre otras obras, le impresionaron las Cantigas de Alfonso X el Sabio, en las que se recogen tradiciones populares y leyendas de muchas almas que se acercan a Dios. Le admiraba la Misericordia divina, que premiaba con creces los esfuerzos humanos.

Junto a su inclinación natural hacia el estudio de las Humanidades, las enseñanzas que recibió en Logroño le ayudaron a profundizar su afición por la literatura y la historia. Recordaba también, la prudencia y la claridad con que le impartió las lecciones de Ética y Rudimentos de Derecho, de Psicología y Lógica, el ya mencionado sacerdote don Calixto Terés.

-Y después, durante toda su vida, se dedicaría al estudio y al repaso de las ciencias sagradas.

Muchas veces perdiendo sueño, y otras, aprovechando retazos de tiempo -por ejemplo, esos diez minutos que median quizá entre una ocupación y la siguiente-, no abandonó la lectura de los autores clásicos y de los libros de ciencias religiosas. Fue un gran apasionado de los tratados de Teología dogmática. También le atraía la Patrística, que conocía desde muy joven y que tanto empleaba en sus enseñanzas.

Ha sido éste uno de los consejos que daba a los sacerdotes: que buscasen, para su predicación, textos de la Escritura y de los Padres; y también de literatura profana, que pudiesen aplicarse a la realidad cotidiana de la vida espiritual, aprovechando lo que había sido escrito con una finalidad meramente divulgativa o estética.

En momentos de descanso, le gustaba leer biografías de Santos, para conocer más a fondo su espíritu, y para aprender de sus vidas. Nunca le he visto tratar con indiferencia ninguno de esos libros. Además, cuando eran buenos desde el punto de vista espiritual, histórico, o literario, los recomendaba a otras personas, para que se familiarizasen con esos textos, y se adentrasen en las vidas de quienes se habían dedicado enteramente al servicio de Dios.

Deseaba que se conociesen mejor las vidas de los Santos venerados en la Iglesia, y sugirió repetidas veces a hijos suyos periodistas, con buena pluma, que escribieran algunos artículos sobre determinados Santos, para difundir su ejemplaridad.

-Otra de sus aficiones fue la Arquitectura.

En los años de Logroño, manifestó muchas veces a su padre el deseo de ser arquitecto, pues tenía facilidad para las matemáticas y el dibujo. De hecho, cuando traía a colación sus recuerdos de estudiante, aludía a que le gustaban mucho las matemáticas, y le daban muy buenas calificaciones en esa materia.

También mostraba gran soltura para el dibujo, tanto artístico como técnico. Interpretaba con asombrosa facilidad y rapidez los planos, como he presenciado en numerosas ocasiones. Bromeaba diciendo que tenía el mal de piedra, pues, para extender la labor del Opus Dei por el mundo, tuvo que promover la construcción de muchos edificios. Le he visto trabajar con arquitectos sobre los planos y hacer sugerencias que se revelaban muy atinadas para lo que se quería. Y muchas veces concebía esas construcciones en su mente, con gran visión de futuro, sin disponer siquiera de un anteproyecto; después, llegado el momento, era capaz de expresar sus ideas con pocos trazos, de modo que los arquitectos podían interpretarlas perfectamente.

No dejó de aprovechar esa afición hacia la Arquitectura. Viajando por distintos sitios, le veía apreciar la utilidad y la belleza de las construcciones, y recoger ideas -descendiendo a detalles prácticos- para los edificios destinados a labores apostólicas.

También he sido testigo de su solicitud apostólica en este campo: a muchos arquitectos famosos - que recibían encargos importantes del Estado o de grandes entidades- les hacía considerar su gran responsabilidad de fomentar con su trabajo el sentido cristiano de la familia. Sufría al contemplar los grandes bloques de viviendas minúsculas en los que se masifica a las personas, y se oponía a esas soluciones, que lesionan la intimidad de la familia y empujan a los matrimonios a limitar el número de hijos, poniéndoles en grave peligro de contrariar las leyes de Dios.

Cómo sintetizaría brevemente el carácter y la personalidad de Mons. Escrivá de Balaguer?

Era una persona recia, fuerte, comprensiva y optimista. Actuaba siempre de modo responsable, generoso, lleno de celo por las almas, santamente intransigente con la doctrina de la fe y santamente transigente con las personas; trabajador perseverante, sincero, leal y buen amigo; demostró con todos, sin distinción de ningún género, un espíritu de servicio pleno, valiente y cariñoso.

A estas características, fue añadiendo las propias de un buen sacerdote: piadoso, culto, docto, identificado con su ministerio, gran predicador y director de almas; estudioso, mortificado, desprendido de sí mismo y de sus ocupaciones, ordenado y con gran visión sobrenatural; humilde, rezador, apasionado por cuanto se refería a Dios, a la Virgen, al Papa y a la Iglesia; obediente, seguro en la doctrina, practicante de las virtudes teologales y cardinales, y cada día más enamorado de su vocación, para acercarse más al Señor y, por el Señor, a las almas.

Fue por temperamento ardiente, y pienso que se le notaba de modo particular cuando hablaba de nuestra Madre la Virgen, o al comentar su esperanza en la visión beatífica. Todo su ser respiraba la

alegría de quien recibirá un tesoro, porque su Padre se lo ha preparado. Hablaban sus ojos penetrantes, lúcidos, seguros; hablaba su tono de voz, persuasivo, cálido, lleno de una seguridad palpable; hablaban sus gestos, que hacían entrever esa unión con Dios de la que ya participaba.

Dominó su tendencia a la rapidez -derivada de la agudeza y claridad de su mente-, para no agobiar a los demás. He sido testigo de la paciencia con que nos ha formado durante años y años a quienes estábamos a su alrededor, contando con las cualidades y con los defectos de cada uno, respetando nuestro modo de ser, y sin pretender que nadie se acomodara a sus gustos, o a su modo de trabajar.

Precisamente porque estaba dotado de una gran sensibilidad de carácter, y tenía un marcado ingenio, percibía la importancia y la trascendencia de los sucesos que ocurrían a su alrededor o en el ámbito de la Iglesia y de la sociedad. Ante esas situaciones, jamás perdía la visión sobrenatural; procedía con paz, respetando a los demás, sin impacencias, y procuraba ayudar a quienes tenían más dificultades. Nos animaba a luchar contra la debilidad, porque no se puede hacer palanca con un churro. Pero su esfuerzo resultaba natural y humano.

Por su espíritu de mortificación, era muy difícil enterarse de sus preferencias. Y cuando intentábamos secundar sus posibles gustos, no lo admitía, y renunciaba voluntariamente a la posible comodidad. No quiere decir esto que fuera arisco; al contrario, manifestaba amablemente su agradecimiento, mientras repetía: non veni ministrari sed ministrare! ["no he venido a ser servido, sino a servir": cfr. Mateo 20,28]

Fue constante su ejercicio en acrisolar los afectos. Se mostraba afable, cariñoso, condescendiente, atento a las necesidades de los demás, y especialmente de sus hijas y de sus hijos. El temple enérgico que el Señor le había dado, le sirvió para insistir en la propia lucha ascética y en la de los demás, pero sin mortificar a nadie. No ocultaba ese temperamento fuerte, que muchas veces le llevaba a exigirse y a exigir como por naturaleza. Pero luchaba por rectificar la intención: el Señor se ha servido también de mi "caratteraccio" -reconocía con buen humor- para sacar adelante el Opus Dei.

2. Corazón enamorado

-Ha salido como de pasada aquel presagio de doña María Dolores Albas: "josemaría, vas a sufrir mucho en la vida; pues pones todo el corazón en lo que haces". Y Ud. destacó este rasgo de su personalidad en el primer artículo que publicó sobre el Fundador del Opus Dei: Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar. Pero se puede profundizar en esta dimensión, que anudaba múltiples facetas de su existencia.

Muy grabada le quedó la conversación con su padre, cuando se decidió a emprender el sacerdocio. Don José Escrivá le hizo considerar que los sacerdotes tienen que ser muy santos, y no dudó en afirmar, convencido: lo sé, papá. Luego añadió que seguir ese camino supone renunciar a los amores en la tierra. El Fundador del Opus Dei explicaría años después: era muy bueno mi padre, y tenía derecho a mirar las cosas desde un punto de vista de tejas abajo. Pero en este caso concreto se equivocaba. Yo, a pesar de mis pocos años, me daba cuenta, y sigo pensando lo mismo: los sacerdotes no estamos solos, tenemos el mejor Amor y vivimos enamorados; y, por este Amor, somos capaces de servir, precisamente porque estamos perennemente enamorados.

Un día, en 1962, recibí una consulta por teléfono, desde la dirección del Centro en que estábamos. Querían utilizar el único coche que había en la casa, con objeto de llevar a uno de los residentes al médico. Contesté que sí, sin decírselo a Mons. Escrivá de Balaguer, porque sabía que no iba a necesitar ese vehículo. Poco más tarde, le informé. Me preguntó inmediatamente quién era el enfermo y qué le ocurría. Habían salido ya, y no pude darle detalles. Me corrigió entonces, con mucho cariño y claridad: no dejes que vuelva a suceder en tu vida. Cualquier cosa de un hermano tuyo, aunque acabe de llegar a la Obra, te tiene que preocupar como algo de tu propia vida. Este espíritu hemos de vivirlo aunque seamos muy jóvenes de edad, porque el trato con Dios nos da la madurez de saber ocuparnos enteramente de las almas.

Nos sabíamos hijos de su oración y de su mortificación. Todos, y especialmente quienes vivíamos a su lado, podíamos comprobarlo: por sus conversaciones; por su disponibilidad; por su servicio; por su afán de ayudar a cada uno. Repetía que le importaban nuestras almas y nuestros cuerpos: nuestras almas, porque tenían que estar muy unidas a Dios; nuestros cuerpos, porque era necesario cuidar el borriquito, para exigirle rendimiento en servicio de la Iglesia.

Ante su disponibilidad, entendíamos mejor su predicación constante de sentir el orgullo santo de servir a los demás. En la Obra, no puede haber señoritos, comodones, hijos de familia pudiente con el orgullo tonto de no querer servir y de hacerse servir, en cambio, por los demás.

-En sus escritos, surgen continuamente expresiones poéticas, referencias al amor humano, que muestran la amplitud de su corazón.

El Fundador del Opus Dei recordaba a menudo que hemos de querer al Señor con el mismo corazón con que amamos a nuestros padres, con el mismo con que habríamos amado -o con que se ama- á una criatura de la tierra: hijos míos, hay que amar a Dios con el alma entera, con todo el corazón, con el cuerpo y con el alma. Insisto: ¡que no falte la gracia humana en la correspondencia a la gracia divina que recibimos!

En una meditación eh 1950, nos insistía con una imagen gráfica: ¿no os habéis fijado que, por ver a la persona amada, se pasan el tiempo debajo de la ventana, o cerca de la puerta por la que tiene que atravesar esa persona? ¡Hacen el oso!, dicen en mi tierra para indicar las múltiples maneras que se inventan los enamorados para ver y contemplar a la persona que aman. Pues a mí me gustaría que cada uno de vosotros hiciera el oso, para rondar a Dios como verdaderos enamorados.

Era muy suya la expresión "cortejar a Dios", ese hacer la corte, propio de los enamorados, como se afirma en la tierra aragonesa, y como se afirma por distintas regiones de la tierra española. Estas frases -andarse con contemplaciones, contemplar, cortejar, hacer el oso, rondar, etc.- que se emplean para describir a los enamorados en la vida corriente, le venían enseguida a la cabeza cuando explicaba nuestro trato con Dios. No eran ocurrencias de un entendimiento bien dotado, ni el recurso a figuras o comparaciones para atraer la atención: respondían a su modo personal de dar vueltas alrededor del Señor, ya que todo su comportamiento giraba en torno a su relación de amor a Dios.

Estas delicadezas de corazón joven, que arde en deseos de entrega, se verificaban en los últimos años de su vida todavía con mayor fuerza: reiteraba aún más las palabras del Apóstol Juan, qui autem timet non est perfectus in caritate!, que traducía libremente: ¡el que tiene miedo, el que anda con cautelas, no sabe querer!

Se sentía plenamente enamorado de la Bondad de Dios y quería honrarle por ser Él quien es. Nos hacía notar que la pre-

dilección que hemos recibido al incorporarnos a la Iglesia, debía constituir una raíz fundamental en la chifladura de amor que los hijos de Dios deberíamos manifestar a la Trinidad Santísima. En 1967, puntualizaba: el corazón de la criatura, con la gracia de Dios, es capaz de amar una inmensidad. ¡Vale la pena ser fieles!: no olvidéis que nosotros somos enamorados; ¡no somos gentes sin amor! Si no metemos completamente a Dios en nuestras vidas, ¡enamorados!, no podemos tirar para adelante. No hagáis nada sin poner por lo menos una chispa de amor, ¡aunque cueste!

Aprovechaba todo lo humano noble para referirlo al querer divino. Le gustaban las canciones que canta el pueblo, tonadas limpias, de amor humano, y las repetía llevándolas al amor de Dios. Sería muy largo enumerar las que recogió de la tradición popular de muchos países, y las incorporó a su vida interior; entre otras, repetía con alguna frecuencia esta jota de su tierra: "fuiste mi primer amor; / tú me enseñaste a querer, / no me enseñes a olvidar, / que no lo quiero aprender".

Me ha llamado la atención siempre que el texto -a mi juicio más sugestivo de Mons. Escrivá de Balaguer sobre la virtud de la castidad, aparezca precisamente en una homilía sobre el matrimonio:

La castidad -no simple continencia, sino afirmación decidida de una voluntad enamorada- es una virtud que mantiene la juventud del amor en cualquier estado de vida (cfr. Es Cristo que pasa, 25).

El año anterior a su marcha al Cielo, nos insistía con claridad: el corazón de los hombres -a tu edad y a la mía: ¡siempre! es de carne y, si no procuramos mantenerlo limpio, se llena de carne. Para estar con Dios, pon sacrificio en tu amor. No hemos de ver la vida como una Cruz, aunque -pensándolo bien- no estaríamos mal allí, porque la Cruz es un trono, que ayuda a buscar el rostro de Jesús.

Nos animaba a que rechazásemos la tristeza, porque da paso a la búsqueda de compensaciones que apartan de Dios. El 26 de septiembre de 1971, nos indicaba: la tristeza, si no se abre enseguida el corazón, acaba siempre -¡no lo olvidéis!- en la lujuria. Cortad con ese modo de vivir, con la tristeza, porque es impropia de un hijo de Dios. Y, al revés, la falta de delicadeza es fuente de pesadumbres, como señalaba en 1969: hijos míos, el Señor no quiere que haya en nuestros corazones nada que no sea de Él. Por eso, cuando aceptamos algo, aunque sea muy pequeño, que no es de Él, viene la inquietud, la falta de paz, porque nuestro camino -que es siempre actualnos recuerda que somos enteramente del Señor. Si alguna vez se ha abierto la mano, aunque sea muy poco, hay que ir a la dirección espiritual, para que nos ayuden, para que nos hagan reaccionar y, si es preciso, para que cautericen. Un corazón cauterizado, ¡cauterizado por el amor de Dios!, es algo que no se puede cambiar por todos los tesoros del mundo.

Trataba con intimidad a Santa María, pidiéndole para él y para todos la limpieza de corazón. Repetía aquella invocación de vieja raigambre cristiana, *sub tuum praesidium...* ["bajo tu protección..."], y nos aconsejaba que la rezásemos piadosamente, cuando sintiésemos la rebelión de la carne. Quiso que se dedicase la imagen de la Virgen del campus de la Universidad de Navarra a la advocación de Madre del Amor Hermoso. Deseaba que las almas obtuviesen de Ella una vida limpia, y la pidiesen para tantas otras personas en el mundo entero. Comentaba el Fundador del Opus Dei: el reverso estupendo de la medalla de la pureza es el amor más intenso que se puede conocer aquí en la tierra. Ama mucho, y con esto vencerás en tu lucha cotidiana; y después, paladeaba la estrofa del himno dedicado a María: *vitam praesta puram, ¡ter para tutum, ut videntes Iesum, semper collaetemur* ["haz casta nuestra vida, y prepáranos un camino seguro, para que seamos siempre felices con la visión de Jesús": Himno Ave maris Stella, 6].

La persona enamorada sabe anticiparse: piensa en su amor, no en sí misma, y advierte qué puede necesitar, incluso antes que el propio interesado. Cuando se trata de querer a los hombres, a veces, sólo resulta posible compartir el sufrimiento.

Mons. Escrivá de Balaguer me ha ratificado que -desde los comienzos del Opus Dei- pidió al Señor, también para sus hijos de todos los tiempos, que no les resultara indiferente nada de lo que se refiriese a los demás, por pequeño que pudiera parecer: precisamente a través de esas circunstancias ordinarias y extraordinarias habíamos de estimular a las almas a santificarse.

Le interesaba, como cosa propia, lo de los demás; hasta el punto de que, cuando sufrían un gran disgusto, una grave contradicción, le afectaba incluso físicamente. Quitando importancia a su reacción, nos explicaba: no os preocupéis, me viene de familia, porque mi buena madre, cuando ocurría una cosa semejante, se veía afectada inmediatamente.

Como manifestación de su desvelo, cavilaba muchas veces a lo largo del día: ¿qué harán ahora estos hijos míos aquí, allá, en aquel otro país?, ¿qué estará pasando en esta nación donde sufren esa tribulación?, ¿cómo se estarán resolviendo las dificultades que atraviesa aquella sociedad?, ¿cómo se estará estudiando el modo de afrontar las necesidades materiales de tantas personas, ante esta o aquella calamidad?

Con un convencimiento palpable, repetía que en cada uno de nosotros veía a Cristo joven, a Cristo que trabaja, a Cristo enfermo, a Cristo que sufre, a Cristo que hace apostolado, a Cristo que ama, a Cristo que se entrega, a Cristo que cumple la Voluntad del Padre. Por eso, se unía a la lucha espiritual de cada uno de los miembros del Opus Dei, y alzaba su oración al Señor por su fidelidad.

Recuerdo que, en 1971, atendió en dos ocasiones a una hija suya, desahuciada por el cáncer. Mientras estaba con la enferma, demostraba una fortaleza extraordinaria. Pero, a la salida de una de aquellas visitas, cercana la Navidad, Mons. Escrivá de Balaguer hubo de refugiarse en la capilla de la clínica, para enjugarse las lágrimas, deshecho por los sufrimientos de su hija. Se acomodaba con fortaleza a las necesidades de las almas, de acuerdo con lo que nos describía en 1958: hijos, nosotros estamos para servir a los demás, haciéndoles amable el camino que lleva a Dios. Hemos de servir a todas las almas. ¡Servir! Este es el secreto, si de verdad queremos ser humildes; y así veremos siempre con alegría los dones que los otros han recibido de Dios y sus buenas cualidades. Si no reaccionamos de esta forma, conviene que echemos una mirada sincera a nuestra alma porque quizá -y sin quizá- todavía andamos detrás de nuestro yo, de nuestra vanagloria, de esa gloria vana que nos hace susceptibles con todos y por todo.

-Al conzenzdr este epígrafe, pensé en titularlo simplemente un corazón grande.

Le he escuchado repetir el mismo consejo en todos los ambientes, con gente de relieve cultural, económico o social, con personas de clase media, con enfermos, con pobres, con quienes no se distinguían por sus cualidades intelectuales ni por su preparación humana: a Dios hay que quererle con el corazón entero, entregado, sabiendo que el Señor se conforma con este pobre corazón nuestro si se lo damos de veras, como se lo hubiéramos dado a una criatura aquí en la tierra.

Tenía la convicción de que hemos de querer al Señor con amor ardiente de enamorados. Su tensión -llena de paz- por amar más a Dios le llevaba a exclamar en 1967: la persona que busca sinceramente, ¡de verdad!, la perfección cristiana, siempre encuentra defectos en sus obras, como el artista a su trabajo: ¡no, no!, comenta, me ha faltado amor; me falta más identificación con Él; no he sabido expresarme como debía; no he sabido amar, como podía y debía. Tenemos que ser otros cristos; es más, ipse Christus ["el mismo Cristo"], sobre todo, cuando nos hemos comprometido a buscar la perfección cristiana a través de los acontecimientos ordinarios de nuestra vida.

Predomina en su biografía este amor al Señor sobre todas las cosas, que le llevaba a tener una familiaridad y una confianza absoluta en los designios divinos. Se conmovía al considerar la perfecta Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, que no dejaba de agradecer los servicios que le prestaban. Le atraía la felicidad que se respiraba junto al Maestro, que no rechaza las pruebas de cariño de los que le rodean. Y de estas lecciones sacaba consecuencias: el Señor no tenía un corazón seco, tenía un corazón de hondura infinita que sabía agradecer, que sabía amar.

No me extrañó escucharle, en 1962, mientras rezaba por unos hijos suyos: si yo no estuviera en carne viva por los demás, a pesar de mis errores, de mis tonterías, sería un desgraciado. Estoy convencido de que, con Él, somos luz en la oscuridad, fortaleza en la debilidad.

No se cansó nunca de pedir intensamente a Dios, a través de nuestra Madre Santísima, la purificación del corazón, para que allí solamente cupiera el Señor y, por Él, todas las almas. No pensaba que la madurez, la edad o la experiencia, fueran motivo para disminuir -ni siquiera un poco- el esfuerzo en la pelea ascética. En 1960 nos aconsejaba: pedid a la Madre bendita del Cielo que purifique vuestro corazón, y Ella lo alcanzará del Padre. ¡Jesús, guarda nuestro corazón! ¡Guárdalo para Ti! Un corazón recio, fuerte, duro y tierno y afectuoso y delicado, lleno de caridad por Ti, con mis hermanos y con todas las almas.

-Se explica -también desde una perspectiva teológica- que manifestara especial predilección por los enfermos. Es muy conocida su dedicación a los hospitales de Madrid. Me gustaría saber algún detalle de cómo cuidaba a quienes estaban a su lado.

Quería que se atendiera a los enfermos con extrema delicadeza y sentido sobrenatural, pensando que se sirve al mismo jesucristo. Sintetizaba esta dedicación con frases tan gráficas como: que ese hermano vuestro no se acuerde de su madre y de su padre, al ver vuestra caridad humana y

sobrenatural. O: para los enfermos, no tenemos que regatear esfuerzos. Si alguno necesita un trozo de Cielo, subiremos a robarlo, con la certeza de que a Nuestro Padre Dios le agrada.

Personalmente, he tenido la fortuna de contar con la compañía de Mons. Escrivá de Balaguer cuando he estado enfermo. Si no podía hablar, por la fiebre o por la debilidad, me bastaba ~-erle sentado en una silla, rezando, mirándome fijamente, para advertir la necesidad de ofrecer aquella dolencia al Señor y agradecer el beneficio de contar con esa bendición del Cielo que se presentaba a través de las molestias. Si en todas las personas veía a Cristo, se comprobaba en esos momentos que encarnaba lo que escribió en Camino: los enfermos son... El.

Su caridad paterna y materna le llevaba a estar en los detalles. Conocía enseguida, por la cara de las personas, si tenían alguna molestia física. Y era exigente también con los médicos

que les atendían. En una caída me disloqué yo un brazo. Me pusieron una escayola y me dijeron que duraría quince días. Fui al cabo de ese plazo, y el médico, sin darle más importancia, me indicó que volviera dentro de otros quince días. Como me habían puesto la escayola sin haberme limpiado el brazo, y tenía ciertas molestias debidas a un prurito continuo, Mons. Escrivá de Balaguer me aconsejó que acudiera inmediatamente al médico, acompañado por otra persona, y le rogara que, si no había ningún inconveniente o una necesidad perentoria, me quitara el yeso, como se había comprometido cuando me hizo la cura. Aquel médico comprendió la razón de lo que le decía, y efectivamente, rompió la escayola y se evitaron así las molestias de un eczema que se estaba formando.

En 1971, padecí el síndrome de Menière, que produce una gran inestabilidad. Venía a atenderme a diario, y se ofrecía para darme de comer, con la excusa de que estuviera más tranquilo, sin preocuparme de la pérdida de equilibrio. Y hacía lo mismo cuando don Álvaro del Portillo padecía ataques de alergia. En todos los casos, procuraba que al enfermo se le hiciera más llevadera su debilidad, ocupándose de los indispensables servicios materiales: limpiar los vasos de noche, hacer la cama mientras estaba un momento levantado, ventilar o limpiar las habitaciones, etc.

En 1972, una persona del Opus Dei, aquejada de una grave insuficiencia renal -sometida a diálisis varias veces a la semana-, tuvo que hacer un viaje a Roma, con otro miembro de la Obra. Mons. Escrivá de Balaguer le recibió y le invitó a la tertulia con los Consultores del Consejo General. Allí apreció cómo aquel otro hijo suyo que le acompañaba estaba muy pendiente de todo: lo que podía tomar, las posturas, el sol, etc. Cuando terminó aquella reunión, mientras estábamos Mons. Álvaro del Portillo y yo con el Fundador, nos preguntó conmovido: ¿habéis visto con qué cuidado le trataba?

Desde el primer día en Roma, observé cómo gozaba al ver que se vivía la caridad con los enfermos. Me impresionó siempre que, además de la ayuda y de los servicios que se prestaba a cada uno, insistía en la atención espiritual. Se ocupaba también de mantener la vibración interior de esos hijos suyos, facilitándoles el cumplimiento de las normas de piedad y la frecuencia -si lo solicitaban- de la Eucaristía y la Penitencia.

Sin dar lugar a ningún tipo de comodidad o de capricho, sabía enterarse de las aficiones y gustos de cada persona. No se olvidaba de esas preferencias y, cuando surgía la ocasión, recordaba esos detalles que alegraban al interesado. Una vez comentó don Álvaro del Portillo que en su familia eran muy aficionados al arroz con leche: cuando se indisponía, si el médico lo autorizaba, Mons. Escrivá de Balaguer se ocupaba de que le preparasen ese plato, para que comiese con más apetito, y se restableciera.

Vivía esta misma atención con todos. En 1956 llegó a Roma de Argentina un hijo suyo, joven, que al poco tiempo estuvo muy mal de salud. Quedó inapetente. El Fundador del Opus Dei supo, a través de otro argentino, que un tipo de comida corriente en su país de origen, especialmente apetitosa, es el "bife a caballo": un trozo de carne con un huevo frito encima; y encargó que lo cocinaran y se lo llevaran al enfermo, que desde entonces empezó a vencer su inapetencia. El interesado no supo de quién había partido la iniciativa.

-Lógicamente, esa preocupación se hacía más intensa cuando la enfermedad era grave. La aceptación de la Voluntad divina no eliminaba el sufrimiento humano, especialmente ante la muerte de las personas queridas.

Entre otros muchísimos sucesos, recuerdo que en 1962 le comunicaron que iban a efectuar una operación quirúrgica a José Antonio Lagunilla. Le expusieron la gravedad de la intervención: podía no salir con vida del quirófano. Mons. Escrivá de Balaguer no paró de rezar por él. En más de una ocasión, a lo largo de la jornada, comentó espontáneamente: ¡me han llegado estas noticias, y yo no vivo! Pedía a Dios por la recuperación de ese hijo suyo y que llevara los sufrimientos con mucho sentido sobrenatural: ruego a Dios, como Padre de este hijo mío, que no me lo quite; y que, si me lo quita, me haga aceptar cuanto antes su Voluntad, porque me costará.

La muerte de hijas e hijos suyos le suponía una prueba muy dura, por su intenso cariño, también hacia aquellos que no había llegado a conocer personalmente. Lo sentía como un auténtico mazazo. Se quedaba anonadado, aunque le hubieran advertido la gravedad de la dolencia. Esa angustia de su corazón no le impedía reaccionar con esperanza y, después de protestar filialmente al Señor por llevarse a esas personas que tanto podían rendir, repetía despacio, paladeándola, esa oración que tantos miles de personas han aprendido de sus labios: fiat, adimpleatur, laudetur et in aeternum superexaltetur iustissima atque amabilissima Voluntas Dei super omnia. Amen. Amen ["Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amén. Amén"].

En 1969, cuando falleció un sacerdote, don Álvaro Calleja, después de haber rezado esa plegaria, y un responso por el eterno descanso de su alma, reconocía: me ha costado mucho, como me ocurre siempre, cuando muere una hija o un hijo mío; pero después he aceptado con paz la Voluntad del Señor. Y veo con mucha claridad que ahora tenemos a ese hermano vuestro en el Cielo, amando a Dios, adorando a Dios, y pidiendo por todas las necesidades de la Iglesia, de la Obra. He sabido que ha muerto lleno de alegría, y es que no puede ser de otra manera: ¡así mueren los hijos de Dios: con la paz, con la tranquilidad del Señor!

-Pero su corazón sufría quizá más ante los peligros espirituales, ante posibles infidelidades. Por esto, ponía un especial acento en la atención esmerada, en el cuidado delicadísimo de la vida cristiana de las personas del Opus Dei.

Le interesaban todas las cosas de cada uno, aunque llevase unos instantes en la Obra. Se podía comprobar por su espíritu de servicio y su interés en formar a las personas más recientes en el Opus Dei; les dedicaba el mismo afán y la misma exigencia que a quienes llevaban trabajando mucho tiempo en la Obra, pues veía detrás a Cristo. Y nos enseñaba que es a Cristo a quien llega nuestra sonrisa, nuestro servicio, nuestra caridad, o bien, nuestro desaire, nuestras desganas, nuestras palabras duras o indiferentes: por eso hemos de cuidar y de estar en todos los detalles.

Me consta que, por atender a un hijo o a una hija, no dudaba en ofrecer su propia vida al Señor. Hizo viajes que duraron días y noches enteras; practicó ayunos y severas mortificaciones corporales; empleó horas en conversar con quien lo necesitaba. Actuaba con esta entrega heroica, pensando en servir al Señor. A los que nos ocupábamos de la formación de otros, nos preguntaba con frecuencia: ¿cuánto has rezado por las almas que dependen de ti?, ¿cuánto te has mortificado?, ¿las conoces a fondo?, ¿sabes adelantarte a sus necesidades? Hasta tal punto exigía que nos ocupásemos de ayudarles a ser santos que, cuando alguno no seguía adelante en su camino, ponderaba: yo no disculpo de pecado, y a veces de pecado grave, a los que han convivido con esa persona, si no han puesto todos los medios a su alcance para ayudarle a salir de esa dificultad. Como afinaba mucho en la caridad, nos hacía notar que una decisión tan radical no se presenta repentinamente: aparecen unos síntomas, y luego otros, hasta que la situación precipita. Por eso, cuando hay cariño vigilante, se advierten enseguida las primeras señales y puede atajarse el avance de la enfermedad.

Toda su labor de apostolado y de formación estaba basada en una oración llena de fe, de esperanza y de amor. Muchas de las mujeres y de los hombres que vinieron en los comienzos, han sabido que

el Fundador de la Obra llevaba encomendándoles años antes de conocerles: desde que algún pariente, compañero o amigo de los interesados, le había hablado de sus buenas cualidades o de su posibilidad de entender el Opus Dei. Hasta el último día, subrayó que era necesario conseguir vocaciones del Señor con mucha oración y mortificación; pero agregaba que concedía más importancia aún a la ayuda y a la exigencia espiritual que se prestaba a los que habían llegado. Aducía el ejemplo de la atención que los padres prestan al hijo recién nacido, sabiendo prescindir de su propio yo. También señalaba que no podía ocurrir lo que cuentan, como leyenda, de una comarca española: la gente es muy fuerte, porque la primera noche después de su nacimiento dejan a la criatura al aire libre -en esa región la temperatura nocturna es bajísima-; si no fallece, comentan, "¡ya no le parte un rayo!". Y, con fuerza, insistía: ¡esto no puede ocurrir en el Opus Dei!: hay que cuidar cada vocación con primor.

3.Sembrador de paz y alegría

-Realmente, con el genio que tenía Mons. Escrivá de Balaguer, y las dolencias físicas y morales que sufrió a lo largo de la vida, sólo la lucha por la santidad explica que no se le agriara el carácter: al contrario, los relatos de quienes le conocieron de cerca señalan su juventud, su buen humor, su alegría.

Destacaba como persona perennemente serena, sin altibajos ni cambios de humor repentinos. Mantuvo siempre un perfecto dominio sobre los movimientos de su carácter. Desde luego, no era insensible a los acontecimientos, pero actuaba con paz y fortaleza, por acuciantes que, fueran los problemas, las alegrías o los dolores.

En 1972, en una época en que padecía mucho ante la situación que atravesaba la Iglesia, rezaba en voz alta: Señor, que no esté triste, que me ate siempre a tu Santa Cruz, que quiera correr contigo. Dame tu alegría, también en esos momentos de dolor, para saber cumplir la Voluntad del Padre.

Aplicaba, como lema de su actividad, que la alegría -tesoro que nos pertenece por propio derecho a los cristianos- tiene sus raíces en forma de cruz: no la contemplaba como suplicio, sino como el trono en que triunfa nuestro Salvador. Así condensaba, el 31 de diciembre de 1973, buena parte de lo que había dado sentido a su vida: hoy daremos gracias al Señor, por los beneficios que hemos recibido en el año que termina. Para el que comienza, viendo cómo están las cosas de este mundo en el que vivimos y el modo de proceder de tanta gente, queremos tener la rectitud de intención de ser humildes, de volver siempre a la verdad y de asirnos con más fuerza a Nuestro Señor. Me pediréis quizá otras palabracas para este año que viene, y antes yo desearía que nos decidiéramos a servir de verdad, completamente. Entonces, os diré, concretando: servite Domino in laetitia! ["¡servid al Señor con alegría!"]; y también: gaudete in Domino semper! ["¡gozaos siempre en el Señor!"] La humanidad, cada uno de nosotros, ha costado toda la Sangre de Cristo. Contemplamos que, desgraciadamente, ahora se tambalea todo; que las almas se pierden; que en la Iglesia muchos intentan destruir la vida de tantos siglos. No tardará en venir la luz, entre otras cosas, porque nadie puede contra Dios, y no se perderá ni una gota de esa Sangre divina, entregada para que seamos felices y para que seamos fieles. Por tanto, ¡que estéis contentos!; y lo de siempre: no estaréis contentos, si no- lucháis; y si no lucháis, es cuando caéis. Me gusta preveniros, diciendo que la lucha cuesta y que, cuando se ha caldo, cuesta más rehacerse. Sed fieles al Señor, ¡con alegría! Hijos míos, no os preocupéis, pase lo que pase; pero sí ocupaos de ser fieles, defended la hermosura, la limpieza y la verdad de nuestra fe; ofreciendo al Señor toda vuestra vida, hasta estas benditas pequeñas incomodidades de vivir como en una familia numerosa y pobre. Estad decididos a ser humildes, con la experiencia de nuestra nada y con la seguridad de que tenemos a Dios. Yo querría daros la fortaleza de la fidelidad, que nace de la humildad, de saber que estamos hechos de barro de botijo. Por tanto, a luchar, a pegar esta locura divina, para que esto siga por los siglos, para

que siempre haya gente dispuesta a sembrar esta alegría y a repartir este Amor nuestro, este Amor de Dios: ¡qué tragal nos espera!

-La alegría y el optimismo, rasgos de carácter, aparecen anclados en las virtudes teologales, y manifiestan, además, el gaudium ["el gozo"], fruto de la acción del Espíritu en el alma.

Jamás se dejó llevar por el pesimismo. Se veía ciertamente muy poca cosa, como un niño pequeño y desvalido, pero con la certeza de que Dios se ocupa de cada uno y de que no le es indiferente nada de lo que nos ocurre, pues todo lo gobierna o lo permite para nuestro bien. Un día de 1956, estábamos charlando de unas frases hechas y de sus equivalencias en los distintos idiomas, cuando salió un modismo francés, que alguno tradujo al castellano: "¡infeliz de mí!" Mons. Escrivá de Balaguer reaccionó en el acto: ¡jamás me consideraré desgraciado!: tengo la riqueza de Dios, que nunca me falta, y que llegaré a poseer con la ayuda de su gracia.

Me ha impresionado siempre la visión positiva con que afrontaba el paso por la tierra, considerándolo como un don precioso, materia indispensable para la santidad, también cuando el camino discurre con monotonía o erizado de dificultades. Recién llegado yo a Roma, en 1950, le escuché: para los que esperamos en el Señor, esta vida es un trasunto del Cielo que nos aguarda.

Con este mismo talante, nos confirmaba en 1969: optimistas, alegres: ¡Dios está con nosotros! Por eso, diariamente me lleno de esperanza. Esta virtud nos hace ver la vida como es: ¡bonita!, ¡de Dios!; nos hace vivir las distintas circunstancias por las que atravesamos con una nueva perspectiva. Tenemos obligación de cultivar en nuestra vida la esperanza siempre, y especialmente ahora, cuando el pesimismo, el cálculo, la ambición, han hecho su aparición en el mundo de un modo tan violento: no se acuerdan de Dios, que es el único tesoro que no se pierde y que no se degrada.

-Y se comprende que superara los miedos y nerviosismos.

Más de una vez nos relató a Mons. Álvaro del Portillo y a mí: cuando me examiné de ingreso en el Bachillerato, en Lérida, pasé mi miedo. Y lo arreglábamos, en la parte humana, tomando helados con galletas, que nos costaban diez céntimos; y, en la parte de piedad, rezando. Yo recuerdo que llevaba un rosario en el bolsillo, que empleaba todos los días, como hacía cuando estaba con mis padres, y algunas noches, me quedé dormido rezando.

He vivido a su lado circunstancias que comportaban riesgo de muerte: por ejemplo, en un viaje por carretera, el coche patinó y estuvimos a punto de volcar por un precipicio; en otro, de avión, hubo una gran tormenta, con gran susto de los pasajeros; en fin, cuando se presentó la insuficiencia renal, sufrí momentos de afanosos ahogos de la respiración. Jamás temió a esa "buena hermana", porque estaba convencido de que, cuando llegase, tendría la oportunidad de saborear el abrazo eterno de Dios: esta esperanza le colmaba de paz.

Resulta imposible describir los graves e incontables peligros de muerte en los que se encontró durante la guerra civil de España. Por ejemplo, la víspera del 2 de octubre de 1936, comentaba a don Álvaro del Portillo: ¿qué nos regalará mañana el Señor, aniversario de la fundación de la Obra? Poco tiempo después de esta confidencia, un pariente de don Álvaro les avisó de que los milicianos estaban registrando las casas de la familia, a la que pertenecía también el chalet que ocupaban. Ante aquel anuncio, le llenó de gozo la posibilidad de ser mártir de la fe, aceptando gustoso la muerte violenta, con la ayuda de la gracia divina. Simultáneamente, mientras experimentaba ese júbilo en el alma, notó que su cuerpo se estremecía ostensiblemente. Comentó enseguida que vio en aquella reacción -sólo he tenido miedo dos veces en mi vida, puntualizaba- el regalo del Señor por la fiesta del dos de octubre: de una parte, el gozo inmenso de ir a unirme definitivamente con la Trinidad; de otra, la claridad con que Él me hacía ver que yo no valgo nada, no puedo nada y, por eso, temblaba con auténtico miedo.

Vivía siempre con paz, con entereza, sin nerviosismo. Proclamaba con sencillez: con el amor de Dios, yo corro todos los riesgos, porque Él no me puede dejar.

-Su alegría resultaba contagiosa. Creaba a su alrededor un clima de paz y contento, sin ocultar ni negar las dificultades, ni exigir manifestaciones externas ruidosas.

Al terminar uno de sus viajes a América, en una charla llena de espontaneidad, los miembros de la tripulación nos comentaron a Mons. del Portillo y a mí que su trabajo había sido diferente, y explicaban, cada uno a su manera, este denominador común: "ordinariamente, cuando hacemos esta ruta, que dura más de once horas, con escalas, en las que hay que atender tantas necesidades del vuelo y de las personas, acabamos agotados, con ganas de terminar, y nos cuesta hasta ser amables. Hemos de decir que el viaje de hoy ha sido completamente distinto: nos encontramos humanamente descansados, porque tenemos una paz interior que hemos recibido en la conversación con Mons. Escrivá de Balaguer".

Durante su catequesis por la Península Ibérica, en 1972, recibió en Madrid a unos obreros -dos pertenecían al Opus Dei-, que habían formado, en sus ratos libres, un trío de payasos, para divertir a la gente de los barrios periféricos. Le contaron que muchos días, a la hora de actuar, llegaban cansados por el trabajo de la jornada. Les atendió con cariño y, al despedirse de ellos, corroboró que quienes estamos enamorados de Dios debemos vivir con la preocupación de hacer amable la vida a los demás: vosotros podéis hacerla todavía más agradable con vuestro oficio, poniendo sentido sobrenatural a esas ocurrencias que distraen a la gente, y ofreciendo todo vuestro trabajo para que tengan la alegría propia de los hijos de Dios. Daos cuenta de que, con vuestro oficio de payasos, podéis facilitar la sana alegría de una vida cristiana.

Remachaba en las almas la confianza de que Dios no rechaza a nadie. Enseñaba que, en consecuencia, no debemos apartar a ninguna persona, porque el Señor la ha puesto en nuestro camino para que la ayudemos a descubrir el amor de Dios. Por ese convencimiento, destacó la alegría entre las virtudes que los miembros del Opus Dei han de luchar por practicar siempre. Y en 1961 precisaba: *gaudium* ; alegría, que no es el cascabeleo de la risa tonta, algo animal. La alegría, fundada en la esperanza en Dios, es algo muy hondo; no

tiene por qué manifestarse externamente y es compatible con el cansancio, es compatible con el dolor, que Dios permite, pero que hemos de sobrellevar con el garbo de un hijo de Dios. Por lo tanto, vivid esa alegría de saber que, si no nos queremos apartar de Dios, seremos vencedores: esta alegría de saber que en la vida externa, en la vida apostólica, en la vida interior, cuando parece que todo se viene abajo, no será nunca así porque Cristo no pierde batallas.

Muchas personas me han confirmado que llegaban a su presencia a veces con el nerviosismo de la emoción, y que a los pocos segundos se encontraban con una tranquilidad y una paz que no consideraban lógicas: estaban con la más absoluta naturalidad, como si le hubieran conocido desde hacía mucho tiempo.

Tenía habitualmente el aspecto de un hombre perfectamente recogido, que vivía siempre en la presencia de Dios. Esto no ponía nunca una barrera con los demás; al contrario, se verificaba lo que tantas veces nos ponderó: todo lo sobrenatural, cuando se refiere a los hombres, es también muy humano.

-De otra parte, era un gran conversador, en el sentido noble de esta palabra.

Se notaba que seguía el diálogo con verdadero interés, que le importaba lo que le referían como algo suyo, que daba categoría y trascendencia a las cosas. Por eso, a su alrededor se palpaba enseguida un ambiente de familia, y sus palabras se avaloraban, porque las pronunciaba con cariño. Puedo asegurar que ninguna persona ha salido con el alma fría después de hablar con él. Más aún, quienes acudían con algún prejuicio se rendían ante su humanidad sobrenatural.

Le atraían las nobles actividades de los hombres, era sensible a los sucesos de la vida cotidiana, estaba atento a todo lo que pudiera afectar a la sociedad; pero jamás caía en charlas anodinas, sin sentido cristiano, pues el pensamiento de Dios animaba su conducta y su palabra. Tenía una

conversación sumamente atractiva desde el punto de vista humano, que se caracterizaba también por la fuerza y la naturalidad con que llevaba todas sus intervenciones hacia un diálogo con Dios. Además, por su comportamiento externo, todos pensaban que en ese momento no tenía ninguna otra cosa que hacer: la gente se encontraba a gusto, tranquila, serena, sin agobios, sabiendo que aquel sacerdote les dedicaría el tiempo que necesitasen. Resultaba fácil solicitar su consejo, por la acogida agradable, llena de interés, sin prisas, con que escuchaba. Y cuando, por inoportunidad o porque tenía prisa, no podía detenerse, rogaba con calma a su interlocutor que le buscara en otro momento, pidiéndole perdón por no poder atenderle en esos instantes.

-En general, su simpatía le llevaba también a hacer a los demás amable el cumplimiento del deber, y les facilitaba conllevar situaciones más o menos penosas.

Mons. Escrivá de Balaguer no dejaba de ejercitar su autoridad y de disponer lo que fuera necesario, pero siempre -también cuando había prisa o urgencia- impartía sus indicaciones con un tono afectuoso, que conseguía hacer más grata la obediencia. Empezaba con expresiones como: por favor, ¿quieres encargarte de...?; si no tienes inconveniente, ¿puedes ocuparte de esto o de lo otro...?; ¿tienes la amabilidad de encargarte de esta tarea...?

Cuando me hacía una observación para transmitirla a otra persona, y yo la comunicaba en su presencia de modo terminante -"me dice el Padre que vengas..."; "dice el Padre que hagas esto o lo otro..."-, me corregía con cariño, para que aprendiera a ejercitarme en la caridad al hacer esas peticiones, y a ofrecer la posibilidad de exponer cualquier dificultad que les impidiese realizar un encargo determinado.

En 1973, un laboratorio farmacéutico presentó una nueva medicina, que sustituía a otra de gusto desagradable: el anuncio explicaba que le habían dado sabor a naranja. Con naturalidad, nos comentó: me alegro: es humanizar las cosas, porque somos hombres, y ocuparse de hacer agradable a los demás el cumplimiento del deber tiene que agradar a Dios.

Se desvivía por hacer más grata la vida a los demás. En muchísimas ocasiones, cuando iba de un sitio para otro, o cuando sonaba el teléfono en el lugar por donde pasaba o en una habitación en la que no había nadie, acudía a recoger esas llamadas. Quería que se procurase hacer las cosas, por amor de Dios, perfectamente bien. Por ejemplo, cuando alguno llevaba a otra persona un objeto, una carpeta con papeles, un libro, y, al dárselos, en lugar de dejarlo con suavidad, lo arrojaba un poco bruscamente sobre la mesa, bromeaba: así se entregan los guantes al rey. Nos hacía notar que hemos de servir acabando los detalles y tratando con delicadeza a las personas; deseaba que nos ejercitásamos en las buenas maneras, en la cortesía, que facilita la vida a los demás; y que se prestasen los servicios con el mismo miramiento que se tendría con Nuestro Señor.

En 1968, encargado por Mons. Escrivá de Balaguer, hice un viaje para atender a un miembro del Opus Dei que atravesaba una seria dificultad en su camino. Además de la reacción espiritual del interesado, esperaba que viniera a Roma, para descansar y rehacerse en su vida interior. Cuando volvíamos, puse un telegrama firmado sólo con mi nombre, comunicando el tren en que llegábamos. Al cabo de unos cuantos días, me enseñó a anticipar a los demás la alegría, y la tranquilidad: me aclaró que podía haber puesto un telegrama, con las mismas palabras, pero firmando con el nombre de aquel que atravesaba ese momento malo.-Así hubieran tenido el gozo de saber que el enfermo acudía a recibir la ayuda necesaria, y hubieran preparado las cosas para recibirnos, sin la duda sobre cuántos llegábamos. Con una voz muy convincente y cargada de cariño, concluyó: cuando hagas cualquier tarea, piensa en Dios y, por Dios, piensa en los demás. No te olvides de que has de ayudar a que la gente no tenga preocupaciones.

-Y una nueva referencia a inevitables contrastes. Tal vez resultaba tan acogedor justamente porque su amabilidad no tenía que ver con un hacerse el simpático.

No ocultaba que podemos encontrar más dificultad en coincidir con el carácter de unos que con el de otros; pero insistía en que hemos de pasar por encima de esos sentimientos. Así lo apreciaba, por

ejemplo, en 1953: si nos hemos dedicado a Dios, para servir a las almas, en medio del mundo, quiere decir que hemos de mantener un trato continuo de vibración apostólica con los compañeros de profesión y con quienes nos rodean, sin hacer ninguna discriminación, y sin dejarnos llevar por antipatías y por simpatías. No podemos aislar el fuego de Cristo; es más, hay que aumentar, extender y propagar este fuego divino en todos los ambientes.

En innumerables ocasiones, argumentaba a sus hijas y sus hijos que no podían rechazar a ninguna alma: si alguien llama a vuestra puerta, atendedle con paciencia, con el mismo amor y la misma solicitud con que desearíais que se ocuparan de vosotros si os encontraseis en esas mismas necesidades. Otras

veces concluía, como con un clamor que brotaba de su alma:

no rechazéis a nadie. Si un alma os busca cien veces al día, atendedla cien veces con la caridad de Cristo.

No se dejó llevar por simpatías o antipatías en el trato. Atendió a personas que eran evitadas por sus amistades, por compañeros de trabajo, o por la propia familia. Tuvo una solicitud paciente con personas aisladas por su enfermedad, su carácter hosco o sus extravagancias. En sus charlas a los sacerdotes, insistía en que tuviéramos una paciencia extraordinaria con esas almas enfermas, que padecen también la soledad. Sin aludir a nombres concretos, y sin darle importancia, comentaba que había transcurrido muchas horas acompañando a quienes necesitaban el desaguadero de alguien que les escuchara, porque así descargaban su inquietud. Si se presenta ese caso, pensad -nos razonaba- que tenéis delante un enfermo, atendedle y servidle, no le cerréis las puertas ni los brazos de vuestra caridad sacerdotal. Puede ser que os repitan una y otra vez las mismas cosas. Si no les atendieseis, se quedarían heridos, e incluso se apartarían de la práctica religiosa. Por eso, mientras escuchéis aquella misma conversación con el mismo tono, con los mismos temas, con las mismas manías, con problemas que no tienen solución porque son fruto de una imaginación enfermiza, no les despachéis con cajas destempladas; atendedles, y mientras dure esa larga conversación, procurad encomendar al interesado, procurad rezar oraciones, porque esas personas se conforman con que haya alguien que les escuche, sin darles ninguna respuesta. Y añadía: cuántos Rosarios he rezado yo en mi vida con esos casos patológicos, pero que les servía para quedarse tranquilos, y yo consideraba como una obligación de mi parte el atenderlos, pensando en la paciencia que tiene conmigo el Señor.

Declaraba -y no era mera fórmula- que sólo tenía amigos, amigos de la derecha y amigos de la izquierda. Y nos insistía en que no podíamos cerrar las puertas de nuestro corazón a quienes se acercaran a nosotros, viniesen de donde viniesen. Jamás se abstuvo de dar la mano a quienes había tratado, si se veían envueltos en situaciones desagradables, motivadas por insidias, calumnias o incomprensiones. Recuerdo el caso de varios eclesiásticos, caídos en desgracia y abandonados por sus compañeros y por los que les habían servido, que encontraron la compañía de Mons. Escrivá de Balaguer, quien no ocultó su relación con esas personas, también ante los que provocaban el vacío a su alrededor.

Presenció, a partir de 1958, sus visitas a un eclesiástico de la Curia que ocupaba uno de los primeros puestos. También con mucha frecuencia venía él a verle. Agradecía muchísimo la atención, porque "me encuentro solo, abandonado, la gente no me quiere, estoy triste por tantas cosas como debo sufrir, me canso de ese trabajo y pienso abandonarlo en cuanto pueda", le comentó un día ese amigo a Mons. Escrivá. El Fundador del Opus Dei avisaba a quienes le acompañábamos -el conductor del coche y yo- que procuraría estar poco tiempo, diez minutos, lo indispensable para empujar a ese hombre, al que veía -repito- con mucha frecuencia, porque él así se lo pedía. Luego, se alargaba, porque aquel eclesiástico, por su carácter pesimista, necesitaba una especial solicitud: si le ayudo a estar optimista, a estar convencido de que puede y debe hacer mucho por los demás, la labor será más eficaz y se beneficiarán tantísimas personas por la gran responsabilidad de su cargo. Al final de las visitas, ese eclesiástico no tenía inconveniente en decir delante de mí: "gracias, Monseñor, porque me consuela siempre, porque me da ánimos; ¡si supiera cuántas cosas que me dejan abatido llegan cada día a mi mesa de trabajo! Y después de estas conversaciones siento más ánimo para afrontar la tarea".

4. Comprensivo y exigente

-Jesús Urteaga cuenta una anécdota menuda de Mons. Escrivá de Balaguer, sucedida en Roma hacia 1957. Por aquella época, fumaba demasiado. Y el Fundador del Opus Dei se lo advirtió un día: Jesús, fumas mucho. A la vez, como el que no quiere la cosa, le pasó un paquete de tabaco, de la marca que más gustaba a Jesús. El protagonista lo recuerda como una manifestación del cariñoso desvelo de un Padre para sus hijos, que no deja de corregirlos. Por mi parte, he utilizado esta escena para significar cómo quería que se sirviera a Dios con libertad. Es un ejemplo sencillo de la unidad que resalta en tantos actos de su vida, con el riesgo de romperla al distinguir facetas... inseparables. Podemos verlo ahora en la conjunción de comprensión e intransigencia, cariño y reciedumbre, caridad y fortaleza, que comenzó también a forjarse en el hogar familiar.

Mons. Escrivá de Balaguer sólo recordaba un castigo, cuando era muy pequeño, por haber puesto dificultades para sentarse en una silla alta en el comedor, llevado por caprichos de niño. Su padre, quizá cansado por la actitud del hijo, le dio un pequeño azote, y le sentó en la silla. Fuera de esta ocasión, sus padres no le dieron ni un cachete. Y aconsejó luego este modo de proceder a los matrimonios cristianos: tratar a sus hijos con energía, pero sin violencia, porque se gana más con esa comprensión que poniéndoles obstáculos o tratándoles con dureza.

Aprendió muy pronto a pasar por encima de los errores de los demás, siempre que no supusieran una ofensa al Señor. Quería evitar que se sintiera la amargura de la indiferencia. Y nos insistía en el deber de amar a las personas tal y como son, con sus limitaciones. Estaba convencido de que la gente le apreciaba a pesar de sus defectos. Refiriéndose a sí mismo, empleaba un dicho de España: yo tengo más faltas que las de un juego de pelota.

Desde el inicio de su sacerdocio, meditó las palabras del Apóstol: caritas omnia suffert, caritas omnia sustinet.. ["la caridad lo excusa todo, sobrelleva todo": cfr. I Corintios, 13,7] Al comentarlas, precisaba que el amor de Dios da la fortaleza necesaria para llevar las posibles cargas: amad, sufrid amando; vivificad, enreciad vuestra entrega con la caridad; amad siempre, y con esto vendrá la eficacia de Dios.

Su acusada personalidad, con una inteligencia clara, le llevaba a decisiones rápidas y bien maduras. Esto no era obstáculo para que, en las cuestiones corrientes, cediera con prontitud a los puntos de vista o a los planes de los demás. Con mucha paz, terminaba con un como quieras.

Nos aconsejaba respetar las opiniones, aunque a veces suponga ceder en legítimos derechos personales. Por caridad, expresaba, debéis actuar con prudencia sobrenatural. Y nos ponía ejemplos: yo estoy en una habitación, y me gusta tener la ventana abierta; llega otro que prefiere estar con la ventana cerrada, y la cierra: ¿por qué debo imponerle yo mi preferencia? Con esta cesión de mi parte, yo no renuncio al derecho de abrir la ventana en cualquier momento, pero hago la vida agradable al prójimo, y evito roces, incomprensiones o motivos que puedan servir de excusa a los demás para aflojar en el cumplimiento de sus obligaciones. Señalaba que, en los asuntos dejados a la libre disputa de los hombres, pueden darse visiones muy distintas e igualmente razonables: un objeto cóncavo, para quien lo ve desde otro ángulo, es convexo, y cuando afirman que es cóncavo o convexo, los dos tienen razón. Por eso, nos insistía en que supiésemos admitir, e incluso amar, las opiniones de los otros, aunque no coincidieran con las nuestras, siempre que no se tratase de una ofensa al Señor o un inconveniente serio para la labor apostólica o la propia lucha espiritual.

-La caridad exige corregir cuando es necesario, pero Mons. Escrivá de Balaguer eludía la crítica, en el sentido peyorativo de este término.

La comprensión que vivía con las personas le llevaba a no tolerar la más mínima murmuración y a cortar cualquier frase que pudiese sonar a censura de los demás. De una parte, porque no enjuiciaba nunca la actitud de nadie, si no contaba con un conocimiento completo, y, menos aún, si no le

competía juzgar. Y de otra, porque siempre practicó la corrección fraterna, a todos los niveles -con los de encima, con los iguales y con los inferiores-, de modo respetuoso y claro.

Cortaba tajantemente cuando se deslizaban comentarios negativos sobre otras personas. Me sorprendía su firmeza y caridad, aunque se tratase de alguien relevante en la vida eclesial o civil. Además de no tolerar esas críticas, preguntaba siempre a quienes jugaban con la fama de los demás: ¿no se lo ha dicho, directamente y con nobleza, al interesado? Era santamente intransigente en estas ocasiones, porque se consideraba en la obligación de ayudar al equivocado, evitando así las disensiones, los grupos o las camarillas.

Le alegraba que sus hijos no admitieran la murmuración contra nadie: yo sé, tengo la certeza -nos aseguraba-, de que no hablarán mal de mí; si hay algo en lo que me debo corregir, me lo advertirán noblemente. En el Opus Dei no se ha dado ni se dará eso que cuentan que sucede cuando se reúnen varias amigas o varios amigos: que ninguno quiere marcharse el primero, por miedo a las habladurías de los que se quedan.

Hacía las correcciones necesarias. No se excusaba con ningún motivo. Si, delante de Dios, veía indispensable advertir a alguien, no lo dudaba. No se dejaba llevar de falsos razonamientos. En 1959, subrayaba: si no se hace la corrección fraterna, es un índice claro de que no hay preocupación por ser santos. Todos tenemos defectos, y resulta evidente que, cuando no nos ayudamos, con cariño y visión sobrenatural, a corregirlos, vivimos en un diálogo con nuestras faltas y con las de los demás.

Porque amaba mucho a Dios, y porque deseaba que todos viviéramos para Él, hablaba valientemente, con sinceridad y con caridad. Tenía muy metido en el alma lo que le escuché en 1954: nosotros, los hijos de Dios, trabajamos siempre bajo la mirada de Nuestro Padre, contamos con el cariño de los demás, que nos ayudan, entre otros modos con la corrección fraterna, si algo no va. No lo olvidéis: la corrección fraterna es parte de la mirada de Dios, de su Providencia amorosa. Interiormente sufría antes, mientras y después de corregir: bien por ese defecto que estorbaba la unión con Dios, bien por el lógico disgusto que podía provocar en la persona corregida. Por eso, nos enseñaba a encomendar al interesado, para que junto al dolor de no haber hecho una cosa bien, sintiera la necesidad de amar más. Por su parte, hablaba siempre con agradecimiento de quienes le habían hecho correcciones. También en 1954, anoté: cuando te hacen la corrección fraterna, el Señor te recuerda que quiere reinar enteramente en tu alma.

No se cansó nunca de ayudar y corregir a las almas, in nomine Domini ["en el nombre del Señor"]. En 1968, nos encarecía: no hemos de tener miedo a decir la verdad con la corrección fraterna; porque si nos callamos, por comodidad o por cobardía, con ese silencio estamos cooperando al mal y robando gloria a Dios. Convéncete: cuando haces la corrección fraterna, estás ayudando, con Jesucristo, a llevar la Cruz a tu hermano; una ayuda enteramente sobrenatural, pues la corrección fraterna va precedida, acompañada y seguida por tu oración.

Cómo eran sus correcciones?

Se ponía en la presencia de Dios, le pedía perdón -porque se sentía un pecador con más defectos que aquel a quien había de corregir-, y pensaba que el Señor le estaba amonestando con su infinita misericordia: ¡pecador, cuánto te he perdonado a ti! A continuación, después de haber invocado la ayuda del Espíritu Santo, del Ángel Custodio suyo y del interesado, procedía con fortaleza. Cuando era necesario, se expresaba con dureza; pero no hería a nadie; con una consideración, con una mirada, con un pequeño servicio, o con un encargo, demostraba que no había perdido la confianza en ese hijo al que había advertido con, firmeza.

Habitualmente se incluía entre quienes debían superar el defecto: tú y yo, por nuestra debilidad tenemos que cuidar..., y hacía la corrección oportuna. Actuaba así, no sólo para no humillarle innecesariamente, sino porque sentía la necesidad de esforzarse en aquello, luchando más por desarraigat lo que de esa limitación quedara en su propia vida.

Procuraba corregir en privado, a cada uno personalmente, pero, si era necesario cortar una actitud que podía producir desorientación, lo hacía inmediatamente, dando criterio claro a todos. En estas circunstancias, actuaba con tal garbo, que el corregido comprendía que no buscaba humillarle; y las personas que presenciaban esa reprobación eran testigos de su cariño y delicadeza.

Si recibía un nuevo dato, y veía que no era oportuna una indicación hecha con anterioridad, rectificaba también delante de los demás: me he equivocado, tenías razón, perdóname. Y añadía: sigue trabajando con la misma ilusión sobrenatural y humana, porque tienes toda mi confianza, como la tenías antes, cuando te hice esa advertencia; aunque esto es lo de menos, ya que has de trabajar por Dios.

No se cansó de insistir, descendiendo a los detalles más pequeños -y no por perfeccionismo humano-, en la necesidad de acabar bien las diversas tareas. A menudo -ante un trabajo ejecutado con mediocridad-, reaccionaba de modo tajante, y provocaba una lógica sacudida en el ánimo de quienes habían intervenido. Pero, poco tiempo después, a veces unos minutos, unas horas o al día siguiente, recogía a los responsables y, con elegancia humana, sacaba punta sobrenatural a lo sucedido.

-De otra parte, hay una nobleza de fondo, en el carácter del Fundador del Opus Dei, que le llevaba a prescindir por completo de usos que envenenan la convivencia, como prejuicios, celos, juicios temerarios...

Sabía disculpar y acoger. En su tarea de dirección y de gobierno concedía a todo el mundo la oportunidad y el estímulo de enderezarse; no guardaba ningún prejuicio por actuaciones equivocadas anteriores, como si constituyesen una marca indeleble.

Llegó muy pronto a la conclusión -que constituyó un principio rector de su existencia- de que no había que juzgar a nadie. Repetía con frecuencia las palabras del Apóstol: qui iudicat Dominus esta ["quien juzga es el Señor": cfr. 1 Corintios 4,4] Por tanto, no leía, estudiaba o recibía ningún asunto con prevención o prejuicio; afirmaba: yo no pongo etiquetas a ninguno. Quería que se tratasen las cuestiones referentes a las personas con la máxima delicadeza, con la prudencia más atenta y la más delicada caridad. Nos insistía continuamente en que, cuando hubiésemos de informar sobre alguien, porque lo requiriera el asunto, deberíamos escribir en la presencia de Dios, con caridad, y siguiendo esta norma: si aquello lo leyera el interesado, se quedaría contento y agradecido por el cariño, la objetividad y la sinceridad con que se le trataba.

Le desagradaba el dicho: "piensa mal y acertarás". Quería romper esa tendencia popular: me molesta profundamente, porque esa actitud entorpece el diálogo, quita la paz a las almas, siembra la desconfianza. Y todavía me molesta más esa otra corrección que algunos desaprensivos han añadido a ese refrán: piensa mal y te quedarás corto. Os aseguro que jamás admitiré ese modo de proceder.

Si le presentábamos un trabajo mal hecho, por no aplicar bien su mente, o por no expresarnos con claridad, nos empujaba a meditarlo de nuevo en la presencia del Señor. Jamás reaccionó con palabras de desconfianza. Al contrario, nos animaba: no te preocupes, encomiéndate a Dios; vuelve a considerarlo, y trabaja pensando que estás escribiendo para personas que tienen que entender lo que tú les escribas o comuniques desde aquí. Y hemos de darles además la seguridad de que van a estar apoyados por unas directrices claras. A pesar de la posible falta de preparación de algunos de los que colaborábamos con el Fundador del Opus Dei, especialmente al comienzo, jamás prescindió de nosotros; nos formaba y ayudaba, con sosiego y con alegría, hasta que íbamos adquiriendo práctica. Insisto: nos enseñaba a trabajar con paciencia y con optimismo; no se perdía el tiempo, ni ante Dios ni ante los hombres, porque las cosas no salieran a la primera, a la segunda o a la tercera, si ofrecíamos el esfuerzo al Señor y, por Él, buscábamos servir a las almas.

He presenciado sus advertencias a algunos miembros del Opus Dei por trabajos apostólicos mal acabados o mal orientados. Les daba las razones de su desaprobación, y les hacía notar cómo corregirse. Después, cuando se habían marchado, solía decirme: tú no puedes formarte una idea peyorativa de este hermano tuyo. He hablado así delante de ti para que adquieras criterio sobre los

hechos, pero deseo que -a la vez- nunca pierdas de vista que ese hermano tuyo está luchando para ser muy santo, y que tú debes imitarle en ese empeño.

-Simultáneamente fue intransigente en materia de fe, tal vez, de modo más acusado en los últimos años.

Una constante de su catequesis era la afirmación de que no podemos ceder en lo que se refiere a Dios. Utilizaba la comparación de la persona que recibe de un amigo, en depósito, una gran suma de dinero. Llega otro y le pide prestada una cantidad: si se procede con honradez -explicaba-, habrá que contestar a esa tercera persona: de lo mío puedo darte todo, pero de lo que me han dejado en depósito no puedo disponer ni siquiera de un céntimo, porque es algo que no me pertenece, algo que me han confiado para que lo custodie íntegramente, y también íntegramente lo devuelva. Esta es la postura que hemos de vivir cada uno de los católicos con nuestra fe santa, que el Señor nos ha entregado para que la custodiemos con nuestra vida personal, sin ceder, sin malgastarla y sin tolerar que la maltraten.

En 1968, nos exigía que nos mantuviéramos muy firmes en lo que es la verdad o forma parte de la verdad: os aseguro que si cedierais en la doctrina, arrastraríais ineludiblemente las almas al mal: ¡no atraeríais a nadie! La fortaleza en la fe es un punto de apoyo y un punto de partida necesario.

Estaba persuadido de que, si se cedía en lo que era de Dios, no se realizaría ninguna tarea apostólica que dejase poso en las almas. En 1970 nos urgía: hemos de ser santamente intransigentes en la doctrina de la Iglesia y, a la vez, comprensivos con las personas. Un procedimiento para comprender, y para saber perdonar, es pensar con seriedad en nuestras almas, en nuestras miserias personales. De este modo, además de enfocar rectamente los hechos externos, con un criterio seguro, procuraremos ayudar, corregir y acoger a los otros con una caridad llena de delicadeza divina.

Fue muy perseverante en su defensa de la fe. En agosto del año 1972, nos preguntaba con claridad: ¿qué diríais vosotros de una persona que, en tiempo de guerra -y todos estamos en una lucha continua-, entregase al enemigo todas las armas que tiene? Hay que defender siempre la verdad, vivir y hacer el bien, no ceder en las cosas de Dios y, con este criterio, ocuparse de todas las personas que están a nuestro alrededor.

Se pasmaba ante esos millones de personas que sufrían persecución por sus convicciones católicas y eran objeto de discriminación, de malos tratos, de ofensas de todo género. Hablaba con admiración y agradecimiento de los mártires contemporáneos de la Iglesia. Encomiaba, concretamente, al Cardenal Stepinac, al Cardenal Mindszenty, al Cardenal Beran, y otros muchos que, en un ambiente de persecución, han sido confesores de la fe. Al mismo tiempo, no se olvidó jamás de esos millones de fieles desconocidos que, sin estar en el candelero, ni recibir el aplauso del resto del mundo, eran coherentes, aun a riesgo de su vida. Y nos empujaba a rezar para perseverar en el camino, prefiriendo la muerte a renegar de la fe.

-Y, con semejante fortaleza y comprensión, defendió tenazmente las exigencias del espíritu del Opus Dei.

Un arzobispo, que le había tratado durante muchos años, y que se decía muy amigo, hizo públicamente unas afirmaciones que causaban grave daño al Opus Dei y a la fama de algunos de sus miembros. Cuando llegó a conocimiento del Fundador, nos dijo que, en la primera oportunidad, le hablaría claramente: lo hago, comentó, pensando en el bien de su alma, porque es necesario que borre esa actuación con la que ha difamado. Cuando vino p-or Roma, le invitó a comer; y, con amabilidad, le explicó lo desacertado de su actuación. Pasaron los días, y recibió una carta del Prelado que, agradecidísimo por esa corrección fraterna, y pidiendo perdón al Señor, le aseguraba que se sentía confirmado en la amistad. Cuando llegó esa carta, nos llamó a Mons. Álvaro del Portillo y a mí, y nos la hizo leer, mientras encarecía: ya veis que es una persona muy buena, que ha procedido así porque estaba mal informado, y se ha arrepentido de su modo de actuar.

Se preocupó de transmitir, con total fidelidad, el espíritu que había recibido. Recuerdo que en 1963 nos avisaba: no cedáis nunca en cuestiones de espíritu, pensad que todo deja rastro; y, por lo menos, el alma pasa una temporada acongojada y llena de apuros, cuando se pretende hacer fácil - mejor dicho, difícil- el camino de nuestro trato con Dios, poniendo obstáculos por falta de cuidado en el cumplimiento de lo que de Él hemos recibido.

Sabía insistir, sin cansarse, en los puntos que aseguraban nuestra entrega. En 1953, nos confiaba: para el que manda algo, supone una gran preocupación y un sacrificio ver que no lo hacen mal, pero que pronto se olvidan, o que al cabo del tiempo se encogen de hombros. En otra ocasión, en los años cincuenta, al exigirnos que acabáramos bien las tareas, aseveraba: no es manía, hijos míos; querría exagerar para que no os quedéis cortos nunca en vuestra vida.

En 1960, el Fundador del Opus Dei argumentaba: la primera caridad es no dejar que nuestros hermanos se enfríen en la piedad; es también no dejarles que se pongan en el despeñadero; es hablar claro y corregir con cariño. Unos años ,antes, por un comportamiento equivocado, y pensando en el bien de su alma, quitó las licencias de predicar y recibir confesiones a un sacerdote del Opus Dei. Durante esa temporada, le trató con mucha confianza y cariño, mostrándole que -a pesar de la pena que le había impuesto- tenía seguridad en que se reharía, si luchaba fielmente para comportarse de acuerdo con el querer de Dios.

Recuerdo su reacción cuando le informaba de alguien con paliativos, excusas o justificaciones: le defendiendo yo, con más fuerza que vosotros, como padre y como madre. Pero como padre y como madre tengo obligación de corregir, de ayudar, y os aseguro que no me falta la más plena comprensión con la persona equivocada. Pero si no me preocupara de que rectificasen, no les querría bien. En estos casos el cariño verdadero coincide con la fortaleza en la exigencia.

En circunstancias difíciles o extraordinarias, en las que había de enfrentarse con el deber o hacer que otras personas cargasen con su responsabilidad, utilizaba un dicho de su tierra: para las subidicas, quiero mi burro; que las bajadicas, yo me las subo.

5. Amó la justicia

-La última vez que estuve junto a Mons. Escrivá de Balaguer fue el 26 de mayo de 1975, y presencié su espíritu de agradecimiento. Sucedió en el aeropuerto de Barajas, al regreso desde Torreciudad, Barbastro y Zaragoza. Yo estaba en uno de los aparcamientos exteriores, y allí llegó en un coche de la compañía aérea. No me dio tiempo a abrirle la puerta, pues se adelantó con viveza. Antes de seguir su camino, buscó rápidamente al conductor de ese vehículo, para despedirse de él y darle las gracias por el servicio que acababa de prestarle. Pienso que esta gratitud, habitual en la vida del Fundador del Opus Dei, reflejaba bien lo que dejó escrito: Si se hace justicia a secas, es posible que la gente se quede herida (Forja, 502).

No me cabe la menor duda de que, por el comportamiento de sus padres y por su modo de tratar a los demás, fue calando en él un hondo sentido de la justicia, que le llevaba en primer término a ser muy agradecido. Relataba, por ejemplo, que una vez, en el Colegio de los Escolapios (Barbastro), el profesor de Matemáticas le sacó a la pizarra y le planteó algo que no había salido en sus lecciones. El muchacho reaccionó de modo fuerte: eso que me pregunta, no lo ha explicado usted; y tiró el borrador contra la pizarra. Días después -así lo evocaba-, iba yo con mi padre, por la calle, y vino a nuestro encuentro ese mismo fraile. Pensé: ¡adiós!, ahora se lo cuenta a mi padre... Efectivamente, se detuvo, le comentó una cosa amable... y se despidió sin decir nada. Le quedé tan agradecido por su silencio, que todos los días rezo por él. Después murió mártir.

Daba las gracias de corazón a cuantos le atendían. Me ha contado el doctor Rudi Schunk que, cuando el 26 de junio de 1975 le abrió la puerta del coche, se lo agradeció con tal cariño, que notó que estaba rezando por él. Venía de Castelgandolfo con las molestias que poco después le produjeron el paro cardíaco definitivo.

De la misma manera, daba gracias a Dios por todos los beneficios recibidos, presentes, pasados y futuros, y también por los desconocidos, etiam ignotis. A propósito de esto, aludía al cuidado de los

padres y madres de la tierra, en la espera de sus hijos aún no nacidos: hablan de ellos, preparan lo necesario, hacen renunciaciones sin cuento, y así continúan a lo largo de su vida, sin que lo adviertan. Si esto hacen los hombres, concluía, ¿qué no hará el mejor de los padres, que es Nuestro Padre Dios?

A raíz del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer, me asombró comprobar el testimonio unánime de cuantos le habían conocido: fue un gran amigo, y tuvo muchos amigos. Pero algunos recuerdos evocan también su justicia y veracidad, aun a riesgo de enfriar los aprecio humanos.

En los primeros años de su sacerdocio, perdió a uno de sus más grandes amigos. Un compañero del Seminario abandonó su vocación y atentó matrimonio civil a pesar de las súplicas con que le rogó que no diera ese paso. Transcurrido el tiempo, para arreglar su situación canónica, le pidió que declarase que había llegado a la ordenación con falta de libertad, presionado por coacciones familiares. El Fundador del Opus Dei, con claridad y caridad, se negó rotundamente; y le explicó que no podía dar ese testimonio, puesto que conocía la libertad con que había accedido a las órdenes sagradas. La familia de aquel hombre le estuvo siempre muy agradecida, aunque el interesado le retiró la palabra. No quiso jamás la verdad a medias, por entender que =en muchas ocasiones- una verdad a medias puede ser una gran mentira.

Recuerdo -lo contaba el mismo protagonista- que un amigo del Fundador del Opus Dei le pidió que le atendiera en confesión. Notaba la paciencia paternal con que le oía y le aconsejaba. "La situación -refería el interesado- mudó drásticamente cuando me acusé de que me había batido en duelo con otra persona; con mucha fortaleza y cambiando el tono de voz, me hizo ver la gravedad y la imprudencia de ese gesto, y el modo de arreglar mi situación; comprendí lo horrible que era mi pecado", Fue extremadamente sincero. No había nada de postizo en su conducta, y huyó siempre de la mentira y de la doblez. No adoptó jamás la restricción mental. Aconsejó a todas las almas que -sin mala educación- fuesen siempre muy claras en el trato con Dios, en la dirección espiritual, y con los demás. Puntualizaba que una persona sincera vive con la paz de los hijos de Dios, que nada tienen que ocultar, porque se esfuerzan en comportarse de acuerdo con esa filiación divina en cualquier circunstancia.

Precisamente porque era muy franco, nunca tuvo el menor inconveniente en rectificar, cuando se había equivocado, o recibía nuevos datos sobre un problema. Si era necesario, pedía perdón y aclaraba su postura empleando un proverbio: no soy un río que no puede volverse atrás.

He visto cómo trataba el Fundador de la Obra con Cardenales, Obispos, dirigentes de distintos Estados, diplomáticos, industriales, empresarios, obreros, campesinos, sacerdotes, compañeros de Universidad, gente joven y gente mayor; y he comprobado su absoluta sinceridad con todos. Expresaba a sus interlocutores lo que llevaba dentro del alma, guardando siempre los límites establecidos por la caridad. No se rendía a los potentes, aunque les trataba con la delicadeza necesaria, pensando en el bien de sus almas. También en estos casos le buscaban, porque conocían que no se quedaba en componendas o compromisos, sino que les hablaba con criterio sacerdotal.

Predicaba de continuo las palabras del Apóstol Juan: veritas liberabit vos ["la verdad os hará libres": Juan 8,32]. Iba siempre con la verdad por delante, y así lo aconsejaba a todo el mundo, con un comportamiento lleno de caridad, de acuerdo también con San Pablo: veritatem facientes in caritate ["afirmando la verdad con caridad": Efesios 4,15]. Si actuamos de esta manera, nos explicaba, además de ayudar a las almas, tendremos la paz de Dios en nuestras vidas, y la transmitiremos a los demás.

Quería que la gente, movida por la gracia y por el trato con el Señor, actuase con sencillez, y tuviera espíritu de servicio, sin tapaderas ni adornos. Refiriéndose a quienes alardean de una sabiduría postiza, bromeaba -con un dicho popular- que muestran el talento de don Estupendo, que por la mañana dice lo que de noche estuvo leyendo. Nos prevenía constantemente contra la vanidad, que se manifiesta de manera subrepticia y sin que nos demos cuenta. En marzo de 1973, ponderaba: la vanidad, eso que parece tan femenino, ¡es muy masculino! Tan masculino, que, a veces, se insinúa enmascarándose, como si no se tuviera vanidad.

-Desde luego, la justicia tiene infinidad de facetas. Por lo que conozco de Mons. Escrivá de Balaguer, me atrevería a destacar que dio radical importancia a no juzgar sin escuchar, en el caso de que resultase necesario ese juicio.

En ocasiones evocaba que, cuando tenía tres o cuatro años, siendo alumno del Colegio de las Hijas de la Caridad en Barbastro, le achacaron que había pegado a una niña: así se lo dijeron a la que iba a recogerle a la salida de las clases. La muchacha le reprendió, haciéndole notar que no era cristiano, ni humano, pegar a otro y, mucho menos, a una niña. Como la acusación carecía de todo fundamento, Mons. Escrivá de Balaguer recordaba que sintió una pena muy grande. Le dolió la imputación injusta: no la regañina, sino la injusticia de que le atribuyeran lo que no había cometido. Comenzó así a dar importancia a la verdad, y a considerar que no se debe inculpar a nadie de lo que no se sabe, ni formular juicios sobre las personas sin conocimiento de causa. Este recuerdo le llevaba a fomentar el más fuerte rechazo de la murmuración o difamación, y a abstenerse de juzgar a nadie, sin oír al interesado.

En 1972, apareció en un diario italiano un artículo, firmado por un teólogo, que denunciaba como erróneas unas declaraciones de una persona constituida en autoridad. Nos pidió oraciones para que no causara daño entre el mucho público que podía leer el periódico. Más tarde, se enteró de que aquellas declaraciones no eran auténticas. Inmediatamente, nos llamó a las personas con las que había hablado, para informarnos, quitarnos la preocupación, y rogarnos que rezásemos por quien había escrito con ligereza. Me dejó muy impresionado, tanto la fortaleza con que respondió al mal que hubieran podido provocar esas manifestaciones, como la rapidez con que reaccionó para rehabilitar la fama de la persona calumniada, y para rogar que le ayudásemos en las oraciones por el difamador.

Señaló a todos -y con más fundamento a los que tenían una función de gobierno-, que es necesario oír siempre las dos campanas, para no juzgar precipitadamente, no tomar decisiones injustas, y no causar perjuicios a terceros. En 1968, tomé estas notas de una de las muchas charlas que nos dirigía sobre este punto: el que gobierna debe tratar de hacer el bien espiritualmente a todas las almas que gobierna. Por lo tanto, es muy interesante y muy importante escuchar la campana del interesado, cuando se ha recibido cualquier información; y escucharle con respeto, aunque se tenga la sensación de que engaña. Antes de advertir algo o de corregir, hemos de saber ponernos en las condiciones de esa persona que nos va a escuchar la advertencia: ¿cómo querría yo que me trataran, si me encontrara en esa situación?

Animado por la justicia, reconcilió a muchas personas, que habían roto la amistad, o se mostraban mutua antipatía. Con sentido sobrenatural y paciencia humana, les hacía razonar separadamente. Si venían a quejarse del que consideraban adversario, les preguntaba: ¿le has escuchado?; ¿has tenido en cuenta su situación personal?; ¿has hablado con claridad, y sin ofenderle? Además, no dejaba de avisar con sencillez: te advierto con completa sinceridad que también oiré a la otra parte, tanto para ayudarle -con el mismo afán que lo hago contigo-, como para ponderar lo que me estás tú diciendo ahora.

Se esforzaba en fomentar la unión y en encontrar motivos para disculpar o perdonar la actuación de los que habían provocado molestias. Muchas veces, aducía: aunque no te falta razón, no dejes de pensar que también esa persona tiene derecho a estar cansada, porque le has cogido en un momento del final de la jornada, con todo el peso del trabajo; porque estamos en una época del año en que se nota la carga de estos meses de ocupación; por su situación, etc. De esta manera, les hacía ponderar las decisiones, sin perder de vista que estamos para servir, para unir, para amar a los demás.

-Es tal vez menos conocido cómo abordó Mons. Escrivá de Balaguer el cumplimiento de los deberes, la fidelidad y lealtad a la palabra, la justicia con quienes le prestaban servicios.

Se dejaba llevar con más fuerza por la necesidad de corresponder al amor de Dios que por la obligación proveniente de los compromisos adquiridos: no por despreciarlos, sino porque no se contentaba con el cumplimiento estricto del deber. Por eso, nos alentaba incesantemente a no limitarnos a acatar lo que está dispuesto: hemos de excedernos gustosamente, con el convencimiento de que nunca podremos satisfacer en justicia a la Misericordia y al Amor de Dios.

Pensaba que los cristianos han de atender las obligaciones y exigir los derechos, para enseñar a todos a santificarse con el ejercicio de esos deberes y facultades, que les colocan, dentro de la sociedad, en la misma situación de los demás ciudadanos, nuestros iguales.

Muchas veces, hablando con estudiantes, seminaristas, aprendices, hacía referencia a la obligación de justicia que tenían con Dios, con sus familias y con la sociedad, de aprovechar esos tiempos de preparación, con un cumplimiento exacto de su deber. Si no, puntualizaba, estáis cometiendo una estafa.

Inculcó siempre el agradecimiento hacia quienes trabajan en servicio de los demás. Eran preguntas frecuentes en sus labios: ¿tratas con cariño a los que de ti dependen?, ¿ayudas a tus colaboradores?, ¿procuras que no sean extraños para ti?, ¿les encomiendas?, ¿haces apostolado con ellos? Por ejemplo, respecto a los proveedores y obreros que trabajaban en las casas de la Sede Central del Opus Dei, quería que se les tratase con delicadeza y con caridad, que se les conociese, que se les preguntase por la familia, y que, en la medida de lo posible, se les ayudase a mejorar sus condiciones materiales. Solía comentar a personas que tenían muchos empleados: tú no puedes ser una máquina sin alma, sin corazón: en la medida de lo posible, debes pensar que estás tratando con personas que tienen necesidades concretas, y debes procurar conocer cuáles son esas necesidades.

Respetaba, hasta en los detalles más pequeños, los derechos al descanso y a la tranquilidad de la gente. Durante las obras de la Sede Central del Opus Dei, vigilaba cómo se cumplían los plazos indicados por la empresa, pero jamás acudió en la hora de interrupción del trabajo que tenían los obreros, y que aprovechaban para comer. Quería que aquellos hombres, durante ese espacio de tiempo, pudiesen almorzar tranquilos, y reposar, sin sujetarse a ninguna deferencia si le veían pasar. Dispuso que se evitasen peligros innecesarios al hacer los trabajos materiales: las limpiezas de las ventanas en las casas al-

tas, los arreglos de electricidad, etc. Indicó expresamente que se viviesen esas normas de prudencia con los que vinieran a trabajar a los Centros. He presenciado su interés por la seguridad de los obreros en la Sede Central. No se olvidaba de encomendar a diario que no hubiese desgracias materiales y -gracias a Dios- no ocurrió ningún accidente.

Del mismo modo, vivió y enseñó la necesidad de pagar los impuestos, o de recurrir a los seguros sociales establecidos, sin buscar excepciones. Al hablar con empresarios o con gente de la que dependían otras personas, les recordaba ese deber hacia sus empleados. Le dolía que no se practicara esta obligación de justicia y procuraba poner remedio en la medida en que estaba a su alcance. Y sufría cuando, en algunos lugares, se trataba con discriminación a los sacerdotes o a los religiosos, al no concederles los mismos seguros o prestaciones que a los demás.

Cuando se instalaron las primeras residencias, aunque había una carencia enorme de medios, se encargó de que se retribuyera justa y puntualmente a los que trabajaban allí. Me lo ha referido, cuando he tenido que pagar a personas que prestaban servicios en las casas donde vivíamos: es preferible que lo pasemos mal nosotros, a que otros sufran por nuestra negligencia o por nuestra falta del cumplimiento del deber.

Aconsejaba que se dieran propinas generosas, como exigencia de la justicia: tanto porque en algunos lugares están consideradas parte del salario, como por la necesidad de contribuir al bienestar de quienes prestan esos servicios. Soy testigo de que daba esas propinas sin humillar, con un trato cordial, de igual a igual, sin conceder importancia a lo que hacía.

Por otra parte, alentó a muchas personas a promover en todo el mundo obras e iniciativas dirigidas a la formación de los más indigentes, a la educación de los que no contaban con medios, a la formación permanente de técnicos, obreros o campesinos. Le preocupaba la situación de quienes se encontraban en condiciones de privación, porque se sentía: obligado a transmitir la experiencia y

los conocimientos, que, por la Bondad de Dios, había tenido la posibilidad de adquirir; y así lo razonaba también a los promotores o colaboradores de esas iniciativas de hondo contenido social.- También impulsó que se constituyeran cooperativas para fomentar la vivienda, el trabajo, la explotación de tierras por parte de los campesinos, de modo que se viesan beneficiadas muchas personas que estaban' privadas del alojamiento, o se hallaban sin ocupación y sin medios para alimentarse.

-Se comprende su oposición a las recomendaciones.

Por la expansión de la Obra, ha habido en muchos sitios miembros del Opus Dei con cargos de importancia en la sociedad, y en la vida pública. Mons. Escrivá de Balaguer, por justicia con esos hombres y con quienes pudieran tener otros derechos, jamás hizo la más mínima recomendación a un hijo suyo. Así se lo propuso desde el primer momento, cuando no había aún ninguno en esos puestos de responsabilidad.

Tampoco hizo ninguna recomendación en favor de los de su familia. Recuerdo que se cruzó casualmente con un profesor de la Universidad española poco después de haber examinado a su hermano Santiago. Le dijo que le había dado una calificación que no era la más alta, pero que, teniendo en cuenta el buen aprovechamiento con que había seguido el curso podía aumentársela. "¿Qué le parece a Vd.?", preguntó. Y le respondió inmediatamente: por mí dale la nota que se ha merecido en el examen; no quiero que tú te quedes con la sombra de una injusticia en tu alma.

He presenciado también conversaciones con autoridades, civiles y eclesiásticas, para defender los derechos de terceros.

No he olvidado que, en 1960, querían excluir a una persona de un trabajo al que tenía derecho, y Mons. Escrivá de Balaguer no dudó en acudir a un eclesiástico, que desempeñaba un cargo de importancia, para hacerle recapacitar sobre su modo de proceder, sin miedo a caer en desgracia. Después de la conversación, aquel eclesiástico respetó los derechos del interesado.

-Otra característica de Mons. Escrivá de Balaguer era su sentido de ciudadanía, de normalidad, que le llevaba al rechazo de cualquier privilegio o exención, o de un trato favorable.

Expresión de su lealtad como ciudadano es el hecho de que, en todos los países donde trabajaba el Opus Dei, quiso que -cuando se pudiera- se obtuviese la personalidad jurídica civil, o el reconocimiento de la autoridad pública. Igualmente dispuso que las obras impulsadas por el espíritu del Opus Dei, se atuviesen a las leyes civiles vigentes en cada territorio.

Una muestra evidente es que pagó durante mucho tiempo, en España, el gravamen establecido para los mayores de edad que no habían contraído matrimonio, y que era conocido popularmente como "impuesto de soltería". Al ser sacerdote, podía eximirse de esa carga fiscal, pero prefirió no buscar ni siquiera en esto una excepción.

En tiempos de la II República española, se opuso a que las religiosas de las comunidades que dependían del Patronato de Santa Isabel se llevaran los cuadros y objetos pertenecientes a la Dirección General de Bellas Artes, para custodiarlos en un lugar más seguro. Ante la desaprobación de algunas de ellas, les explicó los motivos para actuar así: de una parte, era necesario respetar las disposiciones de la autoridad civil, sin cuyo permiso previo no se podían trasladar aquellas obras; en segundo término, no podían considerarse autorizadas a disponer de los bienes que pertenecían al patrimonio artístico nacional y no a la comunidad religiosa; también debían considerar que, si actuaban como habían pensado, podrían dar motivo a la autoridad -ya en aquellos tiempos poco respetuosa de los derechos de la Iglesia- para endurecer su actitud; y, finalmente, era necesario evitar que los enemigos de Dios pudiesen apoyarse en ese pretexto para montar -desde luego, sin ningún fundamento una campaña de escándalo y de calumnia contra la Iglesia.

En el cumplimiento de sus deberes, no renunciaba imprudentemente a ningún derecho, para no perjudicar a la persona que pudiera sucederle. Cuando era Rector del Patronato de Santa Isabel, presentaba puntualmente las relaciones y las cuentas al Gobierno de la República, aun conociendo

que esas personas podían poner trabas o dificultar el ejercicio de las facultades que le correspondían. Además de defender las competencias propias de la Iglesia, quería también que, cuando hubiera cesado en ese cargo, su sucesor se encontrase con todo en orden, y pudiese invocar los derechos adquiridos ante posibles dificultades.

Le he acompañado en muchas gestiones en lugares públicos. No se valía de su condición de sacerdote, para conseguir privilegios. Respetaba gustosamente las colas, cuando había de hacerlas; esperaba en los comercios el turno para que le atendiesen los dependientes; y, cuando alguna persona pretendía favorecerle, se negaba amablemente, pensando que también los demás tendrían otros trabajos y estaban allí con anticipación.

No permitía un trato de favor que pudiese ir en detrimento de terceros. Pagó siempre lo que era justo, al médico, al sastre, en las tiendas. Para frenar a los que querían favorecerle, explicaba: si no me permiten pagar lo que es justo y debido, me quitan la libertad de poder volver aquí cuando tenga necesidad, porque no quiero ocasionarles el más mínimo perjuicio o la pérdida de sus derechos.

Y este rasgo de la personalidad de Mons. Escrivá de Balaguer se reflejaría también en la historia del Opus Dei, como un criterio básico para el reconocimiento canónico del carisma fundacional: la necesidad de seguir un camino de acuerdo con el Derecho común, sin excepciones ni privilegios.

6. Defensor de la libertad

-Me conmovieron' las palabras que escuché a Mons. Escrivá de Balaguer en Pamplona, el 7 de octubre de 1972. En su calidad de Gran Canciller de la Universidad de Navarra, clausuraba el acto de investidura de nuevos doctores honoris causa de ese centro académico. En un pasaje de su discurso, le salía del alma la mentalidad jurídica, amante de las libertades de la persona: el Derecho ordena según justicia la convivencia de los hombres y de los pueblos, y garantiza contra los abusos y tiranías de quienes querían vivir o gobernar a tenor de su propio arbitrio o de su fuerza prepotente. La pasión por la libertad justa, de hondas raíces aragonesas, es otro elemento decisivo en la personalidad del Fundador del Opus Dei.

Mons. Escrivá de Balaguer repitió hasta la saciedad: defendería con mi propia vida la legítima libertad de los demás. Sólo así, podré defender hasta el final de mi vida la libertad que el Señor nos ha ganado en la Cruz. Respetaba ese albedrío, porque estaba convencido de que sin libertad no se puede amar a Dios. Por eso, y también porque conservaba el recuerdo de los años de dominación comunista que padeció, encomendaba a diario al Señor que en todos los países se instaurase un clima de libertad: sin persecuciones ni discriminaciones por creencias, raza, condición social, etc. Fue un gran defensor de la libertad, incluso -afirmaba con sinceridad- de los que están equivocados. Predicaba con el fuego de su celo sacerdotal, pero sin imponer jamás su punto de vista: con la violencia no se puede vencer ni convencer.

-Pero quizá sea oportuno exponer que la libertad aparecía en todos los aspectos de la vida, comenzando por las decisiones relativas a la propia respuesta del alma a los requerimientos divinos.

Mons. Escrivá de Balaguer dejó como criterio fundamental que los miembros del Opus Dei, además de haber cumplido los años que garantizan una madurez de carácter y de responsabilidad, debían gozar de plena libertad para aceptar las obligaciones que lleva consigo la incorporación a la Obra. Quería que tuviesen clara conciencia de que esa llamada informaría toda su vida con unos compromisos exigentes.

También subrayó que, además, podían acudir a quien les diera la gana para consultar sobre su decisión. Deseaba que se les explicase, según la doctrina prudente de tantos autores de probada experiencia, que -usando siempre de su libertad- debían pensar que quienes estaban en mejores condiciones de aconsejarles eran las personas que ya vivían esa llamada. Puntualizaba que en el Opus Dei no interesa admitir a quienes no den pruebas de tener vocación o no reúnan las

condiciones debidas; por tanto, los sacerdotes y los Directores de la Obra, delante de Dios, son los primeros que no desean que venga nadie si no está libremente decidido a recorrer este sendero divino.

Solía repetir que, para solicitar la admisión en el Opus Dei, cada uno individualmente debía conseguir que se le abriera la puerta; y quería que supieran, desde el primer momento, que estaban abiertas de par en par para marcharse si, una vez emprendido el camino, comprendían que no era lo suyo.

No dejaba de advertir otro punto fundamental: mente cuando las personas actúan con libertad se puede construir en su vida el sentido de responsabilidad, del que dependen muchísimas cosas grandes: la propia salvación y la de otras almas. En esta línea, alentaba a sus hijas en 1966: me da mucha alegría que seáis muy piadosas; que estudiéis con gran interés todo lo que está mandado, para ser también muy doctas -¡todas!-, con la fe firme y clara; y, de este modo, os portaréis con sencillez delante de Dios, como niñas pequeñas ante su Padre, en el que confían plenamente. Y hablaréis de lo que lleváis en el alma con todas las personas, porque sentiréis la necesidad imperiosa de que conozcan a Dios, de que le traten, de que le amen, para que así sean muy felices. Yo quiero, hijas mías, que os veáis siempre personalmente libérrimas para corresponder a Dios: amadle, y amadle mucho, porque Dios nos ha concedido el gran don de la libertad, para que lo administremos rectamente y para que enseñemos, a quienes están a nuestro alrededor, a utilizarlo también rectamente.

-Consta el atractivo que despertaba en sus hijos la figura del Fundador del Opus Dei. Pero esa gran admiración no anulaba ni disminuía su personalidad.

Meditó durante toda su vida que cada uno ha de vivir in libertatem gloriae filiorum Dei ["en la libertad de la gloria de los hijos de Dios": Romanos 8,21], y nos estimulaba a gozar de esta libertad, fruto de la filiación divina, cultivando la personalidad que el Señor nos ha concedido. Actitud de confianza hacia ellos. Ahí se apoyaba, en buena medida, la específica mentalidad laical que tan vigorosamente describe en Conversaciones..., 117.

Mostraba una gran confianza con ellos, desde el momento en que les conocía, como con todas las almas que se le acercaban para pedir un consejo o una orientación. Su conducta se inspiraba en este principio: prefiero que me engañe uno, a dejar heridos a quienes vengan a mí. Y lo fundamentaba así: si el Señor, a pesar de mi miseria personal ¡que es tanta!, me trata con confianza, así debo yo proceder con todas las almas y más aún -si cabe- con mis hijos.

Mons. Escrivá de Balaguer nos descubría su corazón y nos comunicaba sus afanes, para que le ayudásemos con nuestras oraciones. Naturalmente, hablaba de los problemas de distinto modo, según quien le escuchase. No se manejaba con ningún secreto; pero, por lógica prudencia sobrenatural, evitaba que gente todavía no suficientemente formada, o sin preparación para entender algunas cuestiones, se quedase entristecida o inquieta.

Fomentaba esa actitud abierta en sus hijos, entre otras razones, porque el gobierno del Opus Dei se caracteriza por la confianza, que confiere seguridad a cada uno. Además, como andan sueltos, según palabras del Fundador, es decir, trabajan y están donde quieren, si no hubiese esa confianza real, basada en la formación, se perdería la eficacia apostólica. Mons. Escrivá de Balaguer ponía el símil de los patos, que aprenden a nadar nadando; y puntualizaba que así se hace en la Obra: se da la formación y, con la esperanza de que las personas serán leales a Dios y a su camino, se lanzan a la tarea apostólica.

Deseaba que se diera esta libertad a todas las almas, también a los niños. Grande fue su alegría cuando en el primer colegio que abrieron miembros del Opus Dei. Cuando le preguntábamos cómo podíamos imitarle en determinados aspectos de la vida cristiana o del espíritu del Opus Dei, afirmaba claramente que no era modelo de nada, que el único modelo era Nuestro Señor Jesucristo.

Mons. Escrivá de Balaguer no pretendió en ningún momento imponer sus gustos, preferencias o modos de actuar. Quería que cada uno conservase y madurase su personalidad, sin transigir con posibles errores. Esperaba que, con el mismo común denominador -el espíritu de la Obra-, tendríamos un numerador variadísimo.

Clara prueba de ese respeto a los demás, era su cabal conocimiento de quienes estábamos a su alrededor: con garbo y sin hacerlo notar, sabía secundar el carácter de cada uno. Siempre demostró un interés sincero por nuestras aficiones profesionales, culturales, etc. Nos preguntaba y escuchaba con gran atención. A distancia de años, recordaba esos detalles peculiares, aunque el trato hubiera sido esporádico.

Sólo conozco dos casos en los que insinuó a miembros del Opus Dei que alterasen sus planes profesionales: don Pedro Casciaro y don Francisco Botella. Pensaban ser arquitectos, y el Fundador les sugirió que cambiasen a la carrera de Ciencias exactas, ya que requería menos tiempo y se necesitaba su trabajo para reanudar las tareas apostólicas después de la forzada interrupción de la guerra civil española. Les dejó en libertad, y ellos aceptaron, sin que les supusiera ningún perjuicio la nueva orientación. A ningún otro hizo la más mínima sugerencia de cambio. Tanto valoraba la personalidad de sus hijas e hijos que, en las cuestiones opinables, nos insistía: ¡no tenéis por qué pensar como yo!

De otra parte, me daba las gracias expresamente cuando le prestaba incluso los servicios más pequeños, como abrir un paquete, traer unos papeles o buscar unos documentos. Se palpaba que era un agradecimiento sincero y sentido, no unas palabras manidas o protocolarias.

Creó a su alrededor un auténtico clima de confianza, porque los miembros del Opus Dei -enseñaban- no pueden tener miedo a nada ni a nadie, ni a Dios, porque es nuestro Padre. Y añadía: tener miedo a los Directores o al Padre es una tentación que hay que rechazar inmediatamente.

En la Sede Central, durante años vivieron -en estrechez centenares de personas; a veces, Mons. Escrivá de Balaguer se encontraba con alguien que no residía ni trabajaba habitualmente allí. Cuando el interesado trataba de darle una explicación, "Padre, estoy aquí porque...", le cortaba con cariño: no me des explicaciones, hijo mío. Ésta es tu casa, y tengo la más absoluta confianza en que estarás cumpliendo tu deber.

Con una prudencia verdaderamente sobrenatural, inculcó el gobierno a base de confianza, es decir: no dudar de la rectitud de intención de los demás, de su buena voluntad, de la responsabilidad en el cumplimiento de su función; orientar a cada uno para que tome las decisiones personalmente, sin atosigar por una vigilancia que robe libertad; y corregir a su tiempo, cuando hay equivocaciones. Mi experiencia es que se trabajaba muy a gusto junto al Fundador del Opus Dei.

En Roma, cuando le preguntaban sobre cuestiones políticas italianas, declinaba la respuesta, explicando que, como sacerdote, tenía los brazos abiertos para todos, sin distinción de credos políticos: no quería ni debía" opinar para no crear barreras con nadie; además, hacía notar que se abstenía de inmiscuirse en la situación política del país, porque tampoco era ésa su función por el cargo que ocupaba al frente de una institución universal, que había de trabajar, por tanto, en sistemas políticos muy diversos.

Como había hecho antes en España, jamás preguntó a ninguno en qué partido militaba o a quién pensaba dar su apoyo. En estos temas no toleraba ni la más mínima broma o alusión. Cuando llegaban las elecciones, recomendaba en todo caso que escucharan a las autoridades eclesíásticas del país -si se habían pronunciado-, que eran las competentes.

Recibía a personas que intervenían en la vida pública, y si le preguntaban sobre cuestiones políticas opinables, les repetía que no manifestaba jamás su parecer, pero no dejaba de enseñar que un católico no puede participar en lo que va contra la Ley de Dios o la doctrina de la Iglesia. Si pretendían que diera alguna orientación política a sus hijos, les insistía que, en estas cuestiones, los Directores del Opus Dei no pueden influir sobre los otros miembros, ni sobre los ciudadanos que

acuden a formarse en sus actividades apostólicas, ya que no es tarea de la Obra intervenir en temas que el Señor ha dejado a la libre discusión de los hombres.

Dispuso que los miembros del Opus Dei con protagonismo en la vida pública, no residieran en los Centros donde viven los Directores de las distintas circunscripciones

Aunque está implícito, considero necesario remachar otro aspecto, no por sabido, menos importante: la libertad respecto de la confesión.

Así recapitulaba en 1955 el enfoque básico de la dirección espiritual: en la Obra, vivimos siempre a base de confianza. Los Directores tienen plena confianza en sus hermanos, y no ejercitan jamás con ellos una función fiscalizadora, de control. Y los hijos míos saben apoyarse espiritualmente en sus Directores, abriendo su alma, siempre que sea necesario, con sinceridad salvaje y con absoluta confianza, porque no pierden nunca de vista que esas personas -esos hermanos suyos- están para empujarles en la lucha espiritual; para dar su vida, con gusto y con cariño, por el pusillus grex ["pequeño rebaño": Lucas 12,32] que tienen confiado. Si os hacéis, cada día más, con esta mentalidad, yo sé que el que me suceda encontrará en esta bendita carga de sacar adelante el Opus Dei la alegría de poder querer siempre más a todos.

-Ud, además, ha gozado de esa libertad, responsabilidad y confianza, como colaborador inmediato del Fundador del Opus Dei a partir de los años cincuenta.

Comprobé la confianza plena que daba a sus colaboradores desde el primer momento. No se molestaba por las equivocaciones, pero nos hacía luchar contra la rutina o el conformismo: exigía espíritu sobrenatural, concentración, pensar en el bien de las almas, y acabar los trabajos con la persuasión de que al Señor no se le pueden ofrecer chapuzas.

Me subrayó que no debía realizar mi tarea con miras humanas y mucho menos para agradarle a él, porque habría perdido el tiempo. Por eso, me repetía que no tuviese inconveniente en hacer todas las sugerencias o indicaciones que se me

Me parece que, como prueba de la santidad de vida de Mons. Escrivá de Balaguer, bastaría el hecho de que llevó al sacerdocio a un millar de personas. Pero, también en este punto, aparece la libertad.

En los años cincuenta, nos hablaba con una fe y una esperanza contagiosas de que la expansión apostólica por el mundo se haría posible si un núcleo de hombres se dejaba empapar por el espíritu de la Obra. Cuando le manifestábamos nuestra disponibilidad para ordenarnos, nos remachaba: ¡hijos míos, respecto al sacerdocio, viva la libertad! La Obra necesita sacerdotes, pero esto no puede suponer la más mínima coacción para ninguno; así quiso el Señor su Opus Dei en 1928. Repetía que no significa tener mejor espíritu: más aún, el mismo buen espíritu demuestran los que no quieren llegar al sacerdocio, y permanecen santificándose en el ejercicio de su profesión.

Como es sabido, en el Opus Dei, el Prelado plantea la posible ordenación a los miembros que reúnen las condiciones establecidas. He presenciado cómo hacía Mons. Escrivá de Balaguer esa llamada a personas que no presentaban ningún obstáculo en hablar de este tema estando yo delante. De ordinario, los interesados le habían manifestado antes libremente su deseo de recibir la ordenación. Y el Fundador les contestaba exponiéndoles la necesidad de ser sacerdotes santos, doctos, humildes, alegres, deportistas y con una honda preparación científica. Para favorecer que ponderasen más aún su decisión, solía agregar: no me des la respuesta ahora. Llévalo a tu meditación, considéralo despacio, y respóndeme en conciencia. No pienses que estás coaccionado mínimamente por lo que te he dicho, ya que me das la misma alegría si continúas tu trabajo en la Obra como seglar.

El 30 de junio de 1955, cuando varios miembros del Opus Dei dejábamos Roma con dirección a Madrid para recibir la

se decidían a formar parte de la Obra, acudieran al Sacramento de la Confesión con otros sacerdotes. Comprobaba y agradecía la delicadeza con que le abrían el alma en sus confidencias, y

esa sinceridad le persuadía de que serían fieles. Buscaba sacerdotes que les atendieran en la confesión y, de hecho -así lo manifestaban ellos- se encendían en su vocación sacerdotal por el trato con aquellas almas.

A todos los que acudían a su dirección espiritual, para que no se sintieran coaccionados, les sugería de cuando en cuando: hoy vete a confesar con otro sacerdote. No toleró que estuviesen atados o apegados a su persona, como director espiritual, y fomentó también de su parte un total y heroico desprendimiento de las almas. Les recordaba que debían ir siempre libres -como pájaros, que vuelan al lugar que más les conviene-, para encontrar el apoyo, el alimento y el reposo sobrenatural más oportuno.

El año 1956, se encontraba muy grave en un Centro de Roma una mujer del Opus Dei, Guadalupe Ortiz de Landázuri. El Fundador, al conocer el sesgo imprevisible de la enfermedad, aunque los médicos habían asegurado que no existía peligro de muerte, nos encargó a don Severino Monzó y a mí que estuviésemos preparados, en cualquier momento del día y de la noche, para asistirle con los últimos Sacramentos, y rogó a las que la acompañaban que avisasen inmediatamente, si era necesario.

Acompañado por don Álvaro del Portillo, comunicó personalmente a esa hija suya la situación en que se encontraba; agregó que, si se sentía mal en algún momento, a cualquier hora del día o de la noche, lo advirtiera, para que le administrasen los Sacramentos, si así lo deseaba. Dejaba siempre esta libertad, pero infundía tal amor y esperanza, que los enfermos solicitaban esos auxilios, con el anhelo de llegar a la unión definitiva con Dios.

Si un día antes de recibir el subdiaconado, o cualquiera de las órdenes menores, consideráis que no estáis en condiciones, o que sentís repugnancia para este nuevo paso, decídmelo con entera libertad. Actuando así, no demostráis ningún mal espíritu, al contrario.

Fomentó también este enfoque -libre de toda coacción- en el desempeño de las labores apostólicas, dando posibilidad a que todos manifestasen sus puntos de vista, al realizar sus funciones. De este modo, han florecido muchísimas actividades, llevadas con verdadera libertad y responsabilidad, fruto de la profunda confianza del Fundador y de los Directores del Opus Dei.

-Dentro de este contexto, se podría dar por supuesta la espontaneidad en las cuestiones opinables o temporales. Pero aún hay personas que se resisten a reconocer ese libre albedrío de los miembros del Opus Dei, como, en general, de los católicos coherentes con su fe; tal vez porque echa por tierra sus infundados prejuicios que ven fundamentalismo o fanatismo en la simple y serena práctica de las propias convicciones.

Ante todo, el Fundador del Opus Dei reafirmaba con fuerza que la libertad es una característica fundamental del hombre. Amaba este don divino y se manifestaba, siempre con claridad meridiana, enemigo acérrimo de toda violencia: si alguno, en nombre de la verdad o de una doctrina, aplica cualquier método violento contra una sola persona, mi primer impulso como sacerdote, como cristiano y como hombre, será ponerme al lado de los maltratados y despreciados, porque Cristo ha venido a salvar y a anunciar la verdadera doctrina.

7. Ordenado, elegante, puntual

Admirado por la afable espontaneidad que reflejaba habitualmente, siempre pensé -tal vez influido por Camino, 79que Mons. Escrivá de Balaguer era ordenado por virtud, no por temperamento. Me sacó de ese error Mons. Álvaro del Portillo, una tarde de junio de 1976 en Pamplona, a propósito de un comentario médico al revisar un encefalograma. Desde entonces sé que fue ordenado por naturaleza, pero, además, se obligó a una lucha titánica para mejorar cara a Dios y a las almas. Baste evocar aquí algunos trazos de esa virtud humana, tan propia del espíritu del Opus Dei, que aparecen pronto en la vida del Fundador.

En su infancia, tenía las inclinaciones propias de un niño pequeño, al que se le notaba una marcada tendencia a la vida en familia. Se esmeraba en los detalles menudos de orden material. No se escapaba a sus dotes de observación el cuidado que veía poner a sus padres en las cosas del hogar, ni avisos del tipo "los demás no están para ordenar lo que desordenamos nosotros". Aquellas oportunas indicaciones le ayudaron -a ir venciendo, con educación y de buena gana, la tendencia infantil a la precipitación o al desaliño; su resistencia a estrenar trajes; o los caprichos en las comidas.

No le pasaron inadvertidas las manifestaciones de hacendosidad de doña María Dolores y de don José: dejar cada cosa en su sitio, mantener las habitaciones perfectamente ordenadas, vestir con limpieza y dignidad; recomponer los objetos valiosos que se rompían; llevar con orden material el negocio paterno; emplear cada utensilio de acuerdo con su fin. Recordaba haber aprendido, por ejemplo, que las latas de conservas no se debían destapar con un cuchillo, sino con el abrelatas.

Usaba ropa corriente, pero no de mala calidad: buscaba prendas que ofreciesen buen resultado aunque costasen un poco más. Aplicaba a este propósito un proverbio popular: "lo barato sale caro", pues se adquieren cosas que cuestan menos, pero se deterioran enseguida, y resulta necesario repetir el gasto de tiempo y de dinero.

Llevaba la ropa limpia y cuidada, y la utilizaba mientras no quedaba inservible. En los viajes, le he visto coser -¡y recoser! su única sotana, con la tela ya muy pasada. Lo hacía a última hora, para poder ponérsela al día siguiente. También sujetaba los botones; no esperaba al final del día o a tener menos trabajo. Pensaba que en cualquier momento podía presentarse un compromiso y -para que no se estropease la sotana y también por delicadeza con los demás- los cosía inmediatamente. De modo semejante, si le caía una mancha, la limpiaba enseguida. A veces nos pedía ayuda a Mons. Alvaro del Portillo o a mí para queuviésemos tensa la tela, mientras mojaba un cepillo en agua y trataba de quitar la suciedad.

Tenía otra sotana nueva, para las visitas. Y cuando iba a una audiencia con el Santo Padre empleaba la "filettata", que no usaba más que en esas ocasiones. Al volver a casa, se cambiaba de ropa aunque estuviera muy cansado, aunque fuera una hora avanzada.

Poseía dos pares de zapatos, y se los cambiaba todos los días, porque de este modo le duraban más; durante muchos años los lustraba personalmente. Desde la década de los cincuenta se los regalaba la familia de un sacerdote del Opus Dei, y se quejaban afectuosamente porque tardaba demasiado tiempo en hacerles el encargo. Efectivamente, cada par le du-

158

miembro de la Obra tiene obligación de obedecer a los Directores, en el supuesto inverosímil de que a alguno se le ocurriera dar directrices en esas cuestiones que no les competen. En una ocasión, de paso por Madrid, fue a vivir a la sede del consejo regional de España; al enterarse de que también se encontraba allí, durante unos días, el Embajador español ante la Comunidad Europea, miembro del Opus Dei, recordó inmediatamente a los Directores de España que debía trasladarse a otro Centro. .

Como es lógico, el Fundador no dejaba de recibir y alentar espiritual y apostólicamente a miembros del Opus Dei que intervenían libremente, bajo su responsabilidad, en la vida pública de distintos países. Soy testigo de que jamás tuvo con estas personas una atención preferente. Mostraba así que no constituían una excepción para su trato como Presidente General, como Padre, como Director, como sacerdote. Requerían la misma formación que los demás, puesto que de todos le interesaba la santificación de sus almas a través del trabajo profesional, sin inmiscuirse en el contenido de esas tareas.

Respecto a sus convicciones políticas personales, repito que no las daba a conocer públicamente. De intento, en las conversaciones que mantenía con sus hijos, jamás manifestó qué régimen político prefería. Se abstenía hasta del más ínfimo comentario, para no dar pie a que ninguno se sintiese mínimamente coaccionado, o pensase que era necesario -de algún modo- valorar esa opinión del Fundador de la Obra antes de actuar o decidir. Y si alguno intentaba explicarle por qué pensaba o intervenía de una manera o de otra, le cortaba con cariño y con firmeza: no me cuentes nada, que en

eso eres libérrimo, y no me interesa. Tú tienes que dar cuenta a Dios y actuar con entera responsabilidad, pensando en el servicio que prestas a la patria, según tus convicciones personales.

160

tonces lo que repetía cuando, al ver usar inadecuadamente un destornillador -por ejemplo, para rasgar una caja-, pedía el instrumento adecuado: cada cosa para su cosa.

De aquellos años, en los que sus mejores maestros fueron sus padres, le quedaron muy grabadas la necesidad de no estar ocioso y la responsabilidad de ayudar en lo que fuera necesario. Llamaban mi atención las innumerables soluciones que dominaba sobre el mantenimiento y arreglo de una casa.

Me consta que esos y tantos otros matices que hacían agradabilísima la convivencia, los aprendió en el hogar paterno: el orden de las habitaciones; el saber escuchar a los demás; la determinación de evitar las discusiones; la delicadeza y sinceridad en el trato; el respeto a las personas del servicio; el aprovechamiento de todo lo que se compra; el cuidado de la ropa y de los objetos de uso personal; la alegría ante las contradicciones; la vida de piedad.

-Desde joven, josemaría Escrivá de Balaguer se ocupaba también de su porte externo, porque entendía que la virtud ha de ser simpática, atractiva: aparece aquí otra manifestación de su equilibrio, no exento lógicamente de interpretaciones diversas.

Nunca se distinguió por ser un hombre preocupado por su persona, en el sentido de una pulcritud exagerada o llamativa. No pretendía llamar la atención por ir vestido con elegancia; pero cuidaba las cosas con esmero.

Vivía un criterio exigente de pobreza: los objetos de uso personal han de durar el mayor tiempo posible, como consecuencia de no maltratarlos o abandonarlos irresponsablemente. Recordaba el caso de un hijo de familia rica que tenía ropa abundante y buena. Al quitársela, la dejaba en cualquier sitio y

159

Cuando fui a recogerle, me dijo que con ese olor era preferible que no acudiera a la visita, pues resultaba llamativo. Me explicó que me comprendía, pero era necesario cuidar el porte externo del sacerdote. Y salió con otra persona.

En su juventud había procurado aparecer como un sacerdote mayor; ante la responsabilidad inmensa de hacer el Opus Dei cuando sólo contaba con veintiséis años, rogó al Señor que le concediese ochenta años de gravedad. No obedecía esto a fingimiento o falta de sinceridad. Consideró que debería relacionarse, como dirigente de la institución, con personas de todas las clases de la sociedad: en primer término, como es lógico, con la jerarquía eclesiástica; y también con autoridades civiles; y con personas que le sobrepasaban en años, en experiencia y en categoría. Por eso, con ánimo de ser buen instrumento por dentro y por fuera, adoptó algunas medidas que podían parecer poco apropiadas en un sacerdote tan joven, como ponerse solideo negro -costumbre que seguían algunos sacerdotes mayores-, para adquirir un aspecto de más edad; cortarse el pelo al cero; o dejarse una tonsura mucho más grande.

Esas muestras externas de gravedad le costaban más que llevar un cilicio; pero las ofrecía al Señor, con la intención recta de ser -en medio de las miserias personales- un instrumento idóneo en sus manos. He oído comentar, entre otros, a don Casimiro Morcillo, a don Pedro Altabella, a don Álvaro del Portillo y a don Pedro Casciaro, la reacción positiva de quienes le trataron en aquella época: con su gravedad sacerdotal se ganaba la confianza de las almas. Personas que le superaban en muchos años, han escrito que sentían gran confianza y admiración hacia él. Así lo muestra también el trato que le dispensó la autoridad eclesiástica, pues -siendo un sacerdote joven- mereció el cariño y la amistad de tantos Obispos, y muchos se dirigían a él para hablarle y pedirle consejo.

raba seis u ocho años. Podía así estimular a sus hijos: ¡cuánto amor de Dios hay en un traje bien planchado, aunque esté viejo, o en tinos zapatos viejos pero limpios!

En los comienzos de su ministerio, utilizó -como la mayoría de los demás sacerdotes--- ropa de invierno y de verano. Hacía el cambio -por orden y mortificación- los días 7 de marzo y 12 de octubre. He dicho por mortificación, pues en Zaragoza, el 7 de marzo suele hacer frío todavía y el 12 de octubre, calor. Después de recibir la llamada al Opus Dei, decidió tener un solo tipo de ropa.

En 1962, fue una vez a la casa del Secretario para los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Al despedirse, cogió la dulleta y el sombrero, y salió. Al día siguiente recibió una llamada telefónica de Mons. Samoré, que bromeaba: "-Monseñor, no sabía que usted era un ladrón". -¿Por qué me dice eso? "-Porque ayer se llevó usted mi dulleta y me he puesto la que había dejado usted aquí; me he dado cuenta de que no es la mía, porque es pesadísima; ¿cómo puede llevarla usted, en tiempo de verano, con el calor que se pasa?". El Fundador del Opus Dei le respondió inmediatamente con sencillez: no hay más que una dulleta y no distingo entre tiempo de invierno y tiempo de verano, porque no tengo dinero para otra cosa.

-Sin embargo, algunas personas no han entendido esta actitud del Fundador del Opus Dei.

Se comportaba con elegancia sobrenatural y humana, pero sin hacer ninguna cosa rara, y sin afectación. Recuerdo que, una vez, tenía que acompañarle a visitar al Sustituto de la Secretaría de Estado, Monseñor Dell'Acqua. Era un día de mucho calor, y yo había sudado bastante. Como no me dio tiempo a cambiarme de ropa, me puse un poco de colonia.

Se esforzaba en cumplir los horarios: no por la manía de conseguir una especie de hoja de servicios intachable, sino por delicada obediencia a la dirección espiritual. Un día tras otro, con el amor recio de quien acude a una cita con el Señor, se atenía a los planes de trabajo y a los programas previstos. Todos recordamos, porque impresionaba, su puntualidad en las reuniones de familia: llegaba con dos o tres minutos de antelación, para no hacer esperar a los demás.

Nos insistía en la importancia de vivir el cumplimiento del plan de vida: haced las cosas a su hora, sed piadosos y con buen humor en todo; así seréis victoriosos, eficaces; y también así, con menos talento, os aseguro que se llega mucho más lejos que otros que tienen quizá más inteligencia, pero no conservan la prudencia de ser fieles y leales a lo que se han comprometido.

Alentaba la vida interior de todos, también de aquellos que, por sus múltiples y absorbentes ocupaciones en la vida pública y profesional, podían tener menos tiempo para las prácticas de piedad. Convencido de que la oración es prioritaria, les aconsejaba que dispusieran su horario para que la primera tarea, por la mañana y por la tarde, fuese su rato de oración. Añadía que, si era preciso, se encerrasen en el despacho, y avisasen a la secretaria que iban a estar ocupados: ¡qué ocupación más importante puede haber que la de atender expresamente al Señor!

Cuando viajábamos en automóvil, me encargaba que pensase un horario para el cumplimiento de las normas de piedad y recordase el momento de la meditación de la tarde, del Rosario, o de la lectura espiritual. En diversas ocasiones, Mons. Escrivá de Balaguer, que se sujetaba dócilmente al plan que había fijado yo, se anticipaba en avisar lo que nos faltaba, y nos invitaba a ayudarnos unos a otros con naturalidad en este aspecto básico de nuestra relación personal con el Señor.

Se esforzaba en cumplir el deber, con puntualidad. Y las veces -eran muy raras, y por causas ajenas a su voluntad- que

-Y así fue surgiendo ese tono humano, también en los aspectos materiales, que se advierte en los Centros del Opus Dei.

Durante toda su vida nos dio un ejemplo constante: acuñó experiencias prácticas para el orden de la vida familiar, la manutención de los muebles, los arreglos periódicos, la limpieza, la ventilación,

etc. En una palabra, puso un cuidado extremo para que las personas pudiesen descansar, recuperar fuerzas, y vivir con la alegría de un hogar:

¡Cuántas veces le he visto recoger un pequeño papel del suelo; colocar bien una silla que rozaba la pared; entornar y sujetar las contraventanas, antes de abrir, para evitar golpes; no escribir directamente sobre la mesa, para no rayar la madera; arreglar los almohadones al levantarse de un sillón...!

Llevado por su absoluto desprendimiento de los bienes terrenos, dispuso que los edificios en los que se desarrollaban las labores apostólicas de la Obra tuviesen lo estrictamente indispensable, fuesen funcionales, y se cuidase el menaje, para obtener el máximo rendimiento, sin concesiones a la comodidad, ni al aburguesamiento. Pensaba que era preciso preparar los instrumentos para un eficaz servicio de Dios y de las almas.

Se ocupó también de que las instalaciones reuniesen las condiciones necesarias, para no dejar ruinas ni deudas a los que vinieran detrás; quería que se estudiaran a fondo y se redactasen instrucciones claras y exhaustivas sobre su funcionamiento, de modo que en cualquier momento y sin pérdidas de tiempo, fuese posible sustituir a quienes se ocupaban de esas tareas. Reiteraba que da mucha alegría plantar árboles a cuya sombra se cobijarán los que vengan detrás.

El orden le llevaba a poner en primer plano las prácticas de piedad' sin las cuales resulta imposible servir a las almas ni santificar el trabajo en las circunstancias ordinarias de cada día.

163

humana -cobardía- en el cumplimiento del deber. Recordaba que era necesario afrontar los asuntos, aunque tuviésemos que pasar un mal rato nosotros o los interesados, pensando única y exclusivamente en el bien de las almas y en el servicio a Dios. No se dejaba llevar por "el mañana" o "el después", aunque estuviera cansado, aunque hubiera llevado una jornada de trabajo muy intenso: ¡nos espera el Señor!; ¡nos esperan las almas!, exclamaba.

Gracias también a su prudencia, no se dispersaba. Se daba cuenta de que, aun siendo extensísimo el horizonte de la labor, era necesario empeñarse con energía sobrenatural en la tarea comenzada: non multa, sed multum! Y se dedicaba a diario, con alegría y con todas sus fuerzas, a esos objetivos apostólicos, entusiasmando a sus colaboradores: poned ilusión humana en todo, que no se desagrade a Dios: es parte de nuestra vocación divina.

-Dentro del orden, se incluye también su previsión...

Aunque tenía muy buena memoria, cuando repasaba lo que consideraba oportuno para el trabajo diario, tomaba nota para no perder el tiempo después, ni hacérselo perder a los demás; aprovechaba la consulta a esa lista, para encomendar cada una de las tareas. Solía repetir que hemos de procurar no fiarnos sólo de la memoria, y ejercitarla con la mejor receta: el papel y el lápiz; la agenda y el lápiz.

Procuraba conservar esas listas, hasta que estaban cumplidas. En ocasiones, cuando debía transmitir esas tareas a una sola persona, después de explicarle la mente de lo que debía desarrollar, le entregaba la relación con el ruego de que se la devolviera, cuando terminase. No se trataba de un mero control, sino del deseo de que aquello se llevase a cabo en el momento oportuno y con la perfección debida, para conseguir mayor eficacia apostólica.

166

llegaba tarde, pedía perdón por la molestia ocasionada. Si podía, avisaba por teléfono, para respetar el tiempo de los demás y que no se preocupasen por su tardanza. Nos enseñó a vivir este mismo criterio: era una cuestión de orden, y también de caridad: evitar preocupaciones innecesarias.

Desde que comencé a trabajar a su lado, comprobé su lucha constante contra lo que, con palabra gráfica castellana, llamaba charco. Se refería a la necesidad de impedir que -por negligencia, por abandono, por 'falta de atención'- se quedasen asuntos en los cajones, sin percatarse de que esos

retrasos podían perjudicar a las almas o entorpecer la expansión de la labor apostólica. ¡No hacer charco, subrayaba, es una obligación del hombre de gobierno!

Asentaba también este principio, fruto de la prudencia sobrenatural: lo urgente puede esperar y lo muy urgente debe esperar. Nos enseñaba con esta afirmación a resolver esos asuntos sin precipitaciones, ni reacciones poco ponderadas o medrosas. Nos insistía así en la necesidad de que, si para todo es preciso proceder en la presencia de Dios y contando con sus luces, resulta más indispensable ese recurso al Señor cuando surgen premuras, para obviar -por ligereza o precipitación- respuestas incompletas, inseguras o insuficientemente fundamentadas. Puedo certificar que resolvía esas cuestiones inaplazables con la misma calma sobrenatural que el trabajo ordinario: a su hora, sin atropellos ni descuidos, y sin admitir la falsa idea de que hay cosas que resuelve el tiempo porque se olvidan los problemas.

También para superar la inactividad, o para no retrasar el paso de Dios, nos prevenía contra el perfeccionismo malo: lo mejor es enemigo de lo bueno. Hay que abordar las cuestiones del modo más adecuado, sin guiarse por la tentación de querer agotar hasta el riesgo más imaginable.

Nos insistía en no confundir la prudencia con la pereza, la indolencia o la apatía. Luchó de continuo contra la prudencia

165

apostólicas, aunque fuese preciso cambiar sus planes. Nunca rehuyó las tareas imprevistas, excusándose en otros trabajos. Estudiaba la urgencia de los asuntos, y los acometía en su orden de valor, sin concederse reposo ni quejarse por los cambios de programa.

No era un rigorista, ni en el horario, ni en ningún aspecto de la organización de las tareas apostólicas. Cuando tenía que rectificar los proyectos, reaccionaba con sentido sobrenatural, aunque supusiera prescindir de un esfuerzo de días, de-semanas,

También aquí aplicaba el omnia in bonum!: nos ha-

o de meses. cía considerar que "el hombre propone y Dios dispone", e interesa seguir a la letra las nuevas disposiciones del Señor, que se presentan por sucesos imprevistos. Nos comentaba que, cuando se hacía necesario modificar lo programado, debíamos abordarlo con alegría y fortaleza, pensando que se traduciría en bien de las almas, ya que así lo había dispuesto o permitido Dios.

168

Nos exponía que la virtud del orden se requiere muy especialmente en los Directores: por ejemplo, han de renunciar a ejecutar por sí mismos tareas santas y eficaces, que pueden hacer otros, pero a ellos les apartarían del cumplimiento de sus encargos específicos. .

Ocupado por el buen gobierno de los apostolados del Opus Dei, sugirió que en los Centros se llevase lo que llamaba agenda perpetua, de manera que los Directores pudieran prever las distintas ocupaciones periódicas: desde la limpieza del Sagrario cada quince días, o la revisión de los objetos dedicados al culto, hasta los modos de ayudar a las personas del Centro en las diferentes épocas del año litúrgico, con la novena a la Inmaculada, los domingos de San José, o el octavario por la unidad de los cristianos. También quería que se anotasen los trabajos materiales, por el riesgo lógico de olvidarlos, al tener que ocuparse de muchas tareas.

Luchó siempre contra todo tipo de excusas que frenan el cumplimiento del deber, aunque no suponga una ofensa grave al Señor. Nos puntualizaba que en esos detalles se demuestra el amor. Por eso, rechazaba radicalmente cinco razonamientos, que no dudaba en calificar de diablos: es que, pensé que, creí que, mañana, después.

-El cuadro quedaría incompleto sin conocer su actitud ante lo imprevisto.

Programaba su tiempo con antelación, serenamente, en la presencia del Señor. Pero, si se presentaban imprevistos, no dudaba en llamar a sus colaboradores cuantas veces hiciera falta. Pedía

perdón por las molestias que pudiera causar con esos avisos, pero no retrasaba los encargos con la excusa de que podía interrumpirnos. Estaba disponible para atender las necesidades

167

esas cumbres de santidad a las que llegó el Fundador del Opus Dei: persuadido de la primacía de la piedad personal y de la unión con Dios como cimiento de toda su acción apostólica, encarnó aquel verso de San Juan de la Cruz que le era muy familiar: "volé tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance". Podríamos empezar con la presencia de Dios en las circunstancias ordinarias, manifestación práctica de su contemplación en medio del mundo.

Me dijo centenares de veces: yo no me he aburrido nunca. Daba a entender con esta afirmación categórica que, en la vida de un hombre de Dios, no hay espacios vacíos, ni momentos de ocio, ni soledad, pues el día y la noche se gastan en un coloquio de amor, en una conversación constante con el Señor, llena de ventura.

Ya en 1953 le oí: los que se aburren en esta vida es que no entienden de amor, del Amor con mayúscula. Y, en 1954, volvía sobre este tema: nosotros no estamos nunca solos. No tenemos derecho a aburrirnos, ni a sentirnos tristes. Se aburren, o se llenan de tristeza, los que viven de vaguedades, encerrados en su pequeño mundo personal, sin más horizontes que su egoísmo o sus razonamientos humanos. Viven solos, aburridos, los que no quieren tener a Dios como Padre, los que se olvidan de que Dios sabe más, y no acaban de conformarse con amar la Voluntad del Señor. Se sentía observado amorosamente por la Providencia, y se esforzaba para comportarse como hijo de Dios sin interrupción, hasta el punto de que su primo primi era dirigirse a El, con la fe segura de que el Señor no abandona a los que sinceramente le invocan, aunque sean tan pobres hombres como yo, y no merezcamos siquiera una mirada suya.

Se advertía de modo tangible que estaba en la presencia de Dios: comentaba que los católicos no tenemos más remedio

170

CAPÍTULO TERCERO

Le di a la caza alcance

1. Contemplativo en medio del mundo

-Después de leer las páginas anteriores, en las que se intenta reflejar el temple humano de Mons. Escrivá de Balaguer, parece ineludible citar unas densas frases del Decreto de la Congregación para las Causas de los Santos sobre sus virtudes heroicas, promulgado en 1990: "Los rasgos más característicos de su personalidad no hay que buscarlos tanto en sus egregias cualidades para la acción como en su vida de oración, y en la asidua experiencia unitiva que hizo de él verdaderamente un contemplativo itinerante. Fiel al carisma recibido, fue ejemplo de heroicidad en las circunstancias corrientes de la vida: en la oración continua; en la mortificación ininterrumpida - como el latir del corazón-; en la asidua presencia de Dios, que alcanzaba las cumbres de la unión con Dios incluso en medio del fragor del mundo y de una dedicación incansable al trabajo. Continuamente inmerso en la contemplación del misterio de la Trinidad, vivió la filiación divina en Cristo como fundamento de toda la vida espiritual, en la que la fortaleza de la fe y la audacia apostólica de la caridad se conjugaban armónicamente con el abandono filial en las manos de Dios Padre". Sería el momento de conversar sobre

169

constantemente al Señor, cada uno a su modo, con sus piropos, con sus jaculatorias. Buscaos modos de hablar con El, que son medios para ayudarnos a que esa conversación no decaiga: sirven como cuando éramos niños y nos cogían la mano para escribir.

-De algún modo, estas frases recrean el clima de amor de Dios que se palpaba en torno a Mons. Escrivá de Balaguer, y que expresaba con palabras de enamorado.

Desde que le conocí, me aconsejó siempre buscar al Señor, mirar al Señor, tratar al Señor, amar al Señor. Y añadía: si nos esforzamos en seguir estas etapas, Él se hace el encontradizo: no os desaniméis jamás en la lucha, porque Dios está a nuestro lado.

En mi larga convivencia con el Fundador del Opus Dei, he podido apreciar que, movido por la virtud de la esperanza, buscaba al Señor en sus normas de piedad, en su trabajo, en su apostolado y en todas las circunstancias en que la providencia le colocaba. Exclamaba con seguridad: ¡nosotros, si no estamos con Dios, no estamos bien!

Muchos días, hacia las ocho o nueve de la mañana, me preguntaba: ¿cuántos actos de amor has hecho hoy? Me instaba así a crecer hacia adentro, para que la vida interior gobernase toda actividad. Solía explicarlo con diversas palabras, pero con idéntica exigencia: si decís que estáis enamorados de Dios, tengo derecho a preguntaros: ¿cuántos actos de amor has hecho hoy?, ¿cuántos actos de desagravio?, ¿cuántos actos de fe?, ¿cuántos actos de esperanza y de caridad?, ¿cuántas jaculatorias haces?...; porque debemos vivir continuamente en su presencia y convertir todo nuestro día en una oración.

No nos escondía que buscar al Señor con perseverancia cuesta al principio; pero nos aseguraba que, después de afanarse con ac-

172

que hacer todo -trabajar, estudiar, vivir- con mucha fe, sin miedo al ridículo o al qué dirán, porque hemos de comportarnos exclusivamente de cara a Dios, y, a través de Él, servir a las almas.

Por la reverencia que sentía hacia la Majestad divina, nos remachaba que debíamos preocuparnos de reconocer a Dios como Rey, como Redentor, como Todopoderoso, como Bondad infinita que se nos entrega y como la suma felicidad de todas las personas. Esos títulos le corresponden a Dios por justicia, y los hombres estamos obligados a dárselos con toda nuestra actividad, con nuestra confesión de fe, con nuestra oración y nuestro comportamiento.

En 1966, nos alentaba a querer a Dios con plenitud: somos gente comprometida por el amor. Por eso, hemos de vivir una fidelidad continua y siempre más exigente, también cuando debemos caminar a contrapelo. Nos movemos en la presencia del Señor: Él nos mira constantemente y ve nuestros deseos más íntimos, scrutans corda ["penetrando los corazones"]: nada de nuestra vida -así de grande es su predilección- le resulta desconocido. Por eso os digo en tantas ocasiones que le deis el corazón entero, como justa correspondencia a sus desvelos.

Y en toda su vida se sintió siempre acompañado por la seguridad en la fortaleza de nuestra Madre. Así, el día 8 de septiembre de 1973, después de la comida, nos recomendaba: esta mañana consideraba en mi meditación que la Iglesia ha dispuesto, desde hace siglos, que se celebren la mayoría de las advocaciones de la Virgen. Y yo le decía a mi Madre que quería -y quiero- contemplarla en todas las ermitas y Santuarios del mundo. Estas cosas son cosas de amor, y como nosotros somos almas de amor, mantenemos una conversación constante con María y José y, después, con ellos, pasamos a tratar a Jesús y, con los tres, al Padre y al Espíritu Santo. Hijos míos, ¡vida de fe!, pidiendo diariamente adauge nobis ídem! ["¡aumentanos la fe!": Lucas 17,5] Acostumbraos a dirigiros

omnia mea tua sunt ["todo lo mío es tuyo,: Lucas 15,31]. Este es el tesoro nuestro, el fin de nuestra vida, la esperanza de toda nuestra actividad, el único anhelo que debe movernos: estar con Dios y vivir de Dios. Por eso, no dejaba de recordarnos que no podemos robarle ni un ápice de su gloria. En las múltiples ocasiones en que le abrí mi alma, me repetía que buscara esa honra divina, rechazando cualquier compensación humana, porque de otro modo erraría el camino.

Paraba muchas veces cada día para ofrecer lo que ya había realizado y lo que le quedaba por hacer. Mientras trabajábamos, era recurrente su incitación a rendir el culto debido al Señor: no perdamos el punto de mira sobrenatural en cada una de las acciones que estamos haciendo, en lo que

realizamos ahora. Vamos a rectificar la intención, para que sea todo para Él. Deo omnis gloria! Dios nos espera ahora.

Ponderaba cuanto ocurría a su alrededor a la luz de la fe. Enfocaba los problemas doctrinales, de gobierno, de apostolado, de convivencia social, desde el punto de vista sobrenatural, con la certeza de que sólo en ese plano se encuentran las verdaderas soluciones. Quedó muy grabado en su mente el comentario de una monja piadosa, ante una situación dura:

,-"Don Josemaría, ¡el Señor es muy agudo!"; y sacaba gran partido de esta anécdota, que le ayudaba a sentirse seguro y sereno con las disposiciones del Señor.

Aplicaba a su existencia las palabras del Apóstol: vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus ["ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí": Gálatas 2,20]. Y se examinaba para ver si le dejaba realmente empapar todas sus actividades, a la vez que nos insistía a los demás en la necesidad de empeñarnos en la lucha por la presencia de Dios.

Repetía, con urgencia sobrenatural, que hemos de dar a cada segundo de nuestra vida vibración de eternidad. En un

174

tos de fe, de esperanza y de amor, con jaculatorias y con miradas, muchas veces me encuentro con esa presencia de Dios pasiva, porque Él se me acerca y me hace notar que está a mi lado.

En 1973, nos alentaba a los Directores centrales: esforzaos por ser almas contemplativas. Ya sabéis cuáles son los milagros grandes en el Opus Dei: la fidelidad, la perseverancia en nuestra vida ordinaria, ofreciéndosela continuamente al Señor. Dios está siempre con nosotros, si no le echamos por el pecado; está aquí, ahora, en vuestros corazones y en el mio. Hijos míos, ¿qué haremos vosotros y yo para estar con el Señor en el Opus Dei? ¡Buscarlo!: buscarlo, para tratarlo, para meternos en su intimidad. ¿No os da alegría esa costumbre -que es una muestra del trato que debemos tener con el Señor- de saludar al Amo de la casa en cuanto llegamos a un Centro nuestro, o cuando salimos?

Me ha impresionado siempre su espontaneidad en el trato con el Señor. Las comunidades de religiosas del Real Patronato de Santa Isabel han contado los encuentros y delirios de amor del Fundador del Opus Dei con la imagen del Niño Jesús que conservan en uno de los dos Conventos. Y yo he visto también su actitud ardiente y apasionada cuando llegaban las Navidades: al entrar o salir del oratorio, besaba con ternura al Niño recién nacido. En otros momentos le cogía en sus brazos, acariciándole dulcemente, mientras le miraba agradecido y con hambre de aprender. En una ocasión, después de besarle, puso sus ojos en esa imagen y, con la delicada ilusión de un padre de familia, requebró al Niño Jesús: ¡chato!

-Realmente, junto al Fundador del Opus Dei, se respiraba una atmósfera espiritual.

Meditaba y predicaba con frecuencia las palabras que el padre de familia dirige al hermano mayor del hijo pródigo:

173

mará que no toco a Dios, que no siento toda la fuerza de su Omnipotencia, ¡mentiría!

-Esa presencia de Dios se reflejaba externamente en su intenso recogimiento, que vivía con naturalidad, sin cosas ni gestos raros.

En 1968, aprovechando el intervalo de un cambio de ocupación, me confió: continuamente, cada pocos segundos, le estoy diciendo al Señor que le quiero. Necesito decírselo y repetírselo. Díselo tú también, y díselo de mi parte.

En muchas circunstancias, le notaba recogido a lo largo de la jornada, hablando con el Señor. Luego reconocía que estaba tratando con Él de los distintos temas. Lo he presenciado día a día,

especialmente antes de retirarse a descansar, cuando -terminado el trabajo- contemplaba cómo se recogía para dar gracias por todo lo que había ocurrido, para pedir perdón contrito por sus faltas - también por las de omisión-, para unirse a la plegaria de la Iglesia, para apoyarse en las súplicas de sus hijas y de sus hijos en el mundo.

En más de una ocasión, considerando el peso y la fatiga de u esfuerzo, Mons. del Portillo o yo le preguntábamos si estaba "impensierito" [absorto en sus pensamientos]. Contestaba inmediatamente, con naturalidad, que estaba hablando con el Señor. Respetábamos esos silencios y nos uníamos a su oración, que interrumpía -sin cortar el diálogo contemplativo- para preguntar por asuntos del trabajo, encargos apostólicos, o noticias de la labor en distintos países.

No significa cuanto acabo de decir que viviera al margen de las situaciones del mundo y de la sociedad, o de las tareas que afectan a los hombres; y mucho menos que permaneciese ajeno a los problemas de la Iglesia. Al contrario, le interesaban profun-

176

Círculo de formación, al leer en voz alta *semper, praesentia Dei, consideratio nostraeiliationis divinae...* ["siempre, presencia de Dios, considerar nuestra filiación divina: ..."], se detuvo un instante y nos explicó: cuando yo escribía esto, me parecía una ingenuidad, como una cosa innecesaria ponerlo, algo así como si dijese: el corazón, para vivir, tiene que latir siempre. *Semper*: que lleva consigo estas manifestaciones de desasimiento de nuestro yo, porque es vivir de Dios, por Dios y para Dios.

En otro Círculo, de 1957, nos hacía considerar: es interesante que os deis cuenta del significado del *semper*. Si no hay lucha por adquirir una presencia de Dios que sea constante, tampoco hay trato con Dios. Hemos de dirigirnos a Él en todo momento, y enseguida surge la consideración de que somos hijos de Dios, que se manifiesta en un vivir continuo cara al Señor, con jaculatorias, con actos de desagravio, con acciones de gracias, todo el día para Él.

El 22 de noviembre de 1973, abría su corazón a Mons. Álvaro del Portillo y a mí: ayer, mientras hablaba con el Señor, escribí algo que nos puede servir de jaculatoria: *tenui eum, nec dimittam, ¡lo tengo cogido, y no lo soltaré!* Llevaba yo dos días con esta comezón. No son locuciones de Dios. Son inquietudes que pone en el alma, que no descansa hasta que las descubre. Nunca me he preocupado de encasillar la vida interior con las distinciones que señalan los tratados de mística, pero entiendo que Dios se mete en el corazón de la criatura, y ésta sólo encuentra la paz cuando responde y se abandona en Él.

No tenía la menor duda de que la oración consigue los prodigios que narra el Evangelio, y resuelve situaciones que parecen barreras insuperables: yo no soy milagrero. He escrito desde hace años, y he dicho tantas veces de palabra, que me sobran y me bastan los milagros del Evangelio. Pero si afir-

175

María, sed mi salvación! Y hago esfuerzos para no perder esa presencia de Dios. Quiero estar en conversación con Él, ser completamente contemplativo de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Me despierto por la noche, y enseguida me sale un clamor del alma: quiero vivir como un niño pequeño, que busca a su madre como la cosa más natural; no se preocupa de las formas, llama, grita, insiste y, cuando no sabe hacer otra cosa, llora.

Repetía que, como sacerdote, sólo sabía hablar de Dios y sólo quería hablar de Dios. De hecho, su conversación era sobrenatural, aunque versase sobre los temas más corrientes, porque de todo sabía sacar contenido y sentido espiritual para re~ ferirlo al Señor y para ofrecérselo como continuación del Santo Sacrificio de la Misa.

Encomendaba siempre al Señor a quien hablaba, a quien veía y, en general, a las personas del lugar donde se encontraba. Nos sugería con viveza: en cada persona, ved a Cristo que os espera; a Cristo que sufre en aquel enfermo; a Cristo que está necesitado en aquel indigente; a Cristo que quiere entrar en el alma de ese ignorante; a Cristo en el trabajador, que cumple su tarea cotidiana. No

olvidéis que así nos lo ha dicho el Señor, para la realidad cotidiana en que nos encontremos: el que sirve a su prójimo -en cualquier necesidad- me está sirviendo a Mí.

En los viajes, alimentaba la vida de piedad de los que le acompañábamos sacando fruto espiritual del paisaje, las iglesias, los conventos, los cementerios, las personas... A partir de esos detalles derivaba la conversación a la necesidad de acompañar a Jesús Sacramentado, ocuparse de las almas, pensar qué servicios o qué tareas apostólicas se podían desarrollar en aquel país o ciudad, dar gracias al Señor por la belleza de lo creado, tratar a las almas del Purgatorio, etc. En fin, un conjunto de consideraciones que ayudaban a mantenerse en presencia de Dios, a pedir perdón, a amar más.

178

damente, porque sentía la preocupación de difundir el instaurare omnia in Christo: devolverle todas las cosas, porque a Él pertenecen, y sólo con esa dirección adquiriré su auténtico sentido, tantas veces desvirtuado por los hombres. Le apasionaban los asuntos de esta tierra, porque estaba empeñado en santificarlos.

Consideraba diariamente la situación de la Iglesia, de la Obra y de la sociedad. Concluía con actos de amor a Dios por todo lo bueno que sucedía en el mundo, y de desagravio por la falta de correspondencia de la humanidad, y también mía -agregaba-: antes de comenzar cualquier ocupación, procurad recogeros en la presencia de Dios, para que no perdamos nunca el sentido sobrenatural, aunque luego sintamos el zarpazo de nuestra miseria personal o el zarpazo que ataca ahora a la Iglesia y al mundo.

Se palpaba la veracidad de su afirmación: no sé dónde termina el trabajo y dónde comienza la oración, y al revés; pues, con diligencia activa, disponía alma y cuerpo, sentidos y potencias, al cumplimiento de la Voluntad divina.

Nos confiaba a Mons. Álvaro del Portillo y a mí que se daba cuenta de que había recibido la gracia de seguir haciendo oración durante la noche, y agradecía constantemente a Dios poder dedicarle las veinticuatro horas de la jornada. Aconsejó siempre ofrecer el sueño, procurando que el último pensamiento de cada día fuese para Él. Recomendaba igualmente que nos esforzásemos para que el primero, cada mañana, fuera también para el Señor. Por eso, nos sugería que besásemos el crucifijo si por cualquier circunstancia nos despertábamos. Repetía este propósito: quiero que mi día y mi noche sean enteramente para Dios.

Recurría frecuentemente a jaculatorias que aprendió cuando era niño, de labios de sus padres: desde hace unas semanas estoy rezando dos que me han conmovido siempre: ¡dulce Corazón de Jesús, sed mi amor!, ¡dulce Corazón de

177

Al comienzo de los años treinta, el Fundador del Opus Dei saludó un día al Señor en la iglesia del Patronato de Santa Isabel con estas palabras: -Aquí tienes a tu burrito sarnoso, y oyó como respuesta esta delicadeza divina: "un borrico fue mi trono en Jerusalén". Pronto le asaltó la duda de que Jesús había entrado en la Ciudad Santa montado sobre una burra -no en un jumento- y, entonces, las palabras que había oído dentro de su alma serían un engaño del diablo. Su inquietud fue muy grande, hasta que, ya en casa de su madre -se le hizo larguísimo el trayecto desde la iglesia ese día-, confrontó los textos paralelos de los Evangelios y se tranquilizó. Me comentaba que, a pesar de haber obtenido las máximas calificaciones en Exégesis, el Señor permitió ese titubeo para que se confirmase en su nada, en que todo era de Dios, y su pobre persona, un mal instrumento. Al comprobar el texto evangélico, se disipó la incertidumbre, y se hizo más intensa su paz interior, que nunca había perdido. En esas ocasiones, como todo lo sobrenatural le dejaba tan asombrado, el Señor le tranquilizaba: "ne tuneas! ["no temas"], soy Yo". En este caso, lo advirtió con claridad mientras leía el Evangelio.

-Se entiende que Mons. Escrivá de Balaguer-siempre ha solido suceder así en la historia de la santidad- no desease cosas extraordinarias.

En una carta de 1963 recordaba su modo de actuar ante estas gracias especiales. Tras una primera reacción de sorpresa -por naturaleza ponía la proa a todo lo extraordinario-, abría el alma con su confesor: a él acudía yo, especialmente cuando el Señor o su Madre Santísima hacían con este pecador alguna de las suyas, y yo, después de asustarme, porque no

180

Le entusiasmaba contemplar a Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, que sirve a quienes le, siguen y, de modo especial, a los suyos. Nos animaba a vivir una caridad llena de cariño, siendo muy humanos y estando muy atentos a las necesidades de los demás. En 1956 le oí: un hombre de oración que se preocupa de que los demás sean dichosos, felices -con una felicidad de Dios-, tiene en su vida una mira sobrenatural y, además, es humano: anima, comprende, ayuda, corrige, disculpa. Y él mismo es feliz, porque no piensa nunca en su yo. En momentos muy diversos nos hacía considerar: Os miro, hijos míos, y os veo como a otros cristos: Cristo joven; Cristo adolescente; Cristo alegre; Cristo que trabaja... y, cuando pasen los años, seguiréis siendo alegres, porque llevaréis dentro la juventud eterna del Maestro y su amor a todas las almas, aunque de ellas no hayamos recibido el bien.

2. Tu burrito sarnoso

-Está claro que el Opus Dei es un camino de santidad en las circunstancias ordinarias. Lo ha expresado el Fundador en infinidad de lugares: uno, particularmente bello, se encuentra en Forja, 741: El oro bueno y los diamantes están en las entrañas de la tierra, no en la palma de la mano. / Tu labor de santidad propia y con los demás- depende de ese fervor, de esa alegría, de ese trabajo tuyo, oscuro y cotidiano, normal y corriente.

A la vez, resulta ostensible que, en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer hubo muchos sucesos extraordinarios: algunos, paradójicamente, vendrían a confirmar y subrayar el valor de lo ordinario, como las escenas protagonizadas por el borrico.

179

palpable, él convencimiento de que nunca había merecido ni siquiera la mirada del Señor. Así se nos quedó bien grabado que habíamos de estimar más la fidelidad heroica y continuada en el cumplimiento del deber de cada instante.

Recibió de Dios muchos dones, que le conducían al cumplimiento de la misión que le había confiado: fundar el Opus Dei, atraer a las almas a este camino de santificación en medio del mundo. El Señor le concedió, de un modo extraordinario, las luces que alumbraban y definían ese camino, los medios sobrenaturales necesarios para abrirlo, y el espíritu que había de animar a quienes lo recorrerían. Y le llenó de gracias especialísimas, a las que correspondió de modo eximio, para llevar a cabo esta tarea, venciendo innumerables obstáculos y dificultades.

En el centro de estos dones se encuentran las manifestaciones explícitas de la Voluntad de Dios: la definitiva, cuando el 2 de octubre de 1928 vio el Opus Dei, y luego, las posteriores iluminaciones sobre la incorporación de mujeres a la Obra y la solución para los sacerdotes, el 14 de febrero de 1930 y 1943, respectivamente. Solamente añadiría aquí el hondo agradecimiento que brotaba de su alma, al considerar las maravillas di_ _vinas de que había sido depositario.

-Hay otras intervenciones sobrenaturales de 1931 particularmente importantes, en la medida en que reafirman con luces nuevas aspectos fundamentales del espíritu del Opus Dei: el redescubrimiento de la filiación -abba, Pater!- y del divino resello de la Cruz en las encrucijadas del mundo -si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum ["cuando fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí: Juan 12,32]-. Han sido explicadas afondo en diversos lugares. Tal vez podría repasar aquí otras locuciones.

quería acuello, sentía claro y fuerte y sin palabras, en el fondo del alma: "ne timeas!, que soy Yo".

-Yse comprende también que hablase muy raramente de esos hechos.

Con la prudencia de quien busca la santidad en las circunstancias habituales de la vida, no negó que en la historia de la Obra había gracias divinas que se salían de lo común. Sin embargo, para que nadie se dejase arrastrar por la tendencia a apoyarse en estos argumentos, descuidando la fidelidad en el quehacer diario, prohibió que se hablara de esos temas: por prudencia sobrenatural, pongo un espolón de acero a todo lo que se presenta como manifestación que está fuera del orden ordinario de la Providencia del Señor. No es que me falte fe en estas realidades -que se renuevan en la vida de la Iglesia-, pero quiero no dejarme guiar por esta atracción hacia lo extraordinario, que para muchas almas, desgraciadamente, puede ser motivo de considerarse no obligadas a tantos deberes cotidianos, en los que el Señor espera una respuesta heroica y fiel.

Estando ya en Roma, recibió indicación expresa de la Santa Sede de abrir su alma, de cuando en cuando, a los miembros del Opus Dei, para relatarles ese tipo de sucesos que tan estrechamente unidos estaban a su vida y a la historia de la Obra. En las pocas veces en que nos confió algún acontecimiento de este estilo, su resistencia interior -consecuencia de un pudor natural y sobrenatural-, era tan evidente que alejaba todo riesgo de lucimiento personal: io non centro per niente ["en absoluto es mérito mío"]. En estas conversaciones se podía observar la humildad con que se expresaba y su gratitud inconmensurable a la Bondad de Dios, pues se imponía, con una sinceridad

jos, ante las dificultades que le obligaron a abandonar, en el curso 1934-35, una parte de la Academia Residencia DYA, en Ferraz 50. Consignaría su reacción poco después, en Camino, 12.

En los primeros años setenta, arreciaron algunas dificultades contra el camino jurídico del Opus Dei en la Iglesia, que fueron el marco de nuevas locuciones de Nuestro Señor. A una de éstas se refirió en público en marzo de 1974: Había un alma que estaba pasando una temporada de mucho sufrimiento -no es ninguna alma santa, es un alma como la vuestra, que tiene altos y bajos, que ha de ponerse lañas, lañas grandes-, y cuando no lo esperaba, mientras rezaba mucho por una cosa que todavía no ha sucedido, oyó en lo íntimo del corazón: clama, ne cesses! A esa alma no le gusta oír nada: sufre. Pero escuchó: sigue rezando, con clamor, con fortaleza; no dejes de rezar, que te escucho. Clama, ne cesses! (Isaías LVIII, 1).

Sucedió el 6 de agosto de 1970. Nos hallábamos en Premeno, cerca del lago Maggiore, en Italia. Como todos los días, le ayudé a Misa. Al terminar -se hallaba presente también Mons. Álvaro del Portillo-, nos contó que esa mañana, mientras insistía con su petición tozuda, llena de fe, escuchó esas palabras de consuelo y confirmación.

El 19 de enero de 1975, dirigiendo la meditación a los miembros del Consejo General del Opus Dei, habló de este suceso, intercalándolo con otras palabras escuchadas del Señor, en circunstancias análogas: Hace unos años, hijos... ¡con qué congoja estaba yo celebrando la Santa Misa en un pueblecito del norte de Italia!, ¡con qué congoja! Porque el Señor nos ha zarandeado como el trigo que se zarandea para quitar la paja, y las piedras y los granos que no son sanos y fuertes... Un oratorio pobre, improvisado, pero Dios estaba allí, en mis manos, Jesús Señor Nuestro, Amigo nuestro, Hermano nuestro, Amor y Dios nuestro. Y mencionó entonces un cáliz, que mandó hacer después, en el que se grabaron unas palabras ins-

Una de aquellas loquelas divinas la incluyó en Camino, 933, redactada en tercera persona. Le había sucedido, al comienzo de los años treinta, dando la Sagiada Comunión a una de las comunidades de religiosas que dependían del Patronato de Santa Isabel. Mientras distribuía las Sagradas Formas, repitiendo la fórmula prescrita por la liturgia -Corpus Domini nostri Iesu Christi custodiat te in vitam aeternam. Amen ["el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna. Amén"]-, iba diciendo con el corazón, completamente prendado del Dios que tenía en sus manos:

Señor, te amo más que éstas. En un momento, de un modo claro, sintió en su alma unas palabras que se le grabaron como un zarpazo divino inolvidable: "Obras son amores, y no buenas razones".

En octubre de 1972, pude acompañarle a la iglesia del Real Patronato de Santa Isabel, donde había escuchado esa locución. Recuerdo su embargo de amor: se dibujaba en su rostro y en la piedad con que se arrodilló ante el Sagrario. Con emoción indescriptible me dijo, mientras señalaba la reja del lado izquierdo del presbiterio: allí fue -y paladeó cada palabra- lo de "obras son amores y no buenas razones". No sé cómo sería el afecto con que se dirigió al Señor cuando distribuía la Comunión a las religiosas, pero sí puedo testimoniar que, en 1972, era incomparable, como si estuviese - ¡estaba!- en esa misma afectuosa conversación.

En su predicación, intercalaba a veces referencias veladas a estas locuciones, para enriquecer sus enseñanzas; por ejemplo, en 1962, en una meditación dirigida a sus hijos del Colegio Romano de la Santa Cruz: yo recuerdo el consuelo de un alma que tenía que hacer algo que estaba por encima de las fuerzas del hombre y oyó decir allá en la intimidad de su corazón: *Inter medium montium pertransibunt aquae* (Salmo CHI, 10); no te preocupes, las aguas pasarán a través de los montes. Desde antiguo tenía grabadas en su alma estas palabras de la Escritura. Con el ardor del contenido del Salmo se creció y animó a sus hi-

183

corazón a las imágenes de la Santísima Virgen que descubría a lo largo de sus itinerarios. Una vez -era una imagen colocada sobre la fachada de una casa-, la Virgen le sonrió: es lo que necesitaba entonces, comentaría con sencillez y humildad impresionantes.

De su Ángel Custodio recibía innumerables pequeños servicios, que eran respuesta a su trato frecuente y confiado. Le encomendaba, por ejemplo, que le despertase por las mañanas a una hora determinada, a falta de reloj o porque lo tenía averiado. Su pobreza le impedía repararlo o cambiarlo por otro. Un día, estaba con Mons. Álvaro del Portillo y conmigo después de celebrar la Santa Misa -se había leído el pasaje de los Hechos de los Apóstoles que narra el encarcelamiento de S. Pedro y su liberación por un Ángel-, y nos contó que, al pronunciar las palabras *percussioque lateris Petri* (XII, 7), se había acordado de que así le despertaba su Ángel Custodio: con un golpe en el costado, a la hora precisa, porque así se lo suplicaba.

También por especial providencia divina -que esta vez atendía a sus ruegos, necesitado de aquella confirmación- encontró una rosa de madera, durante el paso de los Pirineos en los tiempos de la guerra civil. Fue la insólita señal que había solicitado para discernir, en medio de los montes, si la Voluntad del Señor era seguir adelante en aquella aventurada empresa, o regresar a Madrid, para ocuparse de los hijos suyos en la zona donde se perseguía a la Iglesia. Su intensísimo sufrimiento ante ese dilema le condujo a tan desusada petición, aceptando en todo, como siempre, el Querer de Dios.

Esa rosa de madera estofada se conserva como una reliquia en la Sede Central del Opus Dei. Cuando le preguntábamos por su significado, se limitaba a decir -lleno de gozo y de agradecimiento- que le gustaba mucho porque le traía a la memoria la invocación *Rosa mystica* dirigida a nuestra Madre del Cielo; y agregaba que se ponía bajo su protección, pues Ella se había ocupado de cuidar la Obra.

186

piradas en San Pablo: "Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?" (cfr. Romanos VIII, 31). El 23 de agosto de 1971, también mientras estábamos en el norte de Italia, sintió en su alma, con una fuerza irresistible que le llenó de paz: *Adeamus cum fiducia ad thronum gloriae, ut misericordiam consequamur!* ["Lleguémonos confiadamente al trono de la gloria, para alcanzar misericordia": cfr. Hebreos 4,16] Como hacía siempre, abrió su alma inmediatamente con Mons. Álvaro del Portillo y conmigo: esta mañana, mientras desayunaba, el Señor me ha puesto en la cabeza estas palabras. Son como una respuesta a ese clamor colectivo que ayer, fiesta del Corazón Inmaculado de María, habrá subido al Cielo, porque todos habrán rezado mucho. Hemos de pedir, acogiéndonos a la Misericordia del Señor, ¡no podemos pedir por justicia! Si pudiéramos

vislumbrar la justicia de Dios, nos quedaríamos aplanados, sin poder levantar la cabeza: ¡tal es su infinita perfección! Debemos acudir a su Misericordia, a su Amor. El pobre corazón del hombre enseguida pide como si tuviese un derecho, ¡y no tenemos derecho a nada!, pero podemos llenarnos de su confianza con la intercesión de María, porque la Misericordia suya es tan infinita, que no puede dejar de escuchar a sus hijos, si acuden además a través de su Madre. Llevaba una larga temporada recurriendo a la intercesión de Nuestra Señora, y recibió esta gracia extraordinaria, que le confirmó en la necesidad de dirigirse siempre a Ella.

Aparte de estas y otras locuelas divinas, en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer ocurrieron sucesos que denotarían una especial providencia de Dios, aparte de la curación en 1954 de su propia diabetes.

En los primeros años de la Obra, cuando recorría las calles de Madrid, casi siempre a pie, tenía por costumbre saludar con el

185

cómo veía determinados asuntos, normalmente de la vida de la Iglesia. Solía comenzar la respuesta con una sonrisa: no soy profeta, ni hijo de profeta. Pero lo cierto es que previó con claridad acontecimientos futuros.

Muchísimas personas, arrastradas por la fama de santidad de que gozaba ya en vida, confiaron a su oración sus necesidades espirituales y materiales, con la seguridad de que serían resueltas. A veces lo hacían por carta. O simplemente, el encontrarse físicamente próximos a él o el hecho de poseer algún objeto que hubiese bendecido, les infundían la certeza de que el Cielo se apiadaría de ellas, por los méritos del Fundador.

Por ejemplo, me llamó poderosamente la atención el caso de un matrimonio paraguayo que conocí en Perú en julio de 1974. Se habían desplazado desde Asunción, con el único objeto de ver y oír a Mons. Escrivá de Balaguer. Cuando fueron a Lima, llevaban siete años casados deseando tener hijos, y sin conseguirlo, a pesar de los tratamientos médicos a que se sometieron. Al acabar la reunión a la que habían asistido, el marido consiguió saludarle y, mientras se agachaba a besarle la mano, le dio la bendición, al tiempo que le decía: -Que se cumplan tus deseos, hijo mío. Todo esto ocurría el 29 de julio, y, ya de vuelta en Paraguay, el 10 de agosto, la mujer se sometió a un examen médico de embarazo. El diagnóstico fue positivo, y el 4 de abril de 1975 nació una niña, a la que bautizaron con el nombre de María José. Ellos atribuyen su nacimiento a la petición de Mons. Escrivá de Balaguer. He sabido después que el Señor les había bendecido con más hijos.

Ocurrió en Roma que un obrero perdió una mano mientras trabajaba con una hormigonera. Le llevaron al hospital, para recomponerle el brazo: la mano había permanecido cierto tiempo mezclada con el cemento. Se lo comunicaron a Mons. Escrivá de Balaguer, y comenzó inmediatamente a encomen-

188

Conocí la intimidad que tuvo con las almas del Purgatorio, por una confidencia que nos hizo en 1967 a Mons. Alvaro del Portillo y a mí. Aludía a que en esa temporada el Señor no le daba cosas extraordinarias, que no deseaba ni quería, y comentó: al principio sentía muy fuerte la compañía de las almas del Purgatorio. Las sentía como si me tiraran de la sotana, para que rezara por ellas y para que me encomendara a su intercesión. Desde entonces, por los servicios enormes que me prestaban, me ha gustado decir, predicar y meter en las almas esta realidad: mis buenas amigas las ánimas del Purgatorio.

En 1971 se refirió a otro suceso acaecido en abril de 1941, mientras celebraba el Santo Sacrificio en una Residencia de Valencia. Eran ya muy intensas las contradicciones externas, apenas terminada la guerra de España. El Fundador celebró la Misa en Samaniego -el Centro del Opus Dei en esa

ciudad, un palacete valenciano clásico, que ya no existe-, y recordaba que se distrajo un poco, porque le vinieron a la mente las insidias que sufría y, muy en concreto, la información de que el Nuncio Apostólico estaba en contra de la Obra: Y en aquella congoja -¡congoja!, que seguramente no me quitaba la paz, porque el Señor es tan bueno, pero era un tolle, tolle, por todos los lados, un crucifige! , presenté al Señor todo aquello; y oí claro, sin voz externa: "para que las cosas se arreglen, se tienen primero que desarreglar: entraréis en la Nunciatura con más facilidad que en el palacio episcopal". Y fueron una realidad al cabo de poco tiempo.

-Otro don sobrenatural -que ira creciendo después del 26 de junio de 1975 hasta ser declarado oficialmente por el Santo Padre en 1991 ; es su poder de intercesión. Recuerdo también tertulias en que preguntaban a Mons. Escrivá de Balaguer

187

dentamente, se hallaba en peligro inmediato: con su abandono en las manos de Dios, persuadido de que -como el Padre más Amoroso y Omnipotente- concede siempre lo que más nos conviene.

3. Mi oficio es rezar

Al comienzo de este capítulo, he citado el párrafo del Decreto de 1990 sobre las virtudes heroicas de Mons. Escrivá de Balaguer, que destaca su vida de oración, en la que basaba toda su existencia.

Nunca se insistirá bastante en que fundamentó su apostolado en una continua oración y en una perseverante mortificación personal, y transmitió este criterio a sus hijos: en el Opus Dei todo se ha hecho a base de oración.

En 1972 pasamos por Logroño y visitó la concatedral, conocida popularmente como la Redonda; estuvo rezando y evocando, con verdadera alegría y agradecimiento, los ratos que transcurrió allí en su juventud delante del Señor: ¡cuántas horas me he pasado yo aquí! Me impresionó su recuerdo tan vivo de aquella iglesia, al cabo de cincuenta años. Después de rezar piadosamente ante el Sagrario, recorrimos despacio las capillas: se advertía por su mirada, por sus gestos y por sus palabras, el cariño con que actualizaba los años en los que Dios se adentró en su alma, llevándole al camino del sacerdocio.

En 1956, había enviado a don Álvaro del Portillo a España para realizar determinadas gestiones. Al cabo de unos días, se recibió en Roma una carta de don Álvaro: refería que los encargos se iban resolviendo gracias a las oraciones de los que le ayudaban. El Fundador del Opus Dei interrumpió la lectura y, levantando la vista, nos comentó a don Severino Monzó y a mí: es bonito ver cómo escribe, porque está persuadido yo, hijos míos, también

190

dar la pronta y total recuperación de esa persona; así sucedió -contra lo que preveían los médicos-, a pesar del estado que presentaba la mano cuando le atendieron.

En 1962, conoció que se avecinaba la muerte de un Cardenal. Nos encontrábamos en la tribuna del cuarto de trabajo, que da al oratorio del Padre. Estábamos haciendo el examen de la noche y, en un momento dado, exclamó: ¡Señor, déjale todavía! Nos refirió después a Mons. Álvaro del Portillo y a mí que había sabido que fallecería-en pocos días. Además de hacer ese ruego, rezó por él, para que se preparara bien al encuentro con Dios. El día siguiente, el Fundador del Opus Dei y don Álvaro tenían cita con un hermano de ese Cardenal, también eclesiástico, que no pudo recibirles puntualmente. Se excusó a través del servicio, diciendo que tuviesen la bondad de esperar, pues había ido a visitar a su hermano, que estaba en cama, con una enfermedad inesperada. Pocas horas más tarde, falleció.

-En cambio, Mons. Escrivá de Balaguer no previó nada en relación con su propia muerte.

hecho de tipo extraordinario: murió con la naturalidad con que había vivido. Durante sus últimos meses en la tierra, había experimentado un ansia creciente de ver a Dios cara a cara, aunque como he señalado no deseaba la muerte. En la mañana del 26 de junio de 1975, se comportó con la serenidad y la paz propias de quien tiene el alma completamente metida en Dios. Quitó importancia al percance que sufrió en Castelgandolfo, y hasta bromeó sobre su poquedad: no hago más que molestar; nos rogó varias veces que perdonásemos los contratiempos que ocasionaba. No sé decir si previó que se avecinaba su hora. Sí puedo asegurar que reaccionó como en otros momentos en los que, evi-

En su fallecimiento no sucedió ningún

189

Meditaba y recordaba en sus conversaciones cómo la oración de petición llena de fe de tantos personajes evangélicos conmueve al Señor, que obra los milagros ante esas súplicas tenaces. Aconsejaba constantemente el recurso a la oración, infundiendo una confianza ilimitada en la plegaria: os hablo a cada uno -predicaba en 1966- para recordaros que hay que rezar, ¡rezar mucho!: rezar durante todo el día y durante toda la noche. Si duermes ordinariamente de un tirón, ofrece ese sueño; y, si alguna vez te despiertas, levanta enseguida el corazón a Dios. Acordaos de aquella indicación de Nuestro Señor: el non deficere! ["no desfallecer": Lucas 18,1]

Y con esta misma persuasión proclamaba al final de su vida: cuando se escriba la historia de la Obra, se verá que en todo, hasta en el paso más pequeño, hemos tenido que poner más esfuerzo, más oración y más mortificación. Se lo agradezco al Señor, porque nos ha dado ocasión de amarle más. Sigo aconsejando lo mismo y lo seguiré haciendo mientras me dé el Señor vida: decid a todos que recen, ¡que recen!, que siempre es hora de rezar.

No exagero si digo que nos empujaba diariamente y con acentos nuevos a encontrar modos de dialogar con el Señor. En el año 1968, nos alentaba: la oración es omnipotente, y nos recuerda que Dios no se muda: no ha perdido, ni puede perder su poder. Hemos de esforzarnos en no abandonar a tantas almas que dependen de nosotros. Por nuestra alma sacerdotal, sabemos que dependen todas, pero ahora me refiero a aquellas más inmediatas, que reciben su alimento precisamente de nuestra fidelidad. ¡No podemos abandonarlas, descuidando nuestra entrega, o siendo mezquinos en nuestro trato con el Señor!: porque desgraciadamente trasciende nuestro comportamiento. A mí me hace sufrir enormemente cuando me entero de que algún hombre no es fiel al Señor, y pienso que quizá no se ha sentido ni arropado, ni arrastrado,

192

lo estoy y lo estaré siempre- de que todo va saliendo por nuestras oraciones. No olvidéis que la oración, es el medio que ha de preceder, acompañar y seguir a todas nuestras actuaciones humanas: si no hacemos eso, hemos errado el camino.

En 1973, nos persuadía una vez más: ¡hay que rezar siempre! En el Opus Dei, la oración va siempre en primer término. Antes de trabajar, levantad el corazón a Dios, y no os importe si la gente se da cuenta de que sois piadosos: que vean que estáis preparados profesionalmente y que contáis en todo con el Señor. Insisto: tenemos que rezar siempre, porque, si no, sería la nuestra una vida farisaica.

-Realmente, fue una de las grandes insistencias del Fundador del Opus Dei, que, tal vez, alcanzó acentos intensísimos al final de su vida.

Se me quedó muy grabado lo que me advirtió una noche, cuando íbamos a hacer el examen de conciencia: Javi, ¡acuérdate toda la vida!: el único medio que hemos tenido en el Opus Dei, y que tendremos siempre, es la oración. ¡Rezar!, ¡rezar siempre!, porque aunque parezca en algún momento que contamos con todos los medios humanos, ¡no los tenemos! Ésta es la única esencia del Opus Dei: la oración.

He de precisar que quienes le conocieron por los años treinta, comentan que daba entonces estos mismos consejos, y que les conmovía su insistencia de los últimos años. Siempre me ha sorprendido la incisividad con que repetía: la mejor condición de la buena oración es la perseverancia con amor. Y añadía: perseverancia que, en mi tierra aragonesa, llamamos tozudez; y eso que allí quizá es un defecto puede convertirse en algo muy bueno cuando se refiere a Dios: rezar con tozudez al Señor.

a comportarnos como el Señor quiere en cada momento. Actualmente, hemos de tener hambre de reparar, cada uno por su vida personal y por lo que vemos que sucede en la Iglesia; hemos de sentir ansias de remediar, de poner lañas con nuestra entrega en las cosas que están destruyendo en la Iglesia de Dios. Sed generosos en vuestro camino, entregándoos con alegría. Y cuando llegue la contradicción, o cueste seguir adelante, enfrentaos decididamente con Jesucristo en la Cruz, mirad su dolor y, más que su dolor, su Amor; y acabaréis diciéndole, quizá con el alma rota y el cuerpo destrozado: ¿qué vale, Señor, mi sufrimiento al lado de tus Llagas, de tu Pasión, de los azotes que te dieron...?

Hasta el final de su vida, pidió oraciones para mantenerse fiel en el servicio a la Iglesia; y ofrecía el regalo de su oración, como medio poderoso para ayudar a los que trataba. El 2 de junio de 1974, nos rogaba de nuevo: pediré siempre por vosotros, y vosotros pedid por mí: porque yo rezo mucho por vosotros y -no lo olvidéis- el Padre necesita de vosotros, como vosotros necesitáis del Padre. Espero que recéis por mí, para que cada día sea más de Dios. Vamos a servir al Señor, que tiene pocos servidores. Vamos a servirle en medio de la calle, cada uno en lo suyo, queriendo a toda la gente, dando doctrina clara y sabiendo perdonar, porque Dios nos perdona continuamente a cada uno de nosotros. Para aprender a perdonar, acudid a la Confesión, con cariño, con devoción, y allí encontraréis la paz, la fuerza para vencer y para amar.

-¿Cómo era, externamente, la oración de Mons. Escrivá de Balaguer?

He tenido ocasión de contemplar su recogimiento en iglesias y en los oratorios de los Centros del Opus Dei. Me admiri-

194

por la lealtad a la vocación de quien debía mostrarle el camino: ¡me hace mucho daño que las almas no quieran cuidar su vida de oración!

Le gustaba contar una anécdota que le había ocurrido con un miembro de la Obra. En 1958, en una circunscripción del Opus Dei atravesaban serias dificultades externas. Como buen Padre, no dejaba de acompañar a sus hijos, con una súplica constante a Dios, y con la cercanía de su afecto. En una carta, uno de ellos le tranquilizaba: "no se preocupe por nosotros, Padre, porque aquí somos muy rezadores". Se llenó de alegría, redobló su oración y aumentó su esperanza en el Señor de que aquellas contrariedades se disiparían, como sucedió. Me parece de justicia mencionar que, si se vivía ese espíritu entre los miembros del Opus Dei, era debido a su ejemplo constante.

En multitud de circunstancias, he visto cómo pedía la limosna de la oración. El 2 de enero de 1972, me resumía al final de la mañana: ¡reza!, ¡reza mucho durante todo el día!, para que el Señor nos tenga de su mano. Se lo he pedido unas quinientas veces en esta mañana, aparte de muchas otras cosas por las que le he rogado: me sirve de acicate y de presencia de Dios, para que sepamos siempre servirle y sólo de esto nos ocupemos.

No se cansaba de aconsejar constancia en la oración, y sabía encontrar matices inéditos para insistir en que esa arma no se puede dejar en ningún instante. Su recurso a la oración se hizo mucho más intenso durante los años en los que se apreciaba, a simple vista, la crisis que atravesaban muchas almas e instituciones de la Iglesia. En 1973 se expresaba así: os he escrito que nuestra vida de cristianos es vivir con Dios, sentirnos a su lado, y trabajar en lo de cada día, en lo que tenemos entre manos. Vamos, por tanto, a no dejar de rezar en todas las circunstancias, con ganas y sin ganas, con salud y enfermedad, porque no podemos desaprovechar la fuerza de Dios. La presencia de Dios hace que el calor de la oración nos lleve

ponderará a algo que lleves dentro y reflejará una lucha para tener un trato real, no teórico, con Dios Nuestro Señor.

-Evidentemente, se preparaba para esos momentos de especial intimidad con Dios.

Ansiaba el tiempo de preparación para la meditación de la tarde y las horas de la noche, momentos en los que los miembros del Opus Dei procuran vivir un recogimiento del alma -especialmente durante la noche-, mientras mantienen una íntima conversación con el Señor. Le he escuchado muchas veces: para un alma enamorada, esos tiempos son una necesidad de la que no quiere, ni puede, prescindir.

Cuando le acompañaba al oratorio a la hora del examen, o le despertaba por la mañana, o se interrumpía la reunión de familia que teníamos después de almorzar, hacía inmediatamente hasta un esfuerzo exterior -con naturalidad- para intensificar su trato con el Señor.

Comenzaba sus ratos de meditación con una fórmula fija. Se percibía que entraba ya en diálogo intensísimo con el Señor, porque actualizaba cada una de las palabras de esa oración preparatoria. Se palpaba su seguridad en que el Señor le estaba escuchando.

Cuando predicaba, al pronunciar esas frases, animaba en ocasiones a hacer un acto de fe explícita. Al abrirnos su alma, aludía a que en su meditación le bastaban muchas veces las primeras palabras, Señor mío y Dios mío, para rendirse ante la Trinidad Beatísima y pasarse la media hora contemplando con tantos matices la hondura de esa breve invocación. No necesitaba de otro tema, porque reconocía la soberanía del Señor y la adoración que se le debe; se recreaba en no tener más que a Dios como Dueño; y contemplaba su vida, en un examen deli-

raba la continuidad, la atención y la piedad con que miraba de hito en hito y sin cansancio al Sagrario. Se aislaba de lo que tenía a su alrededor para dirigirse a Dios y escucharle, sabiéndose en la presencia real de Jesús, que nos preside desde el Tabernáculo, acompañado por el Padre y el Espíritu Santo. Buscaba amorosamente al Señor Sacramentado, que nos espera y que nos aguarda desde hace veinte siglos.

Su concentración interior y exterior era constante. Muchas veces requería un gran esfuerzo, pues estaba agotado por la diabetes, por el abundante trabajo, o por las contradicciones que pesaban sobre su persona.

Ha sucedido, en diversas ocasiones, que sólo por verle rezar en una iglesia, muchos sentían la llamada a mejorar su vida. Por ejemplo, en 1970, el primer día de su novena a la Virgen de Guadalupe en México, de acuerdo con el Abad de la Basílica, se colocó en el presbiterio. Cayó de rodillas y se mantuvo, más de una hora, al pie de Nuestra Madre del Cielo, poniéndola como intercesora ante la Trinidad Beatísima. Aquella oración, que se reflejaba también en su postura estática, sin ningún movimiento, con los ojos fijos en el cuadro de la Virgen, produjo inmediatamente efectos entre los fieles: se ponían también a rezar, y comentaban luego que la imagen de aquel sacerdote tan metido en Dios les había llevado a una revisión de su vida, a desear rezar con la misma fe que él.

Sólo por su modo de estar delante del Señor, se puede deducir que su oración era viva y continua, seria y convencida, atrayente: se palpaba su presencia de Dios. Y también era así cuando dirigía la meditación en voz alta, de acuerdo con el consejo que nos daba a los sacerdotes: cuando prediques, no hables para los demás; haz tu oración en alto y aplica a tu vida lo que digas; así será una oración más viva, que te servirá para concretar puntos en tu lucha personal y, con la gracia de Dios, entrará más en la vida de las otras almas, porque res-

que le escuchábamos la ternura con que pronunciaba "Madre de Dios", porque había descubierto la fuerza que se desprende de que la Madre de Dios sea nuestra Madre: ¡tuya y mía!, reiteraba. También repetía con clara entonación la palabra "ahora", pidiendo a la Santísima Virgen su intercesión en las necesidades que le ocupaban, o subrayaba "en la hora de nuestra muerte", pidiendo su auxilio para ese momento definitivo.

Vienen a mi memoria sus visitas al Señor Sacramentado y la repetición pausada de las invocaciones en reparación y desagravio durante la Exposición con el Santísimo. Dejaba muy patente su deseo de adorar y de expiar al proferir cada una de las palabras, y acentuaba los términos superlativos que se utilizan: de una parte, porque el alma necesita manifestar ese tributo en el máximo grado; de otra, porque los hombres nos quedamos muy cortos al reconocer la gloria que el Señor se merece.

Se exigió hasta el final de su vida: en 1971, estábamos por tierras de Lombardía y, un día, después de rezar las Preces de la Obra, nos comentó a Mons. Álvaro del Portillo y a mí que se había distraído en la invocación a la Santísima Trinidad. Le había causado una profunda pena, y sacó el propósito de aumentar su alabanza a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo. Nos puntualizó que le dolía su desamor, no su fracaso personal, pues se consideraba incapaz de hacer nada bien con sus solas fuerzas.

Cuando se repetía -en las décadas del Trisagio Angélico- la respuesta: Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus exercituum ["Santo, santo, santo Señor Dios de los ejércitos"], algunos, sin darnos cuenta, hacíamos una pausa después del tercer sanctus. Nos corrigió, señalando que lo correcto era sanctus Dominus Deus exercituum. Se advertía, en su entonación, además de una familiaridad con el texto, su deseo de alabar a las Tres Personas con fidelidad a los usos litúrgicos.

198

cado y atento, con la Trinidad Santísima dominando en su alma y en su cuerpo.

Nos comentaba también que repetía esas palabras, Señor mío y Dios mío, como tema de meditación a lo largo del día, y modo de ofrecerle las actividades que iba llevando a cabo, porque todo lo suyo le pertenecía.

Antes de terminar este epígrafe, me gustaría que contase algunos recuerdos e impresiones personales sobre la oración vocal de Mons. , Escrivá de Balaguer. .

Le he acompañado en el rezo de muchas oraciones vocales diarias: los quince misterios del Santo Rosario; el Angelus; la visita al Santísimo; las oraciones de la Exposición; la Salve; Avemarías que rezaba ante imágenes de la Virgen; el Memorare; las Preces del Opus Dei; etc. Puntualizaba que a través de esas invocaciones habíamos de alimentar nuestra presencia de Dios, porque la oración vocal no es repetición de palabras, sino diálogo de amor. Y realmente rezaba con piedad esas devociones y las aplicaba a su vida interior, como refuerzo para mantener ardiente la hoguera del diálogo con el Señor.

Recuerdo, a este propósito, las diversas entonaciones con que rezaba el Padrenuestro y el Avemaría, haciendo resaltar ciertas palabras en determinadas épocas o ante necesidades concretas: para vivir la filiación divina, fomentar la urgencia de propagar el reinado de Dios, reconocer la realeza del Señor, desear -con "el pan nuestro de cada día"- la recepción de la Eucaristía Santa, o aumentar el dolor por los propios pecados.

Por ejemplo, fue muy grande su alegría cuando, a través del rezo del Avemaría, en la repetición del Dominus tecum ["El Señor. está contigo"], profundizó en la inhabitación del Espíritu Santo en el alma de la Santísima Virgen. Removía a los

197

he visto siempre que los pequeños, que los hijos, están seguros de sus padres: no tienen preocupaciones, ni siquiera saben que tienen problemas, porque sus padres se lo dan todo resuelto. Hijos míos, con esta firme confianza hemos de vivir y hemos de rezar siempre, porque es la única arma con que contamos y la única razón de nuestra esperanza.

Experimentaba una profunda alegría al saborear que Dios es mi Padre, nuestro Padre. También en 1969, nos hacía considerar: es tan importante la filiación divina, que entra dentro de la perfección infinita de Dios, de su esencia. Él, de acuerdo con esa perfección y con su inmutabilidad, ni la puede ni la quiere perder. Nosotros somos capaces de perderla, ¡y hasta de querer perderla!: aquí caben los matices de vivir esta filiación en mayor o menor grado, que son de lo que amamos y de cómo amamos.

Paladeaba las escenas del Evangelio, en las que se incluía como un personaje más. A propósito de las milagrosas curaciones de tantas enfermedades, comentaba en una ocasión: surge!; effethaambulaL.. ["¡levántate!; ¡ábrete!; ¡anda!"] ¡Maneras distintas de dirigirse Dios a las almas, también en la actualidad. Pensarás quizá que se refieren a circunstancias extraordinarias, y el Evangelio nos recuerda que no es así, porque el Creador extiende su mismo poder tanto a aquello que a los hombres nos parece normal como a aquello que consideramos extraordinario. Ahora te darás cuenta de que, también en la vida corriente, se necesita el deseo de escuchar a Dios, la constancia para estar atento a sus llamadas, a sus órdenes, incluso en los momentos de mayor contradicción. Nos trata así porque somos hijos suyos -deliciae meae esse cum fzlüs hominum ["son mis delicias estar con los hijos de los hombres": Proverbios 8,31]y espera que nos comportemos como hijos: con confianza, con seguridad, con la certeza de que Él puede todo. Esta filiación divina, vivida y sentida, nos lleva necesariamente al noli ti-

síntomas clarísimos

200

Me sucedió que, durante la estación al Santísimo, en el rezo del Padrenuestro, acentuaba yo la palabra sanctifzetur ["santificado sea"] en el san; y me advirtió delicadamente: sé que procurarás rezar muy bien, pero has de esforzarte en pronunciar las palabras como son, poniendo el acento donde se debe. Pasados unos días, como seguía equivocándome, me interrumpía con cariño, al decir yo sánctifacetur, y me subrayaba sanctificétur, hasta que me acostumbré. Así se me quedó bien grabada la necesidad siempre actual de rezar pensando y amando lo que se dice, de acuerdo también con un consejo de 1952: en la oración vocal, ni precipitarse, ni espaciar ridículamente las frases, porque sería falta de naturalidad. No olvidéis que la oración vocal es conversar con naturalidad, hablando con Dios.

4. Hijo pequeño de Dios

-En diversos pasajes, ha sido mencionado el sentido de la filiación divina, que Mons. Escrivá de Balaguer proponía de modo particular a los miembros del Opus Dei.

Efectivamente, en el centro de su predicación aparece siempre la filiación divina, que colma de confianza nuestra existencia. La dejó esculpida en el espíritu de la Obra, y la ofrecía como tesoro común a las personas que trataba, animándoles a considerar frecuentemente los méritos infinitos de Cristo, que nos hacen hijos de Dios Padre. En 1969, nos alentaba: a lo largo de estos cuarenta y un años, he procurado vivir siempre la filiación divina, que nos ha conseguido Nuestro Señor Jesucristo. Y mi oración ante cualquier circunstancia ha sido siempre la misma: Señor, Tú me has puesto aquí, Tú me has confiado esto o lo otro. Resuelve Tú todo lo que sea necesario resolver, porque es tuyo y porque yo solo no tengo fuerzas. Sé que eres mi Padre, y

199

que da reposo a la hora del cansancio, paz a la hora de la guerra, serenidad en los momentos de conflicto.

Como es sabido, el 27 de abril de 1954, padeció un "shock" anafiláctico que le puso al borde de la muerte. Al día siguiente, trabajando en el cuarto de don Álvaro del Portillo, nos hablaba muy contento del regalo que le había hecho el Señor: había comprendido la Misericordia divina con

mayor profundidad, puesto que en aquellos breves instantes, antes de perder el conocimiento, y después de haber rogado a don Alvaro que le diese la absolución, había podido examinar su vida y pedir perdón de todo corazón al Señor. Comentaba que Dios es un Padre muy bueno, que cuida de sus hijos de la forma que más conviene a cada uno.

El Fundador del Opus Dei -sin miedo a la muerte- pensaba que, en muchas ocasiones, desearla supone intentar esquivar el peso que Dios quiere que llevemos. Por eso, nos confiaba que, si el Señor le diera a elegir entre llevarle al Cielo o dejarle en la tierra trabajando por El, escogería esto último -remachaba con mucha fuerza- porque Él es más generoso que yo, y no me abandonará, ni permitirá que me pierda, si vivo por El y para Él, trabajando exclusivamente con la mirada puesta en su gloria.

Tanto en los comienzos del Opus Dei como al final de su vida, cuando continuaba promoviendo nuevas y más amplias labores apostólicas, predicaba que, si somos hombres de vida interior, no importa ser pocos o que aparezcan obstáculos: con Él los venceremos. Lo subrayaba especialmente cuando se iniciaban labores en países paganzados o postcristianos.

-Yde ahí también el enfoque del temor de Dios, como miedo a perderlo, o a apartarse de El.

Meditó muchas veces las palabras de la Escritura: "el principio de la Sabiduría es el temor de Dios". Nos refería a este pro-

202

mere! ["¡no temas!"] ¿Por qué? Yo lo veo con una claridad meridiana, porque Él es nuestra fuerza, nuestra serenidad, nuestro apoyo; y no se cansa de ser nuestro Padre, aunque tú y yo debamos volver diariamente -no una vez, ¡muchas!- como el hijo pródigo. Nos recibirá siempre, y nos llenará de besos.

-Desde esta perspectiva, se afianza la serena seguridad que se aprecia en otros aspectos de la vida de Mons. Escrivá de Balguer.

Tenía siempre en los labios afirmaciones de este estilo: Dios no traiciona nunca, y ese Amor -que recibiremos en el Cielo, si nosotros le somos fieles- no conoce de traiciones, ni de cansancios, ni de acostumbamientos. O también: el Señor no deja jamás a nadie en la estacada, porque somos sus hijos, porque somos sus criaturas. En 1954 señalaba sobre la lucha personal diaria: tienes, hijo mío, que ir empapándote cada día más del sentido y de la seguridad -es sentimiento y doctrina- de nuestra filiación divina. Por esto, nuestras miserias no nos apartan de Dios, porque necesariamente sentimos la fortaleza y el apoyo de Nuestro Padre que nunca nos abandona. Años más tarde, en esta misma línea, refrendaba: la carga bendita de nuestra vocación -el peso precioso del Amor Divino- se convierte en armadura y en escudo; y es un aguijón constante para sentir la urgencia de ser fieles, porque Dios nos ama, porque Dios nos espera.

En las conversaciones que tenía con Mons. Álvaro del Portillo y conmigo, en las que nos hablaba o nos hacía un resumen de las incidencias diarias, casi siempre concluía: rezo, procuro rezar mucho, porque espero siempre seguro en el Señor, del que me siento muy hijo, a pesar de ser tan poca cosa. Esta confianza le llevaba a abandonarse en Dios. En 1954 nos aseguraba: filiación divina: ¡es el secreto de la eficacia!; lo

201

dir al Señor con cariño de hijos, para que ponga remedio, el remedio oportuno. Y decirle: yo no puedo nada y Tú sabes todo, puedes todo. Hijos míos, daos cuenta de que nuestro verdadero amigo es Dios, y esto es lo importante. Y añadía con humor: yo no tengo sentido común, porque si lo tuviera me habría muerto muchas veces. Pienso que he buscado cumplir su Voluntad, siendo mal

instrumento como soy, pero sin interponerme; y siempre, cuando me he visto y me veo tan lleno de miserias y defectos, me dirijo a Dios que, como buen Padre, me acoge y quiere.

En otros momentos, ante incomprendimientos o dificultades para hacer el Opus Dei, describía lleno de paz: aquí estoy en la cruz, ¡contento, muy contento! Cansado y seguro, porque Dios me manda lo que conviene.

Todavía recuerdo el vigor con que nos impulsaba en 1972: siempre os he dicho que no tengo miedo de nada ni de nadie; pero, hijos míos, hemos de tener mucho miedo de apartarnos de Dios, aunque sea mínimamente.

-Mons. Escrivá de Balaguer se abandonaba en Dios con la actitud de un niño pequeño, que busca los brazos fuertes del padre o el amable regazo materno.

En 1969 nos decía: pido al Señor y a su Madre Santísima que me hagan cada día más pequeño. Así, además de que tendrán que ocuparse de mí, si me dan un golpe, no lo notaré, porque los niños son de goma. Vivo al día, me llevan donde quieren, donde dispone mi Padre del Cielo. No me preocupo ni siquiera de hacer el programa. Os aconsejo que os abandonéis en las manos de Dios, que son las manos más seguras.

Desde 1948, le he oído reiterar: vale la pena jugarse la vida por amor de Dios. O también: hemos de jugarnos entera-

204

pósito que, cuando comenzó a vislumbrar los barruntos del amor y a adentrarse en la vida de piedad, sufría interiormente porque le costaba comprender ese temor en el sentido de un Dominador que subyuga, que oprime, que separa, que está alejado de los hombres. Esas ideas contrastaban con su experiencia, porque notaba la cercanía de la presencia divina y sus cuidados paternos. No sabiendo entonces dar la interpretación ajustada a su unión con el Señor, porque no le temía, sino que le quería siempre más, se llenó de gozo cuando por fin lo entendió como el miedo a ofenderle, a causarle un disgusto, a apartarse de Él.

Por eso, interpretó siempre ese temor como recelo a todo lo que pudiera separarle de Dios. Y por eso repetía, desde que se levantaba hasta la noche, una jaculatoria que llevó muy dentro de su alma: Aparta, Señor, de mí lo que me aparte de Ti. Quiso además que esa invocación, estampada en unos pobres azulejos en su dormitorio de Madrid, se colocara también en el cuarto que utilizaba en Roma.

Desde que le conocí, me sorprendió la continuidad y la fuerza con que clamaba: no tengo miedo de nada, ni de nadie. Y concluía con seguridad: ni de Dios, que es mi Padre. Puntualizaba que en esta frase no había de su parte temeridad, ni considerarse algo ante el Señor. Explicaba que procedía de la clemencia de Dios, que nos lleva a encontrarnos delante de Él con la más absoluta confianza.

Subrayaba que no cabe relación de justicia con el Señor, y hemos de invocarle para que su compasión nos acoja y nos sostenga: la justicia sólo cabe ante el juez humano. Allí sí podemos hacer valer nuestras razones. En cambio, al Señor hay que pedirle que se apiade de nosotros, que nos cuide, que nos ame. Y Él se apiada y nos cuida, con el cariño misericordioso de un Padre que perdona y olvida nuestros errores.

Nos insistía en permanecer serenos: ¿temor a Dios?, ¿por qué? ¡Si nos quiere como hijos! Lo que debemos hacer es acu-

203

mente en el Señor, sin pretensiones personales de ningún género. Le ayudaba el recuerdo de su niñez, cuando se sentía completamente seguro en las manos de su padre, quien proveía a sus necesidades y le atendía en cualquier momento. Precisamente por esta infancia espiritual, tuvo la fortaleza de no transigir en lo que era de Dios, dispuesto a pasar por encima de su persona, de su fama, de su prestigio, de su honra, cuantas veces fue necesario.

Ya en su primer trabajo sacerdotal en Perdiguera, captó el tesoro que supone la formación de los niños: su vida, llena de candidez y sinceridad, puede trasladarse al trato del alma con el Señor, para andar por los derroteros de la infancia espiritual, que tanto le enamoraron a lo largo de su caminar terreno.

Puso desde entonces gran cariño en la catequesis de los niños, preparándoles para la Primera Comunión, y siguiendo de cerca sus avances a través de la dirección espiritual. Hablaba a sus hermanos sacerdotes de tantas horas como pasó con los pequeños: era yo el mejor y el más beneficiado, porque aprendía a tratar a Dios con el candor de los niños, con la audacia de los niños, y también a fomentar el espíritu de contrición en mi vida al ver el dolor sincero de esas almas ingenuas, cuando pensaban que habían ofendido al Señor, en cosas que a lo mejor no constituían ni faltas: para esas criaturas eran motivo de pena, ya que consideraban que Jesús estaba enfadado con ellos, y me empujaban a hilar más fino en mi propia vida.

-En los libros de Mons. Escrivá de Balaguer, aparecen muchas escenas de infancia espiritual, casi siempre relatadas en tercera persona.

Le he visto recitar, por la mañana y por la noche, oraciones que aprendió en la infancia, saboreándolas con la completa se-

206

guridad del niño abandonado en manos de su padre. En sus labios, aquellas súplicas ingenuas adquirían toda la reciedumbre del enamorado del Señor. Por ejemplo, seguía rezando: Jesucito de mi vida, eres Niño como yo; por eso te quiero tanto y te doy mi corazón.

Su amor a Dios fue adquiriendo con el paso del tiempo matices de una pasión ardiente, que no podía contener. Así, rezaba esas plegarias con la conciencia de que debía querer con todas las fuerzas de su alma al Señor, en las acciones de la jornada y durante el descanso. Por eso, a veces, con espontaneidad, las cantaba, aprovechando que su dormitorio estaba retirado y no distraía ni perturbaba el recogimiento de los demás. Al alejarme de aquella habitación, después del examen de la noche o de haberle llamado por la mañana, le escuchaba pronunciar en voz alta o cantar esas oraciones, expresión incontenible de un corazón a quien todo parece poco para tratar, honrar y alabar a su Dios.

Procuró tener mucho trato con su Ángel Custodio desde muy joven, y ya entonces, cuando iba solo de un lugar a otro, se esforzaba en cederle la derecha. Nos contaba con sencillez que eran detalles quizás sin importancia, que le ayudaban a mantenerse en la presencia de Dios durante sus desplazamientos.

El 29 de diciembre de 1972, nos urgía a cuidar amorosamente el plan de normas de piedad, para que el trabajo se fundiera con nuestra vida de relación con el Señor: todas nuestras normas de piedad cristiana son un dulce de Dios. Recordaba entonces a un crío pequeño, de una familia acomodada, al que le gustaba muchísimo un tipo de pastel. Un día, en que tenían invitados en la casa, sirvieron ese postre. Estaba tan embebido en la conversación de los mayores que no se percató de que se lo había tomado todo. Y rompió a llorar, ante la sorpresa de sus padres y de los invitados, que le preguntaron el motivo de su

207

llanto. Repuso que se había comido el dulce que tanto le gustaba sin saborearlo. El Fundador del Opus Dei concluía: amad esos regalos de Dios, las normas; y no las cumpláis -no os las comáis- sin daros cuenta.

Utilizaba centenares de jaculatorias para su meditación y para su oración vocal. Entre éstas, le gustaba mucho la siguiente: Iesu, esto mihi semper Iesus! ["Jesús, Jesús, sé para mí siempre Jesús!"] Sintetizaba su disposición de amar y de dejarse llevar por Jesús, como nos exponía el 7 de julio de 1970: nunca agradeceremos a Dios la gracia que ha derrochado en hacernos pequeños. A Dios Nuestro Señor se le puede pedir todo, también cosicas pequeñas, tonterías, porque -cuando

son necesarias nos escucha y las concede. Sucede así porque Dios trata a sus criaturas con verdadero cuidado. Es como el jardinero con sus plantas, que -cuando son pequeñas- no las deja al aire libre: las cuida, las resguarda, impide que las rompa el viento: se ocupa amorosamente de que crezcan.

Se movía con el pensamiento constante de que Dios es mi Padre. Nos hacía considerar que Dios, mi Señor, mi Todo, me quiere y está pendiente de mí, nos ha de volver locos de amor, con una chifladura de enamoramiento que aumenta siempre. En una ocasión, nos sugería: gratias Tibi, Omnipotens Aeterne Deus, Beata María intercedente, pro universis beneficiis tuis, etiam nobis ignotis, qui cum Filio in unitate Spiritus Sancti vivís et regnas. Amen ["te damos gracias, Omnipotente Eterno Dios, a través de la intercesión de Santa María, por todos tus beneficios, también los que no conocemos, que vives y reinas con el Hijo en la unidad del Espíritu Santo. Amén"]. Da gracias al Señor, siempre que te acuerdes, y dile que querías hacerlo continuamente. Nunca será suficiente nuestro agradecimiento a Dios por todos los beneficios que recibimos; y esto nos debe mover a vivir en una permanente acción de gracias, porque además tenemos la persuasión del cariño que el Señor

208

manifiesta a sus hijos, cuidándonos desde la eternidad, antes de que nazcamos.

De su cariño constante a la Virgen, recogí en 1969: ¿sabes lo que vengo pidiendo en este último año? Vengo pidiendo al Señor y a su Madre Santísima -¡qué alegría me da que sea mi Madre, y la tuya, y la de todos los hombres!-, vengo pidiendo que me hagan pequeño, muy pequeño, para poder apretarme fuertemente contra sus Corazones.

5. Llevar la Cruz con garbo

-El Fundador del Opus Dei alude, era Camino, 856, a la paradoja de que quien sigue el "Caminito de infancia", para hacerse niño, necesita robustecer y virilizar su voluntad. Por esto, me ha parecido oportuno abordar ahora la práctica de la mortificación y la penitencia, el amor a la Cruz, el espíritu de contrición.

Mons. Escrivá de Balaguer practicaba la mortificación y las penitencias corporales, porque las consideraba como un medio indispensable para la vida de unión con Dios y para la eficacia del apostolado. Hablaba con mucha frecuencia de la oración de los sentidos, concretada en el sacrificio corporal e interior y en el espíritu de reparación, que lleva al alma a negarse por amor.

Muchas veces nos habló del sufrimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Nos hacía notar que había llegado a esa entrega para borrar todas las deficiencias humanas, movido por un amor lleno de felicidad y de libertad: oblatus est quia ipse voluit! ["se entregó porque quiso!: Isaías 53,7"] El 1 de septiembre de 1971, exteriorizaba esa íntima persuasión: estoy convencido de que es necesario crucificar la memoria, el entendimiento y la voluntad: ¡hay un clavo para cada potencia!

209

Quiso que el oratorio donde solía celebrar la Misa, en Roma, se adornase con cardos y rosas. Desde muy joven, repetía el lema per aspera ad astra, que, incluso, utilizó como motivo ornamental. En una oportunidad, al mostrar ese oratorio, comentó: per aspera ad astra. Para mí estas palabras han sido siempre un despertador: ¡para llegar al Cielo, hay que sufrir, hay que anonadarse, hay que prescindir del propio yo, dejándonos enteramente a disposición de la Voluntad de la Trinidad Beatísima!

Aceptaba gustosamente la mortificación activa y pasiva: deseaba que el Señor fuese dueño de su vida en todo momento, cuando experimentaba los gozos del trabajo, y cuando tropezaba con el dolor. Pienso que resumen bien esta actitud las siguientes palabras de 1963: hay que morir poco a poco, por la continua mortificación en mil detalles; y no es para asustarse, porque ha de llegar a ser una cosa tan natural como el latir del corazón. Yo no noto ahora el latir del corazón, pero se mueve, late. ¡Y ay del día en que se pare! Os digo a vosotros lo mismo: en vuestra vida espiritual, la vida

del corazón, que es ese latir, ese esfuerzo, es mortificarse en cada instante, y estar en una conversación amorosa con el Señor, acudiendo a la intercesión de María, de José, de los Ángeles Custodios.

-Es obvio que ese latir continuo supone esfuerzo personal.- no es algo natural, automático. Al contrario, suele exigir un plan de mortificaciones, grandes y pequeñas.

En más de una ocasión, nos preguntaba con sencillez:

¿cuántas docenas de mortificaciones acostumbradas tienes?

Cuando le conocí, enfermo de diabetes, observé que realizaba muchos sacrificios encaminados a las duras secuelas de esa dolencia.

210

llevar, con garbo y elegancia,

Se mortificaba principalmente en el cumplimiento del plan de vida; prescindía de sus gustos personales; se atenía estrictamente al horario de la casa, sin concederse dispensas ni excusas, ni siquiera con motivos de enfermedad.

Evitaba, con naturalidad, las posturas cómodas del cuerpo durante el trabajo y durante la convivencia ordinaria: no apoyaba la espalda en las butacas ni en las sillas; o no cruzaba las piernas cuando estaba sentado. Durante años, al final de su vida, utilizó un sillón alto que no le permitía reposar los pies en el suelo.

En 1954 describía así este esfuerzo constante en las cosas diarias, para ofrecérselas al Señor: no puedo empeñarme en cazar aquí leones; porque, en primer lugar, no los encuentro, y, en segundo término, si no estoy en guardia, vigilante, cortando todo lo que no me une a Dios, no seré capaz de ver nada de lo que me pide. En cambio, buscando esa finura de amor, de delicadeza en las cosas pequeñas, nuestra vida diaria, de la mañana a la noche, es un servicio, una continua penitencia para dar gloria a Dios. Y ese trabajar en lo poco, in pauta fidelis ; nos sirve, además, de humillación, porque llegamos a la noche con el convencimiento de que no valemos nada. En el examen, yo tengo que decir muchas veces: Josemaría no está contento de Josemaría; porque hay muchas cosas que podía haber hecho y no las he querido hacer. Si no nos ejercitamos en las cosas pequeñas, nos creeríamos soberbiamente vencedores; ya que, con una falsa experiencia, pensaríamos que en lo grande seríamos fieles y, sin embargo, está la realidad cotidiana de que en lo pequeño tantas veces no somos generosos.

-Un capítulo clásico de la ascética cristiana versa sobre la mortificación en las comidas. Evoca el ejemplo de Jesucristo, que ayunó en el desierto (Mateo 4,2), pasó hambre en el camino (Mateo 21,18) y sintió los ardores de la sed (Juan 4,7).

No probaba alimento alguno fuera de las horas de las comidas. Los almuerzos duraban pocos minutos cuando no tenía visitas. A temporadas tampoco tomaba sal, y no ponía azúcar en el café con leche, ni después de la curación de la diabetes. Ha habido épocas -siempre con permiso de su director espiritual- en las que seguía dos o tres días de ayuno riguroso, con sólo un poco de agua y un trozo de pan.

No dejaba nada en el plato, estuviese soso o salado, pasado o poco hecho. Procuraba servirse más de lo que le apetecía menos, y menos de lo que le apetecía más. Se tomaba los alimentos cuando -sin culpa de nadie- estaban estropeados; y si pensaba que podían perjudicar a la salud, se abstenía, pero sin pedir otra cosa.

En muchas comidas teníamos que instarle a que bebiera agua, porque tomaba muy poca durante el día. Esta mortificación venía de antiguo, pues a veces se fijaba como meta no probar más que la de las abluciones de la Misa.

Respecto a las bebidas, la mayor parte de su vida ni siquiera llegaba a beber un vaso de vino, en el almuerzo. Con el correr del tiempo, por su insuficiencia renal, el médico le prescribió agua mineral de Fiuggi, muy corriente en Italia. En los tres o cuatro últimos años de su vida, también por indicación médica, se cambió por agua de Evian, de composición salina diferente, porque los análisis indicaban que perdía muchísimo potasio. Le suponía una mortificación tomar fuera de las comidas la cantidad -un litro- que señalaron los médicos, pero además tendía a reducirla en las comidas, y teníamos que insistirle, especialmente en las épocas en que aprieta el calor en Roma. Cuando recibía visitas, por su hospitalidad, procuraba que se preparasen menús bien presentados. Pero se las arreglaba para pasar con lo imprescindible sin concederse ninguna compensación, buscando lo menos apetitoso y más vulgar. Muchos

212

de los invitados han comentado posteriormente que les edificaba su señorío, pues nunca se sentían coaccionados para dejar de servirse normalmente.

-Aunque entendía que la mortificación más agradable al Señor es el fiel cumplimiento del deber, perfectamente acabado, practicó además, duras penitencias corporales. Junto a razones teológicas profundas, se descubre también ahí el espíritu deportivo con que afrontaba la lucha ascética.

Usó siempre las disciplinas y el cilicio, de acuerdo con el director espiritual. Durante una temporada -en los años más duros de la diabetes, en Roma-, hubo de dejarlo por prohibición médica: cualquier herida, por pequeña que fuese, le producía llagas purulentas que agravaban su estado de salud.

Consiguió la autorización del médico para sustituir las disciplinas por una fusta de caballo. Por aquella época, trabajó a su lado don Manuel Sancristóval, teniente de caballería. Vio un día la fusta, y le preguntó: "para qué es?" Para domar al potro, repuso inmediatamente. Pienso -aunque no lo sé con certeza- que, cuando no empleaba el cilicio, debía de ponerse unas cuerdas ásperas. Digo esto, porque tuve que hacer un viaje, y me sugirió que, para no llevar el cilicio y las disciplinas -que podían llamar la atención en las aduanas-, metiera en la maleta una buena cuerda de esparto: puesta en la cintura, comentó, ¡se nota!, y puedes utilizarla como disciplina también.

Cuando se recuperó de la diabetes, volvió a emplearlas con el mismo rigor que antes. He tenido ocasión de oír los golpazos, aunque mi habitación quedaba lejos. En un reconocimiento médico, le encontraron unos hematomas profundos y dispersos por el cuerpo: admitió que se debían a las dis-

213

ciplinas. Estas mortificaciones eran una necesidad, en reparación por sus propias culpas y las de la humanidad. Insisto en que siempre pedía autorización y actuaba de acuerdo con el permiso recibido. Observaba en su vida lo que siempre enseñó: cuando se ama de verdad, no hay sacrificio costoso; el amor todo lo espera y todo lo entrega. La Pasión de Cristo sólo tiene una explicación en el amor. Mortificación: oración del cuerpo y del alma. Pon amor y te parecerá poco todo lo que haces.

-Pero el Fundador del Opus Dei insistía en la importancia radical de cumplir el deber y de servir con alegría a los demás, siempre dentro de un ascetismo sonriente.

Podría mencionar muchísimas otras mortificaciones de esas que no matan, pero hacen tener el alma en pie para ir pisoteando el propio yo en todo momento.

Vivía el minuto heroico en las ocupaciones, y en la vida de piedad, concediendo a cada práctica el tiempo señalado en la dirección espiritual, sin recortarlo ni alargarlo.

En la convivencia, se esforzaba por hablar y estar de buen humor, llevando la conversación con garbo, pendiente de los demás. Procuraba mantener esa alegría, también cuando se encontraba cansado. Cuidaba no molestar a los demás, cuando debía hacer cosas de trabajo material en la casa,

abriendo y cerrando las puertas sin ruidos ni portazos. Se esforzaba en subir y bajar andando las escaleras, sin coger el ascensor; además, aprovechaba esas circunstancias para ir repitiendo al Señor la jaculatoria: que Tú crezcas y que yo disminuya.

Entre otros miles de detalles, me enseñó a recoger las colillas y limpiar el cenicero; a tener las sillas bien colocadas en la

214

habitación; a dejar las mesas limpias y las habitaciones ventiladas; a no rozar las paredes con los muebles; a no abrir las ventanas sin sujetar previamente las contraventanas; a evitar que el sol estropee los muebles, etc. Cuidaba a diario esos pormenores sin pensar que ya se ocuparían otros.

Cada mañana, hasta el último día, dejaba su cuarto en las mejores condiciones posibles: colocación de los muebles, limpieza, orden y ventilación. Revisaba el lavabo, el baño y el retrete, para que no quedase ningún resto de jabón o suciedad. De esta forma, las personas que pasaban después a hacer la limpieza de esa estancia, apenas encontraban trabajo.

Luchó constantemente por vivir la caridad, de acuerdo con lo que nos marcaba: que sea verdad que nos gastamos, que nos entregamos, sin tontadas, sin complicaciones; buscando con delicadeza y con optimismo el modo de servir a Dios. Cuando nos convencemos de que nuestro auténtico orgullo es servir, y no nos dejamos servir, entonces todo es fecundo.

Puedo decir que no conoció pausa en sus tareas pastorales, y que habíamos de ocuparnos de que descansara. Se rebelaba, en cambio, cuando dejábamos lagunas o tiempos libres en la organización de su trabajo. Recuerdo que, en Brasil, al día de llegar en 1974, después de varias reuniones y visitas -teniendo en cuenta además el cambio de horario y el lógico cansancio por el viaje-, se encontró con que había una media hora sin ocupación señalada. Entonces, bromeando, pero al mismo tiempo con claridad, exclamó: ¡si no me dais más trabajo, me marchó!

Aun extenuado, no perdía su aspecto externo amable. Con la experiencia de quien ha luchado contra la debilidad física, reconocía que, en muchas ocasiones, la mejor mortificación es una sonrisa.

215

-Mons. Escrivá de Balaguer estaba persuadido de la eficacia apostólica, corredentora, de la unión del alma con la Cruz de Cristo. Vale la pena detenerse en su contemplación personal de Jesús paciente, bien plasmada, por ejemplo, en el libro que dedicó al Va Crucis.

Nos sugería que, cuando viéramos la Cruz, pensásemos en la Sangre de Cristo, derramada por todos los hombres. Esa consideración le llevaba a reparar y a identificarse con Él. Nos encarecía en 1960: cuando te encuentres más de cerca con la Cruz, no te asustes, no te canses, es un mimo del Señor. ¿No te das cuenta de que en lo humano ocurre lo mismo?: cuando dos personas se quieren, las alegrías y los sufrimientos de uno son alegrías y sufrimientos del otro. Por eso, cuando llevas la Cruz con garbo, ten la seguridad de encontrar a Jesús y, con Jesús, a María en el camino que el Señor te marca.

Tenía devoción al Via Crucis. Nos pareció muy lógico que un año, con ocasión de la fiesta de la Epifanía, pidiese como regalo uno portátil, con el fin de tenerlo a mano y poder contemplar esas escenas de la Pasión que tanto amaba.

He rezado muchas veces las estaciones con él -también se hallaba presente Mons. Álvaro del Portillo-, y he podido observar la piedad con que se arrodillaba después de la enunciación de cada una. Solía considerar esas escenas camino del Calvario todos los viernes, y de modo muy especial los días de la Cuaresma.

Nos incitaba a tener en nuestra mente, como en una película, aquellos momentos en los que se cumple la salvación de la humanidad: de manera que en cualquier coyuntura pudiésemos meternos como un protagonista más en la escena, para arrepentirnos de nuestras faltas, para acompañar a Jesús, para sentir la obligación de ser corredentores.

El 14 de septiembre de 1969, mientras nos mostraba -lleno de sumo respeto- un relicario de la Santa Cruz, nos habló larga-

216

mente de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. Recogeré unos párrafos de aquella conversación: nosotros amamos -debemos afinar- sinceramente la Cruz, porque donde está la Cruz está Cristo con su Amor, con su presencia que lo llena todo... Por eso, hijos, con el espíritu de la Obra, jamás podemos huir de la Cruz, de esta Cruz Santa en la que se encuentra la paz, la alegría, la serenidad, la fortaleza... En este relicario que conservamos aquí, se venera un trozo del Lignum Crucis que se guarda en Santo Toribio de Liébana. Me lo regaló hace muchísimos años el Obispo de León. A mí me molesta que se hable de Cruz como sinónimo de contradicción, de mortificación. La Cruz es algo positivo, desde que Dios quiso entregarnos la verdadera vida por medio de la Cruz... Después de que nos den la bendición, vamos a besar la Cruz, pero diciendo sinceramente que la amamos, porque ya no vemos en la Cruz lo que nos cuesta o lo que nos pueda costar, sino la alegría de poder darnos, despojándonos de todo para encontrar todo el amor de Dios... Debajo de este relicario hice poner: *iudaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam!* ["para los judíos, escándalo; para los gentiles, locura": 1 Corintios 1,23], porque para los incapacitados, la Cruz es escandalosa e incomprensible.

En 1970, nos empujaba: sólo si nos unimos continuamente a la Pasión de Jesucristo, sabremos ser instrumentos útiles en la tierra, aunque estemos llenos de miserias. Es imposible agotar las múltiples y numerosísimas consideraciones que hizo; pero pienso que, de algún modo, resume su unión al Sacrificio de la Cruz lo que le oí en la Semana Santa de aquel año: la Pasión del Señor: de ahí nos viene toda la fuerza. Cuando pienso en la Pasión de Jesucristo, me viene enseguida a la cabeza lo que he hecho yo en estos cuarenta y dos años de mi vida en el Opus Dei, y en aquellos otros en los que Él me preparaba antes de comenzar. Y me veo nada, y menos que

217

nada: sólo he sido un estorbo. Por eso, cada día siento la necesidad de hacerme pequeño, muy pequeño en las manos de Dios. De este modo me consuelo con lo que he escrito tantas veces: ¿qué hace un pequeño? Entrega a su padre un soldado descabezado, un carrete viejo, una bola de cristal de botella. Pues yo lo mismo: lo poco que tengo quiero darlo enteramente y de verdad. Así, mi poquedad, fundida con la Pasión de Cristo, tiene toda la eficacia redentora y salvadora: ¡nada se pierde!

-Mons. Escrivá de Balaguer tuvo siempre gran devoción al crucifijo, como expresaba, entre otros muchos lugares, en Camino, 302.

Recomendaba besarlo al comenzar y al terminar los trabajos, al acostarse o al levantarse, haciendo un acto de fe, de esperanza y de amor, pidiendo al Señor saber cumplir en nuestras vidas, como aconseja el Apóstol, "todo lo que falta en la Pasión de Jesucristo".

Personalmente, he comprobado con qué devoción, cada noche, besaba y colocaba en el bolsillo superior de la chaqueta del pijama el crucifijo que utilizaba durante el día. Deseaba sentirlo cerca de su corazón, cuando se despertase durante la noche.

En Roma, mandó instalar dos imágenes de Cristo Crucificado de tamaño natural. La primera, en un oratorio, con una cartela que recoge las palabras de Pedro dolido por su falta de correspondencia: *Domine, tu omnia nosti, tu scis quia amo te!* ["Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo": Juan 21,17]. Junto a la otra, situada en un patio, hizo poner: *Quia Tu es Deus fortitudo mea!* ["Porque Tú eres, Dios, mi fortaleza": Salmo 42,2]. También dispuso que en el Centro Interregional del Opus Dei en Roma y en el Santuario de Torreciudad, se

218

colocase una escultura de Cristo clavado en la Cruz, antes de morir, con los ojos abiertos, mirando a, los que acuden a rezarle. En 1970, durante su estancia en México, le llegaron unas fotografías del boceto en barro. Luego, mientras estábamos en una reunión, nos explicó: he mandado hacer una imagen de Cristo Crucificado, pero sin lanzada: Cristo vivo, que muere en medio de los sufrimientos más atroces; y muere gustosamente -se entregó voluntariamente- para conseguir nuestra redención y nuestro amor. Quiero que podamos mirar a esa imagen de Cristo que sufre lleno de paz, por ti, por mí, por todos; que nos decidamos a reaccionar con una entrega total y sin regateos, aunque tengamos que dejar la vida. Me han mandado el boceto, una fotografía del boceto, y me ha conmovido. Ha sacado el escultor una cara que, en hombre, tiene un gran parecido a las imágenes que ha hecho de su Madre, y me ha gustado mucho: me ha parecido lógico que hasta en eso demuestre qué unión había entre la Madre y el Hijo, entre el Hijo y todos los hermanos que somos nosotros.

-Esta devoción se materializarla también en las sedes de los Centros del Opus Dei: la cruz de palo, a la que se alarde en Camino, 178 y 277.

Pienso que unas palabras de 1951 resumen el amor gozoso y recio que sentía al contemplar el suplicio de Cristo: adoremos la Cruz. Es señal del cristiano, y la señal de las victorias del cristiano. Cruz y Sangre: ¡cómo quedaría ese leño, después de la Muerte del Señor! La Cruz empapada con la Sangre del Redentor; por eso, cuando veas una Cruz, piensa en la Sangre de Cristo, derramada por ti, y no te niegues a lo que te pida. Cuando abrimos la primera casa, hice poner una Cruz sin Crucifijo, que fuera un grito, un clamor, una repa-

219

ración amorosa a nuestro Dios, una invitación a cada uno, para no desdeñar los sufrimientos que pudieran presentarse en la vida personal.

En el año 1970, nos insistía en que nada debía hacernos perder el ánimo, aunque pareciese muy pesado. Para facilitar que lo entendiésemos, nos recordaba que la primera meditación que dio al terminar la guerra civil española, cuando pudo reunirse con los miembros del Opus Dei, fue sobre la Cruz: la veía entonces, y también ahora, como un signo claro de la bendición de Dios. Teníamos el oratorio lleno de cruces. En el altar, en los candeleros, las catorce cruces del Via Crucis, y en el friso que remataba el tapizado que pusimos con una tela de arpillera. Recuerdo que les decía a vuestros hermanos: ¡qué valientes somos! Hemos llenado de cruces este lugar, para amarla más. Acabamos de salir de los padecimientos de la guerra, de los sufrimientos, y volvemos a buscar la Cruz. Él no nos puede abandonar. Y añadía -pienso que es un buen resumen de su vida-: porque yo siempre he visto la cruz como la Santa Cruz, que ni humilla ni acogota. In hoc signo vinces! ["¡Ésta será la señal de tu victoria"!]. Es una realidad: por la Cruz llegamos a la posesión de Dios por el abandono nuestro en Dios. Sin la Cruz, no habiéramos hecho nada.

-La meditación de la Cruz fomentaba también en el alma de Mons. Escrivá de Balaguer la contrición, y el espíritu de desagravio, que culmina en la práctica del sacramento de la Penitencia.

Deseaba que se hilase muy fino. Con distintos matices y en muy diferentes ocasiones, certificaba: lo que mancha a un niño de ocho años, mancha también a un hombre de ochenta. Daba a entender claramente que ni la edad, ni el

220

tiempo, ni las circunstancias, justifican holguras en la lucha

personal por vivir cara a Dios.

Fue muy poderosa en su vida la idea de que cada uno de nosotros, como dice el Apóstol, somos templos de Dios; el 20 de noviembre de 1972, anoté: en vuestro corazón sois como un Sagrario en

el que el Señor ha querido refugiarse. El Señor nos ama con su Amor infinito, nos ama mucho; y de nuestra parte espera amor, desagravio, por nuestras faltas personales de correspondencia y por las de todos los hombres. Cuando hay amor de verdad, no hay zafiedad; lo zafio y lo sucio suponen desamor; lo zafio es desahogo de cuartel.

Recuerdo a este propósito que un día de 1958, a las nueve y cuarto de la mañana, un médico, miembro del Opus Dei, le tomó la presión arterial: "está usted perfectamente bien. Tiene una presión de libro". Con naturalidad, contestó: no puede ser de otra manera, he hecho ya muchos actos de desagravio. ¡Recomiéndalo a los enfermos, que es la mejor medicina!, porque, además de pedir perdón por nuestra indignidad, nos acerca más y más al Señor, a su misericordia que siempre nos acoge. Bromeaba que aprendiéramos de los italianos cuando afirman, respecto a las tazas de café, que hay que tomar no menos de tres y no más de treinta y tres: los actos de contrición, además de que no pueden ser menos de esa segunda cifra que os he señalado, ¡tienen que ser muchísimos más!, ¡cuantos más mejor!

A la vez que nos urgía a apartarnos de todo lo que nos separase de Dios, no dejaba también de presentarnos la realidad de que cada uno es un pobre pecador, que no puede llenarse de soberbia porque haya hecho algo más o menos bien. Un día de 1969, después de hablarnos del optimismo proveniente de la amistad con Dios, añadía: mientras rectifiquemos y pidamos perdón, estaremos bien seguros. Cada día nos ofrece la posibilidad, no de una conversión, ¡sino de muchas conversiones!

221

Mirad: cada vez que rectifiquéis y, ante una cosa que comprendéis que no va -¡aunque no sea pecado!-, si procuráis divinizar más vuestra vida, habéis hecho una conversión.

Acudía con puntualidad al sacramento de la Penitencia. Era de tal finura de conciencia, que no dudaba en recurrir -sin escrúpulos- más de una vez a la Confesión durante la semana, cuando lo consideraba necesario para responder a las continuas urgencias de la gracia. He podido comprobar su alegría después de recibir ese Sacramento. Muchas veces, en público y en privado, ponderaba su grandeza.

Cuando era aún niño, rezaba el "Señor mío Jesucristo". Sabía que debía pedir perdón por sus faltas y ponía todo su esfuerzo infantil para recitar esa oración con piedad. Al llegar a las palabras "me propongo la enmienda de nunca más pecar", confundía "enmienda" con "almendra"; y añadía que las almendras le gustaban mucho: por lo tanto, qué cosa más lógica que dar algo que me gustaba mucho por el propósito de no pecar nunca más, porque verdaderamente mis padres me enseñaron a no querer ofender nunca al Señor, y esa insistencia caló ya entonces en mi alma.

A propósito de esto, nos decía en 1968: no lo olvidéis, hijos míos: en esa empresa divina que Dios nos ha confiado, el Señor "querrá", si vosotros queréis. Cuando el Señor nos ha perdonado los errores personales, no toleréis remordimientos que quiten la paz, porque sería una falta de amor, una falta de fe en el Sacramento de la Penitencia y una señal clara de soberbia. ¿Dolor por no haber amado? ¡Sí!, pero no revolváis en la miseria, que Dios ha olvidado ya, y espera vuestra nueva respuesta con un nuevo amor.

Aconsejaba, en fin, el trato con la Virgen para aumentar la contrición por las miserias de nuestra vida. En 1962, nos exhortaba: confiad en el Señor, que nunca nos abandona, si nosotros no le dejamos. No os sintáis nunca vencidos, aunque

222

hayáis perdido algunas batallas. En este caso, todavía con más urgencia, hemos de volver siempre a Cristo, desde los brazos de la Virgen; con la seguridad de que entonces nuestros pasos van por el mejor camino.

6. Todo el día una Misa

-Uno de los párrafos del Decreto de la Congregación para las Causas de los Santos sobre las virtudes heroicas de Josémaría Escrivá de Balaguer, comienza con estas palabras: "Amó ardientemente a la Santísima Eucaristía, y consideró siempre el Sacrificio de la Misa centro y raíz de la vida cristiana". En infinidad de lugares, afirmó que de cada cristiano debe poder decirse que es no alter Christus, otro Cristo, sino ipse Christus, el mismo Cristo. Con mayor motivo es ipse Christus el sacerdote, cuando oficia esa acción divina, trinitaria, no humana. El sacerdote que celebra sirve al designio del Señor, prestando su cuerpo y su voz; pero no obra en nombre propio, sino in persona et in nomine Christi, en la Persona de Cristo, y en nombre de Cristo (Es Cristo que pasa, 86). Vd. ha visto de cerca, desde 1953, cómo se preparaba el Fundador del Opus Dei para celebrar la Misa, cómo la decía, cómo daba gracias y cómo se prolongaba durante el día.

Exponer cómo celebraba la Misa, rezaba la Liturgia de las Horas, o administraba los Sacramentos, requeriría mucho tiempo, porque era la expresión más clara de su trato inmediato, intenso y amorosísimo con el Señor.

Sufría mucho cuando una enfermedad le impedía celebrar; y sólo el ofrecimiento de esa pena paliaba un poco la tristeza de no poder renovar el Sacrificio del Calvario. Se dibujaba en su

223

rostro la gran alegría interior que experimentaba cuando el médico le autorizaba a levantarse: aunque se encontrase muy débil, salía al altar con gran recogimiento, con todos-sus sentidos y potencias. Muchas veces, exclamaba: tengo ansias de celebrar, tengo ansias de estar con Jesús en el altar, tengo ansias de que el Señor baje a través de mis manos otra vez al altar.

Nunca celebraba sin haber considerado, en la presencia del Señor, la sublimidad y la grandeza del Santo Sacrificio. Hacía antes la meditación, para prepararse con la mayor dignidad posible. Cuando dio la Primera Comunión a algunos de sus sobrinos, organizaron las ceremonias hacia la mitad de la mañana, para que pudiesen asistir los invitados. Como es lógico, saludaba a sus parientes al llegar, pero, después de cambiar unas palabras con ellos, se despedía: me tengo que retirar, porque voy a prepararme para celebrar la Santa Misa. Se marchaba al oratorio, y allí se quedaba recogido en oración, hasta el momento de comenzar.

Muchas veces, me confió lo que repetía mientras daba gracias o se preparaba para la celebración del día siguiente: gracias, Señor, porque me has dejado decir la Misa esta mañana; gracias, Señor, porque mañana podré tenerte nuevamente entre las manos, si me concedes la vida.

Recuerdo que el 9 de febrero de 1973, nos manifestó a Mons. Álvaro del Portillo y a mí: quiero decir la Santa Misa muy bien. Don Álvaro comentó: "¡es muy difícil!". Y el Fundador del Opus Dei agregó: ya lo sé, pero quiero decirlo bien porque al Señor le agradan esos deseos.

En otra ocasión, instantes antes de empezar, me rogó:

únete a la intención de mi Misa, y pide al Señor que yo celebre la Santa Misa como Él quiere. Pondré en el altar, como hago todos los días, a los enfermos y a los atribulados, aunque muchas veces nos inventemos las tribulaciones. De modo que "buen sastre es el que conoce el paño" y os lo

224

digo yo, porque me veo con las mismas debilidades que podéis tener vosotros.

Antes de considerar otros aspectos, añadiría alguna referencia a la actitud de fondo con que Mons. Escrivá de Balaguer acudía a la Misa. Me ha impresionado siempre lo que escribió en Es Cristo que pasa, 87, para prevenir respuestas empobrecedoras: nuestros corazones, mezquinos, son capaces de vivir rutinariamente la mayor donación de Dios a los hombres.

El 24 de octubre de 1971, cuando nos leía en el Círculo semanal las normas del plan de vida, repitió despacio: ¡Santa Misa! Y, tras una pausa, añadió: ¡nunca es una labor de administrativo, de rutina!

Se tocaba con las manos que cada día era algo muy distinto, independientemente del número de asistentes. Al celebrar el Santo Sacrificio, llevaba al altar a la humanidad, a los Ángeles y Arcángeles, la creación entera, sintiendo la compañía de todas las criaturas, con sus alabanzas y con sus necesidades, que ofrecía a la Trinidad. Ponía de su parte un gran esfuerzo mental y físico, que en ocasiones, por el cansancio del trabajo y las circunstancias de su enfermedad, hacía que terminase verdaderamente agotado. Al mismo tiempo, se reflejaba en su rostro una felicidad inmensa por ese encuentro que había tenido con la Trinidad Beatísima, ya que siempre estuvo radicada en su alma y en su mente la inmediatez y cercanía de las Tres Personas en la renovación del Sacrificio del Calvario.

No había un gesto al que no diera un hondo contenido espiritual, como tampoco pronunciaba una palabra sin fijar su atención, poniendo el amor de que era capaz. Respondía perfectamente a lo que le escuché en 1956: hay que insistir en la

225

piEDAD de la Misa, para nosotros y para los demás: no podemos, no me podéis, desaprovechar esa fuerza centrípeta, infinita, que recoge los dones de Dios, en este máximo Sacrificio.

-De esos detalles en el modo de celebrar la Santa Misa, valdría ¡apena recoger algunos especialmente significativos.

Sus palabras y sus gestos no eran en ningún momento afectados y, sin embargo, denotaban una piedad que transparentaba su unión con el Señor y su esfuerzo para aprovechar la gracia.

Comenzaba al pie de la grada del altar, santiguándose con pausa, con un trato ya inmediato con las Tres Personas de la Santísima Trinidad. Rezaba el Salmo XLII, el Confiteor y el Misereatur con una contrición profunda. Aprovechaba ese instante para agradecer al Señor que actualizase ese Sacrificio a través de su persona, dándole una energía y una juventud eternas, para luego acometer empresas que superaban las fuerzas humanas. Se notaba además que, en el Confiteor, ponía más énfasis en las palabras Ideo precor, para acudir especialmente a la intercesión de Nuestra Señora.

Subía al altar mientras rezaba los dos Oremus en secreto, y besaba el sepulcro de las reliquias. Me confiaba en una ocasión: yo beso apasionadamente el altar. Pienso que allí se renueva el Sacrificio del Calvario; y allí, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se vuelcan con la humanidad... Llenos de deseos de amor, de reparación y de sacrificio. Él nos ha dado su Amor, y amor con amor se paga. Que no me digan que Dios está lejos: está bien metido dentro de cada uno de nosotros, si no le echamos por el pecado.

Impresionaba mucho el tono con que leía los textos litúrgicos, con la nitidez propia de quien los pronuncia a la vez con la boca y con el corazón. Se metía tanto en estos textos, y con-

226

cretamente en las lecturas, que -si asistían otras personas- no podía contenerse y, al término del Evangelio, exteriorizaba su sentimiento en una homilía.

Rezaba el Credo, con una fe profunda y sincera. Paladeaba cada palabra. Proclamaba con fuerza las verdades del Símbolo, y concretamente las notas de la Iglesia. Se entusiasmaba con estas afirmaciones, y las convertía en oración de petición que quería extender por la tierra: Una, Santa, Católica y Apostólica.

Preparaba luego, con gestos y miradas de verdadero amor, la hostia y el vino que habrían de transformarse después en el Cuerpo y en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. El gesto de sus manos al tratar las Sagradas Especies, denotaba el afecto que abrigaba su alma y su anhelo de acariciar a ese Dios que se nos entrega. Acariciarle, no solamente con las manos, sino con la vida entera. Y cuando, llegado el Ofertorio, tomaba la Hostia o el Cáliz en las manos, resultaba evidente

que colocaba allí a toda la humanidad y muy especialmente a la Iglesia Santa, al Papa, a los Obispos, y a sus hijas y sus hijos. Se advertía entonces la autenticidad de su respuesta a los que le manifestaban sus preocupaciones: mañana, cuando suba al altar, pondré todo lo que me dices en la patena, para que el Señor se lo encuentre cuando baje.

Rezaba el Orate fratres con una entonación que invitaba muy de veras a los asistentes a participar con intensidad. Se giraba hacia el pueblo, en los momentos prescritos por la liturgia, con los ojos entornados para evitar las distracciones.

Se notaba que pedía por la santidad de toda la Iglesia. Muy piadosamente, pronunciaba en el Canon romano el nombre del Papa y del Obispo de la diócesis, mostrando su adhesión a la autoridad de la Jerarquía. Repetidamente nos comentaba que su oración se extendía a todos los Pastores de la Iglesia y a los fieles, empezando por sus hermanos sacerdotes, para que fuesen auténticos mediadores entre Dios y los hombres.

227

Se detenía en el memento, recogíendose con una plenitud contagiosa. Ponía ante el Señor lo que llevaba en el alma, con el convencimiento seguro de que le escuchaba, y de que le iba a conceder lo que pedía, de la manera más conveniente. En 1962, nos encargaba: encomendada a la gente en la Santa Misa, y decídselo así porque lo agradecen y porque eso es vida cristiana. No podemos hablar de Dios de una manera hueca y pedante, sin contenido, sino llevando la esencia de Dios a las almas con el enriquecimiento de la Santa Misa, con esa renovación del Amor y del Sacrificio de Cristo, que ha de ser el centro y la raíz de nuestras vidas.

Con la oración del Communicantes, se apoyaba gozosa y confiadamente en la intercesión de la Santísima Virgen María. Recuerdo bien su inclinación de cabeza mientras pronunciaba su nombre. Disfrutaba con la enumeración de los Santos y Mártires que se citan en el Canon romano: manifiestan la continuidad y la unidad de la Iglesia, fortalecida por quienes han sabido dar con su vida testimonio de la entrega salvadora del Señor.

En el Hanc igitur se llenaba de alegría y al mismo tiempo de vergüenza, porque el Señor nos había colocado entre sus elegidos para que le rindiésemos culto aquí en la tierra, y para que eternamente se lo demos en el Cielo: por lo tanto, somos elegidos de Dios.

Muchas personas que asistieron a alguna Misa celebrada por Mons. Escrivá de Balaguer, han relatado la fuerte impresión que sintieron al llegar a la Consagración.

Su fe resplandecía mientras pronunciaba las palabras que actúan la Transubstanciación, sabiendo que en ese momento no es Josemaría quien las dice, sino Cristo. De acuerdo con las rúbricas de entonces, se inclinaba sobre el altar, cogía la

228

Santa Hostia con cariño y respeto, con suavidad y delicadeza, sin afectación ninguna, poniendo todo su amor. En 1956, le escuché este comentario: hoc est enim Corpus meum... Hic est enim Calix Sanguinis mei... ["Porque esto es mi Cuerpo... Porque éste es el Cáliz de mi Sangre..."] No lo digo yo, lo dice Él; yo le presto mi voz, mi persona; pero es Cristo quien consagra, porque no hay más sacerdote que Cristo, Sacerdote Eterno. Como no hay más que una Víctima: por eso me gusta a mí tanto tocar la Forma con mis manos: en ningún sitio está mejor la Víctima que en las manos del sacerdote. Y solía agregar, cuando se refería a este privilegio: yo, que soy un miserable, le presto mi voz, mi voluntad, todo mi ser. Y Él, que es el Amor infinito, que no necesita de nadie, se somete a mi pobre persona.

Pronunciaba las palabras de la Consagración con solemnidad, con encendido amor, con claridad y delicadeza, con una fe que se tocaba. Luego, con el Cuerpo de Nuestro Señor o el Cáliz en sus manos, invocaba interiormente: Dominus meus et Deus meus! ["¡Señor mío y Dios mío!"] Después

añadía sin ruido de palabras: *Adauge nobis fidem, spem et charitatem!* ["¡Auméntanos la fe, la esperanza y la caridad!"] Inmediatamente recitaba en silencio una oración al Amor misericordioso: Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, Vuestro Hijo muy amado, y me ofrezco a mí mismo, en Él, por Él, y con Él, a todas sus intenciones, y en nombre de todas las criaturas. Pedía después: Señor, danos la pureza y el *gaudium cum pace* ["la alegría y la paz"] a mí y a todos. Y finalmente, mientras volvía a arrodillarse, repetía: *Adoro te devote, latens Deitas* ["te adoro devotamente, Dios escondido"]. Eran estas oraciones modos fijos de adorar al Señor, que completaba con otras invocaciones y jaculatorias. Por ejemplo, había épocas en las que le manifestaba: ¡Bienvenido! ¡Gracias por haber venido! No supe hasta 1970, en la Villa de

229

Guadalupe, que dirigía estos requiebros y peticiones al Señor, mientras le adoraba en la Consagración.

Recuerdo con qué pasión nos hablaba de nuestras genuflexiones ante el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor. Refiriéndose a las que se hacían entonces antes y después de la elevación, explicaba con detenimiento la rúbrica *sacerdos genuflexus adorat* ["el sacerdote adora con una genuflexión"]: ¡que le adoréis, y que -no tengáis vergüenza de que el pueblo vea que le adoráis, y que le adoráis con todo vuestro amor!

Algunos señalan también que, a partir de ese momento, se le notaba como más concentrado aún en la celebración de los

misterios.

En las palabras del *Unde et memores*, ponía una entonación muy personal y llena de fervor. Actualizaba su convicción de que todo depende de la gracia, y a nosotros nos toca corresponder. Por eso, me impresionaba el acento de amor y de agradecimiento con que rezaba el *de tuis donis ac datis*, para ofrecer a la Trinidad la *hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam*.

En el memento de difuntos, volvía a recogerse con profunda piedad. Como en el de vivos, curvaba un poco la espalda, metiendo la cabeza sobre el pecho, y apoyándola en las manos juntas delante. Solía repetir que rezaba por todas las almas del Purgatorio -¡sus buenas amigas, las ánimas del Purgatorio!-, deteniéndose a pedir en concreto por sus padres y sus parientes, por sus hijas e hijos, por los padres de sus hijas y de sus hijos, por los hijos de sus hijas y de sus hijos. Con la misma devoción y con la misma caridad encomendaba a las almas de personas que habían intentado hacer daño a la Obra: no les guardaba el más mínimo rencor, ni se sintió jamás enemigo de nadie.

230

Rezó hasta el final de su vida las siguientes jaculatorias al concluir el tiempo en que estaba recogido, durante el memento de difuntos: os ruego, que digáis conmigo: Señor, Madre mía, que se acabe el tiempo de la prueba para la Iglesia. Y, a continuación: *ut inimicos Sa nctae Ecclesiae humiliare digneris, te rogamus audi nos* ["díguete humillar a los enemigos de tu Santa Iglesia: te rogamus, óyenos"]. Hacía esta petición con todo el sentido litúrgico: porque no deseaba otra humillación que el reconocimiento de su error, que les permitiera acercarse con una participación total a la vida de la Iglesia.

Venía después aquel golpe de pecho -profundo- con el que acompañaba la oración del *Nobis quoque peccatoribus*, sintiéndose muy pecador. Tomaba luego con muchísima devoción la Hostia y el Cáliz, para repetir piadosamente: *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate ~píritus Sancti, omnis honor et gloria* ["Por Cristo, y con Él, y en Él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria"]. En el *Pater noster* en las oraciones preparatorias para la Comunión, invocaba a Nuestro Padre Dios, bien seguro de que le escucharía porque tenía a su Hijo sobre el Altar.

Ponía luego un especial cuidado en la fracción de la Hostia, con auténticas caricias de veneración. Por eso, no me extrañó en absoluto un suceso de sus últimos años: vino a su memoria la primera vez que tuvo al Señor entre sus manos y cómo había temblado entonces físicamente, por su devoción y respeto; al recordarlo, volvió a experimentar un temblor idéntico, y de nuevo imploró que nunca se acostumbrase a tratarle ni a tocarle.

Siempre me ha conmovido la intensidad con que recibía la Comunión. Su compostura traslucía un reconocimiento de su indignidad y de su nada. Dirigía al Señor con frecuencia las palabras que rezaba mientras se preparaba para sumir el Sanguis: Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi? ["¿qué podré devolver al Señor por todos los dones que me ha concedido?"].

231

Terminada la Comunión, purificaba atentamente la patena, el corporal y el cáliz, pero sin caer en el escrúpulo de estar mirando y remirando más tiempo del debido. Exhortaba a los sacerdotes a poner los medios para que no se perdiese ninguna partícula; pero, al mismo tiempo, sin dejarse llevar por los escrúpulos, pues si alguna no se encontraba, ¡la recogerán los Ángeles!

Daba la bendición pausadamente, para trasladarse luego a leer el último Evangelio, el inicio del primer capítulo de San Juan. Pedía con fuerza que los hombres recibiesen al Señor y no lo rechazasen. Hacía la genuflexión con pausa y con profundidad, dando ejemplo de adoración a ese Verbo que se encarna y se nos entrega. Imploraba con fe que todos nos comportáramos como hijos de Dios.

Terminaba rezando -como estaba dispuesto, aunque se dejaba a veces a la discreción de los sacerdotes- las tres Avemarías, la Salve, y las oraciones a la Virgen y a San José, y al Arcángel San Miguel. Concluía repitiendo con mucha entonación las tres invocaciones al Corazón Sacratísimo de Jesús, bien convencido de que necesitamos de esa Misericordia del Señor, que da -así lo predicaba- hasta la última gota de su Sangre y hasta el último aliento de su Vida por la salvación de cada uno de nosotros.

-Se comprende que la Misa celebrada por Mons. Escrivá de Balaguer durase mucho más tiempo de lo normal.

En los comienzos de la Obra, necesitaba una hora y más. De acuerdo con su director espiritual, se propuso no alargar la celebración, pensando en los asistentes. También con la conformidad del confesor, aunque no fuese muy litúrgico, ponía el reloj sobre el altar, junto a los corporales, para no superar el tiempo previsto. Fue una lucha titánica, que peleó con generosidad, pensando que no podía regatear nada al Señor, pero tampoco

232

dejarse llevar de modos extraordinarios que quizá llamasen la atención a otras personas. Cuando comencé a asistir a su Misa, dedicaba el tiempo prescrito: de veinticinco a treinta minutos.

Al aconsejarnos a los sacerdotes no alargarla, recordaba su lucha personal para cumplir esa norma: su amor a Dios le arrastraba a quedarse más tiempo; en cambio, los monaguillos, durante el memento de difuntos, al ver que se detenía mucho tiempo, le tiraban de la casulla mientras le repetían en voz alta Agnus Dei!, Agnus Dei!, para sacarle del ensimismamiento.

Algunos lectores habrán advertido que buena parte de los comentarios precedentes evocan las rúbricas litúrgicas según el rito de San Pío V, vigente hasta las reformas derivadas del Concilio Vaticano II. ¿Qué sucedió cuando entraron en vigor esos cambios?

Mons. Escrivá de Balaguer aceptó con serenidad y obediencia la reforma, aunque los cambios le exigieron mucho trabajo: no por oposición o crítica a las innovaciones; sino porque la liturgia estaba muy integrada en su piedad, y había obtenido luces para su vida espiritual y su ministerio sacerdotal hasta de gestos que pueden parecer insignificantes en las rúbricas.

Notaba yo el esfuerzo que le suponía el cambio, teniendo en cuenta que llevaba cuarenta años siguiendo el rito anterior. Pero no aceptó excepción alguna, y me rogaba diariamente que no dejase de advertirle lo que hiciera menos bien en las nuevas rúbricas, dispuesto a manifestar su amor a la liturgia, a través del rito renovado.

Sin que hubiese por su parte el menor síntoma de rebeldía, nos comentaba a un grupo de sacerdotes en 1968: obedezco rendidamente en todo lo que han dispuesto para la celebración de la Santa Misa, pero echo de menos tantas rúbricas de

233

piEDAD y de amor que han quitado: por ejemplo, ya no doy el beso a la patena, en el que ponía tanto amor -toda mi almapara que Él se lo encontrara. Pero hemos de saber obedecer, viendo la mano de Dios, y tratando al Señor con delicadeza, sin robarle nada de tiempo.

Fue una temporada larga de esfuerzo. Si volvíamos a plantearle la posibilidad de pedir el privilegio, previsto para sacerdotes de cierta edad, se oponía: por espíritu de obediencia a las normas eclesiásticas, prohibió que se diera un solo paso en ese sentido. Sucedió una vez que, estando don Álvaro del Portillo con Mons. Bugnini, hablaron de la nueva liturgia. Comentó don Álvaro el trabajo que suponía el cambio para el Fundador del Opus Dei. Mons. Bugnini preguntó: "¿por qué no usa del privilegio?" Le aclaró don Álvaro que el Fundador de la Obra nos había enseñado siempre con su propia vida, también ahora, a obedecer rendidamente; "además -añadió-, me ha prohibido estrictamente que te pida nada". Mons. Bugnini suplicó que le dijera que tenía concedido el privilegio de celebrar la Santa Misa con el rito anterior. Insistió don Álvaro en que no le pedía nada, y Mons. Bugnini reiteró: "di a Mons. Escrivá que tú no me has pedido nada, porque ésa es la verdad; y añádele que te he comunicado que celebre como antes, porque tiene esa facultad". Don Álvaro le comunicó ese diálogo, y Mons. Escrivá de Balaguer agradeció la posibilidad que se le concedía. Pero, desde entonces, cuando la utilizaba, no quiso que asistiese a su Misa más que la persona que le ayudaba.

-Volvamos quizá a los momentos que seguían inmediatamente a la terminación de la Santa Misa.

Mientras se quitaba los ornamentos, iba rezando oraciones de agradecimiento al Señor; al final, después del lavabo, solía

234

hacerme una cruz en la frente y me daba las gracias de corazón, añadiendo: ¡que Dios te bendiga!, o ¡Dios te lo pague!

Al terminar, aparte de la fatiga física que muchas veces experimentaba por la intensidad de su esfuerzo, respiraba una paz extraordinaria. En 1965, nos confió a Mons. Alvaro del Portillo y a mí: termino cansado después de decir la Santa Misa: ¡es trabajo de Dios! Y en 1970: la Santa Misa es Opus Dei, trabajo de Dios. Yo, cada día, mientras celebro, sufro, me canso, me gozo y me lleno de fe, en estos momentos en los que tantos niegan la presencia real del Señor.

Cómo era la acción de gracias de la Misa?

No se sujetaba a normas rígidas, para dar más espontaneidad a su acción de gracias. La comenzaba al dejar el altar con el rezo pausado del Te Deum. Luego, también cuando se encontraba indispuesto o cansado, se arrodillaba los primeros minutos, en el suelo o en el reclinatorio: mirando el crucifijo de bolsillo cogido entre sus manos, recitaba la oración En ego. Mientras repetía las palabras que se referían a las Llagas del Señor, besaba devotamente cada una. A continuación, empleaba otras oraciones recogidas por la piedad cristiana. Tenía también costumbre de rezar un responso por las almas del Purgatorio, aprovechándose de la intimidad y cercanía física con Nuestro Señor Jesucristo.

La acción de gracias, que comenzaba en el oratorio, se prolongaba a lo largo del día. Desde joven, dividió la jornada en dos partes: la mitad para agradecer la Comunión; y la otra mitad, para prepararse para el día siguiente, si el Señor le daba vida. Enseñaba a vivir todas las horas cerca del altar, pensando en que cada una de nuestras acciones se puede ofrecer unida al Sacrificio Eucarístico.

Meditaba los textos de la liturgia y los llevaba a su predica-

235

ción y a su vida de piedad. Por eso, muchas de esas frases se convertían en jaculatorias que le servían también para prolongar la Santa Misa, que no se acaba con la celebración: ha de continuarse durante el día, con la acción de gracias y con el ofrecimiento de lo que hagamos. Por este motivo, frecuentemente, después de celebrar, tomaba nota de pasajes de la Epístola, del Evangelio o de las oraciones. Otras veces me encargaba que, en cuanto tuviera un rato libre, le hiciera una copia de determinadas palabras de la Escritura, para darles más vueltas en su meditación y aprovecharlas en documentos que estaba redactando.

Con gran fuerza, como por una necesidad de su alma, nos abrió el corazón el 7 de junio de 1973: acostúmbrate a dar gracias al Señor durante el día por la Santa Misa. Cuando llego al examen, si veo que no he puesto todo el esfuerzo, ¡me llevo un berrinche!; me duele mucho no amar al Señor. En estos días repito, como acción de gracias: Iesu, Fili Dei, miserere me! ["¡Jesús, hijo de Dios, ten misericordia de mí!"] Pienso que, a lo largo de mi vida, el Señor me ha dejado como abandonado tantas veces, para que me diera cuenta de que todo salía porque Él quería. Y en 1956 nos había comentado: nuestro día es una Misa: un sacrificio de amor; por eso, hemos de estar alegres y hemos de saber encajar bien todos los golpes.

7. Alma de Eucaristía

-En diversos lugares por ejemplo, Forja, 826y 835-, Mons. Escrivá de Balaguer ha escrito sobre la necesidad de que la vida del cristiano sea esencialmente, ¡totalmente ; eucarística. Lo compendia en una frase clásica: alma de Eucaristía. En cierto modo, ese rasgo de su espíritu contemplativo está Implícito en la Santa Misa. Pero ofrece algunos elementos específicos.

236

Le gustaba hacer actos de fe explícita en la presencia real de Jesús Sacramentado: creo que estás presente con tu Cuerpo, con tu Sangre, con tu Alma y con tu Divinidad. ¡Jesús, te adoro! Consideraba la Eucaristía prenda segura de nuestra esperanza. Nos razonaba que, si estando aquí en la tierra y no siendo dignos de recibir al Señor, Él se nos entrega, ¡imaginaos qué será cuando le poseamos eternamente en el Cielo!

Cuando en los años cuarenta pudo tener un cuarto definitivo -en el Centro de Diego de León-, se alegró de que estuviese pegado al sagrario: porque así, en la soledad de muchas noches, y durante tantas horas del día, podía rezar y trabajar frente a Nuestro Señor. Esta idea le llevó a disponer la instalación de una tribuna que diera al oratorio, en el cuarto de trabajo del Presidente General del Opus Dei. Como transcurría también allí mucho tiempo, hizo colocar un pequeño reloj antiguo de bolsillo, con el fin de no faltar al horario del Centro.

Jamás entraba en ninguna iglesia sin ir primero a saludar a Jesús Sacramentado: se recogía en oración unos instantes y renovaba su ardiente deseo de hacerle compañía en todos los Tabernáculos del mundo. Me conmovió lo sucedido cuando le acompañé a la Catedral en obras de una ciudad importante. Preguntó al sacristán dónde habían dejado reservado al Señor, y contestó que lo ignoraba, pues cada día lo cambiaban de sitio, y al final nadie sabía dónde estaba. Fue buscando al Señor por la Catedral, y lo descubrió al divisar una lamparilla medio oculta: se arrodilló en tierra y rezó. Después nos dijo que había hecho esta oración: Señor, yo no soy mejor que los demás, pero necesito decirte que te quiero con todas mis fuerzas; y te pido que me escuches: te quiero por los que vienen aquí, y no te lo dicen; por todos los que vendrán y no te lo dirán. Y añadió: ¿no haríais

vosotros algo semejante, si vuestros padres -con tantos méritos como tienen- se hubiesen prodigado por los demás, y los demás no les fuesen agradecidos? A Dios le

237

debemos muchísimo más. Él, que es toda la felicidad, toda la hermosura y la verdadera Vida, se ha puesto a disposición de cada uno, para que tengamos parte en esa Vida. ¡Es justo que seamos agradecidos!

-Queda señalado en otro lugar, pero no deja de sorprender la creatividad de Mons. Escrivá de Balaguer, al aplicara Jesús Sacramentado en el Sagrario términos amorosos como saludar; asaltar, cortejar, escaparse...

En los momentos libres que se le presentaban, aunque hubiese de subir y bajar escaleras, se acercaba al oratorio para hacer una genuflexión, acompañada de una jaculatoria, una comunión espiritual o un acto de adoración. No se recataba en ningún momento de dar este consejo: escápate cuando puedas a hacer compañía a Jesús Sacramentado, aunque sólo sea durante unos segundos, y dile -con toda el alma- que le quieres, que quieres quererle más, y que le quieres por todas las personas de la tierra, también por aquellos que dicen que no le quieren.

En una ocasión, el Fundador del Opus Dei había recibido una visita. Al terminar de almorzar, con la naturalidad que le caracterizaba, sugirió: vamos a saludar al Señor. Eran personas cristianas y piadosas, pero se extrañaron al oírle hablar así, porque su tono de voz correspondía al de quien está pensando en alguien muy superior: ¿a quién podremos ir a saludar como señor de esta casa, si el dueño es él? Lo comprendieron al entrar en el oratorio.

Nos insistía, a Mons. Álvaro del Portillo y a mí, que no pasásemos por delante del Tabernáculo, sin decirle que le queréis con toda el alma, que queréis custodiarle en vuestros corazones, que le agradecéis su presencia en el Sagrario para con-

238

suelo nuestro, que nos ayude con su fortaleza y su omnipotencia; y, después de hacernos estas consideraciones, agregaba: yo lo hago.

Con esa pasión por Jesús Sacramentado que le consumía, nos rogaba el 26 de febrero de 1970: uníos a mi oración constante. Rezo todo el día y por la noche. Uníos a mi Santa Misa. Haced muchos actos de fe y de amor en la presencia eucarística; y haced muchos actos de desagravio. Decid al Señor que le amáis con toda el alma, que no le queréis hacer sufrir, que deseáis desagraviarle continuamente.

Recomendaba a los sacerdotes que hicieran mucha compañía al Santísimo Sacramento. Quería que aumentase en todos esa piedad eucarística, y les hacía notar que sin hacerlo porque os vean las personas de vuestra iglesia, los feligreses de vuestra parroquia, no os ha de importar que os vean. Si estáis pendientes del Señor, y la gente conoce vuestro amor, os preguntará los motivos; y podéis hablar entonces de ese enamoramiento que os tiene que llenar toda la vida.

Nos repetía constantemente: te doy gracias, Dios mío, porque desde joven me has hecho entrever la maravilla del Amor de este misterio de la Eucaristía.

En 1973, incitaba en sus hijas y en sus hijos este amor creciente a Jesús Sacramentado: Dios nos ha hecho capaces de quererle, de mirarle, de amarle. ¿Cómo?: cumpliendo delicadamente, con esfuerzo, el plan de cada día. Padre, me preguntaréis, ¿pero cómo podemos tratarle más?: metiéndoos en su intimidad, porque somos de su familia; yendo a buscarle donde está, en el Sagrario y en vuestras almas; y decidle que descansáis en Él, en su fortaleza.

Estas palabras, pronunciadas en los últimos años de su vida, son continuidad de cuanto vivió y predicó constantemente. Así, por ejemplo, en 1958 nos urgía: hemos de insistir -a los demás y a nosotros mismos- en que no le dejemos nunca

239

solo en esa cárcel voluntaria del Sagrario, cárcel de amor, donde se ha querido quedar oculto en la Hostia, inerte, por ti y por mí. Y en 1962: desde hace muchísimo tiempo, cuando hago la genuflexión ante el Sagrario, después de adorar al Señor Sacramentado, doy también gracias a los Ángeles, porque continuamente hacen la corte a Dios. Hacer la corte: de ahí viene la palabra cortejar, que es seguir con amor a la persona de la que se está enamorado; así se emplea, en la vida corriente, para decir que un hombre ama a una mujer.

El 10 de junio de 1971, fecha en que se celebraba el Corpus Christi, nos comentaba: hoy me da una alegría especial agradecer a los Ángeles la corte que hacen a Jesús Sacramentado, en todos los Sagrarios, se haga fiesta o no se haga fiesta en honor de Jesús Sacramentado. Es una costumbre mía de siempre, pero hoy me da todavía más presencia de Dios.

Y en otro momento de ese día, agregó: mientras celebraba la Misa esta mañana, le he dicho a Nuestro Señor con el pensamiento: yo te acompaño en todas las procesiones del mundo, en todos los Sagrarios donde te honran, y en todos los lugares donde estés y no te honren.

-De otra parte, su devoción a la Eucaristía le llevó también, en los últimos años, a incrementar el espíritu de desagravio.

Tenía hambre de estar en la presencia de Jesús Sacramentado para adorarlo, para acompañarlo, para reparar -añadía en su humildad- por mis propias miserias y por las miserias de toda la humanidad, para no dejarle solo, ya que en tantos lugares el Señor se encontrará sin esa compañía que deberíamos hacerle todos los hombres.

En 1960 nos hablaba una vez más del misterio de la Eucaristía: el "Gran Solitario", porque la gente le ha abandonado.

240

No entienden de amor, de comprensión, de entrega. ¡Cómo van a entender, si no quieren acudir a la fuente! Yo pido al Señor, para todo el mundo, para mis hijas, para mis hijos y para mí, que sepamos tratar a Cristo en la Eucaristía. Acudid con fe, con delicadeza, con continuidad. No importan nuestras miserias personales; si estamos en gracia de Dios. Precisamente, si nos apoyamos en esa debilidad, sentiremos más conscientemente su necesidad, la necesidad de Dios en nuestra vida. Llevo unos días en los que mi oración de adoración a la Eucaristía tiene todo un matiz de reparación y de súplica, para no abandonarle: *peto quod petivit latro poenitens* ["te pido lo que te pedía el ladrón arrepentido"]; me veo débil, y me lleno de confianza en el poder de Dios, que nunca desatiende a quien acude con confianza y con humildad.

Y completaba: los sacerdotes hemos de amar tanto el sacerdocio, como para ponerlo continuamente junto al Señor en el Sagrario y transformar toda nuestra vida en una labor espiritual; pero el trabajo nuestro ha de ser como el de los demás: una ofrenda hecha al Señor. Quiero decir que nuestra *operatio Dei* es una Misa, que empieza a las doce de la noche y termina veinticuatro horas después. Rezaba y cantaba con frecuencia, el himno *Adoro te devote*. Para fomentar la fe en la Eucaristía aconsejó a sus hijos que lo recitasen y meditasen todos los jueves, pidiendo al Señor que incrementase la piedad de los cristianos.

Tenía tan arraigados estos modos de vivir su fe, que durante los viajes o en sus salidas por la ciudad, al divisar las torres de las iglesias, le venía a los labios algún verso de este himno: significaba una rápida interrupción de la conversación, que contribuía a su devoción eucarística y a la de los que le acompañábamos. Repetía también una jaculatoria que brotaba muy del fondo de su alma: ¡jesús, que has curado a tantas almas, haz que te vea como Médico Divino en la Hostia Santa!

241

Le he oído animar a personas de todas las clases sociales a comulgar con las mejores disposiciones, sin dejarse llevar por los escrúpulos. Al mismo tiempo, recordaba tajantemente las debidas condiciones de dignidad: no comulguéis cuando tengáis una sombra fundada de duda de que habéis

podido ofender gravemente al Señor; no os dejéis llevar nunca por los escrúpulos, pero tampoco recibáis al Señor con esa sombra de duda.

-Esa finura de conciencia era la principal preparación para recibir al Señor. Pero, en torno a la Eucaristía y al Sagrario mostraba un sinfín de pequeños detalles.

He aprendido del Fundador del Opus Dei a cuidar el Sagrario y los objetos dedicados al culto. Le he visto tocarlos y prepararlos con extrema delicadeza. He presenciado también su serio disgusto, cuando por dejadez se estropeaban cálices, patenas, custodias, altares. Nos hacía notar, con firmeza, que esos incidentes no deberían ocurrir: sé muy bien que también me puede suceder a mí, pero hemos de esmerarnos y poner todo el esfuerzo para que no suceda, sin acostumbrarnos a tratar estos objetos: el amor nos tiene que llevar a esas delicadezas. Y concluía: no poner ese esmero sería ¡desamor!

No entendía que, negándose la gente a comer en un mantel sucio, sin embargo, a veces, se tolerase que los lienzos sagrados tuvieran auténtica mugre: pienso -aseguraba- que el Señor tratará con más dureza estos casos que las faltas que hayamos cometido por pasión. En estos últimos errores, caben los atenuantes de nuestra naturaleza caída; pero, en lo que se refiere al culto, no hay pasión que pueda cegar, ¡hay desamor!, que es una postura que hemos de rechazar cuando tratamos al Señor.

En 1967, nos insistía: cuando se ama, se siente libremente la responsabilidad del cumplimiento del deber; y se siente

242

también el zarpazo, el reproche divino, cuando no hemos cumplido o cuando hemos cumplido menos bien.

Cuando algunos interpretaron mal la reforma litúrgica y se desprendieron de objetos y paramentos que la Iglesia no había excluido, o los dedicaron a usos diferentes, procuró sensibilizar la conciencia de sacerdotes y fieles, para que los recogieran, con el fin de volver a dedicarlos al culto o guardarlos piadosamente, como recuerdos de una tradición cristiana y de una piedad vivida durante siglos. Le daba pena que se perdiera por ligereza ese tesoro.

Amaba sinceramente todas las prácticas del culto. Las consideraba medios necesarios para el trato activo de las almas con el Señor. Era santamente intransigente con cuanto supusiese rutina, descuido o ligereza en esos actos litúrgicos. Por eso, nos aconsejaba que si -por la equivocación de alguien o cualquier otro suceso- nos venían ganas de reír durante la ceremonia, pensásemos en la Pasión del Señor, esos sufrimientos sin límites, padecidos por ti, por mi, por tus ofensas y por mis ofensas a Dios; y, si aun así no eres capaz de dominar ese comportamiento, date un pellizco de modo que te hagas daño, que sientas dolor físico, pero has de evitar todo lo que suponga una distracción o una falta de delicadeza con el Señor que nos preside y a Quien se dirigen los distintos actos de culto.

-En fin, su alma eucarística reflejaba también la hondura de su piedad litúrgica.

Siempre me ha sorprendido, cuando le acompañaba a determinadas ceremonias en iglesias, la seguridad y el conocimiento con que participaba: no se equivocaba en los movimientos, seguía los distintos pasos con espontaneidad, como quien ha vivido esas ceremonias durante muchos años.

243

Quería que en las acciones litúrgicas se fomentase una piedad honda y doctrinal, consecuencia de la participación de los asistentes, lejos de todo anonimato. Amaba las rúbricas y meditaba su contenido para alimentar la fe, pues en cada gesto sabía distinguir un signo que ayuda a tratar al Señor con nuevo encendimiento. Estaba persuadido de que aumentaban la devoción de los que oficiaban y participaban; y deseaba que no hubiese ninguna improvisación, para evitar

distracciones: ¡cómo acerca al Señor el rigor en la liturgia, cuando se hace con amor de Dios y con piedad!

Cuando aún era raro dialogar la Santa Misa, enseñó esa costumbre a las personas que tenía alrededor, especialmente a los miembros del Opus Dei: de manera que penetrasen a fondo en la renovación del Sacrificio del Calvario.

Cumplía fielmente las rúbricas, no por rigorismo, sino por valorar su contenido espiritual. Por ejemplo, se ocupó de enseñarnos a encender los candeleros de acuerdo con antiguas tradiciones: primero, lo que tiene más categoría, lo que está a la derecha del Señor; por lo tanto, la vela más cercana, junto al Sagrario; luego las otras de esa zona. Y añadía: pensad que estas normas litúrgicas obedecen a un sentido de piedad y guardan un simbolismo claro de reconocimiento de la Majestad Divina: no podemos descuidarlas, porque significaría no dar categoría al trato de respeto que debemos al Señor.

-En cierto modo, quedaría incompleta esta sumaria descripción de la piedad litúrgica de Mons. Escrivá de Balaguer, sin alguna referencia al rezo del Oficio divino.

Conservo un conmovedor recuerdo de cómo rezaba la Liturgia de las Horas. En primer lugar, para evitar retrasos, solía adelantarlo a la primera hora de la mañana. Siempre me impre-

244

sionó la pausa con que recitaba las palabras del Aperi, Domine ["abre, Señor..."], y el énfasis con que pronunciaba la petición de rezar *digne, attente ac devote* ["digna, atenta y devotamente"].

Nos aconsejaba que, siempre que pudiéramos, leyésemos el Breviario ante el Sagrario: ante Jesús Sacramentado que tantas veces está abandonado, que tantas veces está solo, y espera la compañía de todos los hombres, especialmente de sus sacerdotes.

He tenido oportunidad de rezar la Liturgia de las Horas con el Fundador del Opus Dei y con Mons. Álvaro del Portillo, durante largas temporadas. Algunos días, para alentarnos a un rezo más piadoso -pienso que lo haría especialmente por mí-, nos rogaba: vamos a rezar despacio, meditando y dándonos cuenta de lo que estamos diciendo, uniéndonos nuevamente a la oración de la Iglesia, y pidiendo para que en todo el mundo se rece el Breviario con intensa devoción.

Además, se repetía frecuentemente esta escena: al terminar, anotaba los versículos o textos que más le habían removido durante la lectura. Nos aconsejaba que procediésemos así, cuando alguna frase nos llamara la atención; que no nos dejásemos llevar por la comodidad o por una falsa interpretación del aprovechamiento del tiempo, retrasando tomar esas notas. Y puntualizaba que era mejor hacerlo inmediatamente, para conservar aquello que el Señor había puesto en nuestras almas: además de servir a la propia vida interior, podía ser una luz para la predicación o la actividad sacerdotal.

Me impresionó hondamente la necesidad que tenía del Oficio divino cuando -en los últimos meses de su vida- comenzaron a formarse cataratas en sus ojos. Nos rogó a Mons. Álvaro del Portillo y a mí que rezásemos la Liturgia de las Horas en su presencia, en voz alta, para unirse a nosotros.

He asistido a muchos de sus encuentros con sacerdotes en países distintos, y les solía comentar la bendita obligación de

245

rezar el Oficio Divino, urgiéndoles a que fuesen muy piadosos: ¡no me dejéis el Breviario!; ¡rezad el Breviario con devoción!; rezad el Breviario a primera hora del día, después de que hayáis celebrado; o antes, si tenéis ocasión: no lo dejéis para última hora, ni para cuando estéis cansados.

8. La Trinidad del cielo y de la tierra

-Recuerdo bien la homilía que el Fundador del Opus Dei pronunció en el campus de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, y que fue incluida al final del libro *Conversaciones con Mons.*

Escrivá de Balaguer con el título Amar al mundo apasionadamente. Fue la primera vez que le oí la audaz expresión materialismo cristiano, para sintetizar la doctrina que había difundido desde 1928. En aquella ocasión, insistía en que el cielo y la tierra se funden en el corazón del cristiano: cuando desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Es otra muestra de la unidad de vida, del acercamiento de lo humano y lo divino, ganado para todos los hombres por la Encarnación del Verbo. Como se lee en Forja, 1005. Cada vez estoy más persuadido: la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra.

El 18 de septiembre de 1970, alguien le preguntó: "Padre, usted, ¿en quién espera?". Respondió inmediatamente: espero en Dios, que es mi Padre; en la Santísima Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra; y en vuestra fidelidad a Dios. Nunca he contado con los medios humanos para salir adelante; pero tened confianza: Dios está con nosotros y no nos abandona, si nosotros no le abandonamos.

246

Desde muy joven, rezaba jaculatorias que fortalecían su esperanza en el Señor: quod bonum est oculis eius, faciat! ["¡cúmplase lo que es bueno a tus ojos!"]; in manibus tuis tempora mea! ["¡en tus manos abandono mis días!"]; omnia in bonum! ["¡todo para bien!"]; Deus meus et omnia! ["¡mi Dios y mi todo!"]; cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias. Contritum et humiliatum valde! ["no despreciará Dios un corazón contrito y humillado, ¡un corazón profundamente contrito y humillado!"]; et in electorum tuorum iubeas grege numerari! ["¡dígnate, nate contarnos entre tus elegidos!"]; Filius meus es Tu! ["¡Tú eres mi Hijo!"]; Ego elegi te! ["¡Yo te elegí!"]

En circunstancias difíciles, aplicaba este principio: las obras, las distintas tareas que el Señor nos pide, no dejan de salir por falta de medios materiales; no salen por falta de esperanza en el Señor, por falta de fe, por falta de amor. Apoyado en esa seguridad, repetía en distintos momentos, lleno de paz, palabras de los Salmos o de la liturgia: in Te Domine speravi, non confundar in aeternum! ["esperé en Ti, Señor, y no seré confundido para siempre!"]; Domine, exaudi orationem meam! ["Señor, ¡escucha mi oración!"]; ad Te levavi animam meam! ["¡a Ti levanté mi alma!"]

Además, otras invocaciones relativamente frecuentes en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer, estaban relacionadas con la Trinidad.

Quiso que el oratorio de la Sede Central del Opus Dei, en el que habitualmente celebraría el que hiciera cabeza, estuviese dedicado a la Santísima Trinidad. Le he oído muchas veces la jaculatoria que hizo grabar en el retablo: Deo Patri Creatori, Deo Filio Redemptori, Deo Spiritui Sancto Sanctificatori ["A Dios Padre Creador, a Dios Hijo Redentor, a Dios Espíritu Santo Santificador"] .

247

Se emocionó, en 1958, al descubrir -en una iglesia de Marsella- una sobrepuerta con una auténtica catequesis sobre este misterio. En tres círculos, unidos en forma de triángulo equilátero, figuraban las palabras: Pater, Filius, Spiritus Sanctus. En el centro del triángulo había otro círculo con la palabra Deus. En los trazos que unían las tres primeras circunferencias entre sí, se repetían las palabras non est. A su vez, esos tres círculos llegaban al del centro por una línea sobre la que estaba escrito est. Con esta disposición, se podía leer: Pater non est Filius, Pater non est Spiritus Sanctus, Filius non est Spiritus Sanctus ["el Padre no es el Hijo, el Padre no es el Espíritu Santo, el Hijo no es el Espíritu Santo"]; y también: Pater est Deus, Filius est Deus, Spiritus Sanctus est Deus ["el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios"]. Le conmovió tanto, que tomó nota para reproducirla en Centros de la Obra, en el oratorio o en lugares cercanos. Se colocó, por ejemplo, en la cripta para enterramientos de la Sede Central del Opus Dei.

Cuando le pedían algún recuerdo, solía regalar estampas con la representación de la Trinidad. En el dorso, había puesto con su letra: Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto! ["¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo 1 "], o Benedicta sit Sancta Trinitas atque indivisa Unitas! ["¡Bendita sea la

Santísima Trinidad y la indivisa Unidad!"], o también, Gratias tibi Deus, gratias tibi, vera et una Trinitas! ["¡Gracias a Ti, Dios, gracias a Ti, verdadera y una Trinidad!"]

Deseaba que nuestro trato con el Señor estuviese lleno de intimidad: acercaos a Dios. Amad a la Trinidad Beatísima, hijos míos, y decidle, aunque muchas veces os parezca que lo hacéis con la boca solamente: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. Sacad todo el jugo que tienen estas palabras y dadle muchas gracias, a cada una de las Tres Personas, también porque no alcanzamos a comprender ni su gran-

248

deza, ni su Omnipotencia, ni todos los misterios, ni todas las verdades que nos ha revelado.

De modo especial en algunas épocas de su vida, al entrar o pasar por delante del oratorio, invocaba a la Trinidad: gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, gloria a Santa María y también a San José. Jesús, te amo. Gracias a los Ángeles que te hacen la corte. El 23 de noviembre de 1971, me animaba a repetir continuamente esa oración, como acto de fe, como acto de amor y como desagravio. Insisto: dilo muchas veces. Habrá momentos en los que no te darás cuenta de lo que significa esa alabanza, pero poco a poco irás gustando y entrando en la intimidad de Dios.

-Dentro de estafe en la Trinidad Beatísima, se advertía una especial intensidad en la devoción al Espíritu Santo.

2 Tuvo esta devoción desde muy joven. Además, comenzó a advertir muy pronto las luces que le concedía el Paráclito para abrir los nuevos caminos del Opus Dei. A veces, al comentar aspectos del espíritu de la Obra, evocaba los primeros tiempos, y agradecía con sencillez: esto me lo enseñó el Espíritu Santo, porque no tenía otro Maestro que me pudiera dar esa enseñanza.

Con evidente constancia, se dirigía al Santificador, pidiéndole su asistencia vigorosa, mediante jaculatorias tomadas de la liturgia, como: Veni Sancte Spiritus! ["¡Ven, Espíritu Santo!"] o Ure igne Sancti Spiritus! ["¡Quema con el fuego de tu Santo Espíritu!"] Le invocaba frecuentemente: durante el trabajo, en los exámenes de conciencia, al predicar, para la labor de gobierno, ante la dirección espiritual. Además, procuraba que la gente se diese cuenta del gran vacío en que se encuentra cuando no le trata. Le llamaba el

249

Gran Desconocido, manifestando así su dolor por las desatenciones de las criaturas, entre las que se incluía.

-Otra línea de fuerza que recorre la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer es su admiración, llena de consecuencias prácticas, ante la Humanidad de Jesucristo.

Ahondaba a diario en la realidad de que Jesús es perfecto Dios y perfecto Hombre. En su dormitorio, se colocaron al lado de la cabecera de la cama unos azulejos con la imagen de un

Corazón del Señor traspasado por una flecha, con la leyenda del anagrama: Iesus Christus, Deus Homo ["Jesucristo, Dios y Hombre"].

Se conmovía ante las palabras del Apóstol: Iesus Christus, heri et hodie, ipse et in saecula ["Jesucristo, el mismo ayer y hoy y por siempre"]. Y exclamaba: ¡Jesucristo vive! En 1950, nos encarecía: hijo mío, yo te pido que luches -que eso es ya vida interior- por pisar donde pisa Cristo, y te sentirás fuerte, porque estarás apoyado en la roca de la fortaleza que es El.

Nos movía a conocer y tratar la Humanidad de Jesucristo, a seguir tan de cerca al Señor, que oigamos el rumor de sus pisadas, que escuchemos el aliento de su respiración, que percibamos sus más íntimas confidencias con los que había escogido. Y para urgirnos a secundar los pasos del Maestro, el 29 de noviembre de 1972, resaltaba: los comodones no aguantan -¡y no caben!- en el Opus Dei. Es necesario que cada uno considere en qué cosas sirve más al Señor, y en cuáles menos. Yo querría haceros notar que si la vida nuestra personal no va al paso de Dios, es preciso mirar enseguida si hay algo de comodidad.

250

-Como es lógico, su afán por conocer y seguir a Cristo, se nutría de la lectura y meditación de los Evangelios.

Leyó hasta el último día de su vida la Sagrada Escritura. Y nos aconsejaba: leed el Evangelio, vivid el Evangelio, amad el Evangelio, sacad puntos de meditación de la lectura del Evangelio y del Nuevo Testamento; y procurad verter la riqueza de esos libros en las vidas de las personas que se acerquen a vuestra dirección o a vuestro trato: que, por vuestro conocimiento de la vida de Dios, se pueda decir con realidad que tratáis a Jesucristo, que conocéis a Jesucristo, que amáis a Jesucristo, que imitáis a Jesucristo.

Usaba con frecuencia un libro preparado por el Cardenal Gomá en el que se recoge la vida del Señor, entremezclando las escenas de los cuatro Evangelios, en una relación cronológica. Lo tenía en la mesilla, lo leía muchas veces, cuando se despertaba por la noche, y lo llevaba consigo en los viajes.

Resume la importancia que daba a la meditación continua de la Palabra de Dios, este comentario: si de la lectura de la Sagrada Escritura o de los Evangelios no sacamos consecuencias prácticas para nuestra vida de cada día, es señal de que falta de nuestra parte la atención y el amor debidos, porque esos textos son enseñanzas llenas de vitalidad, de fuerza y de aplicación para todo cristiano que quiera ser coherente con su fe.

No pudo cumplir su ferviente deseo de acudir a venerar al Señor en Tierra Santa, en aquellos lugares que presenciaron el paso de Jesucristo Dios y Hombre. No le fue posible, porque seguía como norma no realizar más viajes que los exigidos por la labor apostólica. Pero revisaba con mucho interés publicaciones y fotografías de aquellas tierras, y renovaba a menudo el anhelo de ir allí algún día.

251

-La contemplación de la Humanidad de Jesús es inseparable de la devoción a la Sagrada Familia. Mi impresión es que hay como un crescendo que alcanza los más altos registros tal vez durante su viaje a América de 1974.

Durante su estancia en Brasil, habló repetidas veces de la Sagrada Familia, de la unión que existiría en ese hogar y de la dedicación tan completa de María y José al Señor. Un día, le mostraron unas imágenes de la Sagrada Familia: María y José llevaban al Niño, cogiéndole cada uno por la mano.

Se conmovió hasta externamente, y dijo que esa representación había renovado en su alma el deseo de tratar así al Señor, llevándole de la mano de un sitio a otro, para que le conozcan y, al mismo tiempo, sintiendo su protección.

Algo semejante le ocurrió, en una casa de retiros de Santiago de Chile, con un cuadro del retablo, que representaba la Visitación de la Virgen. Además de las figuras de la Virgen y de Santa Isabel, que se saludan afectuosamente, aparece también San José, acompañando a su Esposa. Nos dijo que su corazón se había llenado de júbilo, al contemplar algo que siempre había meditado: que San José no habría dejado ir sola a la Virgen, porque en esos momentos, en los que nuestra Madre ha concebido al Señor por obra del Espíritu Santo, era lógico que el Santo Patriarca se pusiese a su entera disposición, cumpliendo la Voluntad de Dios de que cuidara a María. Nos repitió que, desde joven, estaba persuadido de que no podía ser de otra manera, ya que San José nunca abandona a los suyos; y nos insistía en que nosotros, que pertenecemos a la familia de Dios, tampoco sentiremos la soledad, porque San José nos acompañará.

Procuraba contemplar al Patriarca en otras escenas de la vida de María, siempre que esa consideración no se opusiese a las verdades de la Iglesia. Por ejemplo, estaba certísimo de que,

252

cuando la Virgen subió en cuerpo y alma al Cielo, fue recibida también por su Esposo, con la alegría de ver coronada la fidelidad de la criatura más excelsa.

-Y, siempre, como en primer plano, el amor a Santa María, continuamente presente también en sus escritos.

En 1970, mientras hacíamos una novena en la Villa de Guadalupe en México, nos dijo que recordaba con perfecta claridad la primera vez que acudió a la Virgen teniendo conciencia de que rezaba y se dirigía a Ella. Lleno de piedad filial, nos invitó a cada uno a hacer lo mismo: evocar ese primer encuentro, para pedir a nuestra Madre, con aquella inocencia y seguridad, por lo que llevábamos en el alma y en el corazón, recurriendo al auxilio de María, omnipotencia suplicante. Tenía dos o tres años, cuando comenzó a invocar a la Virgen en la Catedral de Barbastro, delante de la imagen de la Dormición.

Me aconsejó una devoción que vivía: besar con cariño la frente de una imagen de nuestra Madre del Cielo, y con piedad de hijo decirle: ven conmigo. En más de una ocasión, pasaba los ratos que podía llamando continuamente a la Virgen: ¡Madre, Madre, Madre mía! Y, lleno de confianza, abandonaba en sus manos las necesidades de la Iglesia y de las almas.

No se cansaba de predicar la urgencia de acudir a la Santísima Virgen. Por ejemplo, en 1953, nos insistía: quizá nos falta considerar a Cristo tan nuestro como María lo consideraba suyo: era su vida y la razón de su existencia. Sin Él, María no podía trabajar, ni vivir, ni descansar, ni estar. Y si somos fieles debería sucedernos constantemente lo mismo a cada uno de nosotros.

El 30 de abril de 1968, como solía hacer cuando comenzaban los meses o las épocas del año en las que de una manera

253

particular se cultiva en la Iglesia la devoción a la Virgen, nos recomendaba: en nuestro trato con María, en este mes de mayo, que mañana comienza, querría que cada uno de nosotros empezara a hacer un pequeño sacrificio más, un rato más de estudio, un trabajo mejor acabado, una sonrisa...; un sacrificio, que sea un esfuerzo de nuestra piedad y una prueba de nuestra entrega. Con generosidad, hijo mío, déjate llevar por Ella. ¡No podemos dejar de querer cada día más y más al Amor de los amores! Y con María lo podremos conseguir, porque nuestra Madre vivió dulcemente una entrega total.

Subrayaba la necesidad del trato con la Virgen para llegar a la Santísima Trinidad. En 1970, nos reiteraba esta directriz: tened amor, mucho amor, todo el amor, a la Trinidad Beatísima. Para esto, partid de vuestra devoción a la Virgen, porque Ella, hasta humanamente, está muy cercana a Dios, y es la criatura más perfecta, sirve macula, sirve ruga ["sin mancha ni arruga"], y el Señor no le niega nada. Ella necesariamente os llevará al Hijo, que os hará conocer al Padre, y recibiréis al Espíritu Santo, fruto del árbol de la Cruz. Os sentiréis, de la mano de nuestra Madre, muy cerca de Dios, y le pediréis perdón por vuestros pecados y por los ajenos -a peccatis alieris...-, de los que muchas veces tenemos culpa por nuestras omisiones personales.

-Dentro de este abanico de recuerdos, no puede faltar alguno relativo al rosario, que Vd. rezó muchas veces con Mons. Escrivá de Balaguer.

En los primeros tiempos, cuando 'no tenía dinero para medios de transporte, o lo empleaba en limosnas, pateaba las calles -según evocaba, con palabras castizas-, aprovechando para rezar el rosario. Esa misma costumbre se repetiría luego, tam-

254

bién cuando utilizaba el coche para desplazarse. Recuerdo las caminatas que nos dimos por Holanda en 1961 esperando a don Álvaro del Portillo, a quien había encargado determinadas entrevistas para comenzar la tarea apostólica en aquel país.

Mantuvo esta devoción hasta el último día. Concretamente, el 26 de junio de 1975, cuando atravesábamos las calles de Roma camino de Castelgandolfo, lo primero que hizo fue rezar despacio, devotamente, el Santo Rosario.

Desde los comienzos de su sacerdocio, tenía un rosario en la cabecera de su cama, como detalle ornamental, pero funda= mentalmente para que le sirviese de despertador. Lo vi por primera vez en su cuarto en Diego de León, en Madrid. En Roma, en cuanto pudo disponer de habitación, colocó otro, que habían enviado de México, con una imagen de la Virgen de Guadalupe.

Se ocupó además de que los Custodes tuviésemos también otro rosario en nuestra habitación. A don Álvaro del Portillo le entregó uno de cuentas grandes, blancas, de cristal. A mí, otro que le regalaron unas personas que venían de Tierra Santa, hecho con madera del huerto de los olivos; al dármelo, me sugirió: ponlo si quieres a la cabecera de la cama, con el fin de que te sirva, de una parte, para acordarte de Nuestro Señor Jesucristo, porque el rosario viene de Tierra Santa; y de otra, para acudir a la intercesión de Santa María, y así sepas tratar más y mejor a su Hijo y, por el Hijo, al Padre y al Espíritu Santo.

A1 hablarle de mi oración vocal, me aconsejaba meterme con intimidad en la escena de cada misterio; me insistía en que procurase no repetir las Avemarías maquinalmente, y añadía: y cuando, a pesar de todo, te des cuenta de que te has distraído, después de pedir perdón al Señor y a tu Madre, vuelve a considerar durante unos instantes la escena del misterio que se te ha pasado por alto, y continúa meditando luego el mis-

255

terio que estés rezando. Pero, de tu parte, pon siempre esfuerzo en rectificar y en rezar con devoción, con la misma ternura y con el mismo cariño con que tratabas a tu madre cuando veías que estaba preocupada, o cuando querías conseguir algo. María es nuestro recurso, y a Ella tenemos que acudir, con confianza y con seguridad, pero dándole a la vez todo el cariño nuestro, para que Ella lo presente al Señor con sus manos purísimas.

Me aconsejó también unir el tema de la meditación de la mañana, a la consideración de los misterios del Santo Rosario. Se me quedó muy grabado el ejemplo que me puso: había meditado esa mañana la virtud de la humildad, y me explicó: es muy fácil, hijo mío, te bastan pocos segundos para seguir esta pauta, si te va bien. Yo, por ejemplo, al pensar en los misterios gozosos, uniéndolos al tema de la humildad, he visto: primer misterio, la Anunciación, y he entendido la humildad de ese Dios que se abaja y la humildad del instrumento que es nuestra Madre, que se considera nada y

menos que nada, e indigna de recibir a Dios. Segundo misterio, la Visitación, y he vuelto a considerar la humildad de mi Madre, que es Madre de Dios, y se pone al servicio del prójimo festindnter ["deprisa"]. Tercer misterio, el Nacimiento del Hijo de Dios, la humildad de nuestro Dios, que no se conforma con asumir nuestra pobre naturaleza, sino que además empieza su vida mostrando que tiene necesidad de que nosotros le atendamos, de que nosotros le queramos, de que nosotros le cuidemos. Cuarto misterio, la Purificación, más humildad de mi Madre Santísima, la tota pulchra, la toda limpia, que se sujeta a la ley sin buscarse excusas de ningún género, y cumple rendidamente, en la medida de sus posibilidades económicas, con todo lo que está dispuesto. Quinto misterio, el Niño perdido y hallado en el templo, más humildad de Santa María, que se dispone en todo momento, hasta en esas circunstan-

256

cias de contradicción y de disgusto, a aceptar y ponderar todas las decisiones del Señor, amándolas y acatándolas con total rendimiento de su vida.

-De modo semejante, y aunque ha habido ya referencias a propósito de la Sagrada Familia, me gustaría incluir algún recuerdo más específico sobre la devoción a San José.

He contemplado una escena en distintas Navidades, cuando -al distribuir las figuras del Nacimiento- alguien colocaba a San José un poco distante del Niño y de la Virgen o en un segundo plano. Mons. Escrivá de Balaguer las acercaba, mientras repetía: vamos a poner siempre a José muy cerca de Jesús y de María, porque siempre lo estuvo, porque lo sigue estando, y porque nos tiene que servir de guía para servir al Señor, contando también con la intercesión de la Virgen, como los dos le sirvieron.

La devoción a San José estuvo arraigada en su vida desde la infancia. Ya en Roma, recuperó una imagen del Patriarca, que había pertenecido a sus abuelos maternos: le oí evocar entonces que, siendo muy niño, se empinaba sobre las puntas de los pies, para mirar y rezar a esa imagen, instalada dentro de una urna.

Cuando viajó a Ecuador, se alojó en una casa en la que había dos figuras de San José en habitaciones distintas. En una, está sosteniendo al Niño Jesús, que le abraza cariñosamente con una mano por detrás del cuello, y la otra le corona con un gesto de reconocimiento. En el segundo cuadro aparecía San José con los pies sobre el mundo, dando a entender que el Señor le confía la protección de todas las cosas de esta tierra, ya que enseñó a Jesús a realizar un trabajo humano, con el que comenzó la obra de la Redención. Esos cuadros le alegraron tanto, que manifestaba continuamente su agradecimiento al

257

pueblo ecuatoriano porque le habían ayudado a aumentar su amor a aquel varón justo.

Durante toda su vida, buscó industrias humanas para tratar al Santo Patriarca. A partir de 1965, solía regalar una estampa en la que había escrito esta jaculatoria: San José, nuestro Padre y Señor, protege a tus hijos de la Santa Iglesia de Dios.

El 22 de enero de 1973, nos descubrió unos versos que aprendió de pequeño: "oh José, venturoso Padre del mismo Dios, y Esposo de María, desde los altos Cielos, benigno, míranos en este día". Y agregó que recurría al Santo Patriarca, para que pusiese en cada uno de nosotros mayor delicadeza de trato y aumentase nuestra finura en las acciones litúrgicas y de culto.

Es interesante recalcar la espontaneidad con que manifestaba, en estas conversaciones con sus hijos, que le gustaba pensar en los dolores y en los gozos de San José. En marzo de 1973, nos persuadía: hay que rezar mucho, hay que rezar todo el día. Tenemos que acudir a San José, especialmente en este mes de marzo, y también durante todo el año, porque es el Patrono de la Iglesia universal: ¡que se vea!, ¡que se vea que es el Patrono de la Iglesia universal! Yo no me canso de invocarle con ese ¡te ad Ioseph ["id a José"]> diciéndole: ¡que se note!

En ese mismo año comentaba: José era un gran cariño de Jesús. Procurad tener una devoción tierna, fina, cariñosa. A mí, me gusta llamarle: nuestro Padre y Señor. Acudamos a José; y, por él, a María; y, con los dos, a Jesús. Cogeos -¡bien cogidos!de la mano de José y de María, y entonces veréis a Jesús.

-Mons. Escrivá de Balaguer manifiesta también, en su vida y en sus escritos, una fe viva en los Ángeles y en los Santos.

Pienso que sintetiza su modo de tratar a los Santos, lo que le oí el día de Santa Isabel de 1973: esta mañana, he comen-

258

zando a encomendar todo a Santa Isabel, y enseguida he pasado a hablar con su hijo Juan, y con Zacarías; y después con la Virgen, con San José y con Jesús: y es que en este trato con el Señor, pasa como con las amistades humanas, que se amplía el círculo de conocimiento, a través de los amigos.

Sus padres le enseñaron a invocar a su Ángel Custodio por la mañana y por la noche, con la popular oración: Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día. Aquella piedad infantil fue-haciéndose más recia y robusta con el paso de los años por la incidencia que los Ángeles han tenido en su vida y en la historia del Opus Dei.

He comprobado la devoción con que se encomendaba al Ángel Custodio al emprender un viaje, o cuando impartía la bendición a los que se la pedían. Añadía luego la jaculatoria Sancte Raphaél, ora pro nobis!, para que les protegiera en el camino. Para esta bendición compuso una fórmula, a partir de la que el anciano Tobías da a su hijo cuando marcha a cobrar la deuda de Gabelo: Beata Maria intercedente, bene ambules, et Dominus sit in itinere tuo, et Angelus eius comitetur tecum. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen ["Por la intercesión de Santa María, que tengas buen viaje, y el Señor esté en tu camino, y su Ángel te acompañe. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén"]. En 1964, introdujo una pequeña modificación: en lugar de et Angelus eius, el plural et Angeli eius. Y muchas veces, cuando terminaba, añadía: para que te acompañen el Señor, la Virgen y una corte de Ángeles, ¡muchos Ángeles!, esas criaturas maravillosas que no dejan de rondar al Señor y le están cantando continuamente en una alabanza llena de novedad, de amor y de cariño, que nunca suena igual.

Tenía la costumbre de invocar a su Custodio con la siguiente oración: Angele Dei, qui cultos es me; me tibi commissum pietate superna illumina, custodi, rege et guberna. Amen

259

["Ángel de Dios, que eres mi custodio, pues la bondad divina me ha encomendado a ti, ilumíname, guárdame, dirígeme. Amén"]J.

Repetía igualmente una jaculatoria a su Ángel, a los Arcángeles, Dominaciones y Potestades, para que llevasen su oración a todos los Sagrarios del mundo: dicite eí, quia amore langueo ["decidle que muero de amor"].

En 1972, nos aconsejaba: mete dentro de tu vida el deseo y la necesidad de tratar a tu Ángel Custodio. Invócale con frecuencia. Yo lo hago muchas veces al día, porque lo necesito y porque le pido constantemente que sepamos estar pendientes de Dios única y exclusivamente.

He podido comprobar también que, cuando le referían gestiones realizadas por encargo suyo, solía preguntar: Chas encomendado todo lo que has hecho a tu Ángel Custodio y al de la persona que ibas a ver? Y muchas veces me aconsejó: cuando llames por teléfono encomienda la conversación a tu Ángel Custodio y al Ángel Custodio de la persona con la que hablas.

Si había que localizar documentos o expedientes traspapelados, o algún objeto sin importancia que se caía de la mano y se escapaba de la vista, nos sugería: vamos a encomendarlo al Ángel Custodio. Le acompañé en muchas de sus audiencias con los distintos Romanos Pontífices, y también en visitas a Prefectos o a personas que ocupaban cargos en la Curia Romana. No dejaba de encomendar las gestiones a su Ángel Custodio y al de la persona a la que iba a ver. Concretamente, cuando acudía al Vaticano, se dirigía al que -por devoción privada- ponía como Custodio de ese Estado, como solía hacer al ver las torres de las Catedrales de las distintas diócesis, encomendando al Ángel Custodio del Prelado y al Ángel que tuviese el encargo de velar por las almas de ese territorio.

260

Como es lógico, tenía un trato muy intenso con los Arcángeles San Miguel, San Gabriel y San Rafael, puesto que el Señor los había querido como Patronos de la Obra. Pidió que en un relicario de la Santa Cruz, que llevó encima hasta el día de la muerte, se representase a los tres de la forma siguiente: San Miguel, con una espada y un escudo, para que nos ayudase a defender por encima de todo el Reino de Dios; San Gabriel, con una azucena, a fin de que conservase la castidad de cada uno de acuerdo con su estado; y, finalmente, San Rafael, con una alforja, un pez y un cayado, para que nos protegiese al emprender cualquier camino en la tierra, también el ordinario de cada día.

Saludaba, en fin, al Custodio de cualquier persona con la que se encontrase. Por eso, cuando se enteró de que mi familia vivía en la misma casa donde, en el curso 1939-40, hubo un Centro del Opus Dei, me aseguró: te habré encomendado a tu Ángel Custodio cuando eras pequeño, si te he encontrado en el portal o por las escaleras de la casa, ya que tuve esa costumbre desde que era muy joven.

Al terminar estas páginas, me queda un resquemor: estoy convencido de que estas manifestaciones de vida contemplativa eran frutos espontáneos de un corazón encendido; pero podrían parecer una relación interminable de actos, imposible de repetir...

Resumía así la vida de piedad: el amor es sapientísimo y busca -porque lo necesita- siempre formas nuevas de manifestarse, aunque sea con las mismas costumbres. Por ejemplo, el 18 de mayo de 1972, abría su alma a los que vivíamos en el Centro: ayer, miércoles, era un buen día para acudir a San José; hoy, a la Eucaristía, pero es necesario acudir con cariño,

261

con todo el amor, para reparar un poquito, con nuestra debilidad, el mal que le hacen. Y el martes se puede acudir a los Ángeles Custodios, el lunes a las benditas ánimas del Purgatorio, el domingo a la Trinidad Beatísima, el sábado a Santa María, y el viernes a la Pasión. Así, con estas devociones, se contempla todo el amor de Dios. No es difícil conseguirlo, si se quiere luchar. Os aseguro que, al cabo de los años, siendo lo mismo es todo distinto, porque Dios es siempre nuevo.

Fomentaba en su alma muchas devociones personales. No hablaba de ellas, habitualmente, para no coaccionar a los demás, y dejarles en libertad; aunque no le importaba que le vieran rezando: cuando estaba a solas o con Mons. Álvaro del Portillo y conmigo, rezaba en alto algunas jaculatorias y oraciones. Sucedió esto en las interrupciones del trabajo, mientras íbamos de un sitio a otro, etc., y comprobábamos así que no se interrumpía su diálogo contemplativo.

No pretendía que viviésemos como con la obsesión de llenar una hoja de servicios personal, sino con la delicadeza de emplear nuestras mejores energías para fortalecer el amor de Dios a lo largo de cada jornada. Exigía esta prioridad de la vida interior a todos sus hijos, y particularmente a los Directores y a los sacerdotes.

Nos aconsejaba que hiciésemos y viviésemos nuestras prácticas de piedad sólo y exclusivamente para el Señor, sin alardes, pero sin ocultarlas: no hagáis las cosas para que os vean pero no os importe que os

vean, pues será motivo para que muchos se fijen en el culto que dais a Dios, y también ellos se decidirán a querer mejorar su vida con el ejemplo que les deis.

262

CAPÍTULO CUARTO

Y como el Evangelio nueva

1. Unidad de vida

-Casi al comienzo de este libro, aludía a la gran novedad que vio el Fundador del Opus Dei el 2 de octubre de 1928. Aquel día -según palabras del Decreto sobre las virtudes heroicas de Josemaría Escrivá de Balaguer-, "comprendió claramente la misión, vieja como el Evangelio y como el Evangelio nueva, a la que era llamado". Su lucha por la santidad, orientada a la realización de ese fin, se forja desde esa fecha a través de una espiritualidad con características evidentemente originales.

Como elemento central de ese espíritu, destaca la unidad de vida, que forma parte ya del patrimonio común de los cristianos (al menos, desde el Concilio Vaticano II.: cfr. Const. Past. *Gaudium et spes*, n. 43; Decreto *Apostolicam Actuositatem*, n. 4; Decreto *Ad gentes*, n. 21; y Juan Pablo II, Exhort. Apost. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 59). No es fácil describir la unidad, que, en sí, se resiste a divisiones. En el fondo, vendría a ser la más intensa Participación posible en la vida de Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, especialmente durante sus años en Nazaret. La unidad de vida -modo de exprimir la existencia a la al-

263

tura de la dignidad de los hijos de Dios- integra armónicamente la lucha ascética y el apostolado con los compromisos seculares. No separa contemplación y acción. Llega a no distinguir entre oración y trabajo...

He gastado muchas horas de mi vida a su lado, en la misma mesa, y me impulsaba a ofrecer cada tarea antes de comenzarla, mientras la estaba realizando, y después de acabada. En muchas ocasiones, nos decía a Mons. Alvaro del Portillo y a mí: poned en este trabajo los cinco sentidos y todas las potencias de vuestra alma, para ofrecérselo como incienso que sube al Cielo, en honor del Señor. Si no lo hiciéramos así, estaríamos perdiendo miserablemente el tiempo.

Mons. Escrivá de Balaguer se refería continuamente a la necesidad de buscar ese *quid divinum* escondido en las circunstancias de la existencia, para convertirlas en una conversación con el Señor y darle toda la gloria. Lo remachaba en 1970, con estas palabras: yo quería que no os olvidarais jamás de que Dios os espera en cada instante, en cada ocupación.

El 3 de agosto de 1971, nos glosaba un texto de la Escritura que había leído esa misma mañana: *Dominus vobiscum, duia fuistis cum eo* (II Paralipómenos XV, 2): Dios está con nosotros. Si le buscamos, le encontraremos siempre. Si no le buscamos, no le tendremos con nosotros. Por tanto, hijos míos, si nosotros queremos, no hay ninguna dificultad que no se pueda superar: Él está con nosotros, siempre dispuesto a darnos la gracia para que seamos capaces de vencer. Mirad lo que sigue escribiendo el autor sagrado: *in tempore illo non erit pax egredienti et ingredienti sed terrores undique...* El profeta regaña a Asan, porque ha quitado a Dios y ha puesto a los ídolos en su lugar: como consecuencia, no habrá paz para nadie y, en cambio, reinará el la desconfianza y el miedo en todos los ambientes.

terror,

264

Cuando Asan destruye los ídolos y vuelve sus ojos a Dios, cuenta la Escritura que siguieron treinta y cinco años de paz: ¡Dios es buen pagador!, es decir, sabe pagar con creces los esfuerzos de los hombres. Llevad esto a vuestra vida, y aplicadlo a todas las circunstancias. Si las cosas van mal, es porque las criaturas -muchas veces los que mandan- no buscamos a Dios y, naturalmente, no le encontramos ni gobernamos en su nombre.

-La unidad de vida puede y debe vivirse con sencillez y naturalidad, en las situaciones más ordinarias.

El 18 de mayo de 1972, al final de la jornada, estábamos viendo las noticias del telediario. Hicieron una entrevista a una famosa bailarina, de ballet clásico, muy conocida por su arte y su honestidad. Aquella mujer hablaba de que, después de un gran éxito, a la mañana siguiente volvía a la barra de entrenamiento y, al empezar, los músculos estaban como agarrotados, incapaces de conseguir la figura y el ritmo logrados el día anterior. Mons. Escrivá de Balaguer comentó inmediatamente: nada se consigue en este mundo sin esfuerzo; sólo con un comenzar y recomenzar continuo se llega a saborear el trato con Dios, que se pierde, si no se mejora, si falta en el alma la preocupación de vivir atentamente para el Señor. Para amar a Dios de verdad, hay que esforzarse constantemente en amarle.

El Fundador del Opus Dei rechazaba la actitud que reserva la vida cristiana solamente para determinados momentos del día, o para determinados días de la semana: la fe ha de informar toda la actuación del creyente. A propósito de esta coherencia, recuerdo que, en 1954, la televisión habló de una persona fallecida en un accidente. Mons. Escrivá de

265

Balaguer se entristeció, al comprobar que los comentarios adolecían por completo de sentido cristiano. Al terminar el programa, nos confió: con mucha frecuencia vemos, y no me parece mal, que personas de otras religiones las profesan externamente, delante de todos los demás: unos se arrodillan en dirección a la Meca; otros llevan unas vestiduras y asumen unas costumbres que incluso pretenden imponer a los demás... En cambio, nosotros, los católicos, tantas veces nos quedamos conformes sin hacer nada.

Dónde se ha ido la fe de Cristo? Dónde se ha ido la fe que decimos que profesamos? Y con una voz más terminante, concluyó: ¡No, no!: hemos de ser siempre valientemente consecuentes; hemos de dar la cara por Dios, porque de toda actividad y de toda palabra el Señor, en justicia, nos pedirá estrecha cuenta, ya que tiene derecho a que nos comportemos como hijos suyos y a que la gente sepa que somos y queremos ser hijos de Dios.

La fuerza apostólica de Mons. Escrivá de Balaguer se fundamentaba en la oración. Efectivamente, su trato con Dios no se reducía a consideraciones ascéticas o místicas, sino que se aplicaba a su tarea diaria e influía en su modo de trabajar y de convivir. Además, procuraba transformar todo su día en oración, presentando al Señor los distintos quehaceres: antes de comenzar cualquier tarea - intelectual o material-, alzaba su corazón a Dios para ofrecerle esa labor y pedirle luces, para llevarla a cabo en su presencia, aprovechando las gracias actuales.

No se cansó de enseñar que hemos de contar siempre con el factor más importante: la Providencia divina. Por eso, indicó que se pusiera un azulejo en su cuarto de trabajo, junto a un crucifijo, con estas palabras: sanctis omnia sancta, mundana mundanis ["todas las cosas son santas para los santos; mundanas, para los mundanos"]. Y comentaba que, cuando

266

se busca al Señor, es muy fácil descubrir el quid divinum en todo, para no apartarse de la ley de Dios y conducirse como un buen hijo.

-La unidad de vida significa, pues, buscar la presencia y el diálogo continuo del alma con Dios.

Sin entrar en reflexiones propias de los tratados de Teología espiritual, sí puedo aducir que el comportamiento de Mons. Escrivá de Balaguer estaba transido por una unión continua con el Señor: refería todo a Él, le invocaba al empezar cualquier tarea, continuaba su trabajo en conversación con Dios, le daba gracias por lo que había realizado, renovaba constantemente el ofrecimiento de obras hecho al inicio de la jornada.

Aseguraba que, en la vida de un cristiano, no existen situaciones indiferentes, ya que todas han de ser punto de diálogo y de encuentro con el Creador. En una charla con Directores del Opus Dei, en 1962, insistía: somos muy poca cosa, hijos míos. Si tratáis a Dios, bien pronto os convenceréis de esta realidad. Por eso, necesitamos -¡todos!- rezar, cumplir piadosamente las normas de nuestro plan de vida, para que haya una continua oración, un conjunto de corazones que se elevan al Cielo, ofreciendo también nuestras miserias personales, y dejando al Señor que actúe sin que se interpongan como obstáculos esas miserias. Hablo para los Directores especialmente: hay que vivir y trabajar; fastidiarse y humillarse; levantarse siempre, y ser muy fieles y sinceros abriendo bien el corazón a Dios y a quien dirige nuestra alma para que sepamos estar pendientes continuamente del Señor.

Nos hablaba de practicar y propagar la fe a través de las circunstancias ordinarias de cada día. Y nos concretaba en 1956:

267

la vida nuestra no contiene milagrerías. Contiene, en cambio, nuestras pequeñeces diarias, nuestro trabajo bien cumplido, nuestra vida de piedad y, sobre todo, el complemento inefable de la fortaleza y de la Omnipotencia de Dios. Pero no podemos conformarnos con la ambición personal de llegar al Cielo solos: si de veras estamos unidos a Dios y confiamos en Dios, nos ocuparemos de que todas las almas conozcan al Señor y le sigan, amando sus mandatos.

Recuerdo que, en 1959, recibió a una persona de sangre real, no católica. A ella se refirió alguna vez en la predicación -con extrema caridad, sin mencionar los temas de la conversación ni el nombre del interesado-, como un personaje altivo, tremendamente seguro en su posición humana, que se olvidaba de Dios, a Quien nunca mencionaba: ¡no se percataba de que es Dios lo único que importa! Después de aquella visita, nos dijo a Mons. Álvaro del Portillo y a mí que encomendaba la conversión de esa alma a la fe católica. Y nos comentó que le había hablado de que, por encima de su situación terrena, lo que verdaderamente contaba era su condición de hijo de Dios: toda la historia que corre en sus venas -añadía- es nada y menos que nada al lado de este tesoro que el Señor nos tiene preparado, por su infinita Bondad y por su infinita Misericordia.

-Hemos tenido ocasión de verlo desde otros puntos de vista. Pero me gustaría volver a la connaturalidad con que Mons. Escrivá de Balaguer pasaba del amor divino al amor humano, y al revés. Pienso que forma parte del modo de entender la unidad de vida, sin dicotomías ni rarezas.

Insistía en que hemos de mostrar nuestro amor a Dios a través de las cosas corrientes: como sucede entre los que se quieren, esos detalles pequeños ofrecen un sabor, una luz, un

268

contenido diversos, porque la vida contemplativa nunca cansa, ni se repite, es siempre nueva. En 1954, nos advertía: cuando se ama a Dios con sinceridad no se regatea la entrega, el amor, que va apareciendo en miles de detalles diarios. Y cuando se ama de verdad, se da con alegría, sin llevar la cuenta y sin buscar agradecimiento: ¡es suficiente, entonces, para el alma, la oportunidad de gastarse gustosamente! No se piensa si ya se ha hecho mucho o si cuesta.

El 3 de junio de 1974, nos alentaba una vez más a estar en lo pequeño de cada día: me detengo, entre otras muchas posibilidades, en dos puntos concretos: la sonrisa constante, que tantas veces cuesta, y cuesta mucho, sirviendo al Señor con alegría y sirviendo, también con alegría, a los demás, por Él. Es el ramo de flores que coge el pequeñín, que corre, va y vuelve: mientras los demás han andado sólo medio kilómetro, el pequeñín ha recorrido varios kilómetros, y los demás no se han dado ni cuenta. Empeñaos, aunque lleguéis a ocupar un alto cargo en la vida, en haceros muy pequeños delante de Dios y servidores de todas las almas. El otro punto en el que también deseo insistiros hoy es el hodie et nunc, porque es eficaz para el alma y es eficaz para que las cosas salgan, buscando solamente la gloria de Dios y pisoteando nuestro yo de modo que Él reciba toda la gloria.

En otra ocasión, aconsejaba a las alumnas del Colegio Romano de Santa María: a mí me da mucha alegría comprobar que, en toda nuestra vida, no hay nada que no se pueda convertir en servicio a Dios, en bien de las almas, en primer término en bien de las nuestras. Y es que Dios lleva al alma fiel por los caminos que más le convienen. No lo olvidéis: cuando hay de nuestra parte buena voluntad para corresponder, la gracia de Dios llega a todos los ambientes, a través de los servicios de nuestras pobres personas.

Entonces, una mujer del Opus Dei, argentina, que había trabajado antes en una tienda de modas, le refirió el aposto-

269

lado que hacía desde ese lugar. Llevaba puestos unos collares de cadena, de bisutería. Cuando terminó su relato, Mons. Escrivá de Balaguer bromeó: hija mía, ¿quién te ha echado esas cadenas encima? Y añadió: no, hija mía, hablando ya en serio, yo te digo que tienes encima las benditas cadenas del amor de Dios, más amables, más grandes, más bellas que todas las joyas que pueda haber en el mundo; además, no son nada pesadas aunque a veces nos pesen porque Dios pide mucho. El Señor quiere mucho amor, quiere mucha fe, quiere mucha esperanza, quiere mucha correspondencia a su gracia.

-Evidentemente, el núcleo de la unidad de vida se refleja en la actitud ante el trabajo profesional y las actividades ordinarias del cristiano, que han de ser santificadas con mentalidad laical.

A este propósito, repetía las palabra

s del Profeta discite be-

nefacere! ["aprended a hacer el bien!": Isaías 1,17]: sacaba jugo abundante a esta exhortación, recordándonos que el Señor quiere que aprendamos a vivir todas las virtudes, con rectitud de intención, buscando su gloria, y desprendiéndonos del propio yo. En 1966, nos aseguraba: el trabajo es fundamental en la vida de los miembros del Opus Dei. Cuando se trabaja con afán cada día, cada día aumentan las ansias de trabajar más, para tener nuevas ocasiones de encontrarse con Dios, y así resulta que oración y trabajo se unen en un solo modo de vivir, en unidad de vida.

Todo el día del cristiano tiene que ser una manifestación de amor al Señor. En 1956, nos encarecía: esto es lo único extraordinario que se nos permite: vivir con amor y perfección las cosas ordinarias. Coronar, terminar, acabar bien lo que hacen también los demás, nuestros colegas, nuestros conciudadanos:

270

de aquí la eficacia, porque el apostolado de mis hijos es el trabajo profesional, realizado con amor de, Dios y para Él.

Estaba persuadido de que, en medio de cualquier ocupación, intelectual o manual, existe esa posibilidad de acercarse al Señor, de tratarle, de amarle, de identificarse con Él; en 1956, recapitulaba: nadie me puede quitar el convencimiento -confirmado de continuo por este Opus Dei

que el Señor ha abierto en todo el mundo- de que quien quiere, aunque su trabajo parezca sin importancia o excesivamente monótono, puede hacer un trabajo de Dios.

Le consumía el celo por amar más a Dios. Cuando se encontraba una puerta mal cerrada, una ventana mal entornada, o cualquier detalle material descuidado, venían a sus labios, con espontaneidad, palabras como: este detalle -esta ventana, esta puerta- está acabado -está cerrada- con poco amor de Dios. En 1962, nos decía en una reunión de familia: ¡Dios pasa constantemente a tu lado! No se te escapa: sencillamente no le ves, porque no le buscas. Abre bien los ojos para mirar al Señor.

-Me ha sorprendido siempre la facilidad con que Mons. Escrivá de Balaguer sacaba punta sobrenatural a los quehaceres humanos. Basta leer, en aquella homilía de 1960 incluida en el libro Amigos de Dios, las anotaciones sobre la crestería de la catedral de Burgos, toda una lección práctica de trabajo bien acabado y de rectitud de intención.

El 17 de mayo de 1972, recibió a un militar, hombre duro y recio, noble y sincero, pero apenado ante la situación de la Iglesia y de la sociedad. Se lo comentó al Fundador del Opus Dei, que repuso: cuádrate delante del Sagrario, como un quinto, y dile: aquí estoy. Entrégate del todo, ¡es la hora de la lealtad!

271

No permitía que el exceso de trabajo fuera excusa paró dejar en un segundo plano la lucha interior. A veces, algunos le manifestaban sus dificultades para cumplir ordenadamente el plan de vida, por los muchos compromisos profesionales que llenaban su jornada: "Padre, es que tengo varios encargos profesionales: debo dar clases; atender a los alumnos; hacer tantas visitas por distintos motivos; y he de dedicarme a mi mujer y a mis hijos. ¡Me faltan horas en el día!". Mons. Escrivá de Balaguer les escuchaba, y respondía: me has dicho... -y repetía esa enumeración de ocupaciones-, y te falta un dato: que además y principalmente has de dedicar un tiempo expreso para el Señor. Aquí está la raíz: cuida más tu vida de piedad, métete más en el Señor, y tu día se hará de cuarenta y ocho horas. Llegarás a eso que atiendes ahora, y a muchas cosas más, porque contarás con la fuerza de Dios.

El 22 de enero de 1968, le visitó un Supernumerario del Opus Dei, investigador de fama internacional, con muchos doctorados honoris causa. Le recordó Mons. Escrivá de Balaguer que lo más importante para él eran las normas de piedad: son el clavo donde se apoya toda tu vida, y allí encontrarás el descanso y la fortaleza, para esa tarea profesional que has de convertir en oración. Nos explicaba, después, que le daba alegría ver que hombres de esta categoría supieran anteponer el trato con Dios, que también -insistía- supone un descanso -aunque requiera esfuerzo- porque de ahí se sacan fuerzas de la gracia que Dios nos entrega.

Cuando se acumulaban los asuntos o preveía que las circunstancias podrían llevarle a descuidar las normas de piedad, las adelantaba. Así lo aconsejaba particularmente a los miembros del Opus Dei con cargos públicos o profesionales de responsabilidad, para que no se dejasen arrastrar por la barahúnda del trabajo cotidiano, y tuviesen presente que el fundamento de la eficacia de su profesión estaba en la vida interior.

272

A este propósito, nos decía en 1956: hemos de considerar si en el trabajo, si en todas las circunstancias, encontramos oración, presencia de Dios, diálogo con Él; si sacamos materia de oración, si damos espacio a la mortificación, por la puntualidad y la constancia en el cumplimiento del deber concreto; si lo cumplimos con responsabilidad, para que sea punto de apoyo y sostenimiento de la familia que formamos... No podemos perder nunca de vista que nuestro trabajo es corredención. .

-Esta idea de corredención es también capital para ahondar en la unidad de vida, contemplándola desde el ángulo apostólico.

El Fundador del Opus Dei ardía en deseos de llevar a Dios las iniciativas y trabajos de los hombres. Nos enseñaba, con encendido convencimiento: te aconsejo, hijo mío, que en cada una de las almas, en cada uno de tus hermanos, veas a Cristo. No me pierdas este punto de mira sobrenatural, y verás que en tu trabajo tus reacciones serán muy distintas, porque querrás actuar -dentro de tu debilidad- para servir a Dios como espera ser servido en esas almas.

Me parece que unas palabras de 1973 resumen claramente su preocupación por los demás: el apostolado, el interés por la vida de los demás, es una consecuencia necesaria de la vida del cristiano. No es una prenda externa, no es algo superpuesto, ¡es vida! Por eso, el trabajo es apostolado, el descanso es apostolado, la vida corriente es apostolado, el estar pendiente de los demás es apostolado... Como el latir del corazón en el cuerpo, el apostolado, el servicio a las almas, denota si hay verdadera vida en el cristiano.

Examinaba, a diario, cómo se había esforzado en llevar a Dios

cada una de las personas con que había tratado en la jornada, y

a

273

nos animaba a preguntarnos qué habíamos hecho para acercar las almas al Señor, en nuestro ambiente de trabajo, en la convivencia social, o con ocasión de encuentros esporádicos. En 193, nos avisaba: si no procuras que el Señor gobierne, reine en tu alma y en la de los demás, estás pasando el tiempo vanamente. No me olvidéis que Él es lo permanente y nosotros lo transeúnte: por eso, en cada alma hemos de procurar que viva el Señor.

Sus conversaciones, sin ningún aire de "predicación", estaban impregnadas de contenido espiritual. Aunque su interlocutor careciese de la preparación suficiente, llevaba su charla al terreno sobrenatural, hablando con espontaneidad de lo que vivía en su corazón. Le escuché en 1969: nosotros somos cristianos corrientes. Por eso trabajamos donde está la gente de la calle, que es lo nuestro. Ahí, en una cervecería, empecé una de las muchas labores apostólicas con muchachos que conocía. Aprovechamos, por tanto, los medios ordinarios, refiriéndolos a Dios; y luego actúa la gracia del Señor, convirtiendo esos medios en instrumentos eficacísimos, porque sale un traje cortado a la medida de cada persona.

-Por supuesto, la eficacia apostólica se hace depender de la unión personal con Dios.

En 1970 precisaba: no olvidéis que la caridad es fruto de la presencia de Dios: tiene mucha caridad el que se empeña en hablar continuamente con el Señor, porque el Señor le pondrá las palabras en la boca y le guiará para ayudar a sus hermanos, y a todos los que se le acerquen.

Muchas veces, en sus conversaciones confidenciales, nos descubría: cuando me quedo pensativo, no estoy sin hacer nada: por la gracia de Dios, me encuentro con la cabeza metida en tantas ocupaciones, para ver cómo podemos rendir

274

más en el servicio del Señor, cómo podemos hacer que las almas le conozcan y le traten más.

Y nos recordaba que debíamos ofrecer nuestra oración y mortificación, el trabajo y los encargos, para que hubiese más vocaciones en la Iglesia, y en el Opus Dei. Por eso, como un estribillo de toda su vida, proclamaba: ¿queremos ser más?, ¡seamos mejores!

Su sola presencia era una llamada a la santidad, a la necesidad de ser fiel al Señor. Los éxitos, las labores apostólicas, las vocaciones, las conversiones de las almas, el trabajo cotidiano; la vida corriente, las contradicciones, el dolor físico y moral, la enfermedad..., es decir, todo lo que

compone la existencia de una persona, adquiría, a su lado, el sentido y relieve verdaderos: el convencimiento de que el Señor está junto a nosotros, y cada uno ha de luchar -dejando la vida si es preciso- para caminar al lado de Dios.

Desde el fundamento de su filiación divina, practicó y enseñó a millares de almas la unidad de vida, que resumía como la necesidad y como el instinto sobrenatural de purificar todas las acciones elevándolas al orden de la gracia, de santificarlas y de convertirlas en instrumento de apostolado.

2. Santificar los trabajos y los días

-En el primer capítulo de este libro, se menciona la llamada del Beato Josemaría Escrivá de Balaguen: fundar el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano. El Fundador sintetizaba esos fines con algunos textos de la Escritura.

Desde que era sacerdote joven, utilizó como jaculatoria las palabras *regnare Christum volumus!*, y se empleó, con todas sus

275

fuerzas, para que comenzase a reinar en su vida. De la misma manera, entre otros muchos textos, constituyó tema central de su lucha y su labor el consejo del Apóstol: *instaurare omnia in Christo*. Se esforzó en transmitirlo a los demás, referido a las profesiones y lugares donde se encuentran los hombres. Se aplicó también constantemente el versículo del Evangelio *ubicumque fuerit corpus illic congregaburatur et aquilae*: soñaba con esa unión del alma con Dios, reflejada en la figura del águila que mira de hito en hito el sol, para después llevar al Señor todos los ambientes, y le rindan el culto que le es debido. En fin, el pasaje del Evangelio de San Juan *et Ego si exaltatus fuero a terca, omnia traham ad meipsum*, que oyó mientras celebraba la Santa Misa, y quedó impreso a fuego en su alma, de modo que ardía en deseos de poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas.

-Esta idea central aparece en sus primeros escritos, y en sus conversaciones con los que le seguían en los años treinta.

En ese tiempo, cuando apenas llegaban a una decena los miembros del Opus Dei, les hablaba de la necesidad de trabajar apostólicamente en el campo intelectual, en el ámbito de la economía, en los medios obreros, en la agricultura, o en los hogares de familia. Su visión ofrecía tal firmeza, que no tenían la menor duda de que se haría realidad.

El Fundador del Opus Dei transmitió a sus hijos el afán de llevar a Cristo todo lo humano, fortaleciendo su acción con una vida interior profunda y una conducta coherente. No se trata - insistía- de actuar como una perfecta organización humana, ni de considerarnos superhombres, sino de meter en todas las personas de la sociedad, empezando por nosotros mismos, el hondo convencimiento de que hay que vivir cara a Dios. Nos repetía que el Opus Dei ha venido para servir a la

276

Iglesia en cualquier circunstancia, sin limitaciones de tiempo, ni de ambientes, ni de condiciones personales.

Sabiéndonos capaces -reconocía Mons. Escrivá de Balaguerde cometer los mismos horrores y los mismos errores del hombre más depravado, mis- hijos han trabajado con el convencimiento de que el Señor nos ha escogido como instrumentos para que, con su gracia, influyamos en los lugares donde estamos. Resultado de esta tarea es el número ingente de almas, de todas las clases sociales, que han* comenzado o recomenzado a llevar una vida cristiana consecuente, con una participación asidua en los Sacramentos; con su colaboración en la vida parroquial y su atención al Magisterio

eclesiástico, tanto pontificio como episcopal; con la defensa cristiana de la familia, y de los derechos básicos que la sustentan; en fin, con la promoción social, profesional y espiritual de gente con escasos recursos económicos.

-Hoy resulta relativamente normal la consideración del matrimonio como uno de esos grandes senderos de santidad y apostolado en medio del mundo. Pero aún recuerdo que hacia 1984, en un programa de la radio oficial española, un periodista me seguía presentando su escándalo por el punto número 28 de Camino.

El Fundador del Opus Dei predicaba que la santidad no está reservada a los religiosos o a los sacerdotes. Y no dejaba de recordar que el amor de los esposos lo ha querido y bendecido el Señor. Tuvo siempre en su cabeza la frase que el Apóstol utiliza para evocar el matrimonio: sacramentum magnum. De aquí concluía que es necesario subrayar la llamada a la santidad de quienes por vocación divina están en este camino. Recordaba el esfuerzo de correspondencia cristiana de sus padres y advertía esta misma vida de santidad en muchas almas. Desde que

277

vio que Dios contaba con ellas, a través del camino del Opus Dei, comenzó a dedicarse con más intensidad al apostolado entre los casados, aunque jurídicamente no pudieran ser miembros de la Obra hasta 1948. Pero, desde los primeros años, enseñó a los matrimonios a esforzarse por conseguir que sus hogares fuesen luminosos y alegres.

Pensando en las familias, Mons. Escrivá de Balaguer impulsó el apostolado de las mujeres del Opus Dei, para enseñar a las madres -especialmente en sectores marginados, y en ambientes rurales- a tratar a sus hijos con delicadeza humana y con sentido sobrenatural.

Fomentó en los padres la responsabilidad y la conciencia de ocuparse directísimamente de la educación de sus hijos, promoviendo -ellos- escuelas, colegios y clubs en los que, con la formación humana, forjen un auténtico criterio cristiano. Ese estímulo apostólico ha tenido eco ya en todos los continentes. Y no faltan, en los lugares donde trabaja el Opus Dei, obras de enseñanza y de formación para las categorías sociales menos favorecidas.

Mons. Escrivá de Balaguer dejó muy claro que, a través de estos medios, no se pretendía buscar vocaciones para el Opus Dei, sino influir cristianamente en el torrente circulatorio de la sociedad, elevar la temperatura espiritual del ambiente en que esas iniciativas se desarrollan.

-Esta presencia en los más diversos sectores tiene una finalidad apostólica, no motivos de ambición humana. Quizá por esto, desde el comienzo, el Fundador insistió tanto en la igualdad radical de todos los trabajos.

Proclamaba que no admitía discriminación alguna, puesto que detrás de cada persona veía un alma a la que tenía obligación de ayudar y de la que el Señor le pediría cuenta. Esta res-

278

ponsabilidad cristalizó todavía con más fuerza a partir del 2 de octubre de 1928, cuando descubrió la perenne urgencia de formar buenos profesionales, que influyesen cristianamente. desde su trabajo y su posición social.

De acuerdo con esa teología de la santificación del trabajo cotidiano, inculcó que todos los quehaceres son importantes para la sociedad, y especialmente para la vida de cada persona, si se realizan con perfección humana, en servicio y como alabanza a Dios, uniéndolos al Sacrificio Redentor de Nuestro Señor Jesucristo,' que nos ha ganado la salvación y la posibilidad de santificarnos. Cuando le comentaban que algún miembro del Opus Dei ocupaba cargos relevantes, Mons. Escrivá de Balaguer reaccionaba de la misma manera: no me interesa su actividad en cuanto tal; me interesa saber, en cambio, si es piadoso, si es apostólico, si procura no considerarse una excepción en el cumplimiento de su plan de vida, si, a pesar de las miserias y defectos personales

que tendrá, porque todos los tenemos, procura comportarse siempre como un hombre de fe, de modo que las personas que estén en contacto con él perciban que es un hombre que trata, conoce y ama a su Dios.

Algunos no han entendido esta coherencia cristiana, como si fuese un intento de restaurar confesionalismos en la vida profesional o civil. Y se han apoyado, incluso en Camino, 353: Aconfesionalismo. Neutralidad. -Viejos mitos que intentan siempre remozarse. ¿ Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?

El Fundador del Opus Dei no se cansó de repetir a quienes se acercaban a su labor sacerdotal que habían de dar testimo-

279

nio de vida cristiana -a través de su profesión-, con un conocimiento profundo de la fe, sin limitarse a unas prácticas religiosas semanales. Propugnaba la necesidad de impregnar de virtud cristiana todo lo que se realiza, aunque parezca sin trascendencia. Manifestaba, por ejemplo, que una formación humana impartida por católicos en la que no haya -de una manera transparente, constante y clara- el influjo del criterio cristiano, puede ser un motivo de escándalo para aquellos que la reciben, además de un mal servicio a la Iglesia y a la sociedad.

En cambio, rechazaba con fortaleza que se utilizase a su alrededor el título de católico. Recalcaba que los fieles hemos de distinguirnos por el cumplimiento acabado de nuestras obligaciones personales y profesionales, sin escudarnos jamás en la condición de creyentes, al presentar una tarea mediocre o mal acabada. Por ejemplo, comprendiendo y respetando el criterio contrario, prefirió no servirse nunca de los nombres de los Santos para designar tareas humanas; así se evitaría que ese título, por una posible incompetencia o falta de categoría de quienes guían esas empresas, pudiera ser objeto de desprecios, mofas o burlas.

Fomentó, pues, la responsabilidad de ser buenos profesionales, para dar testimonio de la fe mediante el trabajo bien terminado, de manera que entrase por los ojos que los católicos saben realizarlo con altura humana, precisamente por su conciencia de creyentes que ofrecen su actividad al Señor, al que no se le puede presentar nada mal hecho.

Ya desde 1928 enseñó la incompatibilidad entre parecer buen cristiano, muy piadoso, y descuidar el trabajo profesional -por pereza, negligencia, falta de preparación o desinterés-, porque la vida de piedad no puede justificar una existencia humana inútil, indolente o irresponsable. A los miembros del Opus Dei, nos repetía: de qué me sirve una persona que me diga que es muy buen hijo mío, y después es un mal maestro, un mal ingeniero, una mala ama de casa. Aparte de que ser

280

hijo mío no cuenta nada y de que lo único importante es ser hijo de Dios, hemos de convencernos de que, para comportarnos como tales, hemos de ofrecer al Señor el sacrificio de una vida entera, gastada con generosidad y en la que busquemos constantemente la perfección cristiana, luchando contra nuestras propias miserias personales, y realizando y acabando todas nuestras ocupaciones perfectamente bien, para ofrecérselas al Señor, por nuestra santidad personal y por la santidad de todas las almas.

Un refrán español califica como dar gato por liebre la actitud de quienes defraudan en servicios o mercancías. El Fundador afirmaba que el espíritu del Opus Dei había de llevar a proceder del modo exactamente opuesto: dar liebre por gato, entregar lo mejor de nosotros, sin aparentar que hacemos algo extraordinario o por encima de lo debido.

-En la exigencia del prestigio profesional, se apoyaría el reproche de elitismo dirigido en ocasiones a Mons. Escrivá de Balaguer, dando a entender así que sólo buscaba para el Opus Dei a personas de

condiciones destacadas.

Muy en la cabeza tenía quiénes no debían ser admitidos, salvo que cambiasen: no caben los egoístas, ni los cobardes, ni los indiscretos, ni los pesimistas, ni los tibios, ni los tontos, ni los vagos, ni los tímidos, ni los frívolos; caben los enfermos, predilectos de Dios, y todos los que tengan el corazón grande, aunque hayan sido mayores sus flaquezas.

Al exigir que se trabajase, y se trabajase bien, no pretendía hacer un apostolado de elite, con exclusión de personas determinadas. Le he oído muchísimas veces que sólo con los muy inteligentes -todos sabios- no haríamos nada, ya que ocurre con no poca frecuencia que quienes gozan de dotes tan preclaras,

281

viven fuera de la realidad. En cambio, reiteraba que la mayor parte serían talentos medios: hombres y mujeres corrientes que, con su esfuerzo en la práctica de la virtud y en el trabajo bien acabado, llegan a destacar y son útiles donde se encuentran, procurando animar, ayudar y dar ejemplo a los que tienen a su alrededor.

No se debe olvidar que, entre los primeros miembros del Opus Dei, hubo enfermos, y enfermos desahuciados. Soy también testigo de casos de personas con un pronóstico de vida limitado -meses, según los médicos-, que deseaban pedir la admisión en la Obra antes del diagnóstico, y luego se retraían pensando en su inutilidad. El Fundador les aclaraba que, si sentían la llamada divina, su aparente debilidad no era obstáculo, porque significaba un tesoro de fortaleza. Recuerdo que a una parálitica, que se angustiaba por la poca colaboración que podía prestar, totalmente inmóvil en la cama, dentro de una especie de moldura de yeso, Mons. Escrivá de Balaguer, sin conocer esa preocupación, la animó a ser fiel: ¡cuánto puedes moverte, sin moverte! También me consta su alegría por las innumerables vocaciones de campesinos o de obreros; o por las que surgían entre ciegos o sordos: el Fundador afirmaba que constituyen, con el ofrecimiento constante de sus limitaciones, verdaderas columnas que sustentan la labor de la Obra. Lo dejó bien claro a sus hijos: pensadlo bien, medítadlo y vivíadlo: ¡nos interesan todas las almas!; no hemos cerrado a nadie las puertas y tampoco el corazón. Por eso, en cualquier circunstancia, cuando un alma viene a uno de nosotros, hemos de pensar que tenemos obligación de que conozca, trate, ame y se identifique más con Nuestro Señor Jesucristo.

En su solicitud por las almas, insistía en que, llamándoles con diferentes nombres, se organizaran medios para instruir a personas de toda condición: pues también entre los intelectuales, entre gente de la más alta sociedad o de la burguesía, hay carencia de doctrina. Al hablar repetidamente de la urgencia

282

de dar a conocer a Cristo, resonaban en su corazón las palabras del Maestro, que vino a la tierra ut omnes homines salvi fiant ["para salvar a todos los hombres"].

Por otro lado, no se puede dejar de señalar que, siguiendo precisamente las orientaciones del Fundador, los miembros del Opus Dei procuran formar y ayudar profesionalmente a cuantos están a su alrededor. De esta manera se realiza una auténtica promoción entre la gente con la que se convive, ya que se fomenta el sentido de responsabilidad, el hábito de trabajar con espíritu sobrenatural y la necesidad de acabar bien las tareas para ofrecerlas al Señor y servir lealmente a la sociedad.

-Mons. Escrivá de Balaguer trataba a las almas por igual, sin hacer acepción de personas.

Desde el principio, nunca dejó de impartir un medio de formación, aunque el número de participantes se redujese a uno solo. Los dirigía con la misma ilusión y fuego apostólico que si asistieran muchísimas personas. Y recomendó siempre esta norma de conducta en el Opus Dei: no

se deja de dar ninguna clase, no se deja de tener ningún Círculo, no se deja de impartir ningún curso de retiro espiritual o un retiro, aunque los participantes queden reducidos a una sola persona, teniendo muy en cuenta que por cada alma el Señor ha dado toda su Sangre.

No hizo distinciones por el origen social. Se consideró sacerdote de todos y para todos: detrás de cada uno, fuese quien fuese, veía un alma que había que ganar para Cristo. Su generosa dedicación a personas de tan variadas condiciones, produjo -entre los que le trataban- la admiración de ver que atendía, con la misma entrega y espíritu sacerdotal, a aquellos de quienes no podía esperar ningún apoyo. En su labor ministerial, se mostró tan dispuesto a entregarles su tiempo y sus energías,

283

como cuando requerían su atención pastoral o su amistad gentes de relieve o con posibilidades de sobresalir. Como es natural, fomentaba en estos últimos la responsabilidad, que a todos competía, de ayudar a quienes disponían de menos medios o de menor formación humana y religiosa.

He visto con qué naturalidad y cariño sabía ponerse a la altura de las personas más humildes, suscitando a su alrededor un interés efectivo por encontrar a Dios y buscar soluciones a los problemas humanos que les afectaban. No lo hacía como de manera forzada, sino porque se sabía hermano de todos y de cada uno, dispuesto a gastar su vida, con la gracia de Dios, por la última criatura humana que necesitase su ayuda.

No tenía inconveniente en estrecharles la mano o darles un abrazo paternal cuando, por las condiciones materiales en que se encontraban -sudorosos, con la ropa de trabajo manchada, o manchados ellos mismos-, se resistían a ese gesto.

Besaba con agradecimiento sacerdotal las manos de los obreros, porque con ellas estaban haciendo de su trabajo una oración, y muchos, al hilo del espíritu del Opus Dei, continuaban el Santo Sacrificio de la Misa durante la jornada ofreciendo al Señor el esfuerzo que realizaban.

Se mezclaba con espontaneidad entre los pobres con heridas o enfermedades contagiosas; atendía a enfermos indigentes que pedían su ayuda, precisamente porque sabían que su corazón no se cerraba a nadie.

Como demostración patente de todo lo que señalo, está la realidad de que muchos fieles de la Prelatura proceden de condiciones sociales muy bajas, y viven con una delicadeza extraordinaria el mismo camino espiritual que practican los miembros de nivel social más alto.

A lo largo de su vida, y puedo testificarlo porque como secretario organizaba el horario de las visitas, ha recibido a todo tipo de personas. No han faltado quienes, al enterarse de esa

284

apertura sacerdotal, comentaban que no entendían su postura. Sin perder la paz, nos aclaraba que era sacerdote de Jesucristo, y que debía tener los brazos abiertos: si viene a mí la persona más cargada de defectos, de errores, de odios, le atenderé con toda la fuerza de mi corazón, recordando que Jesucristo -así lo dijo Él- ha venido para salvar a los pecadores, a los enfermos, y todos somos enfermos y pecadores.

Y, en fin, buena prueba de esto es que, el 26 de junio de 1975, en cuanto tuvieron noticia de su fallecimiento, acudieron a la Sede Central del Opus Dei innumerables personas de todo tipo y condición: desde trabajadores de la industria y del comercio, hasta Obispos y Cardenales de la Iglesia, estudiantes, amas de casa, embajadores, profesionales, religiosos y religiosas, en un desfile continuo, mientras su cuerpo permaneció expuesto. Muchos padres no dudaron en llevar a sus hijos, aunque fueran muy pequeños. Y caían en oración confiada, mirando su rostro, que -también a esas criaturas- llenaba de paz. Trabajadores y proveedores de las obras de aquellos edificios, se acercaron con sus familias a rezar, y comentaron el inmenso bien que a ellos, a sus esposas y a sus hijos, les había proporcionado el trato con Mons. Escrivá de Balaguer.

-La santificación del trabajo nada tiene que ver con elitismos. Pero no es menos clara la trascendencia social y cristiana de la recta ordenación de aquellas actividades humanas con un efecto vertebrador de la convivencia. De hecho, el Fundador del Opus Dei dio extraordinario

relieve a la presencia de miembros de la Obra en esos quehaceres, comenzando por los que atañen a la cultura y a la vida intelectual.

Se le quedó muy grabada una definición escolar que aprendió de pequeño: "inefable es lo incomparablemente bello que,

285

al romper con su esplendor la armonía de lo creado, despierta en nosotros la idea de lo infinito". La aplicaba a la acción continua de la Providencia, para descubrir la belleza de lo aparentemente más humilde, porque encierra el quid divinum -infinito e inefable- del posible encuentro con Dios.

Cuando conoció que el Señor le pedía fundar el Opus Dei, entendió que ningún ámbito honrado se excluía de la llamada a la santidad. Desde 1928 empezó a trabajar, por tanto, con universitarios y con intelectuales. Comenzó a dirigirles retiros y charlas, y a llevar su dirección espiritual personal. Se ocupaba de que adquiriesen y fundamentasen el conocimiento de la vida cristiana, desde las nociones más básicas del catecismo, hasta los problemas de orden doctrinal y teológico que pudiesen guardar relación más directa con su campo de especialidad. Fomentaba también entre muchos estudiantes la idea de que, preparándose muy bien, se orientasen hacia la investigación y la enseñanza universitaria. Era consciente de que desde las cátedras se influye -para el bien o para el mal- en millares y millares de alumnos que pasan por las aulas.

Partiendo de la universalidad de la doctrina católica, estaba convencido de que era necesario formar pensadores, investigadores, hombres de cultura y de ciencia, que fuesen católicos responsables, de modo que su formación cristiana les sirviese de base para su tarea específica. Al mismo tiempo, deseaba -y no se cansó de repetirlo- que los católicos no abandonasen ningún campo de la ciencia ni de la investigación, de modo que con su prestigio profesional pudiesen también contrarrestar las doctrinas y los caminos que atentan contra la verdad, contra la dignidad del hombre y, por tanto, contra el Creador.

Desde hace años se viene realizando esta labor en la Universidad y en la enseñanza media de tantos países, merced al celo por las almas que el Opus Dei ha sembrado en muchísi-

286

mas personas. Precisamente la amplitud de la acción apostólica del Fundador con intelectuales y con gente de las clases económicas más altas, le acarreó críticas e incomprensiones, a las que respondía con buen humor: las personas que se dedican a la cultura y los ricos tienen un alma que salvar.

3. El tiempo es gloria

-El Fundador del Opus Dei escribió en Camino, 947.- Te pasmaba que aprobara la falta de "uniformidad" en ese apostolado donde tú trabajas. Y te dije: / Unidad y variedad. -Habéis de ser tan varios, como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales especialísimas. -Y, también, tan conformes unos con los otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo.

Dentro de esa común y radical igualdad, algunas virtudes de Mons. Escrivá de Balaguer presentan una honda originalidad, pues así lo exigía -me parece- el cumplimiento de la misión recibida de Dios: "abrir a los fieles de todas las condiciones sociales un camino ancho y seguro de santificación en medio del mundo, a través del cumplimiento, con perfección y por amor a Dios, del trabajo profesional y de los deberes de la vida ordinaria, sin cambiar de estado" (Decreto de 9 de abril de 1990). Después de hablar sobre la unidad de vida, me planteo el sentido específico de la laboriosidad, que está, lógicamente, en la raíz del empeño por santificar los quehaceres humanos, y constituye una parte muy importante de la novedad del carisma recibido por el Fundador.

Deseo precisar que jamás buscó la novedad por la novedad. Únicamente le interesaba el cumplimiento fiel de la Voluntad

287

de Dios: hasta el final de su vida trabajó con todas sus energías para hacer el Opus Dei tal y como el Señor se lo hizo ver.

Para mí y pienso que para muchos-, fue un descubrimiento inesperado la enseñanza del Fundador del Opus Dei sobre la vida oculta y escondida de Jesús, sobre su trabajo corriente en medio de los hombres. Esta doctrina, lógicamente, aporta un realce extraordinario a la virtud de la laboriosidad.

He oído a personas muy relevantes de la Curia Romana que habían comprendido en gran parte la santificación del trabajo ordinario, como finalidad del Opus Dei, al ver cómo presentaba el Fundador la documentación necesaria a los Dicasterios de la Santa Sede.

Nunca puso límites a su tiempo: estaba plenamente disponible, en cualquier momento del día, para su tarea de gobierno. Sin embargo, fijó un horario de oficina, suficientemente elástico para que -en circunstancias de mayor urgencia- se pudiera atender un volumen superior de trabajo, si se presentaba.

Cada día, al acabar la Liturgia de las Horas, afrontaba los asuntos de despacho. Su característica más importante era la presencia de Dios con que lo realizaba, viendo -detrás de cada línea y de cada cuestión- almas a las que ayudar. Por eso, nunca leía en diagonal los papeles que le llegaban. Los seguía con atención y diligencia sabiéndose responsable ante Dios de las decisiones.

Al finalizar el despacho, atendía el correo. Recibía muchas cartas personales y otras con documentos de gobierno, procedentes de las distintas naciones. Le ayudábamos habitualmente Mons. Álvaro del Portillo y yo.

En algunas de las consultas, escribía la mente de la respuesta. No lo hacía de modo habitual, precisamente porque

288

tenía mucha confianza en sus colaboradores, y porque pensaba que ocupaban esos cargos por Voluntad de Dios, para ayudarle en la dirección del Opus Dei. Fomentaba de este modo la responsabilidad de cada uno, en la más absoluta libertad, para enfocar y resolver los pequeños y grandes problemas que pudieran presentarse.

Terminadas estas ocupaciones, atendía a las visitas, muy numerosas, que buscaban su consejo, o sencillamente palabras de aliento, de cariño y de orientación. Como solicitaban ser recibidas muchas personas, había establecido una duración. Por eso, al cabo de diez minutos, entrábamos a avisarle de que había transcurrido el tiempo, y se sujetaba fielmente a ese horario.

Cuando consideraba que era necesario más espacio, para tratar los temas que le habían expuesto, nos rogaba que -si no suponía un desorden para otros- le dejásemos un poco más, o bien organizaba otra cita para más adelante, si era posible. Si no, cortaba a la hora fijada, dando la bendición y despidiéndose amablemente.

Subrayaba, como he apuntado antes, la necesidad de amar al Señor en todas las circunstancias: llenar el tiempo, hijos míos, no es aprovechar el tiempo. Muchas veces nos pueden decir: ¡cuánto has trabajado hoy! Y, sin embargo, tenemos conciencia plena de que aquel día sólo hemos llenado el tiempo, sin aprovecharlo para Dios, porque nos ha faltado la finura de amor con que debíamos haberle ofrecido toda esa jornada. Exhortaba a realizar el trabajo acabadamente por amor a Dios y pensando en Él. En 1966 nos aconsejaba: a Dios no se le puede dar una cosa mal hecha. Dentro de nuestras debilidades personales, hemos de procurar hacer lo mejor posible todo lo que esté en nuestras manos. Este es el gran secreto divino para dar sentido sobrenatural y eficacia a nuestra vida corriente.

Ese compromiso de amor le llevaba a dedicarle celosamente la jornada entera, sin buscarse ratos de ocio. En 1956,

nos aclaraba: cuando a alguno en el Opus Dei -aunque lleve sólo pocos meses en la Obra- le queda tiempo libre, ya puede tener la seguridad de que no cumple su deber. Esta es precisamente la tortura gozosa de todos mis hijos: llegar al examen de la noche con la pena de no haber podido atender todo el trabajo que tenían pendiente.

Predicó desde su juventud que es necesario aprovechar el tiempo, porque es de Dios y para Dios. Añadía que le causaban tristeza las personas que "matan el tiempo", descuidando tareas de las que podrían obtener una utilidad para el servicio del Señor y de las almas; también le apenaban los que pasaban horas en la ventana, mirando lo que ocurría en el exterior. Batalló siempre contra los que llamaba ventaneros, y proclamaba que en el Opus Dei no puede haber ninguna persona ventanera.

Ya en sus años de seminarista, fue intransigente consigo mismo sobre los juegos de azar y las partidas de naipes. No era aficionado a los deportes, que tampoco eran muy normales en aquella época; de otra parte, se daba cuenta de que ganar o perder tenía poca importancia: lo que interesa es ayudar a los demás a distraerse. Solamente sabía jugar al tresillo, porque lo había aprendido en casa de sus padres. Sin embargo, cuando emprendió su camino sacerdotal -manifestaba años después-, declaró la guerra a los naipes.

-Las calificaciones que obtuvo en el Bachillerato y luego, en Zaragoza, muestran que destacó como estudiante.

Ya entonces, procuraba ampliar las explicaciones de las clases, frecuentando las bibliotecas. Y formuló el propósito de no cerrar los libros, sino de actualizar siempre el estudio personal de la doctrina de la Iglesia. Evocaba así aquellos tiempos: me interesaban todas las materias, para conocer mejor a Dios y para

poder tratarle más. No realizaba mis estudios sólo como una obligación, sino especialmente como una necesidad de mi alma, para llegar a un trato intelectual y afectivo más intenso con la Trinidad y con las verdades de la Santa Madre Iglesia.

Nunca abandonó la ciencia eclesiástica. Todos los días dedicaba al menos un cuarto de hora o veinte minutos al repaso de textos de dogmática, de moral o de patrística, que incorporaba a su piedad y su predicación. Recurría a los Padres, al Magisterio, a libros clásicos y modernos de espiritualidad. También de estos escritos tomó notas y apuntes, hasta el final de su vida. Muchas veces su descanso consistía en leer esos textos, para refrescar sus conocimientos y profundizar en esas materias.

Dedicaba tiempo, además, a la lectura de la literatura clásica italiana y española. Aludiendo a esta necesidad de no abandonar el estudio de las ciencias eclesiásticas, comentaba: no podemos hacer como Fray Gerundio de Campazas, que cerró los libros y se dedicó a predicar: hemos de formarnos siempre, también desde el punto de vista intelectual.

Releía periódicamente tratados sobre la Trinidad. He recibido en distintas ocasiones el siguiente encargo: por favor, que me pasen, poco a poco, los distintos tratados De Trinitate que haya en la biblioteca de la casa, para poder leerlos y para meditarlos. Me impresionaba, especialmente en relación con esos tratados, verle completamente absorbido por la lectura: reflejaba su oración, pues concebía las ciencias sagradas como medio para fortalecer el trato con Dios.

-Por otra parte, el descanso es uno de los elementos de la virtud de la laboriosidad.

El Fundador del Opus Dei comprendía que para la vida espiritual hacen falta momentos de distracción. Por eso, pre-

veía esta necesidad, urgiéndonos a no entender el descanso como un no hacer nada, sino un cambio de ocupación que distrajese la mente y relajase el cuerpo de la tensión a que les somete la ocupación habitual. Quería que esos tiempos estuviesen gobernados por la sobriedad, para no aflojar en la lucha interior. Enseñaba también que, cuando fuera ineludible, habría que recortar ese espacio de descanso con alegría y sin victimismos.

No tuvo vacaciones, en el sentido tradicional de la palabra. Durante muchísimos años, pasó los veranos en Madrid y en Roma, aguantando el calor y las incomodidades de la ciudad. En cambio, se ocupaba de que sus hijos y sus hijas tuvieran el oportuno cambio de ocupación, y se trasladasen a otros lugares, para recomenzar con más vigor la labor apostólica en el curso siguiente. Sólo a partir de 1958, conseguimos que saliera de Roma durante una parte del estío. Lo aceptó por el razonamiento que le hicimos: evitar una excepción a lo dispuesto para los demás, y prepararse para trabajar con mayor eficacia en el nuevo año.

Aquel verano de 1958, estuvo en Inglaterra, para conocer más de cerca el ambiente de esa área cultural, y para impulsar el apostolado que realizaban los miembros del Opus Dei en el Reino Unido y en Irlanda.

Durante esas semanas, no prescindió del trabajo ni de una ocupación fija. Además de atender a la formación espiritual de sus hijos, siguió de modo inmediato su labor, les orientó para que extendiesen el apostolado, y les recordó constantemente la realidad de que ese país constituye una encrucijada para el mundo entero, pues acuden allí personas de todas las naciones a formarse: fomentaba su responsabilidad, a fin de que trabajasen apostólicamente con gente británica y de otras culturas.

Volvió a Inglaterra en los cuatro años siguientes. Le interesaba impulsar esa labor de almas en aquel país y, desde allí, extenderla a la Commonwealth. En años sucesivos permanecería

292

en Italia: dos veces, cerca de Firenze; otras, en el norte de la Península, y, otra más, junto a L'Aquila. Como siempre, se llevaba material para escribir y trabajar.

-¿No dedicaba entonces tiempo a distraerse?

En algunas ocasiones, salía con el coche a dar un pequeño paseo, mientras hablaba de los asuntos de la Obra con quienes le acompañaban. Se ocupaba así de la formación de los demás, y trataba de cuestiones de gobierno o de trabajo apostólico. Cuando en los años cincuenta, y ante la virulencia de algunas contradicciones, le aconsejaron desde la Santa Sede que no convenía que recibiera a nadie, limitó esas salidas a ir a alguna iglesia o Santuario; se hacía acompañar por quienes colaboraban en su labor de gobierno, o por alguno que estaba cansado, para distraerle. Durante muchas temporadas, se quedaba encerrado en casa, y rubricaba con buen humor: ¡en la guerra, como en la guerra!

También daba algún paseo durante los períodos de verano; le acompañábamos los Custodes y la persona que llevaba el coche. Su vida, como siempre, estaba a la vista: conocíamos el tiempo que dedicaba al sueño, y el que empleaba en la oración y en el trabajo. Leía, preparaba la extensión apostólica o escribía documentos para la formación de sus hijos; repasaba la doctrina del Magisterio, para aplicarla a la actividad apostólica de los miembros de la Obra.

De esas épocas, vienen a mi memoria las largas temporadas en Inglaterra estudiando la organización y puesta en marcha de la Universidad de Navarra, como deseaba la Santa Sede; consultó y consideró -también de visu- el sistema universitario anglosajón, con objeto de consolidar ese Centro con más eficacia. También planeó la labor en África y en Oriente.

Aprovechaba para hacer romerías marianas y visitas a Santua-

293

rios e iglesias, donde rezaba por la Iglesia, el Concilio, la Jerarquía y, como es lógico, por la labor del Opus Dei en el mundo.

No se dedicaba al turismo, ni acudía a los templos para apreciar el arte. Sin embargo, cuando iba a estos lugares, por su gran capacidad de observación, advertía detalles aprovechables para la construcción o la decoración. Rezaba, y tomaba luego nota de lo que había descubierto.

De ordinario tampoco iba a los museos. Era apasionado del arte y le hubiera gustado entrar; no lo hacía porque pensaba que no le quedaba tiempo para eso y porque supondría gastar dinero en sus aficiones personales. Cedió a veces cuando acompañó a algún hijo suyo que hacía esa visita por motivos profesionales o de salud. Sólo recuerdo una excepción: cuando estuvo en Londres, acudió al Museo Victoria y Albert, buscando detalles para la decoración de oratorios y la confección de ornamentos.

-Pero los Custodes se ocuparían de su descanso, al menos, de que reposase suficientemente por las noches.

Durante la mayor parte de su vida durmió menos de lo necesario. Tenía como costumbre levantarse en cuanto se despertaba, sin esperar a la hora prevista. De este modo, reducía el tiempo de sueño, y aumentaba su trabajo, y también su oración ante el Sagrario.

A partir de 1960, no le dejamos ya permanecer menos de siete horas y media en la cama, según la prescripción médica; como con frecuencia dormía poco, aprovechaba para hacer oración, considerar la actividad realizada durante el día y dar mayor eficacia a las resoluciones adoptadas, y para repasar ante el Señor las tareas pendientes. Tenía un bloc en la mesilla de noche, para tomar notas.

En 1968, los médicos le indicaron que permaneciese unas

294

horas determinadas en la cama e insistieron en que, si una noche no dormía, retrasase la hora de levantarse. Un día, don Álvaro del Portillo me llamó para comunicarme un deseo del Fundador del Opus Dei: quería que, por las mañanas, cuando fuera a llamarle, no le preguntara cómo había descansado, para poder levantarse a la hora prevista, aunque no hubiese dormido. Don Álvaro me transmitió ese encargo, y después de pensarlo ambos delante de Dios, decidimos continuar con la norma indicada por los médicos, comunicándoselo así. Sólo entonces aceptó la decisión.

Nos preocupábamos, como es lógico, de su descanso. Viendo ese interés, que agradecía paternalmente, procuraba quitar importancia a su falta de sueño, que consideraba lógica por los años y por sus preocupaciones por la Iglesia y por las almas. En muchos casos, cuando le veíamos por la mañana, después de la meditación, y le preguntábamos si había descansado, para evitar responder que no había dormido, bromeaba: gracias, igualmente. Sólo si le insistíamos, para poder informar a los médicos, cuando su insuficiencia renal era más alarmante, nos comunicaba el dato exacto.

Únicamente recuerdo que transigiese con estar más tiempo de lo normal en la cama, durante su último viaje de catequesis en Venezuela y en América Central: acosado por el cansancio y la enfermedad, difícilmente se mantenía en pie. Le obligábamos a estar reposando, excepto en las horas fijadas para las reuniones. Hubiésemos preferido que no asistiese a tertulias con tanta gente, pero se negó, con el convencimiento de que era la última vez que se encontraría con sus hijas e hijos en aquellas tierras.

Y en otros viajes anteriores, por ejemplo, dentro de Europa?

A partir de 1956, año en el que le comencé a acompañar, comprobé que el régimen de los viajes era francamente agota-

295

dor, tanto que yo, con treinta años menos, solía quedar exhausto, y harto del coche. En cambio, Mons. Escrivá de Balaguer comenzaba a trabajar inmediatamente, aun después de ocho o diez horas de trayecto. Atendía a todos, buscaba la manera de servirles, se planteaba los horarios para el día siguiente, no retrasaba las normas de piedad y era quien mantenía el ambiente de alegría sobrenatural y humana.

Viajaba exclusivamente por necesidades del apostolado. En 1966, tuve ocasión de acompañarle a Grecia. Se proponía estudiar el posible comienzo de la labor apostólica de la Obra en aquel país. Durante los días que permanecimos allí, no hizo ningún tipo de turismo. Nos acompañaba, llevando el coche, el arquitecto Javier Cotelo. Se encargó el Fundador de que viera las obras artísticas de Atenas, pero personalmente no acudió a aquellos lugares. Solamente transigió en dar un breve paseo alrededor del Partenón, sin entrar en ninguno de los monumentos. Durante aquellos días, estuvo constantemente pensando y hablando del futuro trabajo apostólico en aquel país, y del gobierno de la Obra en el mundo, para servir mejor a la Iglesia.

En 1974, no le apetecía nada marchara América, a pesar de su afán por las almas, pues su agotamiento físico resultaba patente. Le bastó nuestra sugerencia, para aceptar el plan fijado. Nos abrió su alma con sencillez: no tengo ninguna gana de hacer estos viajes; pero entiendo que son convenientes, también porque nunca he hecho lo que he querido, como me sucede ahora.

-En definitiva, con esa laboriosidad incansable no buscaba la eficacia humana -lejos de toda moral gloria de Dios.

En las tareas ordinarias de la dirección del Opus Dei, nos enseñaba a trabajar materialmente bien en cuanto a la presen-

del éxito-, sino

296

ración y a la claridad de la redacción; pero, sobre todo, nos exigía el esfuerzo por unirnos a Dios: si no luchamos para identificarnos con el Señor en las tareas que nos ocupan, estamos perdiendo el tiempo lamentablemente.

Alguna vez, evocó su estado de ánimo ante los exámenes, en su época de estudiante; trataba de infundir confianza a quienes se encontraban en aprietos parecidos: mira, yo me he examinado muchas más veces que tú, y te digo que ¡tranquilo!, lo que se dice tranquilo, no iba nunca. Iba en cambio muy sereno, porque había rectificado la intención. Con eso basta.

Su anhelo de la vida eterna dominaba sus acciones y aspiraciones, y resultaba evidente en sus conversaciones, en sus trabajos, en su predicación y en sus consejos. Muchas de las jornadas terminaban con la consideración de que debíamos estar muy unidos a Dios, para gozarle aquí en la tierra y poseerle íntimamente en la vida eterna. Al concluir un día de 1956, nos insistía: non habemus hinc manentem civitatem!... ["no tenemos aquí ciudad permanente": cfr. Hebreos 13,14) Por eso, hemos de tener urgencia en santificarnos cada día, porque el tiempo se nos escapa, y estamos llamados a habitar en la Ciudad celestial.

4. Instrumento humilde en manos de Dios

-Me quedó muy grabada la alusión a Cervantes en la catedral de Pamplona. Celebraba la Misa Mons. Escrivá de Balaguer el 26 de octubre de 1960. En la homilía se refirió a que amaba nuestros defectos, cuando luchamos por quitarlos, porque son un motivo de humildad, y ha dicho aquél que es el primer literato de Castilla que la humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, y sin ello no hay nin-

guna que lo sea. Santa Teresa advertía con reciedumbre que

"la humildad es andar en verdad". En el Siglo de Oro español -lo confirma la lectura de Quevedo-, no resultaba insólito confundir la humildad con sus caricaturas gazmoñas o apocadas.

Hoy como ayer, cumplir los propios deberes comporta riesgos, que es preciso asumir coya gallardía: la autenticidad tal vez parezca arrogancia, ambición o vanidad, sobre todo, en quien ocupa una posición social preeminente, resplandece en liderazgo o - en cualquier caso- pugna por conseguir un merecido prestigio profesional. Pero esos deberes son a veces derechos irrenunciables: falta de humildad -engañoso injusticia- sería no ejercitarlos, aun a costa de malentendidos.

Con su vida y su predicación -dirigida sobre todo a los laicos, a la gente corriente que trabaja en su profesión-, Mons. Escrivá de Balaguer ha dibujado con trazos originales la práctica de la humildad. Esos rasgos específicos, aunque hondamente fundamentados, estuvieron piensó- en el origen de algunas incomprensiones.

El Fundador del Opus Dei nos enseñó a cumplir el deber con humildad, y sin importarnos el qué dirán. Repetía que los católicos tenemos obligación de ejercitarlos derechos, evitando que, por dejaciones irresponsables, se pierdan o desdibujen atribuciones necesarias para la vida de la Iglesia y de cada uno de sus miembros, que no son ciudadanos de segunda clase. Comentaba que a veces es más difícil ejercitar un derecho que cumplir un deber: os lo digo por propia experiencia; pero esas dificultades no nos pueden hacer caer en la irresponsabilidad.

No confundió jamás la modestia con la pusilanimidad, y mucho menos con la cobardía. Rechazó de plano la bondadosidad

i -acuñó este neologísmo- de quienes dejan de cumplir el deber por miedo al qué dirán, a las críticas, o a los respetos humanos. Enseñaba que esa sencillez exige no poner obstáculos al

Señor. Nos lo subrayaba en 1973: la humildad no es gazmoñería: el que es humilde de verdad, precisamente porque cuenta con Dios, es capaz de las empresas más difíciles, venciendo a si mismo.

En el ejercicio de su actividad pastoral, en la fundación, en la expansión y en el gobierno del Opus Dei, jamás adoptó una postura vanidosa por sus dotes personales o por los éxitos conseguidos. Nunca se vanaglorió de las realizaciones apostólicas que -con sus directrices- se alcanzaban en los distintos países. Desde joven meditó e incorporó a su vida el lema Deo omnis gloria que le gustaba traducir libremente: ¡que sólo Él se luzca!

Cuando se le felicitaba por alguna labor o trabajo apostólico de los miembros del Opus Dei, reaccionaba con prontitud: ¡las gracias, a Dios! Y se llenaba de vergüenza, porque estaba convencido de que personalmente no servía para nada. Repitió hasta el último día que era un instrumento inepto y sordo; y que había sido un freno y una traba a la acción divina. Además, pedía perdón al Señor, también en público, por su falta de correspondencia.

Recuerdo que en Caracas, el año 1974, alguien hizo un comentario de ese tipo; replicó con una queja y una petición: ¡no me digas estas cosas! Hijo mío, es mejor que me cojas a solas y me digas: Padre, operibus credite ; dénos buen ejemplo en todo, pórtese mejor en esto, y en lo otro. Fíjate en tantos detalles que no hago bien, y me los recuerdas al oído. Y Dios te lo pagará, y yo te quedaré muy reconocido.

Utilizaba la comparación de que, ante una obra de arte, se alaba al artista, mientras que el pincel se abandona o se olvida, cumplida su misión: nosotros no somos más que un pincel, ¡un pobre pincel!, con el que el Señor por su Misericordia y por su Omnipotencia infinita se digna hacer cosas grandes; o convierte las cosas pequeñas en tareas importantes por el infinito valor de la gracia.

En junio de 1974 se expresaba así: cuando el Señor permita que seáis bandera que arrastre, que atraiga, que sea un punto de referencia, no olvidéis que esa bandera está agitada en lo alto por un brazo poderoso que la sostiene, o ha sido levantada hasta lo más alto del mástil por brazos fuertes. La bandera es un trapo, un símbolo, pero si cae, se convierte en un trapo sucio, y con la porquería no se ven los colores. Cómo podremos ser soberbios, si es Dios quien nos sostiene y nosotros solos no somos capaces de nada?

Todos comprobábamos que su corazón enamorado no conocía de pausas ni acostumbres. Al mismo tiempo, como un estribillo, se pasmaba de que Dios le hubiese escogido: sólo encuentro una explicación, cuando pienso en que el Señor para hacer esta extensión de su amor por el mundo ha escogido a un pobre pingajo como soy yo: que se vea claramente que es Él quien ha hecho todo y que El es el Amor sin tasa, que se entrega a todos los hombres sin discriminación alguna.

-Y entre otras expresiones gráficas, pienso que se ha difundido bastante su afición al borrico.

En 1970, en un lugar donde hijas suyas restauraban retablos antiguos, altares vetustos, o imágenes estropeadas por el uso del tiempo, vio una pequeña imagen de San Antón, y comentó que le parecía muy simpática. Se llenó de contento cuando le regalaron la pequeña talla de madera tosca, vieja, pero sin ningún valor. Escribió de su mano en la base: Sancte Antoni, ora pro me! Muchas veces nos la enseñaba, recalando que era su Patrono: no he visto más animal que yo, que no paso de ser un pobre borrico, y un borrico lleno de mataduras y de sarna.

Quiso ser un borriquillo, a disposición del Señor. En muchos de sus primeros escritos, ponía b.s. debajo de la firma, un borrico lleno de sarna. En Torreciudad, en mayo de 1975, al pasar junto al relieve de un oratorio con la representación de la huida a Egipto, hizo una pequeña caricia al animal en que va sentada la Virgen Santísima con el Niño Jesús en brazos, y le saludó con espontaneidad: ¡hola, hermano!

Había en su cuarto de trabajo una vitrina con los borriquitos que le iban llegando de diferentes lugares; y, en una mesa, a los pies de una imagen de la Virgen, colocó uno de esparto, que le daba mucha devoción, porque ¡yo no le llevo ni al esparto!, afirmaba.

-La referencia a la propia ineptitud fue constante en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer. Pero era inseparable de su responsabilidad como Fundador.

Durante los primeros años de la vida del Opus Dei, y prácticamente hasta que se recibieron las aprobaciones pontificias, no utilizó jamás, refiriéndose a su persona, la palabra Fundador: tan lejos estaba de considerarse promotor de una institución suya. Solamente transigió cuando desde la Santa Sede empezaron a dirigirse a él empleando ese término. Muchas veces, bromeaba: soy un Fundador sin fundamento. También percibíamos el concepto que tenía de sí mismo cuando, con seriedad, nos confiaba: ¡yo no he fundado nada, nada: la Obra es de Él!; ¡lo único que he hecho ha sido estorbar! Estaba bien persuadido de que sólo el Señor es quien da el incremento, y en Él fundaba toda la esperanza de la acción apostólica. De su labor surgieron innumerables frutos y, sin embargo -añadía-, cuando el Señor me llame y me lleve al Cielo, desde allí os podré ayudar mucho más y con mucha

eficacia. O nos puntualizaba: yo no he hecho más que estorbar, aunque he procurado corresponder al Señor. Por eso espero con seguridad que me tendrá junto a Él cuando me llame a su presencia, y entonces os conseguiré todo lo que necesitéis, con mucha más fuerza y eficacia de lo que pueda hacer yo aquí ahora.

-No obstante, cuando conocí a Mons. Escrivá de Balaguer, en 1960, solía referirse con particular energía a su condición de Fundador del Opus Dei. En ocasiones, utilizaba expresiones fuertes, que podían prestarse a incomprendimientos, como cuando proclamaba en público: hijos míos, yo he conocido varios Papas, muchos Cardenales, montones de Obispos, pero Fundadores del Opus Dei hay solamente uno: este pobre pecador que es ahora vuestro Padre. Por eso, el Señor os pedirá cuenta de haber convivido conmigo, aunque yo sea tan poca cosa.

Algunos han malentendido estas palabras, como si se considerase más importante que la jerarquía eclesiástica. Nada más alejado de su mente y de su voluntad. Llegó a pedir al Señor que, si la Obra no era para servir a la Iglesia, la destruyera inmediatamente. Nos hacía sentir la responsabilidad de grabar en nuestras almas ese espíritu de sumisión indiscutida a la Autoridad -fuera quien fuera-, tal como el Señor lo había marcado en su alma.

Con dichas palabras, a la vez que nos quedaba patente su amor a la jerarquía -por la que estaba dispuesto a entregar su vida-, entendíamos la importancia de fijarnos en el espíritu que nos comunicaba. No había el menor desprecio o desaire para los Pastores; al contrario, nos explicaba que, gracias a la lealtad a ese espíritu, amaríamos siempre más a quienes regían la Iglesia.

302

Nunca me ha extrañado la naturalidad llena de sentido sobrenatural con que nos estimulaba a la fidelidad al espíritu del Opus Dei, aclarándonos que el Señor, la Iglesia y los miembros de la Obra, ahora y en los siglos futuros, nos pedirían cuenta de cómo aprovechamos, el tiempo transcurrido a su lado bebiendo el agua de la fuente. Y no me extrañaba esa naturalidad, porque en multitud de ocasiones añadía: yo no soy nada, hijos míos; soy un saco de miserias, pero el Señor se ha fijado en este pobre instrumento para comenzar el Opus Dei, y os pedirán cuentas, os mirarán, porque habéis vivido con este pobre hombre que ha sido el Fundador del Opus Dei.

Consciente de su responsabilidad, Mons. Escrivá de Balaguer supo explicar con claridad y con firmeza cuanto se refería al Opus Dei, dispuesto a defender el carisma aun a costa de su propia vida, de su fama, y de todas las posibles contradicciones. Cuando era necesario determinar el camino adecuado a la figura o al espíritu de la Obra, disponía la debida solución, y explicaba claramente: en esto no puedo delegar, soy el Fundador, y sé lo que el Señor me ha pedido. Si delegara y abandonara mi responsabilidad, me jugaría el alma y el Señor me pediría cuenta muy estrecha, porque el Opus Dei no es mío, es enteramente de Él.

-Sin embargo, alguno ha llegado a interpretarlo como si para Mons. Escrivá de Balaguer fuera más importante su pensamiento que el del Papa, también respecto de cuestiones doctrinales no ligadas estrictamente al carisma fundacional.

No corresponde en absoluto a la verdad que haya opuesto sus propios puntos de vista, en cuestiones de doctrina y de moral católica, a las enseñanzas pontificias. Bien grabadas llevaba en el alma las palabras ubi Petrus Ibi Ecclesia, y a esta verdad acomodaba su fe y su conducta.

303

' Mons. Escrivá de Balaguer exponía netamente que, para ser buen hijo de la Iglesia, hay que aceptar su doctrina y su moral, es decir, ser fiel al Magisterio. Por otro lado, jamás expresó puntos de vista propios en estas cuestiones. Aceptaba, acogía y ponía en práctica las disposiciones sobre la fe y las costumbres, porque le interesaba ser un buen hijo de la Santa Madre Iglesia, sin apartarse un ápice de su doctrina. Y respecto al Magisterio pontificio, además de hacerlo propio, se encargaba de que los miembros del Opus Dei lo estudiaran, lo meditaban y lo pusiesen por obra: que empapasen su espíritu con las enseñanzas de los Pontífices, para poder aplicarlo, defenderlo y difundirlo.

Es más: prohibió que hubiese una escuela del Opus Dei en aquellas cuestiones en las que hay libertad de opción para los católicos. En la Obra nos sujetamos a las disposiciones de la Iglesia en todo lo que determine; y en lo que deja a la discusión de los hombres, cada uno, con responsabilidad personal, adopta la solución que le parece más oportuna.

-Es bien sabido fue Mons. Escrivá de Balaguer estuvo dispuesto a abandonar el Opus Dei al final de los años cuarenta--para embarcarse en una nueva fundación dirigida sólo a sacerdotes diocesanos. Y fue no fue necesario, porque encontró una solución adecuada dentro de la Obra. ¿Renunció a su cargo de Presidente General del Opus Dei en algún otro momento?

En 1951, se presentó una gran contradicción para el Opus Dei, pues se intentaba dividir las dos Secciones y cortar la cabeza. Meses después, en 1952, a través del Card. Tedeschini, Mons. Escrivá de Balaguer hizo saber al Papa que estaba dispuesto a renunciar a su cargo y a colocarse en el último lugar

304

del Opus Dei; pero rogaba por amor de Dios que no le echasen de la Obra, porque sería como cometer un asesinato, ya que el Opus Dei era la razón de su vida. Sin embargo, insisto, puntualizó su absoluta determinación de quedarse en el último rincón, si así se lo indicaban.

Posteriormente, cuando presentó -oficiosamente- la primera petición de estudio de la solución jurídica definitiva del Opus Dei, hizo comunicar a Mons. Scapinelli di Leguigno, para que lo supiese también el Card. Tardini, que si su persona era un obstáculo para esa propuesta, estaba dispuesto a renunciar al cargo de Presidente General y quedarse como un simple sacerdote dentro del Opus Dei. Don Álvaro del Portillo se encargó de transmitir este pensamiento a Mons. Scapinelli, el cual replicó que esa posible sustitución era una idea "da dimenticare", para olvidar.

Reiteró esa disposición en 1962, cuando volvió a tramitarse la solicitud al Papa Juan XXIII, ya de modo oficial. No dejó de precisar que estaba dispuesto a dejar el cargo que ocupaba, si suponía el más mínimo obstáculo para la propuesta.

También se lo manifestó de palabra al Santo Padre Pablo VI, en las audiencias que le concedió, al hablar de la situación jurídica del Opus Dei, pendiente de solución.

-Otro contraste en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer aparece tal vez en esa doble faceta de saberse responsable -como Fundador del Opus Dei- de la santidad y de la eficacia apostólica de sus hijos y, a la vez, de sentirse apoyado y sostenido por ellos, comenzando, claro está, por los dos Custodes.

Cuando presentó a la Santa Sede la disposición de los Estatutos relativa a sus Custodes, quisieron suprimirla: alegaban que no era ni había sido costumbre que al Superior se le hiciesen

305

correcciones. El Fundador no cedió: si los demás, en la Iglesia y en el Opus Dei, tienen esa fortuna inmensa de que se ocupen de sus almas, y les ayuden a ser mejores, por qué quieren privar, al desgraciado que tiene la obligación de llevar el peso de la dirección, de ese medio tan formidable, para santificarse y realizar su tarea con la perfección cristiana debida? Ante la fuerza de esos argumentos, la Sede Apostólica accedió a que hubiera dos personas encargadas de advertir al Presidente General de cuanto considerasen oportuno para el bien de su alma.

Le resultaba espontáneo agradecer nuestra ayuda, incluso públicamente. A veces, bromeaba con cariño: no me dejan pasar ni una, tienen una lengua muy larga y son unos descarados, pero jamás les agradeceré suficientemente la ayuda que me prestan.

En 1973, mientras despachaba la correspondencia, vi que se detenía durante unos segundos, con una carta en la mano, y la mirada recogida. Le pregunté: "Padre, está `impensierito'?". Me contestó en el acto: no seas ingenuo, estoy pensando en quién soy yo, para que la gente me quiera.

He presenciado la siguiente escena, con varios que acababan de pedir la admisión en el Opus Dei. El Fundador, para animarles a luchar, les preguntaba ante una fotografía suya de cuando era muchacho: verdad que a una persona con esa cara, tú no le hubieras admitido en el Opus Dei? Aquellos chicos, que no sabían que se trataba de su imagen, reaccionaban con comprensible desconcierto, pues no acababan de entender el motivo. El se lo aclaraba: ése que ves ahí, con cara de simple, soy yo. En Roma, en una tertulia con el Consejo General, el 5 de abril de 1975, dos meses antes de su marcha al Cielo, nos confiaba: os preguntarán cómo era el Padre. Os voy a dar la respuesta: del Padre? Un pecador que ama a Jesucristo, que no acaba de aprender las lecciones que Dios le da.

306

Un bobo muy grande. Esto era el Padre; decidlo a los que os pregunten, que os lo preguntarán. En las fiestas, o cuando se recibía noticia de que marchaba muy bien la labor apostólica, y nos congratulábamos con él, repetía, convencido, el refrán italiano: "il sangue del soldato fa grande il capitano". Estaba persuadido de que todo lo hacía Dios, con la correspondencia de sus hijos. No se le ocultaba la bendición divina tan evidente que recibía la Obra, por el número de miembros y por la extensión de la labor. Pero ante esas realidades, confesaba: soy un pobre pecador que vive entre santos.

-He dudado en plantear el tema siguiente, porque me parece descabellado, más aún después de las escenas que acaban de ser descritas. Pero uno de esos tópicos repetidos sin rigor crítico invoca el "culto a la personalidad", como si el Fundador hubiera aplastado a los demds, ejercitando el gobierno de modo personal, y demostrándose intolerante hacia cualquier crítica o no respetando la libertad de conciencia.

Carece de todo fundamento: a lo largo de los años, he podido contemplar que no buscó ni el aplauso ni un desordenado amor de la gente hacia su persona. Desde luego, deseaba que los miembros de la Obra estuviesen unidos al que hacía cabeza, para vivir mejor su camino hacia Dios; pero, al mismo tiempo, demostraba que el agradecimiento, el trabajo y el afecto había que dirigirlos al Señor. Naturalmente, como vivía en una familia, recibía el cariño, el respeto y la veneración de todos los miembros del Opus Dei, pero sin tolerar que fuese un culto a su persona o una adulación, dejando bien claro que no buscaba ningún aplauso terreno, ni siquiera de parte de sus hijos. Los miembros del Opus Dei, para saludar al Fundador, hacia quien sentían verdadero cariño y veneración, procuraban

307

besarle la mano. Sin que le molestase ese gesto, entre otras cosas porque así estaba previsto para quien ocupase el cargo de Padre en el Opus Dei, con frecuencia nos aclaraba, mientras escondía las manos en los bolsillos: ¡besa el crucifijo, y saldrás ganando!

Nunca quiso ser el centro del apostolado, de las reuniones, de la conversación. De ahí, su confianza en los demás, sin revisar constantemente el trabajo que realizaban, reconociéndoles mayoría de edad. Y esto, a la vez, sin desentenderse de su propia responsabilidad, porque sabía pedir cuenta, a su hora, y corregir si era necesario. Recuerdo, a este propósito, entre otros muchos episodios, que hubo de hacer una advertencia a las Directoras centrales. Al terminar, cuando se marchaba del lugar de la reunión, una de ellas expresó: "Padre, perdone porque le hemos disgustado". Reaccionó inmediatamente: no me habéis disgustado. ¡Hijas mías!, estoy persuadido de que cada una de vosotras se esfuerza en trabajar con perfección. Además, cuando hay algo que no está bien, no penséis en que me disgusta. Enseguida razono, porque veo mis defectos y mis miserias: Señor, Tú eres mi Padre, aquí estoy. Teniendo en cuenta la distancia infinita, así procuro comportarme con vosotras: soy vuestro Padre, y lo único que me mueve es el interés y el cariño para que seáis santas, felices, también aquí en la tierra, con el cumplimiento del deber.

Nos insistía machaconamente en que jamás debíamos actuar por agradarle, sino única y exclusivamente por amor a Dios, a Quien deberíamos dar razón de toda nuestra existencia, tanto durante la vida como en el momento definitivo de rendirle cuentas. Nos aseguraba: si hacéis algo por agradarme, habéis perdido miserablemente el tiempo: ¡sólo por Dios!

Afirmaba tajantemente: no quiero para mí el cariño de nadie, si es tapadera para alejarse de Dios, para no unirse más al Señor, para justificarse en posturas que tengan sólo una sa-

308

lida humana. A este respecto, cuando alguno abandonaba su camino vocacional y le comunicaba que le quería mucho y le estaba muy agradecido, comentaba: agradezco ese cariño, pero me causa más dolor, porque lo que me importa es que quiera a Dios y no le deje. Prefiero rotundamente que no me quiera a mí y quiera al Señor con todas las veras de su alma.

Nunca ejerció el gobierno de un modo personal. Ya he mencionado que, con objeto de no coaccionar a los que intervenían en los asuntos, jamás daba su parecer en primer lugar, para que pudieran opinar con absoluta libertad. Escuchaba a todos y la mayoría de las veces, cuando no se trataba de cuestiones fundacionales que aféctaban a la esencia o al espíritu del Opus Dei, decidía con la mayoría de los que habían intervenido. Cuando por una aparente delicadeza o porque no resolvíamos asuntos de nuestra competencia, se los planteábamos, nos respondía que no le hiciésemos un tirano y que le ayudásemos en el gobierno, asumiendo con completa responsabilidad personal la carga que nos correspondía.

-En este contexto, se comprende la rapidez con que reaccionaba ante cualquier manifestación, aun remota, de adulación, de servicio, de excepciones...

Recuerdo que en 1974, en una tertulia después del almuerzo, al regreso de su viaje por América, conté algunas anécdotas ocurridas durante esa catequesis. Como era inevitable referirse a su persona, procuró desviar la conversación. No me di cuenta de estar infringiendo su norma de no querer alabanzas, hasta que me indicó con firmeza llena de cariño: ¡por favor, te ruego que te calles!

Me siento obligado a advertir que, en lugar de pensar que nos estaba ayudando constantemente, consideraba que debía

309

servirnos más. Por eso, muchas veces nos pedía sinceramente perdón por las molestias que originaba y por su poca ejemplaridad. Puedo asegurar que, al contrario, jamás ocasionó molestias, ni dejó de ser paradigma de cumplimiento del deber: su modo de actuar era una invitación permanente a buscar a Dios Nuestro Señor.

Hubo una temporada en que los médicos le prescribieron una taza de manzanilla antes de acostarse. Nos entregaban un pequeño termo, al terminar la cena, y todos los días se repetía la misma escena de forcejeo: nunca conseguimos llevar el termo a su habitación. Lo hacía personalmente, dándonos a entender que agradecía mucho nuestra solicitud filial, pero sin dejarse servir.

Cuando alguna persona le preguntaba qué regalos deseaba para sus días de fiesta, para los aniversarios de la Obra, contestaba invariablemente: mejora espiritual, sinceridad de vida para ayudar más en el desarrollo de la expansión apostólica, más oración, más mortificación. En 1950,. con ocasión de sus bodas de plata sacerdotales, pidió como regalo oraciones para su fidelidad, para su correspondencia al Señor. Puntualizó también que, si alguien planteaba hacerle algún obsequio, le rogaba que fuese en ayuda económica para la extensión de la labor apostólica del Opus Dei.

Lo mismo se volvió a repetir en 1975, en las bodas de oro. Se habían preparado, de parte de todas sus hijas y todos sus hijos, un relicario para un lignum crucis, un cáliz y un copón. Cuando los vio, dijo que no se merecía absolutamente nada, que se sentía muy humillado ante las pruebas de la Bondad y de la Misericordia de Dios recibidas durante esos cincuenta años, a las que consideraba que había respondido con tan poca generosidad y con tan poco garbo. Añadió que aquellos objetos

le llenaban de gozo, porque servirían para honrar y dar culto a Dios, porque -así nos lo expresó- para el Señor todo

310

me parece poco, se merece el amor de toda la humanidad entera, y no le pagaremos como le debemos todos y cada uno de nosotros. Y como siempre, pasó aquella fiesta en oración, pidiendo perdón por su falta de correspondencia.

A veces, personas de distinta posición social, cuando le visitaban, querían hacerle limosnas y regalos. A todos comunicaba que no aceptaba nada personal: agradecía, en cambio, aportaciones económicas para extender el apostolado. Y les sugería que no dejaran de colaborar también con la diócesis y la parroquia, y de atender a los pobres a los que pudiesen llegar: si no estaban en condiciones de ofrecer esas ayudas, prefería que no entregasen dinero para la Obra.

-Me interesa ahora volver al principio: la humildad en el ejercicio de sus deberes como ciudadano de la sociedad civil y como sacerdote secular. Soy consciente de que ha provocado murmuraciones, que no calificaré.

Las únicas ambiciones que le he conocido durante los veinticinco años en los que he vivido a su lado, han sido la búsqueda de la santidad, el servicio absoluto y total a la Iglesia Santa, el amor al Vicecristo -como le gustaba llamar al Romano Pontífice-, la entrega incondicionada al apostolado, sin regatear ningún esfuerzo, ni su salud, su honra o su fama, y dejando todo en las manos del Señor.

No deseó ninguna dignidad o puesto de particular prestigio y poder, ni en el campo eclesiástico ni en el campo civil. Como es sabido, recibió honorificencias y distinciones, tanto en una esfera como en la otra. Respecto a las condecoraciones civiles, he de precisar que no nos las comunicaba personalmente; dejaba que nos enterásemos por la prensa, y si alguno pretendía felicitarle, respondía invariablemente: la única Cruz

que me importa, que amo y que deseo llevar con garbo todos los días, es la Cruz de mi Señor jesucristo.

Le fueron otorgando algunas de un sitio y de otro, sin su previo conocimiento: se trataba de distinciones concedidas a personas que habían trabajado en pro de la sociedad, y que las autoridades se consideraban obligadas a reconocer. No se ha movido nadie, por indicación del Fundador del Opus Dei, para que le concedieran distinciones de ningún orden. Insisto en que provenían del afecto y reconocimiento hacia su persona. Cuando llegaban estas concesiones de Gobiernos, de Ayuntamientos, o de otras corporaciones, las aceptaba, ofreciéndoselas al Señor, porque todo le pertenecía a El. Y nos explicaba que muchas veces no podía renunciar, porque esa postura suya hubiese sentado quizá un mal precedente y un mal ejemplo para muchos hijos suyos y para muchas otras personas, en momentos en los que estaba en juego la condición jurídica de los fieles -sacerdotes y laicos- del Opus Dei.

Cuando era sacerdote joven y necesitaba incardinarse en Madrid, de acuerdo siempre con el Obispo de la diócesis, don Pedro Poveda le ofreció la posibilidad de ser Capellán Palatino. Este ofrecimiento venía precisamente de una persona que sufrió martirio por la Iglesia de Dios, y dio testimonio con su vida de un gran desprendimiento de las cosas terrenas. Después de escucharle, le preguntó inmediatamente qué deberes y derechos traía consigo ese nombramiento. Y don Pedro, con su habitual sencillez, le respondió que ninguno; únicamente, llevar una vestidura especial y utilizar ese título. Con la misma sencillez con que le hablaba don Pedro, le contestó rotundamente: no me interesa para nada, porque no quiero títulos ni honorificencias de ningún género, si no son para cumplir con más delicadeza mis deberes de sacerdote.

Ésta fue su postura ante las muestras de honor que recibió en su vida. Las acogía para mostrar su secularidad, es decir, su

312

condición de sacerdote secular. Por otro lado, aceptó algunas dignidades civiles, para testimoniar la importancia de que no se niegue a los católicos lo que en justicia les corresponde como ciudadanos, por haber prestado un servicio al país, a la sociedad o a la ciencia.

-El Fundador del Opus Dei no recibió la ordenación episcopal. Pero sí aceptó la distinción de Prelado doméstico de Su Santidad, según la terminología eclesiástica de entonces. Alguien ha hablado, y no precisamente con buena intención, de una ambición frustrada..., que le llevó a despreciar a las dignidades jerárquicas.

Cuando el Fundador vio el Opus Dei, comprendió ya que su naturaleza jurídica iba en la línea de las estructuras de la jurisdicción personal y, sin pensar en sí mismo, buscó la orientación y el camino para llegar a esa solución. Pero, desde que hizo la primera petición -o el primer intento de petición- para llegar a la figura jurídica definitiva de la Obra, como podía ir ligada a una capitalidad episcopal, comunicó a la Santa Sede que estaba dispuesto a renunciar a dirigir la Obra, para que otro asumiera esas funciones: no le interesaba para su persona esa dignidad jerárquica.

Es verdad que en España hubo muchos Arzobispos y Obispos que hicieron gestiones para que llegase al episcopado. Don Prudencio Melo y Alcalde, don Javier Lauzurica, don Marcelino Olaechea, don Leopoldo Eijo y Garay y don Casimiro Morcillo, entre otros, dieron pasos concretos con ese fin. Esta situación siempre le produjo desasosiego interior, porque no deseaba en absoluto esos cargos. Además, no dejó de señalar con claridad, que su misión era sacar adelante el Opus Dei; no el gobierno de una diócesis.

313

Cuando se trasladó a Roma, siguieron viniendo propuestas para que fuese promovido al episcopado. En 1963, Mons. Argaya, Obispo residencial en España, vino a almorzar con el Fundador del Opus Dei. En un momento de la conversación, le preguntó: "Josemaría, cuándo te hacen Cardenal?, porque..." Mons. Escrivá de Balaguer le interrumpió: no me interesa que me hagan nada. Ante la insistencia del Obispo, zanjó la cuestión: Jacinto, ni me interesa, ni lo aceptaría. Era un rumor conocido que -repito- le molestaba. En una de esas ocasiones, y para cortarlo definitivamente, fue a ver a Monseñor Tardini a la Secretaría de Estado. Con su claridad habitual, le expuso que no aceptaría ninguna sede residencial con el cargo de Arzobispo o de Obispo, ¡ni la mitra de Toledo!, que lleva consigo el cardenalato con el Primado de España. Dejó patente así que no tenía ninguna ambición de cargo o de honor. Tan terminante estuvo en su conversación con Mons. Tardini, que a partir de entonces cesaron las gestiones para promoverle al episcopado.

Cuando le nombraron Prelado de Honor de Su Santidad, estuvo tentado de renunciar a esta distinción, que había gestionado y conseguido Monseñor Montini, cuando era Sustituto. El Fundador desconocía esta iniciativa. Sólo cedió por la insistencia de don Álvaro del Portillo en la conveniencia de evidenciar también en eso la secularidad del Opus Dei.

5. Desprendido de las cosas

-La pobreza es otra virtud muy importante, que alcanza en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer y en el espíritu del Opus Dei notas realmente originales, no siempre bien comprendidas. Para un cristiano corriente, para un padre o madre de familia, la pobreza no es sólo austeridad o renuncia; exige también un testimonio explícito de amor y servicio, de solidaridad, como se

314

expone con cierto detenimiento, entre otros lugares, en Conversaciones..., 11 D-111. Esa virtud, en términos laicales, no significa sólo estar desasido, sino que incluye poner a disposición, utilizar las cosas creadas para resolver los problemas de la vida humana, y para establecer el ambiente espiritual y material que facilita el desarrollo de las personas y de las comunidades. Pero, sin duda,

su fundamento radica en la estricta sobriedad personal. Mons. Escrivá de Balaguer aludió muchas veces a que sus años de Logroño, después de la quiebra en la empresa paterna, fueron una auténtica escuela en muchos detalles de la vida cotidiana y, concretamente, de la pobreza.

Aprendió entonces a llevar con garbo las privaciones, haciendo agradable la vida a los demás sin quejarse por el trabajo o por la falta de servicio doméstico. Se le quedó muy grabado el semblante de don José, lleno de paz y sonriente, que daba al hogar alegría y serenidad, reforzando la unión de la familia; y también recordaba vivamente la laboriosidad y el sacrificio generoso de su madre y de su hermana, que sabían mantener el tono distinguido del hogar, aunque no dispusiesen de los medios de que gozaban en Barbastro.

Fue una pobreza vergonzante, llevada con extraordinario señorío, que perfiló todavía mucho más el agudo ingenio del Fundador del Opus Dei, ya que descubría los detalles con que sus padres se esforzaban, sin mezquindad, en sacar el máximo provecho de todo lo que poseían, para hacer amable la convivencia.

-Ya en Roma, en los años cincuenta, Vd. ha sido testigo de excepción de la vida de Mons. Escrivá de Balaguer.

Jamás le he visto con preocupación o interés por tener algo personal, porque pensaba que todos los medios materiales ha-

315

bía que dedicarlos a la labor apostólica. Por ejemplo, se había preocupado de ir formando una buena biblioteca teológica, filosófica y jurídica. Sin embargo, nunca puso en los libros su nombre ni, mucho menos, escribió sobre las páginas o las subrayó: quería que los utilizaran los demás, sin sentirse propietario.

En cuanto a los corrientes objetos de aseo personal y los instrumentos de trabajo, tenía lo imprescindible. Utilizaba una pluma con punto gordo, y posteriormente bolígrafo. Aprovechaba el papel al máximo: incluso, dividía los sobres viejos -si no contenían cartas- a modo de fichas pequeñas, en las que tomaba notas. Alguna vez, bromeaba, a propósito de su costumbre de escribir en hojas ya usadas por el otro lado: ¡no escribo de canto, porque no es posible!

Para hacernos comprender la necesidad de cuidar las prendas, recordaba -ya lo he mencionado- el comportamiento de aquel que dejaba la ropa de cualquier manera: es cierto que las cosas deben consumirse, y gastarse, pero sabiendo que no debemos tratarlas mal, sino que es necesario hacerlas durar, ya que no son nuestras: son un medio para nuestra santidad y para nuestro apostolado, porque hemos de utilizarlas como administradores, y no como propietarios que despilfarran lo que tienen.

No admitió más que lo indispensable para su vestido. Recuerdo que, en una ocasión, le regalaron un jersey de lana, e inmediatamente lo envió al almacén, porque ya utilizaba uno. Cuando le comentamos que podía guardarlo, hasta que se le rompiera el otro, no lo admitió: queréis que deje de practicar la bendita pobreza, que nos lleva a no tener más que lo necesario, y a veces menos de lo necesario?

Desde que le conocí hasta 1972, usó las mismas gafas, que había adquirido en 1940. Cambió las de sol en 1974, cuando le hicieron una nueva graduación; se las había comprado en

316

1940 un miembro del Opus Dei, después de acompañarle en algunos viajes durante la primavera y el verano, cuando el sol brilla fuerte. Inicialmente, le llamó la atención, por pensar que era un objeto innecesario. Después, con el paso del tiempo, agradeció aquel gesto filial, y comprendió que le habían dado posibilidad de trabajar más: no dejó de pedir perdón a aquel hijo suyo.

Cuando rindió su alma al Señor, no costó absolutamente ningún esfuerzo recoger y guardar los objetos de uso personal, pues no tenía más que lo imprescindible.

Cómo era su habitación personal?

Había en su dormitorio cuatro muebles muy baratos: una cama de hierro hecha por un herrero, que costó exactamente veinticinco mil liras en 1953; una banqueta, armada con maderas de cajones de fruta, y tapizada por arriba con una tela modesta, que no se ha cambiado desde 1952. Finalmente, un sillón de madera y una mesa que estaban entre el mobiliario de la Villa, cuando se adquirió. Se colocó al lado una lámpara de pie para que pudiera trabajar. Como decoración, durante bastante tiempo, no tuvo nada más que una imagen pequeña de la Virgen, que luego pudo ser sustituida por un cuadro de la Sagrada Familia que regalaron en Palermo.

Accedió a que se pusiese en el dormitorio un crucifijo de bronce sobre una cruz de madera grande. Y más tarde se trajeron de Madrid unos azulejos con las palabras: "Aparta, Señor, de mí lo que me aparte de Ti".

Fue luego poniendo algunos otros objetos, que eran despertadores para su presencia de Dios. En el aplique de luz que había junto a la cabecera de la cama colocó un rosario grande con la medalla central de la Virgen de Guadalupe. Instaló tam-

317

bién unos azulejos -que decoró un miembro del Opus Dei en la mufla usada para las obras-, en los que se representa un Sagrado Corazón traspasado por una flecha, con las abreviaturas de las palabras Iesus Christus, y debajo, Deus Homo.

Dejó también, en una tablita muy pobre de las que se utilizaban en la construcción, una lámina de papel con la figura impresa de su paisano, San José de Calasanz. Junto a ese cuadrito había colocado una cruz de Caravaca, que es una cruz metálica con cuatro brazos, en lugar de sólo los dos habituales, formados por dos travesaños paralelos. Pasados los años, debajo del cuadro de la Sagrada Familia, tuvo una pequeña imagen de San Antón -su patrono-, que le regaló un chamarilero romano.

El pavimento era pobre y gélido. Al final de su vida, en 1974, Mons. Álvaro del Portillo y yo decidimos que se pusiera una moqueta, para evitar el frío. Tomamos esa decisión, teniendo en cuenta su propensión a las infecciones bronquiales, después de que se hubiera caído al suelo más de una vez. Su primera reacción, puesto que no le habíamos preguntado para evitar su negativa, fue de disgusto, por hacer ese gasto pensando en su persona. Lo aceptó después de comentarle que habíamos actuado de acuerdo con los médicos.

-Sin embargo, el Fundador del Opus Dei daba importancia a otras exigencias de la pobreza laical. buscar y usar adecuadamente los medios necesarios, trabajar con empeño, aprovechar afondo el tiempo, servir a los demás.

No se cansó de insistir en el recto uso de los medios materiales, cuidándolos para que dieran su máximo rendimiento y estando a la vez desprendidos con alegría. He presenciado también el rigor con que exigía el desasimiento: no hemos de sen-

318

tirnos propietarios ni de un céntimo, ni de un pequeño objeto. Sería ridículo que después de haber entregado a Dios la vida entera, nos quedásemos enredados con un capricho o con una pequeñez.

En 1951, le escuché algunas de las exigencias de esta virtud: vamos a concretar algunas señales de la verdadera pobreza en nuestra Obra: a) no tener ninguna cosa como propia; b) no tener cosa alguna superflua; c) no quejarse cuando falta lo necesario; d) cuando se trata de elegir, escoger lo más pobre, lo menos simpático; e) no maltratar nada de nuestro uso, ni en nuestros Centros, ni en los lugares donde trabajamos, ni en cualquier sitio donde nos encontremos; f) aprovechar el tiempo. Con incansable constancia, repetía: no os creéis falsas necesidades: hay muchas cosas que parecen indispensables, y en realidad no lo son. Por ejemplo, en 1950 supo que habían donado dos coches a

un Centro del Opus Dei. Inmediatamente les aconsejó que se quedasen con uno, si lo necesitaban, y vendieran el otro para atender la extensión de la labor de aquel lugar. Les insistió en no tener cosas superfluas, aunque fueran obsequios; que si nos regalan un elefante blanco, no vamos a meterlo en casa; lo venderemos por el precio que nos den, porque no sirve para nuestro trabajo apostólico, y nosotros hemos de utilizar las cosas de la tierra para ayudar a las almas. Todo lo demás, sin ninguna excepción, lo dejamos.

En 1967, en la Sede Central, me hizo una serie de consideraciones sobre la pobreza: evitar que la gente deje de comer innecesariamente; no perder el tiempo en un trabajo mal cumplido; saber superar la falta de paciencia por la duración que requiere una labor, o la precipitación en la realización de la tarea con la que nos hemos de santificar; aprovechar las cosas sacándoles el mejor partido posible; evitar el mal ejemplo y, en cambio, pensar que otras personas han de aprender, si ven rea-

319

lizadas las tareas cotidianas con amor de Dios y bien terminadas; cuidar las cosas pequeñas y no desperdiciarlas, porque pueden ser fuente de un gasto inútil y constante; pensar en la salud de los demás, al preparar la comida.

Enseñó a los miembros del Opus Dei a vivir con la responsabilidad de una persona pobre, que utiliza las cosas, gastando lo menos que puede. Por eso, desde los comienzos, exigió que cada uno ganase con su trabajo lo necesario para su sostenimiento y para ayudar a los apostolados de la Obra. Hacía comprender a todos -a los que acababan de llegar y a los que llevaban muchos años- que no podían desentenderse de la grave obligación de no ser una carga, de contentarse con lo indispensable, y de colaborar con total generosidad en las necesidades apostólicas del mundo entero.

-No parece posible exponerlo aquí con detenimiento. Pero, como insinuaba poco antes, el sentido laical de la pobreza cristiana tiene mucho que ver con la dignidad de la persona humana, y está también en la raíz de la justicia social. El Fundador del Opus Dei subrayó siempre esos aspectos, como medio específico de santificación en medio del mundo.

Inculcó y exigió el cumplimiento de los deberes de justicia a todos los que trataba: los padres, respecto de sus hijos; los hijos, de sus padres; los estudiantes, hacia su familia, la sociedad y los maestros; los profesores, cara a su ciencia, los discípulos y la sociedad; las autoridades, con los súbditos, al ejercer el poder en su servicio; y, en fin, cualquier profesional, a través del cumplimiento bien acabado de su trabajo.

Desde su juventud se interesó por los ambientes más necesitados o marginados; se dedicó personalmente a atenderles cuando comenzó su ministerio, y después, a los que le rodea-

320

ban, les enseñó el deber de ocuparse de los menesterosos, de ayudarles en el ejercicio de sus derechos; para que pudiesen alcanzar el bienestar adecuado, acorde con el desarrollo de la dignidad humana. Al ver la situación de obreros y campesinos, o de los que se encontraban sin trabajo, fomentó la conciencia de que había que facilitarles vivienda, alimentación, formación profesional para ellos y para sus hijos, etc.

Promovió muchas labores a través de miembros de la Obra, en muchos países del mundo. Por ejemplo, en la Prelatura de Yauyos, son innumerables las iniciativas en favor de campesinos que vivían en la escasez y en la miseria más increíbles: escuelas en diferentes pueblos; centros para la formación de la mujer; difusión de programas radiofónicos. Y lo mismo ha sucedido en México, donde se ha hecho una formidable labor social entre los habitantes de distintos valles, contribuyendo a la elevación humana del trabajo, y a la educación de los hijos.

Como consecuencia del celo apostólico del Fundador del Opus Dei, se han multiplicado estas labores en Italia, Portugal, España, Francia, Estados Unidos, México, diferentes países de América

del Sur, de Asia y de África: a sus hijos de todo el mundo, les transmitía su ferviente deseo de que pusieran en marcha actividades de promoción social, para defender la justicia y colocar a los más necesitados en condiciones de vivir con la dignidad debida a la persona humana.

Tengo constancia de muchas conversaciones de Mons. Escrivá de Balaguer con dirigentes de empresas de España, Italia, Suiza, Portugal, México, Alemania, Argentina, Filipinas, Venezuela, Brasil, etc.; se trataba de católicos y no católicos, en los que supo despertar la inquietud positiva de servir a la sociedad. Con gran sentido catequético, les recordaba puntos fundamentales de la doctrina de la Iglesia y les animaba a hacer una amplia promoción social, con sincera y generosa dedicación. Les aclaraba que eso no exigía cambiar de ambiente o de condicio-

321

nes de vida, para poder influir entre sus iguales, transmitiéndoles sus sanas inquietudes, pero debían fomentar un total desprendimiento de sus riquezas, sabiéndose administradores de los bienes de Dios.

Les insistía, además, en que estaban obligados a pagar, a todos los que dependían de ellos, con la justicia y equidad de quien tiene conciencia cristiana o -al menos- desea respetar la ley natural. Les encarecía su propia responsabilidad, para hacer precisamente en sus empresas e industrias, esa labor cristiana, ya que con esos negocios -si eran justos- estaban facilitando empleo y promoción a miles y miles de personas; no podían tratar a sus empleados como objetos o meros servidores, sino como hermanos que prestan un trabajo y necesitan el respeto, la ayuda y la justa retribución, para vivir bien ellos y sus familias.

-Los miembros del Opus Dei se comprometen a ayudar al sostenimiento de las labores apostólicas mediante su trabajo

profesional, pero conservan el patrimonio si lo tienen-, sobre e! que deciden con libertad y responsabilidad cristianas. Quizá por esto, Mons. Escrivá de Balaguer acentuaba tanto la necesidad de hacer examen de conciencia sobre la virtud de la pobreza.

Un padre de familia quiso hablar una vez con el Fundador del Opus Dei, para pedirle cuentas por la dedicación de su hijo a la Obra, alegando que poseía un gran patrimonio y deseaba saber qué destino se daría a esos bienes. Después de escucharle pacientemente, le contestó que lo único que le interesaba de su hijo, si tenía vocación, era que buscara con afán la santidad propia y la de las almas que trataba. Respecto al patrimonio económico, aparte de que su hijo tiene libertad para disponer como le dé la gana, no me interesa absolutamente ni una pe-

322

rra gorda. Por mí puede hacer, si quiere, una plaza de toros para su ciudad natal.

En varias ocasiones le he oído que aceptó con gozo la Voluntad del Señor, cuando falleció -en 1932- Luis Gordon, uno de los primeros miembros del Opus Dei, y uno de los pocos que había acabado ya su carrera universitaria y estaba en condiciones de ayudarlo. Además, su familia contaba con abundantes medios económicos, y hubiera podido contribuir al desarrollo de la labor con su patrimonio, y con donativos procedentes de sus amistades. Siempre nos explicaba que comprendió con claridad que Dios le hacía ver así la necesidad de estar desprendido de las cosas de la tierra, hasta de lo que humanamente se encuentra a nuestra disposición.

No se atribuía ningún mérito, cuando evocaba este desasimiento. Y llegaba siempre a la misma conclusión: ¡qué bien hace las cosas el Señor! Me dejaba ver, de una o de otra manera, con constancia, que la Obra era de Él, y tenía que realizarla contando única y exclusivamente con El, sin apoyarme para nada en los medios humanos. Después, con buen humor, añadía que su madre le repetía muchas veces que el Señor había previsto las cosas perfectamente, porque -agregaba- "tienes las manos horadadas y hubieses dado, a cualquiera que te hubiese pedido una limosna, hasta el último céntimo, sin quedarte tan siquiera con lo necesario para sobrevivir".

He de precisar que luchó contra el peligro del aburguesamiento, y no dejó de advertirlo a sus hijos, con independencia de su situación social o profesional. Quería evitar, hasta en el más mínimo detalle, que alguno se aburguesase. Gracias a esa insistencia y a las disposiciones que estableció, los miembros del Opus Dei han aprendido a amar y a practicar la pobreza, y procuran no apartarse del rigor con que se vivió desde los comienzos de la Obra, sabiéndose administradores de los bienes del Señor. Por eso, en sus charlas, en sus meditaciones, se preguntaba y

323

preguntaba a los demás si estábamos en condiciones de responder con pobreza heroica a la petición del Señor: *redde mihi rationem villicationis tuae* ["dame cuenta de tu gestión", Lucas 16,2).

Para recibir a las visitas, se desplazaba desde el segundo piso, donde trabajaba habitualmente, a la zona de la planta baja. Como tenía que caminar por lugares que se utilizaban más bien poco, se encendían al pasar las luces eléctricas, y luego se apagaban. Un día nos rogó que, en lugar de dar las luces, abriésemos las ventanas, porque así ahorraríamos el gasto. Ese mismo día, al volver de las visitas, nos comentó: al daros esa indicación he pensado: Josemaría, Vieres un roñoso? ¡No!: me doy cuenta de que -en estos detalles pequeños- podemos vivir la finura del hombre que tiene cuidado de lo que es de Dios o de lo que lleva a Dios. La vida de los hombres está llena de estos pequeños esfuerzos, en los que se concreta la realidad de nuestra respuesta, viviendo también un desprendimiento de todo lo que utilizamos.

-No cabe duda de que esa atención a las cosas pequeñas contribuía también a disimular la carencia de medios. Tal vez se puede añadir aquí alguna otra anécdota.

Mientras se instalaba la Sede Central del Opus Dei, comprobé cómo sacaba provecho de todo, para obtener un ambiente simpático y familiar, con lo indispensable: por ejemplo, hacer un repostero, con trapos de tela vieja; visitar a los ropavejeros para adquirir cosas simpáticas que, por poco precio y con un mínimo de arreglo, pudieran servir; recoger fragmentos viejos de objetos utilizados, para colocarlos en vitrinas como recuerdos, como ornamentación, etc. Aprendíamos constantemente a sacar el máximo provecho de lo que estaba en nuestras manos, sin dejar que se perdiera nada.

324

No escribía jamás en una hoja colocada directamente sobre la mesa, para no rayar la madera. Ponía debajo una carpeta o varios papeles, de manera que la presión de la pluma, del lápiz, o del bolígrafo, no dejase marcas sobre el tablero. Nos enseñó así a quienes estábamos a su alrededor, a no estropear las mesas. Además, nos insistía, os sirve de pequeña mortificación, y mantenéis la casa con la alegría propia de un hogar cristiano, en el que con todo este conjunto de detalles materiales se vive la caridad cristiana, facilitando el ambiente de familia, y se siente la responsabilidad de sacar adelante una casa, evitando gastos innecesarios. Presencí también cómo explicaba a sus hijas el modo de secar las copas de cristal, para evitar que se rompiesen.

En 1950 me enseñó a subir las escaleras, porque yo arrastraba un poco los pies en cada peldaño. Después de sugerirme que podía ofrecer aquella mortificación de levantar y bajar los pies sin rozarlos, agregó: además, por la pobreza bendita que vivimos, gastarás menos los zapatos sin tanto roce, estropearás menos los escalones porque no los rayarás, y evitarás que, pensando en los demás, la gente descuide los lugares donde vive o las cosas que utiliza.

Por esta misma razón de pobreza, mandó poner unos pasos de lona para cubrir la zona de las alfombras donde se transitaba, con el fin de que se estropearan menos. Se quitaban cuando había visitas, y se volvían a poner en cuanto el invitado se marchaba. También nos enseñó que, con cierta periodicidad, había que cambiar las alfombras de posición, girándolas ciento ochenta grados, de manera que los lugares más protegidos pasasen a ser, durante algún tiempo, sitio de paso, y se evitase un desgaste de la alfombra, que obligara a cambiarla en un tiempo relativamente corto.

En 1953 atendí una parte de las obras de la Sede Central en las que se estaban terminando los últimos detalles. De

325

acuerdo con el electricista, decidí dejar un trozo de hilo al descubierto, porque iba detrás de un biombo, y no se vería. Como medía diez centímetros, me pareció que no tenía importancia. En cuanto llegó Mons. Escrivá de Balaguer a esa habitación, me llamó, y me dijo con claridad que era necesario acabar las cosas bien, por amor de Dios y por pobreza. Se había pagado para que aquello estuviera instalado sin ningún hilo eléctrico a la vista, porque con el tiempo aquel cable podría gastarse o engancharse con otro objeto. Además, no constituía jamás una disculpa el hecho de que no se vieran, porque nosotros trabajamos para Dios y hemos de hacer todo pensando que Él lo con-

templa.

-Y es también conocido, en fin, que extremaba ese cuidado con cuanto se relacionaba con el culto divino.

Sancta sancte tractanda. Le he escuchado muchas veces estas palabras. Adquirían un significado profundo, que se traducía en la fe y solicitud con que trataba todo lo que directamente se refería al culto de Dios. Ese cuidado -nos insistía- es práctica del amor a Dios y práctica de la virtud de la pobreza.

Quería que los objetos litúrgicos se utilizasen sólo para lo que habían sido hechos; sin dejarse llevar por el perfeccionismo, ponía máxima diligencia en lo que es para el culto. Le gustaba recordar que en algunas Cortes -y mencionaba la de Inglaterra-, antes de las ceremonias de protocolo, se hace un ensayo y se utilizan los objetos con extremada atención. Añadía que con mucho más motivo hay que preparar las ceremonias que se refieren a Dios Nuestro Señor, aunque se repitan todos los días. Siempre me ha sorprendido su reacción de dolor cuando, por ligereza o falta de consideración, se trataban con descuido

326

los objetos litúrgicos. Le he visto llamar muchas veces la atención cuando las patenas se caían, los cálices se colocaban mal, o no se ordenaban bien los ornamentos.

He presenciado también la piedad y la unción con que limpiaba y conservaba los vasos sagrados, y cómo enseñaba a los sacerdotes a purificar los cálices y las patenas, para no rayar el dorado ni forzar la copa, para evitar abolladuras, y para que no se rompiera el vástago.

Animó a millares de sacerdotes a velar con especial afecto por la dignidad, la limpieza y la calidad de los retablos, de tal manera -les encarecía- que vuestros feligreses, o las personas que dependen de vuestra labor espiritual, vean a través de esas realidades vuestra fe, vuestro amor, vuestro enamoramiento del Señor.

El 2 de octubre de 1968 se hallaba en España, en una casa de retiros del sur de la Península llamada Pozoalbero. Por el aniversario, que coincidía con los cuarenta años de la fundación, se tuvo Bendición solemne con el Santísimo. Era un día bastante caluroso, y habían preparado unos ornamentos prestados, muy ricos, pero de mucho peso. Me preguntaron si era oportuno utilizarlos, y por el calor que hacía, sugerí emplear los habituales. Con su afán de desaparecer, Mons. Escrivá de Balaguer participó en la ceremonia escondido en un rincón. Al terminar, nos preguntó si no existían unos ornamentos mejores para estos días solemnes. Cuando le contesté que sí, y le expliqué el motivo de mi indicación, subrayó: me da alegría tu caridad, pero -en lo sucesivo- si no hay razón de verdadero peso, fomenta el esplendor en el culto: las molestias del calor en este caso eran mínimas, y todas las molestias serán siempre mínimas al lado de la generosidad que Él ha tenido y tiene con nosotros. No me lo olvides durante toda tu vida, y enséñalo a los demás: a Dios hemos de darle siempre lo mejor.

6. Buen pastor

-Deseo referirme ahora a la prudencia, especialmente en las tareas de gobierno. Ofrece también, a nai juicio, elementos de cierta novedad, como la colegialidad de las decisiones, que excluye radicalmente las tiranías; o el juego armónico entre obediencia y libertad, indispensable para el funcionamiento del Opus Dei, pues sus miembros están en la calle, cada uno en su sitio y en su ambiente y, por tanto, fuera de cualquier controla su, fidelidad se apoya en la honradez, en la sincera lealtad del cristiano.

Mons. Escrivá de Balaguer vivió y enseñó una obediencia decidida, libre e inteligente: los miembros del Opus Dei actuamos porque nos da la gana -que es la razón más sobrenatural, añadía siempre-, para agradar a Dios, sin dejar de hacer a los Directores las sugerencias oportunas.

El Fundador no tuvo miedo en insistir en este aspecto cuando en tantos ambientes se difundía una aparente y desordenada espontaneidad, que celaba esclavitud o libertinaje. Hacía notar que la obediencia era necesaria para defender la propia libertad y los derechos de cada uno. Dentro del Opus Dei, concedía todo su valor a la obediencia, en el ámbito espiritual y apostólico, sin interferir nunca en otras decisiones, como las profesionales. Respecto del camino para llegar a la santidad, afirmaba: en el Opus Dei se comienza obedeciendo y se acaba obedeciendo; y de obediencia a obediencia se sigue obedeciendo, porque siempre tratamos de cumplir la Voluntad de Dios, que quiere y espera la entrega de nuestra vida entera. Y solía agregar: los más inteligentes -que no quiere decir simplemente ni los más sabios, ni los más privilegiados por una cabeza extraordinaria- son precisamente los que saben escuchar mejor y los que se esfuerzan en profundizar en la humildad, para acatar las indicaciones de quienes tienen luces para guiar sus almas.

Le conmovía la figura que denominaba enlace: cuando una persona tiene que decidir sin poder consultar a la autoridad, y actúa con el mismo criterio que hubiera recibido de arriba. A esto se llega -comentaba- cuando se vive de verdad con la inteligencia y la voluntad, prontas y decididas a escuchar los mandatos de Dios a través de quien nos han de llegar.

El Fundador del Opus Dei meditó durante toda su vida las escenas evangélicas del Buen Pastor. Amaba muchísimo esa alegoría y estaba dispuesto a conocer a las ovejas una a una; a dar la vida por ellas; a llevarles a los mejores pastos; y a no dejar de atender a la que se hubiera perdido o detenido en el camino.

-Esta consideración sitúa ante un elemento esencial para entender la obediencia cristiana -dentro y fuera del Opus Dei-: la visión sobrenatural, superadora de una mente humana más o menos organizativa o pragmática.

Mons. Escrivá de Balaguer entendió siempre su misión de gobierno como servicio a las almas, considerando que los pastores son mediadores entre Dios y los hombres: trataba a todos con la máxima caridad. Estaba persuadido de que se jugaba su salvación y la de muchos otros. Por esto, procedía con justicia y con ánimo de agradar al Señor, por encima de criterios o razonamientos meramente humanos. Imperó en su vida un principio muy claro: ¡con las almas no se juega!, ¡no se hacen experimentos con las almas!

En la primera ocasión en que hube de intervenir para el nombramiento de un cargo, manifesté mi opinión con cierta inseguridad. El Fundador del Opus Dei, con claridad y confianza, me recordó que debía actuar en estas materias, y en todas las que se refiriesen al gobierno, después de haberlas meditado hondamente. Ya sé que no lo harás, remachó, pero

quiero insistirte en que rechaces los criterios humanos como base de estas cuestiones: piensa en el servicio de Dios, piensa en las almas, ¡y piensa en tu alma! Esto ha de ir por delante.

En 1969, uno le preguntó: "¿cuál ha de ser la primera preocupación de un Director en el Opus Dei?". Contestó inmediatamente: ¿la primera preocupación del Director?: ¡el Director! Y así sale todo. Es decir, el Director no tiene preocupación, tiene ocupación, de santificarse y santificar a los demás. No es una salida de tono, ni un egoísmo, lo que acabo de afirmar: es que, hijos míos, sólo se puede dar aquello que se tiene.

Dos años antes, describía así la necesidad de la oración: sin piedad, el gobierno degenera en tiranía, se hace imposible el gobierno colegial, y es poco menos que inevitable la desunión con la pérdida del buen espíritu de parte de todas las personas. Y en 1966 nos decía a algunos que ocupábamos cargos en el Opus Dei: los que gobiernan deben tener mucha serenidad, y pedírsela al Señor, sin olvidar que en este mundo fácilmente los Hosanna se convierten en Requiem, y la Cruz en motivo de Resurrección. Con este criterio, debéis saber aconsejar a todas las almas que dependen de vosotros, para que no pierdan de vista el punto de mira sobrenatural.

Aconsejaba también a los que desempeñan funciones de gobierno que no deben hacer sufrir innecesariamente a nadie: los Directores, no lo olvidéis, tienen corazón, aman a los que llevan sobre sus espaldas, les importa todo lo que les sucede; y sufren, cuando alguno sufre. Yo entiendo muy bien esa exclamación de San Pablo, que es una queja cariñosa, y una manifestación de su gran cariño por los suyos: ¿quién de vosotros padece, y yo no! Evitad a los demás todos los sufrimientos innecesarios y, cuando sea necesario hacer sufrir, participad vosotros en ese dolor, porque habéis de llevar bien metidos en el alma y en el corazón la vida de los que de vosotros dependen. En 1959, nos puntualizaba: gobernar no es hacer su-

330

frir, ni maltratar, ni mandar a secas. No hacer sufrir a nadie y, en todo caso, sufrir los que mandan. Los demás tienen que descansar en los Directores: bastante hay que sufrir en la vida, y ya sufrió Cristo completamente por nosotros. No me lo olvidéis, hijos míos Directores.

A este propósito, en 1966, nos encarecía: ¡no hay más remedio! Los Directores hemos de tener corazón de padre y corazón de madre -también los demás, pero especialmente los Directores-: saber exigir y saber comprender, para que nadie se sienta solo. Tenemos que cuidar de cada uno, importándonos toda la vida de cada uno. Por eso, cuando hay un alma que entristece a los demás, que rompe el ambiente de alegría, los que gobiernan esa casa, ese Centro, tienen obligación de examinar y de atender esa alma con microscopio: ¡hay que descubrir hasta el último virus!

Antes de seguir adelante, me parece oportuno explicar brevemente el contenido de ese "gobierno" dentro del Opus Dei.

Está concebido para prestar atención espiritual a sus miembros, con una asistencia pastoral y las oportunas directrices para las labores corporativas y las tareas apostólicas personales. Por eso, el gobierno en la Obra atañe a la formación de las personas -espiritual, ascética y doctrinal-, para que cumplan el fin de santificarse a través del trabajo profesional y, por otra parte, a la organización del apostolado. Esto lleva consigo, como es lógico, una estructura en la formación de cada miembro - en la que se incluye el estudio de la Teología realizado con la mayor dedicación posible-, y también la coordinación y promoción de los apostolados en los distintos sitios, de acuerdo con las necesidades de las Iglesias locales.

Desde los comienzos, el Fundador comprendió que el organismo central debería estar en Roma. La razón era, sobre

331

todo, su deseo de fomentar la unión de la Obra a la sede de Pedro, y de romanizarla, con el sentido de universalidad que Mons. Escrivá de Balaguer daba a esta palabra. La finalidad fundamental de

este organismo central debía ser mantener la unidad de espíritu y de apostolado dentro del Opus Dei, y la marcha conjunta de las distintas circunscripciones.

Contaba a este propósito una anécdota que oyó en tierras aragonesas. Se trataba de un hombre de un pueblecito perdido, que escuchaba a una banda. Asombrado, iba fijándose en cada uno de los músicos. Se detuvo finalmente ante el director, y comentó: "qué difícil debe de ser manejar cada uno de esos instrumentos; en cambio, lo del palito -se refería a la batuta- eso sí que lo puedo hacer yo>.". Mons. Escrivá de Balaguer nos glosaba que, sin el director, no hay sinfonía; y tiene que saber pasar por la humillación de que muchas personas piensen que estar en la mesa, detrás de papeles, resulta más cómodo que agotarse en una actividad, sin la responsabilidad de dirigirla.

Usaba en este contexto una expresión gráfica: en la labor de la Iglesia, es intolerable la figura del "apóstol de pata libre": el que actúa por su cuenta, sin tener en consideración las normas establecidas. Porque, explicaba, quienes obran así van a hacer su apostolado, no el apostolado de Dios. Y, como consecuencia, viene la ineficacia, la división, la capillita, el grupo, que nada tiene que ver con la armonía de la Iglesia entera, bajo la guía de la autoridad.

-Un elemento francamente original en el gobierno del Opus Dei es el principio de colegialidad

Con luces divinas, porque el Codex del Opus Dei fue obra del Fundador, respondiendo a la gracia que el Señor le daba, dispuso que el gobierno fuera siempre colegial. Lo sintetizaba

332

con esta frase: yo no soy más que un voto. Quería evidenciar así el deber de escuchar y valorar la opinión de los demás. Refi-

riéndose a la necesidad de evitar las tiranías, o las decisiones ar-

bitrarias, subrayaba: al Director propietario lo he fusilado por

la espalda, porque si se hubiera tolerado esa figura, se hubiera traicionado el espíritu que Dios me ha dado.

Mons. Álvaro del Portillo, su colaborador más asiduo, me confirmó que, desde los comienzos, les preguntaba y les pedía opinión. Aunque llevasen poco tiempo en el Opus Dei, recurría a quienes tenía cerca para que le expusiesen con claridad sus posibles sugerencias. El mismo Mons. del Portillo comentaba que, durante los primeros años de su entrega, muchas veces le sorprendió la humildad con que le pedía su parecer sobre diferentes cuestiones. Todos se hacían cargo de que el Fundador tenía sobradas luces para decidir, y, sin embargo, no dejaba de oír a sus hijos, cambiando a veces su criterio personal, y dando las gracias por esa colaboración. El 7 de octubre de 1962, nos exponía: no os fiéis nunca del propio juicio, prescindiendo de la ayuda de los demás. Como el metal precioso se pone a prueba, necesita la piedra de toque, nosotros hemos de ver si nuestro juicio es oro fino, escuchando el juicio de los demás, y rectificando siempre que sea preciso. No es una humillación rectificar, es un acto noble, sencillo, que manifiesta sentido común y ganas de servir a Dios.

Fomentó siempre el gobierno colegial. En 1956 nos señalaba que es necesario contar con la ayuda de otros, porque así es más fácil servir a Dios, aunando las fuerzas de tantos; porque es una manera de formar a otras personas en el gobierno, dándoles criterio; porque hay mucho menos peligro de equivocarse; porque se fomenta la unidad y la responsabilidad, al tratar con las personas que están llamadas a desempeñar esas funciones; porque el gobierno colegial se basa en la humildad y en la caridad, al escuchar y aceptar la sugerencias de los

333

otros; porque también con el gobierno colegial es más fácil descansar, ya que los demás pueden suplirnos en el trabajo, cuando no lo podamos desarrollar.

Sabía escuchar, y rectificar o cambiar la orientación de los asuntos, si recibía nuevos datos o sugerencias. Esta manera de comportarse venía a confirmar lo que le escuché en 1956, cuando le

ayudábamos personas muy jóvenes: la humildad, para nosotros que gobernamos en el Opus Dei, resulta absolutamente necesaria. No es, no debe ser nunca -como decían los clásicos- una humildad de garabato: no es eso, efectivamente; consiste en algo íntimo que da sabor a la marcha de nuestra vida interior, y que nos permite escuchar la voz de Dios, que tantas veces nos habla a través de los demás. No podemos, ¡no debemos!, hacer una labor de gobierno dictatorial, tiránico; porque, aparte de la ofensa a Dios que eso supone, el Señor no dará su Gracia a quienes no quieran o no se preocupen de cumplir con sus deberes del cargo, en la forma que está prescrita en nuestro Opus Dei. Acordaos siempre de que, en cada momento, se alzan las voces de los que gobiernan con vosotros, y no las podéis rechazar, no las debemos despreciar: más aún, las tenemos que promover, las hemos de pedir, ya que es el modo de decidir luego con seguridad. Hijos míos, os lo digo yo, que soy el Fundador: con la participación de todos en el gobierno, ¡cómo se siente la Providencia de Dios en esa labor de gobernar y de dirigir!

Desde 1952, como secretario, y más adelante en mi trabajo como Custos, encontré de parte suya una petición constante de colaboración. Hasta en los asuntos más personales, buscaba y agradecía la opinión de los demás. Recuerdo que, en el despacho de la correspondencia, cuando preparaba cartas, dictaba minutas, o pensaba en modos de responder, me puntualizaba: tú no estás aquí como un palo, para obrar al dictado. Te ruego, por amor de Dios, que me digas todo lo que veas con

334

entera libertad, porque necesito y agradezco desde el fondo del alma cualquier luz para corregir, para mejorar, para cambiar lo que haya decidido.

En ocasiones, cuando se trataba de emprender nuevas iniciativas, a la vez que nos comunicaba que habría de estudiarse colegialmente, comentaba algún aspecto de aquellas tareas. Sin embargo, añadía que llevásemos las cuestiones a la oración y al estudio personal, y que no teníamos que atenernos -ni siquiera tomarlos como punto de partida- a las observaciones que, acababa de exponer.

Manifestaba que debíamos rechazar la tozudez del soberbio, que repite altivamente: yo me rompo, pero no me doblo. Nos insistía en escuchar, agradecer la opinión de los demás, y rectificar. He sido testigo de esta actitud, tanto en las materias de gobierno como en las cuestiones más corrientes de la conversación; se acomodaba -cuando el tema no afectaba al carisma fundacional- a la decisión de la mayoría, o a las opiniones de los otros, sin aferrarse al propio juicio.

Nunca le he visto empeñarse en sus puntos de vista en materias opinables. Le había quedado muy grabada, desde niño, una enseñanza de su madre, que llenó más tarde de contenido sobrenatural: "la razón se da a los locos". Aprendió así a ceder con naturalidad, sin molestarse y sin guardar el más mínimo resentimiento, ante opiniones distintas de las suyas. No solamente se doblegaba, sino que atendía esas razones, y se acomodaba a los modos de actuar de los demás.

No se conformaba con pedir sugerencias expresamente, sino que nos repetía que en cualquier tema, después de conocer su punto de vista, e incluso su decisión, si alguno pensaba de otro modo, se lo comunicara. Cuando recibía una propuesta contraria a su parecer, que luego se demostraba además desacertada, jamás hacía hincapié sobre esa equivocación para reforzar su autoridad; tampoco dejaba de apreciar en lo sucesivo los planteamientos de

335

esa misma persona; y nunca se le escapó un comentario peyorativo aunque la opinión careciera de fundamento.

A pesar de la viveza de su genio, sabía escuchar, sin desconocer los derechos o competencias de los que formaban parte de los correspondientes organismos de gobierno, frente a lo que alguna vez se ha dicho, injustamente.

No es cierto que haya aplastado o atropellado a nadie. Primero, porque procuraba formar a las personas de manera que rindiesen los talentos que el Señor les había concedido. Después, porque

fortaleció siempre la autoridad de los que colaboraban en el gobierno, sin quitarles el más mínimo grado de autonomía en el ejercicio de sus cargos. Más aún, cuando no estaban delante los interesados, ponía de relieve las virtudes, las buenas cualidades, los trabajos y la generosidad de aquellos hijos suyos.

Por otro lado, demostraba ese reconocimiento de la autoridad de los Directores, en los diferentes niveles, abandonándose en las manos de la persona que hacía cabeza en la circunscripción o en el Centro. Efectivamente, se sometía al programa elaborado por los Directores del lugar donde se hallaba. Incluso en el Centro donde vivía, para el horario y para el plan general de trabajo, se acomodaba enteramente a las disposiciones que hubiesen tomado los Directores locales.

No he visto que haya menoscabado el prestigio de ninguno. Es más, se ocupaba de formar a sus hijos para que adquiriesen las condiciones de buenos gobernantes, de modo que los demás, atraídos también por el ejemplo de su lucha personal, les dieran su respeto, su cariño y su lealtad.

Nos enseñaba también que quien gobierna no puede pretender hacerlo todo: porque quedarán muchas cosas pendientes-

33G

tes, no formará a otras personas, y sembrará la desconfianza, que hace imposible la eficacia: que cada palo aguante su vela, resumía. Tuvo la prudencia de delegar, porque -según comentaba- es más fácil trabajar por veinte que hacer trabajar a veinte, pero -añadía- quizá se esconda en esa postura la comodidad, el egoísmo, la tiranía o la falta de interés para formar a otro.

Cuando un Director había adoptado una directriz equivocada o una decisión impropia, no le quitaba la autoridad delante de los que dependían de -él. Después de meditarlo en la presencia de Dios, hablaba con el interesado para hacerle notar su error, y le sugería que él mismo se ocupase de comunicar la rectificación. Así su prestigio quedaba incólume ante las personas que habían recibido las anteriores instrucciones.

Trabajó respetando las competencias y la autonomía de los demás en sus diferentes funciones. El 27 de diciembre de 1973, se dirigía a los miembros del Consejo General: quiero que trabajéis de tal modo que el día en que yo muera podáis continuar ocupándoos de todo como si yo estuviese en medio de vosotros. Si no, quiere decir que he perdido el tiempo. Con esta misma confianza, nos repetía el 19 de marzo: os podré ayudar más desde el Cielo. Ante las protestas de los presentes, insistió con sencillez, sin dramatismo: sabréis hacer las

cosas mejor que yo; yo no soy necesario.

-Sin embargo, se daría tal vez una imagen incompleta de ese trabajo de gobierno sin una mención a la profesionalidad, que también urgía con mucha fuerza.

Quería que quienes colaborábamos en el gobierno del Opus Dei, como punto de partida, llevásemos una auténtica vida de entrega, de oración y de sacrificio, y fomentásemos la profesionalidad en el trabajo y el deseo de pasar ocultos. Re-

337

chazaba que fuésemos meros burócratas, o carteros que se limitan a llevar los papeles de un sitio a otro: debíamos sentir la responsabilidad de una labor de almas, que no se puede realizar sin un esfuerzo sincero de santidad personal.

Por eso, era muy exigente en la tarea de gobierno, porque de las decisiones depende el bien de muchísimas personas. La consideraba un verdadero trabajo profesional, que -de acuerdo con el espíritu del Opus Dei- es preciso santificar y acabar con la mayor perfección posible. Nos encarecía en 1962: cuidad vuestra formación profesional -ahora es la labor de gobierno-, porque esa tarea, la labor profesional, cualquiera que sea, es el anzuelo para pescar las almas: necesitan también tener fe humana en nosotros, porque vean que somos profesionales honrados y responsables.

-Y, en cierta medida, esos criterios básicos -santidad, apostolado, profesionalidad- se subrayan en las tareas relacionadas con la administración económica.

El Fundador del Opus Dei fijó como principio rector de estas tareas la necesaria competencia técnica de los que estaban al frente de ellas, para que pudiesen santificarse a través de ese trabajo profesional. Por eso> al hablar a los que se ocupaban de las gestiones económicas, insistía en que debían ser más santos, si cabe, que los demás. Les urgía de este modo a que vivieran un absoluto desprendimiento de los bienes terrenos, exigiendo la responsabilidad de una contabilidad exacta hasta el último céntimo; y les repetía que debían pensar que estas operaciones, especialmente por el rigor técnico' que requerían, no se quedaban en exclusivas actuaciones económicas, sino en funciones de muchísimo más alcance, pues se trataba de servir a las almas.

338

Cuando tuvo que ocuparse personalmente de estas cuestiones, llevaba al día las cuentas de lo poco que podía manejar, administrándolo con el cuidado de un padre de familia numerosa y pobre. Apenas contó con miembros del Opus Dei capaces de ayudarle, les confió ese quehacer.

Dispuso que, también en estas tareas, se viviera la colegialidad, sin dejar la decisión a uno solo: en la contabilidad y en la aprobación de gastos, debían dar su conformidad al menos dos o tres personas. Explicaba que nadie podía ver ahí el menor síntoma de desconfianza, sino el deseo de evitar gastos o gestiones inútiles, por razón de la pobreza; y también que la prudencia exige no cargar sobre una sola persona cuestiones de tanta envergadura, aunque en los comienzos se tratara de cifras irrisorias.

Aprendía de los demás: cuando era sacerdote joven, don Prudencio Melo y Alcalde, Arzobispo de Valencia, le pidió el favor de llevar un dinero a la Nunciatura. Al entregarle el sobre, el Prelado le dijo la cantidad que contenía. El Fundador del Opus Dei respondió que cumpliría el encargo gustosamente, y guardó el sobre en la cartera. Don Prudencio Melo advirtió: "no, Josemaría, no procedas así; tú tienes confianza en lo que te he dicho, pero yo me he podido equivocar y darte más o menos dinero que el que te he anunciado que estaba en el sobre. Por eso, cuenta en mi presencia los billetes, para ver si está exactamente esa cantidad. Después, cuando llegues a la Nunciatura, al entregarlo, haz que lo cuenten para que se hagan cargo de que llega la cantidad exacta. No lo olvides para toda tu vida, y enséñaselo a los miembros del Opus Dei".

A propósito de todo esto, comentaba que, desde los comienzos, más que manejar dinero, hubo de administrar deudas. Por eso, cuando escogió como Patrono de los asuntos económicos a San Nicolás, le confió el oficio de saldar los

339

préstamos. Fiado en el Señor, asumió como criterio para las obras apostólicas la regla que recogió en Camino, 481: se gasta lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste; a la vez, procedía con prudencia y justicia, para no ocasionar perjuicios a terceros.

7. Romano

-Páginas atrás, aludía brevemente a la prueba que sufrió Mons. Escrivá de Balaguer, al pensar que el Opus Dei no era de Dios. Considero que lo sucedido en torno a esa tentación sintetiza los sentimientos profundos de su alma respecto de la Iglesia.

El 22 de junio de 1933, mientras rezaba en la tribuna de la iglesia del Perpetuo Socorro de Madrid, en la calle de Manuel Silvela, el Señor, permitió que viniese a su pensamiento una idea aterradora. Con rapidez fulgurante le pasó por la cabeza este pensamiento: ¿y si lo que estás haciendo no es cosa de Dios, es cosa tuya, y estás engañando a las gentes que te siguen con tanto entusiasmo? Reaccionó inmediatamente: Señor, si no es tuya, destrúyela; si es, confírmame. Nos confesaba que

nada más hacer este ofrecimiento, sintió con más seguridad todavía que la Obra no era un querer humano, sino un mandato de Dios, que le utilizaba como instrumento.

Una situación semejante se produjo en La Granja de San Ildefonso, el 21 de septiembre de 1941. Pasaba allí dos o tres días, para recuperarse del intenso trabajo que había llevado a cabo durante ese año. Ante las grandes contradicciones que padecía entonces, vino a su mente durante la Misa la posibilidad de que desde Roma no se concediese la aprobación, si se pre-

340

sentaba la Obra como esa monstruosidad que los perseguidores denunciaban. El Fundador, con lágrimas en los ojos, pero con una confianza total, se ofreció a Jesús Sacramentado en la Hostia Santa: Señor, si tú lo quisieras, acepto la injusticia. A continuación, como ya le había ocurrido en 1933, experimentó la fuerza de la esperanza y la plena seguridad de que se haría el Opus Dei, al ser una empresa enteramente de Dios. Se conserva la carta que escribió enseguida a don Álvaro del Portillo; al referir su abandono antela vacilación, que le produjo no poco sufrimiento, aunque fue cuestión de segundos, añadía: ¿cómo me iba a negar a hacer ese acto de unión con su Voluntad, si me lo pedía?

En 1951, nos expresó de manera terminante a un grupo de jóvenes: si el Opus Dei no fuera para Dios, para servir a la Iglesia, sería mejor que se disolviera. Y agregó: ¡yo no lo quería para nada! Como es lógico, además de mostrar su adhesión más completa a la Iglesia, estaba decidido a jugárselo todo por servirla: con la gracia de Dios, estoy dispuesto a dar mi vida por la Iglesia y por el Papa. ¡Con la gracia de Dios, porque yo solo no soy capaz de nada!

-Por lo que conozco, la fe y el amor a la Iglesia fueron creciendo a lo largo de la vida de Mons. Escrivá de Balaguer, desde el hogar paterno en Barbastro.

Daba muchas gracias al Señor por haberle hecho nacer en una familia católica, y expresaba su gratitud con un orgullo santo: he amado siempre con locura a mi Madre la Santa Iglesia, y cada día que pasa la quiero más. Agradezco a mis padres y a los primeros que intervinieron en la formación de mi alma, y después a todas las autoridades de la Iglesia, el amor que han puesto en mi corazón, y que se ha ido engrande-

341

tiendo cada vez más, haciéndome tener una fe grande, absoluta, en mi Madre la Santa Iglesia, de la que no dudo nunca y de la que estoy seguro porque así nos lo ha dejado bien precisado Jesucristo, Cabeza de su Iglesia: que las puertas del Infierno no prevalecerán jamás contra ella.

Nota muy significativa de su espíritu fue el amor incondicional al Romano Pontífice, a la Jerarquía y a todas las instituciones. Propagó la necesidad de servir a la Iglesia como ésta desea ser servida, sin ninguna restricción, porque los que hemos recibido los Sacramentos de la iniciación cristiana somos Iglesia, y tenemos el deber de trabajar por Ella, y de fomentar la unidad más profunda, respetando y amando los distintos carismas que el Espíritu Santo promueve. Josemaría Escrivá de Balaguer fue un buen hijo de la Iglesia y del Romano Pontífice: millares de fieles son leales servidores de la autoridad y del Magisterio eclesiásticos, removidos por el ejemplo y la enseñanza del Fundador del Opus Dei.

La veía como a una Madre con los brazos abiertos para acoger a todas las almas. En 1970, hacía este resumen: cuando a mí, ahora, me hablan con desprecio de los ricos, y me dicen con altanería Iglesia de los pobres, suelo contestar habitualmente: Iglesia de las almas, de -todas las almas. No podemos olvidar que en este mundo siempre habrá ricos y pobres: no lo digo yo, lo ha dicho el Maestro cuando vino a enseñar que era el Camino, la Verdad y la Vida para todas las personas, sin excluir a ninguna.

Fortalecía a su alrededor la fe en el Cuerpo Místico de Cristo, refugio de nuestras almas y camino para llegar a Dios: hay que defender y amar a la Iglesia con toda nuestra alma, para que se vea y se

conozca como es: limpia, maravillosa, sin mancha, porque es la Esposa de Jesucristo. Vivimos para esto, y no podemos dejar de encomendar y de trabajar por

342

este fin. Nosotros queremos dar almas a la Iglesia, porque encontrarán el camino para ser felices, con un Dios que ama y perdona.

-Vd. pudo apreciar ya su amor al Romano Pontífice en el verano de 1950, en Castelgandolfo, no lejos de la residencia papal.

De aquella temporada recuerdo el afecto con que nos hablaba del Papa. Se levantaba y acudía con ilusión, cuando corríamos hacia la carretera para ver pasar a Pío XII, que volvía de Roma a Castelgandolfo, después de las audiencias con motivo del Año Santo. Nos pedía que le encomendásemos muchísimo, que le quisiésemos, y procurásemos manifestarle nuestro cariño, porque debíamos ver siempre en el Papa al sucesor de Pedro y al "dolce Cristo in terra". Contemplé cómo recibía, con verdadera devoción, la bendición que el Santo Padre iba impartiendo desde el coche.

Quiso que, antes de volver yo a España, pasase dos días en Roma, para ganar el jubileo y visitar las cuatro Basílicas. Me pidió que rezase con mucha fe, especialmente en San Pedro, sintiéndome muy unido al Papa, para que se incrementase la santidad de los que formamos parte de la Iglesia, y aumentasen en todas partes las conversiones. Me recomendó que no me olvidase de mi familia, añadiendo a mi devoción personal la de mis parientes, considerando que estaba como representándoles a ellos, que desearían tener la fortuna de rezar en la Ciudad Eterna, junto a la sede de Pedro.

Muy pronto vi cómo renovaba continuamente la oblación de su vida por el Romano Pontífice, dispuesto a entregarla en cualquier momento, con la gracia de Dios. Y reiteró ese ofrecimiento en la mañana del 26 de junio de 1975.

343

Repetía, con absoluto convencimiento, las palabras del Salmo XXIV, 10: *apud Te est fons vitae et in lumine tuo videbimus lumen!* ["den Ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz!"]; lo hacía para fomentar su identificación con el Vicario de Cristo en la tierra. Siempre estuvo persuadido de que su unión a la Trinidad Beatísima se haría más fuerte en la medida en que se adhiriera, con el entendimiento y con la voluntad, a las intenciones y a la persona del Papa.

Se palpaba cómo quería servir a ese Buen Pastor, que goza de la asistencia del Espíritu Santo para gobernar a la Iglesia. Por eso, con naturalidad y plenitud de fe, había hecho suyo el adagio *Roma locuta, causa finita*.

De esa fe nacía también una reacción de tristeza y de reparación cuando se maltrataba al Santo Padre o se despreciaba o tergiversaba su enseñanza. Viene a mi memoria su indescriptible disgusto cuando, en 1968, al presentar la Encíclica *Humanae vitae* por la televisión, un eclesiástico, probablemente sin darse cuenta, arañó el alcance del documento con unas precisiones impertinentes. Aquella noche, Mons. Escrivá de Balaguer hizo muchos actos de desagravio, por la confusión que esas palabras habían podido sembrar y por la falta de lealtad, al menos material, de aquella persona respecto de la autoridad del Romano Pontífice.

Había soñado en su juventud con estar muy cerca del Papa, aunque fuesen sólo unos instantes, para demostrarle su cariño y disponibilidad. Era inmenso su júbilo cuando estaba físicamente a su lado: así lo comprobé cuando le acompañaba a las audiencias. Asistía dichoso a las ceremonias de canonización. Mons. Montini y Mons. Tardini tenían mucho interés en invitarle a esas solemnidades, para que sintiese la proximidad del Santo Padre. Le proporcionaban asientos situados detrás de los que ocupaban ellos mismos, que por entonces desempeñaban los cargos de Sustituto y de Secretario del Consejo de Asuntos extraordinarios de la Iglesia.

344

Le he escuchado multitud de veces las expresiones Padre común, o casa del Padre común, para referirse al Santo Padre o a la Sede Apostólica. Le hacían sentir la catolicidad de la Iglesia. Gozaba hondamente con todo lo que alegraba al Papa, e igualmente sufría con sus padecimientos.

A este propósito, recuerdo que, en octubre de 1958, apenas conoció la noticia de la gravedad de Pío XII, estuvo muy pendiente de las comunicaciones oficiales sobre el desarrollo de la enfermedad. Fue muy grande su pesadumbre cuando transmitieron en el telediario imágenes de su agonía. Rogó al Señor que iluminase a las personas que intervenían en ésas transmisiones, para que respetasen la intimidad del Papa, también como ser humano, y no difundiesen esos momentos de angustia y de lucha con la muerte.

Una reacción semejante se produjo cuando enfermó gravemente Juan XXIII. Vi su rostro de sufrimiento cuando nos refería lo que le había contado Mons. Dell'Acqua: se escapaban del corazón de Mons. Escrivá de Balaguer palabras y expresiones, suspiros de acompañamiento muy afectado por los dolores que padecía el Padre común.

-El Fundador del Opus Dei se conmovía también ante las manifestaciones de cariño del Romano Pontífice.

Se entusiasmaba con los detalles de cariño, grandes o pequeños, que recibía. Removía comprobar con qué ternura llevaba en su cartera la fotografía del Papa Pío XII, con una dedicatoria escrita de su puño y letra.

Experimentaba ese mismo gozo cuando Juan XXIII le enviaba regalos a través de su secretario, Mons. Capovilla, y cuando, con la sencillez que caracterizaba al Santo Padre, le decía: "dobbiamo vederci spesso" ["debemos vernos con frecuen-

345

cia"]. También se percibía el contento del Fundador al comprobar que el Romano Pontífice seguía muy de cerca y con mucho afecto el trabajo del Opus Dei.

No puedo olvidar su júbilo cuando salió de la audiencia del 10 de octubre en 1969, en la que Pablo VI le entregó un quirógrafo, en el que se alaba la labor del Opus Dei, y le obsequió con un cáliz igual al que había regalado al Patriarca Atenágoras. No hacía más que repetir y ponderar el cariño con que el Santo Padre miraba a sus hijos, también a mí, decía, que soy el más indigno y no merezco nada.

Agradecía vivamente ser recibido por el Papa: con gran responsabilidad, hablaba de lo necesario, de modo claro, con sencillez y sinceridad. No dejaba de referir noticias y sucesos que pudiesen alegrar, confortar y distraer al Santo Padre, pues estaba persuadido de que era muy grande la cruz que cargaba sobre sus hombros. Jamás se le olvidó una conversación, antes de 1950, en la que Mons. Montini le agradecía mucho sus visitas, puesto que no dejaba de transmitirle tantas satisfacciones por la labor apostólica del Opus Dei; y el entonces Sustituto concretaba: "al Santo Padre y, por lo tanto, a sus servidores, nos llegan fundamentalmente disgustos y malas noticias, con lo que es difícil mantener la serenidad, la tranquilidad y el buen humor. Por eso le agradezco mucho, Monseñor, que me traiga estas noticias, que me hacen ver lo que ya sé: un panorama de la Iglesia vivificador y esperanzador para todos los tiempos".

He de precisar que Mons. Escrivá de Balaguer no se ponía nervioso nunca. Sin embargo, cuando estaba cerca del Romano Pontífice, sentía una auténtica conmoción, que jamás quiso perder ni ocultar. E igualmente, gozaba cuando conseguía que pasase yo, como secretario, a saludar al Sucesor de Pedro. Siempre me decía lo mismo: póstrate de rodillas en tierra, y aprovecha esos momentos para demostrar tu cariño y tu venera-

34G

ción, y para aumentar tu oración y tu unión al Vicecristo, al Papa. Pude apreciar idéntica turbación en 1965, durante la ceremonia de inauguración del Centro ELIS. En el discurso que dirigió a Pablo

VI, le temblaban la voz y las manos, cosa completamente inusitada en su personalidad, que había afrontado las más difíciles circunstancias con serenidad y aplomo.

-Y, en fin, Mons. Escrivá de Balaguer vivía intensamente el tiempo previo a la elección de un nuevo Papa. Vd. estuvo junto al Fundador del Opus Dei en 1958 y 1963.

En esas dos temporadas de Sede Vacante nos alentó a que, además de ofrecer sufragios llenos de piedad filial por el alma del Romano Pontífice difunto, pidiéramos con insistencia por el Sucesor, esforzándonos por amarle ya, decididos a ver en él al "dulce Cristo in terra", al Padre común, a Pedro. No se limitó a darnos estos consejos una o varias veces durante esos días; nos los repetía machaconamente y nos ayudaba a transformar todas nuestras tareas en oración, ofreciéndolas por el futuro Papa, que el Señor quisiese poner al frente de su Iglesia.

Recuerdo su emoción y su fe cuando tuvo conocimiento de la "fumata blanca". Desde ese momento empezó a repetir con intensidad el oramos pro beatissimo Papa nostro, sin saber quién era: le amaba ya con completa devoción, al mismo tiempo que rezaba para que cumpliera con santidad y eficazísimamente su Pontificado.

Nos confiaba que, como hijo, quería participar ya en la carga que el Señor había puesto sobre la persona elegida: deseaba ayudarle con todas sus fuerzas y, por lo tanto, comenzaba con una oración ininterrumpida. En más de una ocasión, en aquellos largos momentos de espera, exclamaba: le quiero ya con toda mi alma, sea quien sea.

347

8. Corazón universal

-Quienes se incorporaron al Opus Dei en los años treinta, evocan la viveza con que el Fundador dibujaba el apostolado que se haría en todo el mundo. Tuvieron claro desde el primer momento el carácter universal de la Obra. Personalmente, me impresionó la lectura de un fragmento de la oración que Mons. Escrivá de Balaguer hizo en voz alta el 20 de mayo de 1970, ante la Virgen de Guadalupe: Te ofrezco un futuro de amor, con muchas almas. Yo -que no soy nada-, que solo no puedo nada, me atrevo a ofrecerte muchas almas, infinidad de almas, oleadas de almas, en todo el mundo y en todos los tiempos, decididas a entregarse a tu Hijo, y al servicio de los demás, para llevarlos a Él. Vd. ha sido testigo de muchas manifestaciones concretas de esa característica del carisma fundacional.

Doy extraordinaria importancia al hecho de que el espíritu del Opus Dei, por haber nacido romano y universal, se acomode a las circunstancias más diversas de naciones y ambientes, pues -sin menguar la idiosincrasia propia de cada país y persona-, lleva a poner todo el esfuerzo por santificar la vida, las costumbres y los trabajos de quienes habitan cualquier rincón de la tierra.

Por ejemplo, Mons. Escrivá de Balaguer, desde que vino a Italia, se consideró ciudadano del país, y amó con sinceridad las virtudes de este pueblo, fijándose en sus buenas cualidades, no en los defectos. Repetía que no le gustaba generalizar las limitaciones de una tierra, atribuyéndolas a toda la población. Con espíritu apostólico, nos recomendaba que nos adaptásemos al cien por cien al lugar donde viviésemos. De sí mismo afirmaba con sencillez que amaba a Italia con locura, y que podía decir -con santo orgullo- que se sentía más italiano que los propios italianos.

348

Comprendió y potenció los valores humanos, culturales y religiosos de los países que visitó. Acudía a los sitios con la disponibilidad más absoluta de aprender lo positivo. Seguía con verdadero interés las explicaciones e informaciones que recibía. Con su capacidad de observación, descubría con increíble rapidez esos valores espirituales y humanos de los pueblos. Contribuyó además a que hubiese intercambio de conocimientos entre las naciones, para llegar a una verdadera comprensión y superar viejas querellas o enemistades ancestrales.

Recordaba que, cuando era pequeño, en los lugares donde había estudiado, le enseñaron a no apreciar a determinados países, porque habían estado en guerra contra España. En cuanto se dio cuenta, procuró desagraviar por aquella antipatía que le habían inculcado, y querer más a esos países. Había llegado también a esa conclusión por un razonamiento humano: ¿qué culpa tiene el pueblo de lo que hayan decidido aquellas autoridades, movidas por determinados criterios e intereses?; y ¿qué culpa tienen los que viven actualmente de aquellas luchas que ocurrieron hace siglos?

Tuvo también siempre gran interés en que los católicos conocieran la situación y el trabajo de sus hermanos en otras naciones o ambientes. Deseaba particularmente que se difundieran las vidas heroicas de los santos de unos y otros países, las gestas llenas de heroísmo de tantos pueblos en defensa de la fe.

En Roma, durante muchos años, la cabecera del telediario era una bola del mundo girando: al verla, rezaba por todas las naciones y habitantes de la tierra.

Al mismo tiempo, como he señalado antes, luchó incansablemente contra la deformación del patriotismo que se convierte en nacionalismo exacerbado. Afirmaba que si algún hijo suyo se dejaba llevar por ese nacionalismo, que fomenta la división entre los hombres, no dudaría en plantearle la siguiente disyuntiva: trasladarse al país más pobre, para trabajar en servi-

349

cio de esas almas necesitadas, o cambiar de actitud; si no, tendría que dejar el Opus Dei, ya que, por nuestra vocación, estamos todavía más obligados a vivir la caridad cristiana, considerando con igualdad a todos nuestros hermanos, sin discriminaciones

de ningún género.

-Vd. ha tenido ocasión de ver de cerca cómo aplicaba Mons. Escrivá de Balaguer estas grandes líneas en el comienzo de la labor apostólica en nuevas naciones.

Quería que la empezasen unos pocos miembros de la Obra, y evitaba que apareciesen como grupo, con riesgo de enquistarse. Deseaba que tuviesen, desde el primer momento, la ilusión de integrarse en el país, amando y admirando sus buenas cualidades, comprendiendo y disculpando los defectos -siempre que no fueran ofensa a Dios-, poniendo en su actuación amor y espíritu cristiano. Además, elegía a personas de varias nacionalidades, para dejar claro que no iniciaba la labor del Opus Dei un grupo nacional -ni siquiera externamente-, y se tocaba con las manos la universalidad de la Obra.

Resultan indescriptibles su alegría y su agradecimiento al Señor, cuando comenzaban a llegar al Opus Dei hombres y mujeres en esos nuevos países. Además, no se conformaba con haber empezado la labor. Quería que fuese realizándose enseguida una expansión dentro de cada lugar. Alentaba a sus hijos a que procurasen tener cuanto antes más de un Centro en la ciudad en la que se encontraban, para poder llegar a más gente; y les animaba a fijarse en otras localidades donde podrían establecerse, sabiendo que debían tender a crear como una red en servicio de las almas por todo el territorio nacional.

Se ocupaba de que estuviesen atentos incluso a los detalles materiales más pequeños, para favorecer lo que llamaba el tras-

350

plante, es decir, la acomodación al nuevo país. Por ejemplo, cuando se comenzó en Japón, donde se iban a encontrar con costumbres tan diferentes -idioma, cultura, ambiente, formación religiosa-, quiso que procediesen con prudencia, sin imponerse un cambio inmediato y radical hacia lo que desconocían; pero con el deseo sincero de habituarse a la idiosincrasia de esa gran nación, a la que iban a aprender y en la que, si el Señor no disponía otra cosa, debían gastar toda su vida.

Hizo colocar un mapamundi en una habitación grande de la Sede Central. Figuraban con distinto color los lugares en los que ya se estaba trabajando, y las zonas pintadas se iban extendiendo a

medida que crecía la expansión apostólica. Quería que fuera un despertador para la oración de los miembros del Consejo General. El Fundador era el primero que se acordaba de que se debía colorear, cuando se comenzaba la labor apostólica de la Obra en una nación.

Tuvo siempre la preocupación de sembrar el amor de Dios por el mundo entero. Ansiaba esa dilatación de la Iglesia, como me confió muchas veces: cuando estoy cansado, cuando algunas noches me cuesta conciliar el sueño, me distraigo conquistando el mundo para Cristo, y pienso en los servicios que prestaremos aquí y allá, llevando a Nuestro Señor para que muchas personas le amen, le conozcan, le traten.

-Ha salido en páginas anteriores. Pero no estará de más insistir en la radical amplitud del trabajo apostólico personal de Mons. Escrivá de Balaguer, puesto que proclamaba la llamada universal a la santidad.

Repitió que en el Opus Dei cabían: jóvenes y viejos, intelectuales y trabajadores manuales, sanos y enfermos, solteros, casados, viudos, sacerdotes, gente de todas las razas y condicio-

351

nes sociales. Por eso, jamás anduvo por la calle sin encomendar a las personas con las que se cruzaba, hablaba o coincidía; lo mismo hacía en sus relaciones con ocasión del trabajo, en el trato con los profesionales de la información, o cuando acudía a lugares en que se reúne mucha gente.

Aprovechaba los viajes para charlar con quienes se encontraba en el tren, en el autobús, o en los aviones, de acuerdo con lo que nos exponía en 1952: la primera manifestación de nuestra llamada es el deseo de pegar este fuego de rectitud, de limpieza, de vida sobrenatural, a todas las personas y en todos los ambientes donde estemos. Allí donde se encuentre un miembro del Opus Dei, debe haber un foco de luz, de amor, de comprensión. En la vida, hemos de dar todo lo nuestro a los hombres, con mucho cariño. El apostolado es un afán que nos debe comer continuamente las entrañas. Es un deber del que hay que dar cuenta cada semana, y siempre, delante de Dios. En 1962, refiriéndose a este modo de conducirse, subrayaba: el apostolado -esa preocupación santa por meter el fuego de Cristo en las almas de quienes nos rodean, y en todas las almas del mundo- es una obligación de caridad; más, es una obligación de justicia, que hemos de cumplir todos los días.

Una vez, en Florencia, tuvimos que comprar unos pantalones. Mientras lo hacía, estuvo hablando con la persona que le atendía, y procuró llevar la conversación al terreno sobrenatural. Aquel hombre fue respondiendo con garbo y tomando cariño al Fundador del Opus Dei, aunque era la primera vez que le veía. Al despedirnos, mientras pagábamos, nos dio las gracias y comentó espontáneamente: "il vostro compagno non perde neanche un minuto. Fa il sacerdote e lo fa con convinzione".

A todos nos animaba a llegar a las almas de las personas con las que hablamos: todas las personas que tratamos tienen

352

que llevarse, por lo menos, el beneficio de nuestra oración y de nuestra petición por ellas, y hemos de dejar caer en la conversación alguna palabra que les ponga frente a su responsabilidad de cristianos o que les transmita -si, por desgracia, no practican- la inquietud de descubrir la Verdad y de seguir la auténtica Verdad.

-En el afán apostólico de Mons. Escrivá de Balaguer, me parece advertir la primacía de cada persona, de cada alma en concreto.

Cuando se encontraba con un hijo suyo al que no veía desde hacía tiempo, solía preguntarle: ¿cómo has ayudado a tus amigos, a tus parientes, a tus colegas, a las personas a las que tratas, para que se acerquen más a Dios? O bien: ¿a quiénes has hablado hoy de Dios? Quería que nos planteásemos estas cuestiones y otras semejantes en el examen diario, para persuadirnos de que -si estamos

enamorados de Dios- necesariamente debemos comunicar a otros, con naturalidad y con espontaneidad, el amor que llevamos en el alma. Como con un grito atractivo de invitación, apelaba a nuestra responsabilidad: todas las personas que os conozcan y os traten, han de percibir con claridad que creéis en Dios y que vuestra fe informa toda vuestra vida. Y el 28 de enero de 1972 nos precisaba: el apostolado, la preocupación por las almas, es como el cariño cuando es sincero: siempre se está convencido de que no se quiere bastante. Yo os quiero a vosotros, quiero a todas las personas, con toda mi alma y, sin embargo, siempre me parece que os puedo querer más, y que os puedo servir más.

Evidentemente, el Fundador se ocupaba de afianzar el desarrollo del Opus Dei. Deseaba que viniesen muchas almas, para servir a la Iglesia. Pero al mismo tiempo recalca que es

353

necesario cuidarlas una a una; de una parte, porque cada persona vale toda la Sangre de Cristo; y de otra, porque hay que dedicarse a la formación de los que vienen a la Obra con el mismo cuidado, con el mismo interés, y con la delicada atención con la que un monje del medioevo mimaba aquellos pergaminos, en los que se fijaba hasta en los detalles más pequeños. Así -y, sobre todo, con mucho amor de Dios- debemos hacer con las almas, para formarlas y para llevarlas al Señor. Por eso, al mismo tiempo que rezaba para que se incorporara al Opus Dei mucha gente, quería que -uno a uno- fuesen personas verdaderamente entregadas; por la misma razón repetía que no le interesaba la cantidad, sino la calidad, en el sentido de que -sabiéndonos pobres instrumentos- debíamos esforzarnos sinceramente por caminar al paso de Dios. A este propósito le he oído comentar que prefería, como recoge la historia de Gedeón, trescientos hombres unidos al Señor, y unidos entre sí para servirle, a treinta mil hombres desunidos, y que no busquen, con totalidad de entrega, dedicarse día y noche al servicio divino.

Como es lógico, estaba atento al número de vocaciones, para poder examinar la extensión del apostolado; a la vez, deseaba que esa cifra no se tuviese en cuenta, para evitar cualquier síntoma de soberbia o de poderío, porque -puntualizaba- no nos interesa encaramarnos para nada aquí en la tierra. Además, medía la eficacia de las tareas apostólicas no por los resultados estadísticos, sino por la santidad que alcanzaban las personas. Para grabar bien en sus hijos esta enseñanza, nos insistía: el que no esté decidido a luchar de verdad para ser santo, ¡que se marche!; o también: los que no estén decididos a hacer apostolado, nos estorban; los que no estén decididos a ser almas de oración, nos estorban; los que no estén decididos a vivir un desprendimiento total de su yo, nos estorban, porque impiden la Obra de Dios en la vida personal y en la vida de las personas a las que tratan.

354

Con esta clara orientación impulsó el crecimiento del Opus Dei desde el comienzo. Escribía a los primeros: ¿queremos ser más? Seamos mejores.

-Considero que Móns. Escrivá de Balaguer tuvo ese don de lenguas, al que se refiere -entre otros lugares- en Forja, 634 y 895, como un saber adaptarse a la capacidad de los oyentes, hablar de modo asequible a todos, y conseguir así hacernos entender por todos.

Desde que inició el camino del sacerdocio, entendió perfectamente la necesidad de una preparación constante y una dedicación sincera, para atender las distintas labores ministeriales. Comprendió también que esa formación no se reduce a adquirir ciencia y conocimientos, sino que incluye aprender a expresarse con amenidad.

El Fundador del Opus Dei hablaba mucho de la psicología del anuncio: repetir -como las señales de las carreteras- la dirección hacia Dios. Pero, al mismo tiempo, deseaba orientar a las almas con su comportamiento. Era consciente de que su vida había de ser una constante predicación de la fe, insistiendo sin cansarse en los mismos temas. A la vez, nos confiaba con garbo: me tenéis que perdonar que sea tan machacón, que insista siempre en las mismas cosas; pero lo hago a conciencia

y en la presencia de Dios, porque necesitamos que nos estén diciendo continuamente que hemos de creer en Dios, que hemos de mirarle, que hemos de dirigirnos a Él.

Nuestro Señor le concedió una muy singular capacidad de comunicación: mediante este don del Cielo, se hacía entender con facilidad por personas de diversas culturas, formación, razas, naciones. En este sentido, no faltan pruebas de que poseía el don de escrutar los corazones, porque se producía tan exacta

355

adecuación de su consejo a las necesidades y condiciones de un alma concreta, que no podía pensarse en una mera coincidencia. Muchos -los interesados o sus amigos- así lo han atestiguado: encontraban el remedio y la comprensión más hondos ante su propia situación, o se sentían alentados frente a sus inquietudes, siempre arropados por el cariño sobrenatural y humano de Mons. Escrivá de Balaguer. Esto sucedía, incluso, sin haberle manifestado el interior del alma y, a veces, sin ni siquiera estar presente.

Su predicación no era nada monótona. Muy al contrario, removía a las almas. Como es natural, giraba alrededor de las verdades de la Iglesia: presentaba siempre la riqueza de la doctrina perenne y, al mismo tiempo, el atractivo de lo nuevo, que ennoblece y da ánimos para la vida. Aconsejaba a los sacerdotes que procurasen dar gran variedad a la predicación del contenido de la fe, de manera que los fieles se sintiesen atraídos por la exposición, para descubrir con amplitud de matices la hondura insondable de la Verdad de Cristo.

Su convencimiento de que la voz del sacerdote tiene que reflejar palabras de Dios, le llevaba a aplicárselas, en primer término, a sí mismo. Consideraba que la comunicación con las almas se entrelaza con la propia vida interior del sacerdote: de esa manera, su predicación resultaba como una meditación personal en voz alta, que atraía por su contenido y su viveza.

Contaba la anécdota de un sacerdote en un pueblo de Aragón. Hablaba de la Pasión del Señor, y quería mover al arrepentimiento reiterando: "por vosotros le condenaron; por vosotros le arrastraron por las calles de Jerusalén; por vosotros le coronaron de espinas; por vosotros le azotaron; por vosotros estuvo sufriendo aquella noche sin poder descansar; por vosotros...", siempre, por vosotros. Hasta que un buen hombre se levantó, y se encaró con él: "y por ti, qué le hi

35G

cieron?". Nos remachaba esta recomendación a los que íbamos a ser ordenados sacerdotes en 1955: en la predicación, hijos míos, no hay que ir a lucirse, hay que ir a hacer el bien, a decir -en la presencia de Dios- aquellas cosas que hemos hecho nuestras en la meditación y en la lucha por ser mejores.

Sus charlas espirituales y sus consejos jamás desanimaban, nunca recortaban los horizontes; al contrario, estimulaban y exigían, operando en las almas un cambio positivo. Marcaba metas concretas, en las que uno se sentía orientado y acompañado por la ayuda de la gracia y por la oración de Mons. Escrivá de Balaguer. Así se expresaba en 1954: lo necesario en nuestro Opus Dei, para pegarlo también a todos los demás, es que nos ayudemos unos a otros a estar muy cerca de Cristo. Esta bendita preocupación debe ser la primera y la más urgente llamada de nuestro apostolado; y se manifiesta desde los detalles materiales, hasta la ayuda espiritual, en la que hemos de vivir pendientes de las necesidades de los otros. Enseñad a todos a que sean sinceros, y comprobarán que nunca se está solo, porque siempre se siente el apoyo de los hermanos en la fe. Vosotros tenéis obligación de ayudarme a mí, y yo a vosotros: sí, ayudar, contando con nuestras miserias porque, como en los castillos de naipes, nuestra debilidad, bien dispuesta con la ayuda de la gracia, es fortaleza para los demás.

